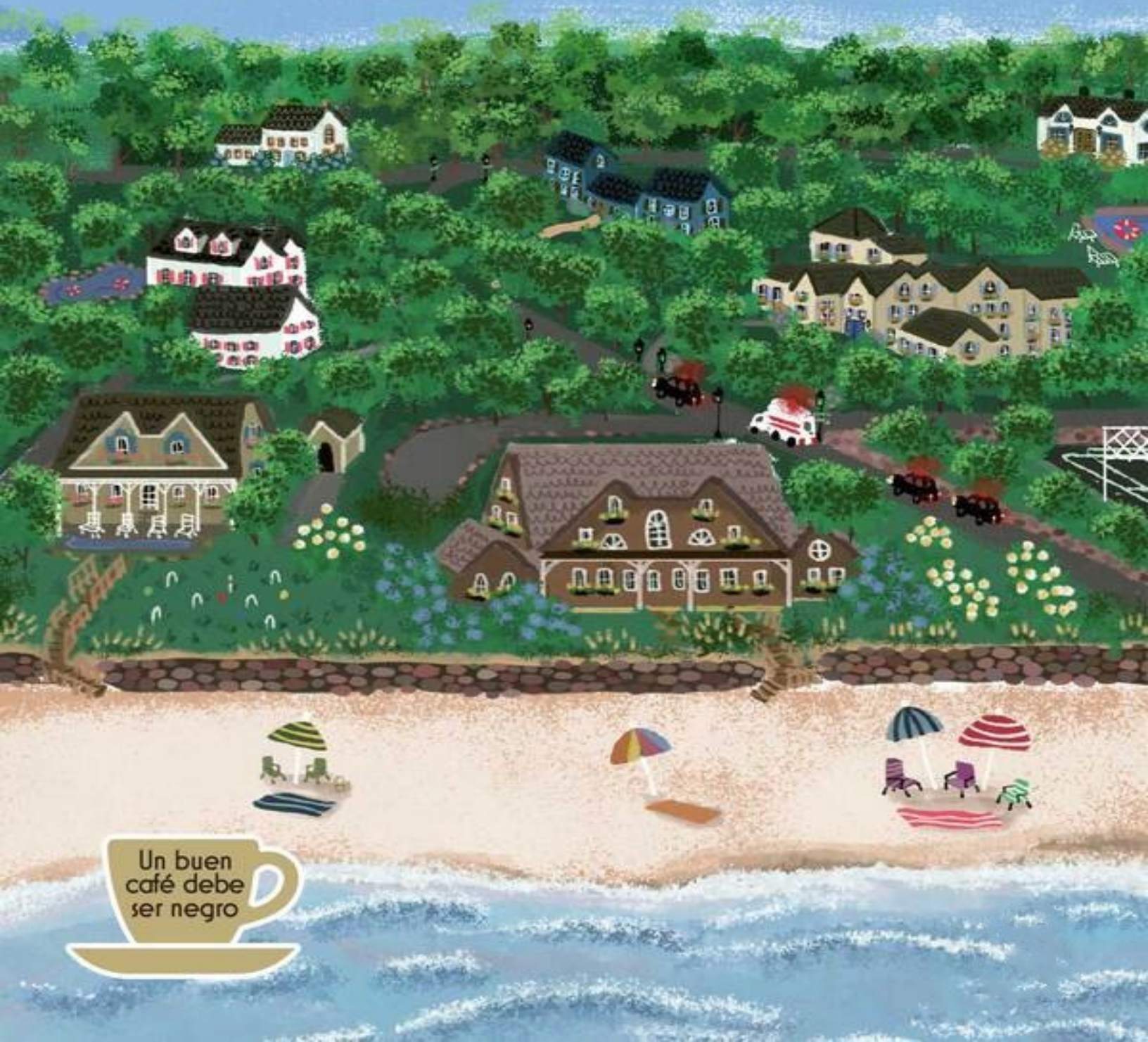
COZY MYSTERY

CLEO COYLE

UN ASESINATO MUY ESPUMOSO



Un buen café debe ser negro

Los Hamptons son un oasis de lujo y serenidad convenientemente alejado de los bajos fondos de la gran ciudad. Por eso, cuando David Mintzer, el nuevo amigo millonario de Clare Cosi, le propone pasar el verano en su suntuosa mansión de East Hampton a cambio de formar a su personal, no se lo piensa dos veces y pone rumbo al paraíso favorito de los neoyorquinos.

En la celebración del Cuatro de Julio, Clare se encarga de servir cafés espumosos a los invitados, pero la fiesta termina con un final amargo y descubre algo que le provocará más calores que su famoso expreso caliente de ocho capas…

Cleo Coyle

UN ASESINATO MUY ESPUMOSO

Una novela de misterio
para los muy cafeteros



Coffee Lovers Club

5

Título original: *Murder Most Frothy*
Cleo Coyle, 2026
Traducción: Teresa Lanero, 2026
Diseño de cubierta: Joy Laforme

Revisión: 1.0

13/09/2026

PRÓLOGO

Entre los matorrales de la elevada duna que se erigía junto a la playa, unas manos enguantadas agarraban un fusil de cerrojo. A través de la mira telescópica del Remington, se veían los rostros situados sobre la amplia terraza de cedro de la mansión.

Allí se congregaba la típica concurrencia de los Hamptons: esposas de la Ivy League convertidas en decoradoras de interiores, industriales convertidos en adúlteros empedernidos, herederas insulsas convertidas en famosillas con ínfulas. Había abogados de sangre fría, recién llegados con ganas de agradar, ejecutivos con delirio de grandeza, cantantes pop sin oído para la música…, todos ellos con bebidas heladas en la mano y ropa de diseño informal, diamantes del tamaño de planetas y relojes tan caros como un coche de gama media.

Las mujeres: demasiado vestidas o demasiado desnudas, con risas forzadas o inexistentes, atentas a la indumentaria de las demás y a la elección ornamental de la anfitriona. Los hombres: demasiado aburridos o demasiado entusiastas, concentrados en establecer contactos, por negocios o por placer, siempre con el mismo mantra: «Cierra el trato, cierra el trato».

Y, ay, los famosos. También estaban allí, mucho menos retocados que en sus fotos de TV Guide y Entertainment Weekly. Los comentarios sobre su aspecto físico esperaban hasta después de la

fiesta o los susurraban a sus espaldas.

Por fin, localizó el objetivo: la naturaleza achaparrada del hombre era inconfundible y su camisa de manga corta sin remeter, una bandera rosa de proporciones descomunales. Podría haber apretado el gatillo en ese mismo instante. La recámara estaba cargada con tres cartuchos, tres proyectiles de siete milímetros preparados para surcar sesenta centímetros de acero y unos cuarenta metros de aire nocturno. Pero habría sido demasiado obvio.

El momento tenía que ser el idóneo.

Los invitados iban y venían, se reunían y se dispersaban como las mareas. La música recorría los terrenos de la mansión, por encima de la piscina y el césped recortado, playa abajo hasta la orilla. Dentro de los guantes de látex, le empezaron a sudar las manos. Bajo los pies, las olas de espuma sonaban agitadas, como si el mar se acercara poco a poco.

Por fin, el objetivo pasó desde la terraza abarrotada al gran salón, iluminado como un burdel. Todas las persianas estaban levantadas, todas las contraventanas abiertas y todas las bombillas encendidas, de manera que los invitados apreciaban con facilidad el esplendor de la mansión… y el rifle seguía los movimientos de su objetivo por el vestíbulo, hacia el ala sur, escaleras arriba hasta el dormitorio principal.

Los petardazos sonaban desde hacía un buen rato, un estallido luminoso por aquí, una explosión aguda por allá, como cualquier noche de Cuatro de Julio, pequeñas detonaciones procedentes de lugares sin determinar. Pero esos sonidos no eran nada. Los fuegos artificiales más memorables estaban aún por empezar.

Más abajo, en la playa, el espectáculo patriótico comenzó por fin. Una sucesión de candelas romanas se elevó entre estampidos, restallidos y una banda sonora animada. Los cohetes se alejaron a toda velocidad sobre el agua con un reventón de luz roja que se derramó como un reguero de sangre contra un cielo negro como la muerte.

La mayoría de los invitados miraban hacia arriba mientras el

espectáculo pirotécnico iluminaba sus rostros inexpresivos. La atención de quien ahora empuñaba el fusil, en cambio, permanecía mucho más abajo. Durante unos minutos, el objetivo desapareció de su vista, pero volvió a emerger en la planta de arriba de la mansión. Se había trasladado a la ventana del baño.

Un disparo repicó, y luego otro. Ambos erraron. Se produjo un tercero que recorrió el cañón del Remington y atravesó la ventana gruesa y el cráneo del hombre.

En la fiesta de más abajo, los invitados aún miraban el cielo, embobados. No habían reparado en la descarga del fusil. Entre los fuegos artificiales, solo había sido una explosión más.

CAPÍTULO UNO

Unas horas antes de que yo misma encontrara el cadáver, se me vino a la cabeza uno de los concisos comentarios del detective Mike Quinn: «¿Sabes, Clare? Aunque es un principio físico poco conocido, una suma grande de dinero puede crear un universo completamente separado».

—Cuánta razón tenías, Mike —susurré mientras miraba a mi alrededor.

Estaba de pie en la terraza de dos plantas con vistas al mar de *Otium cum Dignitate*, Ocio con Dignidad, la mansión de diez millones de dólares de David Mintzer en East Hampton, donde su habitual fiesta del Cuatro de Julio se encontraba en pleno apogeo.

Unas velas flotantes se mecían en el *jacuzzi* como hadas acuáticas bailarinas. Los maceteros antiguos de porcelana endulzaban el aire marino con orquídeas insólitas y jazmines nocturnos. Los altavoces, ocultos entre los setos, acompañaban la música de las olas cercanas con las majestuosas composiciones de Gershwin y Copland. Y las bandejas de plata iban y venían repletas de copas de champán obscenamente caro y fresas recién recogidas, del tamaño de limones, bañadas en el mejor chocolate belga.

East Hampton, por supuesto, era uno de los vecindarios más exclusivos de Estados Unidos. Se encontraba entre Amagansett, Wainscott, Sagaponack, Bridgehampton, Southampton y otros cuantos lugares costeros con denominaciones pintorescas que, en

conjunto, recibían el nombre de «los Hamptons». Cada uno de ellos tenía sus playas, sus permisos y sus normas de restricción de aparcamiento (de un carácter tan elitista que algunos las considerarían fascistas).

Además, East Hampton era un buen ejemplo de la teoría de mi amigo detective. Para los millonarios que veraneaban allí, desde magnates de los negocios hasta estrellas de cine, desde herederos de rancio abolengo hasta nuevos ricos pretenciosos, aquel sitio era un viaje atrás en el tiempo, donde las luces de neón estaban prohibidas, los pintorescos paisajes rurales estaban protegidos y las elegantes fincas quedaban ocultas tras altísimos setos que decían «Prohibido el paso». (Aunque la clase alta de la zona los denominaba «setos cortavientos» por no admitir su aversión a las miradas de la gente del montón, algo que resultaría demasiado esnob).

Para mí, los Hamptons eran muchas cosas, pero sobre todo significaba estar a ciento sesenta kilómetros de las crudas amenazas y los golpes bajos de la ciudad de Nueva York. El dinero había forjado otra dimensión para esas personas, una existencia de seguridad, belleza y gusto libre de delincuencia y vulgaridad.

Los pueblecitos se situaban en el extremo de la orilla sur de Long Island, el llamado South Fork, una pintoresca franja de tierra llena de charcas, marismas y colinas. Por el norte se extendían unas bahías de aguas azules, mientras que el sur estaba bañado por el océano Atlántico.

Había rutas de senderismo y alta cocina. Puestos de productos agrícolas y un festival de cine. Santuarios de aves y piscinas de obra. Reservas naturales y canchas de tenis. Allí se encontraba el estudio original sin calefacción de Jackson Pollock, así como Quelle Barn, la casa de verano multimillonaria de Steven Spielberg en East Hampton, en teoría vigilada por miembros retirados del Mossad, el servicio secreto israelí.

Hasta la luz era especial en los Hamptons. Los artistas afirmaban que se debía a la forma peculiar del paisaje, a la inclinación de los

rayos del sol cuando rebotaban contra el agua. Fuera lo que fuese, era algo que no encontraban en ningún otro lugar y una de las razones de que la zona se convirtiera en una colonia artística, de las más famosas de Estados Unidos, mucho antes de que las grandes celebridades de la Ciudad de las Estrellas comenzaran a disparar el precio de la vivienda en Los Ángeles.

Los colores (y no solo las personas) también eran más ricos en los Hamptons. Una mañana en la que madrugué para nadar, me vi frente a un mar tan idéntico al cielo que el paisaje parecía exento de horizonte, un azul que se extendía sin fin.

En ese momento, al otro lado de Long Island, carente de playas prístinas de arena blanca, la mayoría de los residentes neoyorquinos vivían apelotonados en apartamentos del tamaño de cajas de cerillas, en adosados ruinosos y en viviendas de protección oficial, todas abrasadas bajo ese calor urbano que derrite cada gramo de tu energía antes de absorberla por completo. Las sirenas de emergencia y los gritos de los vecinos acababan por sistema con cualquier esperanza de tranquilidad duradera, y la basura de las aceras, con el sol del verano, impregnaba el aire de un tipo de fragancias que Calvin Klein jamás embotellaría.

Como los ánimos también se caldeaban, los atracos, los robos, las agresiones y los asesinatos se incrementaban de manera exponencial en toda la ciudad. Y Mike Quinn hacía muchas horas extra en la comisaría número seis del Departamento de Policía de Nueva York.

Pero allí, en East Hampton, el trabajo policial parecía limitarse a las borracheras públicas, a los accidentes de tráfico y a algún episodio ocasional de cleptomanía por parte de alguna actriz. La brisa delicada tonificaba a los residentes con el vigor de la espuma del mar y las noches eran frescas, tranquilas y lo bastante oscuras como para ver las constelaciones.

Ese sitio era un mundo de fantasía, una mezcla de Trump y Thoreau con vistas al mar. Y los neoyorquinos que no tenían raíces en su historia compraban su entrada con montones de dinero y

reclamaban sus derechos millonarios. De hecho, habían violado las leyes de la física, como decía mi amigo el detective Quinn, y habían creado un universo completamente aparte.

Dicho lo cual, ¿qué puñetas hacía allí yo, Clare Cosí, una trabajadora de clase media? En ese instante, preparar mezclas espumosas de café para los ilustres invitados de David Mintzer.

Lo sé, lo sé…, en Estados Unidos el término «barista» se asocia a actores en paro y estudiantes universitarias, sin pensar que los estadounidenses consumen la mitad de las existencias de café del mundo, unos cien mil millones de tazas al año, y que en un día normal el setenta por ciento de la población toma café. Aquí, el título profesional de barista no está tan respetado como, por ejemplo, en Italia, un país con más de doscientas mil cafeterías.

Lo cierto es que yo empecé pronto en el mundillo. Mi abuela paterna me enseñó. Me crie con ella en Pensilvania. Yo vivía, prácticamente, en su pequeña tienda de comestibles y preparaba expresos para los clientes y amigos en la maltrecha cafetera italiana que trajo consigo a Estados Unidos desde Italia. Cada café que servía me reportaba una palmadita en la cabeza y una moneda en la mano.

Mi padre, un hombre menudo, extravagante y siempre nervioso a quien le encantaba tomarse un cafelito matutino acompañado de un puro y un chupito de anís, dirigía una casa de apuestas ilegal en la trastienda del colmado de mi abuela.

Mi madre no llegó a comprobar mis habilidades para preparar café. Se marchó cuando yo tenía siete años y, aunque durante años pensé que se había ido porque yo no era lo bastante buena, al final comprendí que en realidad se había hartado de las correrías de mi padre.

Un día, un tipo proveniente del soleado Miami vino al pueblo a visitar a un amigo y mi madre se fugó con él sin dejar más que una nota garabateada con prisas donde expresaba con claridad sus intenciones. Quería borrar por completo su pasado, que, por desgracia, también me incluía.

Fue entonces cuando apareció mi abuela. Preparar expresos en la tienda de mi abuela era uno de los momentos de mi infancia que recordaba con más cariño. Por eso, no es de extrañar que siempre asociara las cosas buenas con el aroma penetrante, cálido y reconfortante del café recién hecho: la esencia del hogar, de los abrazos de mi abu, del amor incondicional frente a un rechazo incomprensible.

Incluso después de mis estudios universitarios y de mi éxito como escritora culinaria, decidí que preparar el café perfecto una vez tras otra para alguien que podía estar cansado, abatido, sediento o triste no era una tarea baladí.

Pese a mi rol en aquella fiesta en East Hampton, mi profesión no era, en efecto, «barista de las estrellas». Mi ocupación real era la de gerente a tiempo completo en el Village Blend, una cafetería emblemática y centenaria situada en el Greenwich Village de Manhattan, que era donde David Mintzer y yo nos habíamos hecho amigos.

A sus cuarenta y tantos años, David era uno de esos hombres a quienes se podía describir con una serie de adjetivos, pero siempre con la palabra «algo» delante: algo barrigón, con el pelo oscuro y algo escaso y los ojos algo saltones. Sin embargo, tenía otras cosas que sí eran más que ligeras: una de ellas, su ingenio, rápido e irónico; la otra, su olfato para los negocios.

David era un genio absoluto en todo lo que se propusiera. Había diseñado colecciones, tanto para hombre como para mujer, de ropa, maletas, zapatos, perfumes y productos del hogar con distribución internacional. Dirigía tres revistas prestigiosas, dos cadenas de restaurantes y de vez en cuando aparecía en el programa de Oprah para informar a los telespectadores de las tendencias de la temporada.

Nos conocimos en una fiesta de la Semana de la Moda durante el otoño anterior. David se había comprado una casa adosada en el Greenwich Village y se había convertido en un cliente habitual de mi cafetería. Se quedó tan impresionado con nuestros exclusivos

tuestes y mezclas, por no mencionar mis cócteles de café, que me hizo una oferta. Si formaba y supervisaba a sus baristas en su nuevo restaurante de East Hampton, llamado El Cafetín, no solo me pagaría un buen sueldo, sino que también me cedería una habitación de invitados en su mansión de la playa durante todo el verano.

Al final me convenció y acepté que, entre junio y septiembre, repartiría mi tiempo entre El Cafetín y el Village Blend, y dejaría mi cafetería a cargo de algún subgerente cuando yo me ausentara.

Pero no me malinterpretes. David y yo no éramos amantes, ni mucho menos. En ese momento teníamos una de esas relaciones indefinidas a medio camino entre lo personal y lo profesional. Y, para ser sincera, aunque yo hubiera querido algo más, tampoco estaba segura de que eso fuera posible. Unas veces coqueteaba conmigo como un hombre hetero, y otras me daba la impresión de que era, en fin, algo afeminado (de nuevo, ese «algo» delante). A la postre, su sexualidad parecía, en el mejor de los casos, ambivalente.

La cosa es que, además de muy rico, David era muy tierno, al menos conmigo. Al principio de la noche, por ejemplo, el chef de El Cafetín (Victor Vogel) y el gerente (Jacques Papas) llegaron a la mansión con comida preparada en el restaurante. David puso mucho empeño en servirme en persona dos copas de su champán importado y una generosa ración de ensalada de langosta de ciento veinte dólares el kilo.

Durante el resto de la noche, seguí embelesada con el entorno costero y, por supuesto, con las burbujas francesas que no dejaban de fluir. ¿Qué quieres que te diga? En la ciudad, apenas podía permitirme una cola de langosta muy de vez en cuando. Allí, en cambio, las rondas interminables de bandejas de plata —una de las cuales estaba en manos de Joy, mi hija— rebosaban de canapés de marisco y de hojaldres franceses en miniatura que parecían obras de arte moderno.

David había animado a todos los camareros para que comieran, bebiesen y se divirtieran tanto como los invitados, y yo, sin pensármelo dos veces, le había tomado la palabra. Si bien era cierto

que formaba parte del «servicio» y que ese asunto de los Hamptons no era tan distinto de la típica fiesta doméstica donde se pincha un barril de cerveza en el patio, no pude evitar sentirme impresionada. Nunca había asistido a una fiesta del Cuatro de Julio en los Hamptons (un logro social neoyorquino tan reseñable que cualquiera habría pensado que venía acompañado de una condecoración militar) y, aunque en secreto, estaba entusiasmada.

No es de extrañar, por tanto, que la violencia y la degeneración fueran lo último que esperaba encontrar esa noche. Y, sin duda, era lo último que tenía en la cabeza antes de encontrar el cadáver. La hora de la muerte, según supe más tarde, fue más o menos la misma que cuando empezaron los fuegos artificiales, pero no hallé el cuerpo sin vida hasta mucho después de que el espectáculo terminara. De modo que, a esas alturas de la noche, aún mantenía una relativa despreocupación.

Lo mismo podría decirse de mi hija de veintiún años, que se alojaba conmigo (debido a mi insistencia y por razones que desarrollaré después) en la casa de David durante las vacaciones de verano de la escuela de cocina del Soho donde estudiaba. Joy estaba tan emocionada como yo por asistir a esa fiesta, aunque por motivos distintos de los míos.

—Mamá, ¡mamá! ¿Has visto a Keith Judd? —borboteó mientras se acercaba con una bandeja vacía.

Joy tenía mi pelo castaño, mis ojos verdes y mi cara en forma de corazón; de su padre había heredado la estatura. No, no medía uno ochenta, pero sí diez centímetros más que yo, que no llegaba al metro sesenta. También tenía el carácter de su padre, más efervescente que una botella de vino espumoso de Asti. Esa noche vestía la misma indumentaria que el resto de los camareros de El Cafetín: un polo rosa salmón con el logo del restaurante bordado en hilo color moca a la derecha del pecho. Los hombres llevaban pantalones caquis, y las mujeres, falda del mismo color. En el restaurante también llevábamos delantales color moca. Sin embargo, esa noche, al tratarse de una fiesta privada en su casa, David

prefirió que no usáramos delantal.

—Mira, mamá, mira. ¿Lo ves ahí al lado de la piscina? Antes me ha guiñado el ojo. De verdad, me lo ha guiñado. A mí.

—Ajá —contesté mientras añadía el arábica recién molido en el cacillo. Prensé el grano molido, eliminé el exceso de café que sobrepasaba el borde, acoplé el portafiltro a la cafetera y pulsé el botón para iniciar el proceso de extracción.

—¿Y eso qué tiene de bueno? —le pregunté a Joy.

Muchos famosos (actores, estrellas del pop, escritores y personajes de la televisión) vivían en el Village o muy cerca del barrio y yo les había servido muchos cafés con leche. Pero antes de mi llegada al negocio, la venerada propietaria de la cafetería, que además era mi exsuegra, Madame Dreyfus Allegro Dubois, había atendido con asiduidad a algunos de los miembros más famosos de la generación *beat*, desde Jack Kerouac, Lenny Bruce y Willem de Kooning hasta James Dean. En consecuencia, yo estaba más acostumbrada al «avistamiento de famosos» que mi hija.

—Venga ya, mamá. No me vas a decir que no sabes quién es Keith Judd.

—Claro que sé quién es, cielo. El actor ese de películas trepidantes de espías, ¿no? Este año lo nominaron al Óscar por su papel en un drama judicial. El buenorro del momento.

—No digas «buenorro», mamá. Pareces una antigua.

Con un gruñido, terminé de preparar los dos expresos, vertí el líquido negro en una batidora, añadí hielo picado, leche, sirope de chocolate y un chorrito de sirope de vainilla y lo mezclé todo a máxima velocidad. Serví los «cafelados de chocolate», como los llamábamos en el Village Blend, en dos tazas de cristal, los coroné con nata chocolateada y virutas de chocolate y le hice una señal a Graydon Faas para que se acercara al puesto de café que habíamos montado al aire libre.

Al igual que mi hija, Graydon era uno de los empleados de El Cafetín que trabajaban esa noche en la fiesta. Era un fanático del surf, alto y callado, y tenía unos veintitantos años y el pelo castaño

rapado con mechas rubias. Con una mirada rápida y nerviosa a Joy, recogió las bebidas espumosas y se las llevó a los clientes que las habían pedido.

—Vale —le dije a mi hija—. Retiro lo de buenorro. Pero ¿se puede saber por qué me tiene que gustar que un tío de mi edad, de cuarenta años como mínimo, le guiñe el ojo a mi hija de veintiuno?

Puso los ojos en blanco.

—Porque es un actor famoso.

—Cariño, la mitad de la gente de la fiesta ha aparecido en la portada de la revista *Trend* y la otra mitad ha salido en el *Wall Street Journal*. ¿No estudiaste a Chaucer en el instituto? La integridad estructural de *La casa de la fama* era, cuando menos, dudosa.

—Me da igual. Está tremendo.

—¿Quién está tremendo? —dijo Treat Mazzelli, que acababa de acercarse a Joy y le estaba echando un musculoso brazo por encima —. ¿Otra vez hablando de mí?

También camarero en El Cafetín, Treat tenía unos veinticinco años, unos ojos marrones fulgurantes, el pelo azabache y la constitución robusta y musculosa de un levantador de pesas. También era un chico sin complejos a quien le encantaba usar su sentido del humor coqueto con las hembras más jóvenes de su especie.

—Hijo, menudo ego —bromeó Joy—. No hablaba de ti, sino de Keith Judd. Antes me ha guiñado el ojo.

Gruñí con repugnancia y sacudí la cabeza. Treat reparó en mi reacción.

—Tranquila, madre Clare —dijo, con tono burlón—. He sido testigo del «incidente Keith Judd».

Levanté una ceja.

—¿Ha sido un incidente? —pregunté.

Joy le sonrió.

—¿Qué has visto?

Treat se encogió de hombros.

—Joy estaba mirando fijamente a Judd con mucha insistencia.

¿Podríamos decir con cero disimulo? Era obvio que el tipo le estaba tomando el pelo cuando le ha guiñado el ojo. Parece que está acostumbrado a las fanes como ella.

—Yo no soy una fan. —Joy fingió indignación, pero vi que esbozaba una sonrisilla coqueta mientras le clavaba la mirada a Treat—. Bueno, vale, seguramente sí que lo estaba mirando. Pero al menos no se me ha caído la bandeja. Tengo un meritazo.

—Venga, preciosa, vamos. —Treat se echó a reír—: Claro que tienes un meritazo.

Como ambos eran de la misma estatura, Treat le pasó el brazo por el cuello para hacerle una llave de lucha libre y frotarle la cabeza. Pero Joy era demasiado rápida para él. Con un chillido, se zafó de su brazo.

—Ni. Se. Te. Ocurra. ¡No me toques el pelo!

Treat puso cara de fastidio.

—¿Qué pasa, princesita? ¿Se te va a estropear la coleta?

—Llevo una coleta muy bien hecha —apuntó Joy—. No quiero que me despeines.

—Mira, nena. No sabes lo que es la vida hasta que Treat te despeina un poco. ¿Qué me dices? ¿Quedamos después de la fiesta? —Extendió el brazo para tirarle del pelo.

Joy apartó la coleta, pero percibí que le divertía el juego, que le divertía mucho.

De manera que carraspeé… con fuerza.

—Será mejor que pongáis en circulación las bandejas o Madame os largará un puntapié con sus zapatos Gucci.

—A sus órdenes, aguafiestas. —Tras un saludo dirigido a mí y un guiño exagerado a Joy, Treat se marchó a la cocina, donde mi exsuegra de origen francés hacía las veces de «reina culinaria suprema», como Treat la había llamado un rato antes.

Un rasgo de Madame era que, llevara un Oscar de la Renta *vintage* o un delantal manchado de salsa bearnesa, siempre lucía un porte regio inigualable. Y para tener casi ochenta años, derrochaba más optimismo del que yo conseguiría reunir jamás. Me alegraba

que hubiera venido a visitarnos a mí y a su nieta, y más todavía que se hubiera ofrecido a dirigir la cocina de la mansión esa noche para que los camareros y camareras llevaran las bandejas como es debido y mantuvieran un flujo de comida constante.

Joy observó a Treat mientras este entraba en la mansión.

—Venga ya, mamá. Deja que impresione a Keith Judd. Prepara algo superespecial para que se lo lleve.

—No.

—Andaaaaa. —Joy se llevó la mano a la mejilla—. ¿Qué tal uno de tus expresos de ocho capas de chocolate y almendra?

El expreso de ocho capas requería un complicado equilibrio físico: había que combinar los siropes más pesados con los líquidos más ligeros para crear una bebida con un aspecto bonito. Era mi versión del *pousse-café*, ese cóctel por capas de distintos licores con diversos colores y densidades, típico de Nueva Orleans. La traducción del francés sería «empujador de café» y, según dicen, un verdadero *pousse-café* es lo que define a un barman veterano. Por eso decidí crear uno empleando café de verdad. Pero lo último que me apetecía era Invertir mi talento en colaborar con mi hija para impresionar a un actor mujeriego.

—Esa es una bebida caliente —contesté—. Esta noche solo preparo bebidas frías.

—Venga… —suplicó Joy—. Le va a encantar que sea caliente. Está empezando a refrescar.

Mi hija tenía los ojos tan grandes como lunas de esmeralda. Como una niña pequeña, sabía lo que quería y cuándo lo quería. ¿Qué hice entonces? Lo que haría cualquier madre norteamericana que se precie. Suspiré, sacudí la cabeza y cedí.

—De acuerdo —accedí—. Pero ¿no sería mejor un *frappé* tropical de café? —Gracias al ron y al coco, ese cóctel se había convertido en el favorito de la noche.

—No, no es lo bastante especial.

—¿Y un batido de café helado con Amaretto? —El Kahlúa y el Amaretto le daban un punto estupendo.

—No. Por favor, prepara el de ocho capas, ¡le va a encantar! Porfa, mamá…

—Vale, pero necesitaré un rato de concentración. Tendrás que ocuparte tú de preparar las bebidas para los invitados hasta que termine.

—¡Hecho!

Linos quince minutos después de que Joy le llevara mi atractiva versión del *pousse-café* al atractivísimo actor, empezaron los fuegos artificiales.

Siempre me encantaron los espectáculos del Cuatro de Julio. Cuando mi ex y yo estábamos felizmente casados —durante unos cuantos años en los que Joy era todavía muy pequeña y las cosas todavía no se habían ido del todo al traste—, montábamos a Joy en su carrito y nos íbamos a Franklin Delano Roosevelt Drive, en Manhattan. El Ayuntamiento cerraba la autopista para que los residentes se apostaran a lo largo del East River, desde Harlem hasta South Street Seaport, para contemplar los fuegos artificiales más espectaculares del país. Lanzaban cohetes desde unas barcazas que flotaban en el río mientras los vendedores ambulantes de helados, perritos calientes y brochetas ofrecían su comida deliciosa y las radios portátiles transmitían música sincronizada.

Recuerdo que Joy aplaudía encantada en su sillita mientras Matt me rodeaba con sus fuertes brazos y me pedía que me apoyara en él. Ojalá nos hubiéramos quedado así, ojalá nunca nos hubiéramos marchado de Franklin Delano Roosevelt Drive y los fuegos artificiales hubieran durado para siempre.

Sin embargo, el espectáculo de esa noche era privado y lo organizaba David, que era un debutante en East Hampton. Esa era su tercera fiesta anual del Cuatro de Julio. Dos hermanos procedentes del barrio chino de Manhattan, que hacía tiempo habían conseguido los permisos legales necesarios para ofrecer espectáculos pirotécnicos privados en las fiestas de los Hamptons, habían instalado los cohetes en la playa, orientados de forma que cayeran sobre el mar.

En ese momento, los colores proliferaban en el cielo nocturno y pintaban su lienzo estrellado con luces trémulas que se deslizaban como diamantes húmedos hasta las olas negras. Todos nos detuvimos para contemplar el espectáculo y, tras el último estallido de energía, la fiesta continuó un poco más hasta que los invitados, al igual que las luces parpadeantes de los cohetes gastados, se perdieran en la noche.

La rapidísima evacuación de los asistentes no supuso ninguna sorpresa. Las nubes se acercaban rápido desde el mar y el destello de un relámpago lejano acompañado de truenos fue el equivalente al saludo final de los actores en un espectáculo de Broadway. Entre sonrisas, gestos con la mano y deseos de buenas noches, la multitud, simpática y feliz, entró en la mansión y salió por la puerta principal como un tren de cercanías humano.

Cuando el último de los invitados se hubo marchado, ordené a Joy y a Graydon Faas que limpiaran a fondo la gran terraza. Había tazas, vasos de cóctel y servilletas por todas partes. Las tumbonas, los bancos antiguos y los demás muebles estaban desperdigados por la terraza y también por el césped. Y con la tormenta que se acercaba, teníamos que trabajar rápido para guardar el costoso mobiliario en el interior de la casa antes de que rompiera a llover.

—Clare, ¿qué hago con estas fresas tan estupendas? —me preguntó Madame mientras yo trasladaba la cafetera a la encimera de la cocina—. No queda ni una pizca de caviar y las gambas se acabaron hace un buen rato, pero han sobrado unos diez kilos de fresas frescas. Puedo envasarlas para el restaurante o meterlas en cuencos para que David las utilice en casa.

Incluso después de una larga velada, Madame tenía el mismo aspecto impecable de siempre. Llevaba la media melena teñida de un elegante tono plateado y recogida en un cuidado moño. Sobre la blusa fucsia sin mangas y los pantalones negros de verano, se había puesto un delantal blanco de chef para protegerse de las salpicaduras, aunque seguía casi impoluto.

—Será mejor que David decida qué hacer con ellas —contesté al

tiempo que agarraba una de las fresas para comérmela—. Por cierto, ¿dónde está? No lo veo desde antes de los fuegos.

Joy nos oyó.

—A lo mejor sigue fuera con los últimos invitados.

—No, no. No se sentía demasiado bien —explicó Madame—. Me dijo que le había entrado una fuerte migraña que parecía una reacción alérgica, aunque estaba seguro de no haber comido nada capaz de provocársela. En cualquier caso, subió a tomar no sé qué medicina y a tumbarse un rato. También me pidió que trasladara sus disculpas a los invitados que se marchasen antes de que él bajara. ¿Se habrá dormido?

Miré el reloj.

—Si ha tomado la medicación de la migraña, se habrá quedado frito.

—Será mejor que vayas a ver cómo está —sugirió Madame—. Igual necesita algo.

—Buena idea.

—Oye —me llamó—. Si ves al chico ese, a Treat, ¿le dices que venga a buscarme? Hace un rato fue a ver si había algún un baño libre, porque los de la primera planta han estado ocupados toda la noche, y creo que desde entonces se está escaqueando.

Al oírlo, puse cara de extrañeza. Escaquearse no era propio de Treat Mazzelli. En El Cafetín era un buen camarero, serio y formal. Sin embargo, era propenso al coqueteo y el ambiente de la fiesta podía haberle dado alas para dejarse llevar. Supuse que lo encontraría en un rincón apartado con alguna empleada complaciente, aunque esperaba que solo le estuviera robando unos cuantos besos. David se pondría furioso si se enteraba de que Treat estaba en una de las habitaciones de la mansión seduciendo a una compañera de trabajo.

—¡No te preocupes! —le grité a Madame—. Le pondré una soga al cuello y lo traeré a rastras.

Un trueno retumbó a lo lejos cuando salí de la gran cocina de lujo. Con la fresa gigante aún en la mano, entré en el gran salón,

una sala espaciosa llena de sofás de plumas, butacas mullidas y montones de espléndidas antigüedades. La estancia estaba presidida por una enorme chimenea situada en uno de los extremos, mientras que el muro paralelo a la terraza y a la playa era transparente gracias a una hilera de altos ventanales pulladianos que en ese momento estaban cerrados por la inminente tormenta.

El dormitorio de David se situaba en el extremo sur de la amplia mansión. Me lo había mostrado el día en que llegué, durante el recorrido que me ofreció para enseñarme toda la propiedad.

Subí los escalones que separaban el gran salón de la biblioteca. Al final del pasillo de la segunda planta del ala, había una puerta doble de caoba que daba al dormitorio principal. La puerta estaba cerrada y me dispuse a llamar cuando oí correr el agua.

El sonido provenía de una puerta del pasillo perpendicular a la puerta doble. Según recordé, daba al baño privado de David, un espacio amplio, elegante y moderno dotado de *jacuzzi*, iluminación ambiental, calentador de toallas y televisión por satélite.

Por lo general, David accedía a ese baño desde su habitación. Aquella puerta que daba al pasillo solo servía para que Alberta Gurt, el ama de llaves, entrara a limpiar sin molestar. Por supuesto, como el agua corría, di por hecho que David estaría dentro, así que llamé con delicadeza a la puerta.

—¿David?

No hubo respuesta.

Llamé más fuerte y esperé mientras tomaba el último bocado de la enorme fresa y me chupaba los dedos.

—¡David! Soy Clare. ¿Necesitas algo?

Seguía sin haber respuesta.

Volví a llamar, esta vez lo más fuerte que pude.

—David, ¿estás bien? ¿David?

Giré el pomo y vi que la puerta no estaba cerrada con pestillo.

—¡David, voy a entrar!

Muy despacio, abrí solo un poco para que le diera tiempo a contestar. Miré dentro y vi un charco rojo sobre el mármol color

marfil. Entonces abrí del todo… y grité.

CAPÍTULO DOS

—¡Mamá! ¿Has gritado tú? ¿Estás bien?

Joy fue la primera en aparecer por el pasillo, seguida de Madame, que llegó algo más despacio que su nieta, pero igual de angustiada.

—Clare, ¿qué pasa?

—David… —susurré, con una sensación de embotamiento. Aunque su rostro apuntaba en dirección contraria a la puerta, supe que tenía un disparo en la cabeza. Estaba inmóvil como una roca y tenía la piel de los brazos de un gris azulado céreo y las uñas incoloras.

—Joy, ¿qué pasa? —Graydon Faas fue el siguiente en llegar por el pasillo; su figura larguirucha se acercó con rápidas zancadas.

A continuación acudieron otros dos miembros del personal: Suzi Tuttle, natural de Long Island, y Colleen O'Brien, una joven inmigrante irlandesa.

El grupo se agolpó a mi alrededor. Señalé y todos se volvieron para ver a David Mintzer, que yacía bocabajo sobre el suelo de mármol italiano de importación, rodeado por un charco rojo que manchaba la piedra color marfil.

—Ay, Dios —murmuró Madame.

—Virgen santa —susurró Colleen.

—No —dijo Graydon con voz áspera—. No puede ser.

Mientras todos mirábamos con silenciosa estupefacción, una voz

masculina resonó a nuestras espaldas:

—¿Lo he soñado o acabo de oír a Clare gritar?

Nos dimos la vuelta y vimos que David Mintzer estaba justo detrás de nosotros.

Entonces gritamos todos.

David acababa de salir de su habitación, que estaba completamente a oscuras, con los ojos somnolientos y entrecerrados. Solo era una pizca más alto que yo y, de manera espontánea, lo abracé por el cuello.

—Ay, Dios mío, David —grité—. ¡Estás vivo!

—¿Clare? —David parpadeó, desconcertado, y me clavó sus ojos marrones y saltones—. ¿Qué puñetas…? —Se quedó callado al reparar, por fin, en la puerta abierta y en la sangrienta tragedia que había tenido lugar en su baño de diseño—. ¡Cielo santo! ¿Quién es ese?

Todos seguíamos mirando con asombro desde el umbral. Aparté suavemente a los demás y, con cuidado de no tocar la sangre, entré en el baño y me acuclillé junto al cadáver para palparle la piel gris azulada y cerosa. Despacio, le giré la cabeza para que pudiéramos verle la cara.

Joy emitió un gemido ahogado, Graydon gritó y Colleen chilló.

Para entonces, ya intuía de quién se trataba por simple eliminación y, al ver los rasgos del joven, mis temores se confirmaron. El cadáver que yacía en el suelo era Treat Mazzelli.

Y, a esas alturas, también sabía por qué me había equivocado al identificar el cadáver. Tanto David como Treat tenían el pelo corto y negro, medían menos de uno setenta y llevaban una camisa de manga corta. Claro que la camisa de lino Ralph Lauren de David era trescientos dólares más cara que el polo de Id Cafetín que llevaba Treat, pero los colores rosa salmón eran casi idénticos, al igual que los pantalones caquis. Como ambas camisas eran holgadas y ninguno de los dos la llevaba remetida por dentro del pantalón, a primera vista no se apreciaba la diferencia entre la silueta de Treat, que era la de un musculoso levantador de pesas de veintitantos

años, y la de David, más propia de un glotón de mediana edad. De lejos, los dos tenían los mismos brazos velludos y una complexión fuerte.

Mientras los demás, agolpados junto a la puerta, reaccionaban con expresiones de consternación, mi mente se puso a mil por hora. Tiempo atrás, yo misma había resuelto el asesinato de una empleada del Blend, un caso asignado a un detective del Departamento de Policía de Nueva York alto y atractivamente desaliñado. Después de aquello, Mike Quinn se convirtió en un cliente habitual de mi cafetería. Mientras le preparaba de manera rutinaria su café con leche grande, él compartía conmigo los detalles de sus casos de homicidio (además de los pormenores de su tortuoso matrimonio, que seguía al borde del divorcio).

Yo distaba mucho de ser una profesional de la investigación detectivesca y cometí muchos errores en los sucesivos intentos. Pero ya había aprendido unas cuantas cosas de Michael Ryan Francis Quinn. De hecho, en ese momento casi lo oí decir…

Piensa con objetividad, Clare, no con emoción. Empieza por mirar a tu alrededor. ¿Qué ves?

Eché un vistazo al suelo del baño, cerca de las manos azuladas de Treat, pero no vi ningún arma. Entonces me fijé en el cráneo. No tenía manchas negras ni quemaduras alrededor de la herida y tampoco había restos visibles de pólvora. Eso significaba que a Treat no lo habían disparado de cerca. Y, por supuesto, tampoco se había disparado a sí mismo.

Me di la vuelta y examiné la gran ventana del baño.

—Aquí está —susurré.

En el cristal, a la altura donde habría quedado la cabeza de Treat cuando estaba de pie, había un único agujero de bala. Mis conocimientos de balística eran prácticamente nulos, pero parecía obvio que el cristal habría aminorado la velocidad del proyectil. Miré de nuevo el cráneo en busca del agujero de salida, pero no lo encontré, con lo que deduje que el médico forense tendría que sacar la bala del interior del cerebro durante la autopsia.

Con suavidad, levanté uno de los brazos de Treat. No estaba rígido, cosa que no me sorprendió. Lo había visto con vida menos de dos horas antes y el *rigor mortis* tarda más en aparecer. La piel aún parecía caliente. Las zonas del cuerpo más cercanas al suelo estaban amoratadas, pero, cuando las tocaba, se ponían blancas.

—Clare, ¿qué haces? —preguntó David. Estaba a punto de entrar al baño.

—¡No entres! —Le advertí—. No entres al baño. Estamos ante el escenario de un crimen.

Me levanté y, con cuidado, salí del baño y cerré la puerta.

Treat había sido un joven atento, afable y con un magnífico sentido del humor. Un buen trabajador, siempre puntual, apacible hasta el asombro, incluso en la acalorada cocina del restaurante El Cafetín. De hecho, era una de las pocas personas que conseguían hacer reír a Victor Vogel, el intensísimo chef, y todos se lo agradecíamos.

¿Quién demonios querría dispararle en la cabeza a un chico Inn agradable?, me pregunté.

Nadie, contesté en silencio.

Quien le disparó tenía que haber cometido el mismo error que yo: confundir a Treat con David.

Agolpados a mi alrededor, en el pasillo, seguían los camaleros de El Cafetín. Habían trabajado codo con codo con Treat durante más de seis semanas y reparé en sus reacciones.

Colleen O'Brien sollozaba con desconsuelo.

Joy, con los ojos llorosos, trataba de consolarla.

Graydon Faas parecía destrozado desde que vio el cadáver y seguía con la boca abierta y sin habla.

La única que no pareció inmutarse fue Suzi Tuttle, que se limitó a quedarse con los brazos cruzados y con gesto de fastidio en el atractivo rostro.

Tomé nota de la reacción de Suzi (o de su falta de reacción) untes de abrirme paso entre el grupo hacia el dormitorio de David. La amplia estancia estaba totalmente a oscuras, pero la luz que

entraba desde el pasillo me permitió rodear un diván y llegar hasta su enorme cama.

—Clare, ¿adónde vas? —preguntó David. Me siguió por el interior del dormitorio mientras los demás aguardaban fuera.

—Voy a llamar a emergencias.

Mientras levantaba el teléfono inalámbrico de su base, situada en la mesilla de noche de caoba tallada, y marcaba el 911, David encendió varias lámparas Tiffany. Cuando el operador contestó, le expliqué la situación y le facilité mi nombre, la dirección de la casa de David y su número de teléfono.

—¿Has oído algo mientras estabas aquí, David? —le pregunté después de colgar—. ¿Algún ruido?

—Nada.

—¿Cuánto tiempo has estado en el dormitorio?

Miró su reloj de pulsera.

—Unas dos horas, creo. Subí a echarme justo antes de los fuegos artificiales. He debido de quedarme dormido. Dios… Todavía no me lo creo… ¿Qué crees que le ha pasado a Treat? ¿Ha sido un accidente?

¿Un accidente? Sí, claro. Uno de tus invitados estaba limpiando un arma en el jardín de tu casa y se le disparó, con la mala fortuna de que fue a parar a la ventana de tu baño, justo en el momento en que estaba dentro un hombre de tu misma estatura que iba vestido igual que tú.

Por supuesto, no dije nada de eso. A excepción de la trágica fatalidad de Ted Ammon, el homicidio era algo desconocido por aquellos lares. (Ammon era un respetable financiero al que mataron a golpes en su mansión de East Hampton. El asesino resultó ser el electricista y amante de su exmujer).

Si bien es cierto que los vecinos aún se referían a la calle de Ammon como «la calle del asesinato», llevaban años sin homicidios en la zona. Lo último que los residentes de East Hampton esperaban era que entre sus impenetrables setos se colara un verdadero asesino. Por eso supe que a David le costaría aceptar que hubiera

ocurrido algo así en su propia casa.

—No estoy segura de qué ha pasado —le dije con tacto—. Pero haz memoria, David. Cuéntame exactamente por qué te fuiste de la fiesta.

Se encogió de hombros.

—Noté que me estaba entrando migraña. La alergia me provoca fuertes dolores de cabeza y sé cómo tratarlos: me meto en un cuarto completamente a oscuras y tomo la medicación. Me tomé dos pastillas y me vine directo al dormitorio. No me molesté en encender ninguna luz, solo puse el aire acondicionado y me tumbé. Oí los fuegos artificiales, pero no fui capaz de verlos. Me quedé dormido y lo siguiente que recuerdo es que te oí gritar.

—Clare, ¿qué pasa? —gritó Madame desde el umbral—. ¿Has llamado a la policía?

—Sí —contesté.

Oí que Colleen no dejaba de sollozar y vi que los demás seguían cerca de la puerta del baño, como los testigos de un accidente de tráfico que no están seguros de poder abandonar el lugar.

Miré a David. Como al fin y al cabo estábamos en su casa y no quería parecer una marimandona, le planteé la orden como una pregunta:

—¿Qué os parece si nos vamos abajo, a la cocina? Os prepararé un poco de café mientras esperamos juntos a la policía.

—Vale… Está bien… Claro… —murmuraron todos, y avanzaron por el pasillo hacia las escaleras.

—¡Esperad! —dijo David mientras yo también me alejaba con rapidez—. ¡No me dejéis aquí solo!

CAPÍTULO TRES

—Los muertos me dan mucho miedo. —A Graydon Faas le temblaron las manos al levantar la taza de café.

—Normal —dijo David, dándole una palmadita en el hombro—. A mí tampoco es que me encanten.

Yo acababa de preparar una cafetera para doce de nuestra mezcla especial de desayuno y estaba terminado de rellenar poco a poco las siete tazas. (Nunca lleno las tazas de golpe, sino que vierto un chorrito en cada taza y doy varias vueltas hasta llenarlas del todo. De ese modo, si la suspensión no es homogénea, a nadie le tocará el café más fuerte del fondo ni el más flojo de la parte alta).

Mientras David se ponía nata en el café, yo me tomaba el mío solo, sin apenas paladear su cálido sabor a nuez. En ese momento, la adrenalina no era un problema, pero temía que mis niveles de energía subieran de golpe y luego se desplomaran, razón por la cual me había decantado por esa mezcla. Tenía otras a mano, más complejas y de sabor más intenso, pero el tueste medio llevaba más cafeína que los tuestes italianos y franceses, más oscuros, y quería permanecer alerta durante las siguientes horas.

En ese momento, todos tomaban su café excepto Colleen, que seguía llorando y empapando un clínex detrás de otro. Los rizos sueltos de la chica, de color castaño rojizo, habían comenzado a soltarse de la coleta, y su piel, por lo general colorada, estaba pálida como un sudario, por lo que sus pecas parecían trozos de canela en

rama repartidas por la diminuta nariz. Colleen, una irlandesa inmigrante que había acudido a Nueva York con un visado de estudiante, acababa de cumplir veinte años. Había trabajado desde los ocho años en el *pub* restaurante de su familia en Dublín, y su experiencia como camarera se notaba en que su servicio era eficaz, serio e imperturbable.

Me senté en la mesa de la cocina, de dos metros de largo, justo enfrente de Colleen y Joy, y Madame se acomodó a mi lado. A nuestro alrededor estaban David, Graydon y Suzi. Durante unos instantes, nos quedamos en silencio, oyendo el llanto de Colleen en la enorme cocina de lujo, así como el sonido rítmico del lavavajillas situado junto al frigorífico Sub-Zero.

Joy añadió nata y azúcar a la taza caliente de Colleen y se la puso con suavidad en las manos temblorosas. Colleen tragó saliva con dificultad y comenzó a darle sorbitos al café.

Todos la observamos sin decir nada.

Era obvio que a Colleen le sucedía algo muy personal, pero nadie se atrevía a emitir una sola palabra. Lo normal habría sido respetar la privacidad de la chica, pero, si sabía algo que pudiera ayudar a la policía, yo también quería enterarme.

—Colleen —empecé a decir—, todos sentimos mucho lo de Treat, por supuesto, pero tú pareces destrozada. ¿Te gustaría compartir algo con nosotros?

—¡Aaaayyy! —gimió, y se echó a llorar otra vez.

Porras. Ahora, todos me miraban como si acabara de pegar a la pobre chica. Todos menos Suzi Tuttle.

—Por Dios, Colleen —soltó—. Él no se lo merece.

Suzi, la oriunda de Long Island, tenía veinticinco años, pero había trabajado en bares y restaurantes desde que iba al instituto. Tenía tres pendientes en cada oreja y presumía de otros en el resto del cuerpo, o al menos eso decía. Acentuaba a propósito la Imagen de fiestera con un pelo corto teñido de rubio platino y una raya en los ojos tan gruesa como la de Cleopatra.

Su actitud algo macarra funcionaba bien en el restaurante de

East Hampton de David. Los clientes de El Cafetín no se caracterizaban por ser pasivos y educados. Eran ricos, selectos y lamosos, acostumbrados a satisfacer sus caprichos y peticiones con solo un chasquido de dedos. En semejante ambiente, lo último que podías tener era la piel fina.

Sin embargo, en ese momento la dureza de Suzi me pareció lucra de lugar… hasta que Colleen se sonó la naricilla y, con un suave acento irlandés, anunció con mucha circunspección:

—Será mejor que lo sepáis. Treat y yo estábamos…, estábamos muy unidos.

—Treat se la tiraba —añadió Suzi de forma inexpresiva.

Colleen entornó los ojos.

—Éramos amantes.

Suzi sacudió la mano.

—Treat no amaba a nadie más que a sí mismo.

—¡So bruja, que tienes ojos de mapache! ¿Cómo eres capaz de decir eso con él muerto en la planta de arriba…? —Colleen empezó de nuevo a gimotear.

—Lo digo porque sé muy bien cómo se las gastaba —contestó Suzi con calma—. ¿A que te pidió que mantuvieras la relación en secreto para que no hubiera «rollos raros» en el restaurante?

Colleen dejó de llorar y puso cara de asombro.

—¿Cómo lo sabes? ¿Te contó que estábamos juntos?

—Chica, suma dos más dos. Treat me dijo lo mismo cuando se acostaba conmigo. Y me enteré de la razón: ¡antes había tenido un rollo con Prin!

Madame soltó la taza, se inclinó hacia mí y me susurró:

—Me da a mí que ese chaval se dedicaba a probar empleadas como si el restaurante de David fuera una caja de bombones.

Prin López era una chica hispana que parecía modelo, con el pelo castaño liso hasta la cadera y unos ojos cobrizos de largas pestañas. Se había criado en un barrio conflictivo del Bronx, el distrito más pobre de Nueva York, pero había conseguido trabajar como camarera en un popular bistró del Upper West Side, donde la

conocieron David y Jacques Papas (el gerente de El Cafetín). Ambos se quedaron impresionados con su manera de trabajar y con su capacidad para hablar español con fluidez, algo que siempre resultaba útil en un sector donde se contrata sin cesar a empleados de México y América Latina.

Según Jacques, Prin había tenido que marcharse del South Fork por un asunto familiar urgente, de manera que no estaría disponible durante el fin de semana del Cuatro de Julio. Una lata, porque eran las fechas de más ajetreo.

Mientras tomaba nota mental para preguntarle a Prin por su relación con Treat cuando la chica volviera al trabajo, me di cuenta de que Joy, sentada frente a mí, se movía incómoda mientras se mordisqueaba el labio inferior. En ese momento no iba a presionarla, pero temí que Treat Mazzelli hubiera empezado a acostarse también con ella. Visto el coqueteo que ambos se habían traído a lo largo de la noche, era evidente que ya planeaba dejar a Colleen.

También era evidente que Treat había acumulado conquistas, pero no de cualquier tipo. Los Hamptons siempre estaban plagados de mujeres solteras y disponibles. Si Treat hubiera buscado un montón de chicas dispuestas a acostarse con él, solo habría necesitado conducir unos pocos kilómetros hasta la villa de Sagaponack. Allí estaba Sagg Main, la playa para solteros más concurrida de los Hamptons, llena de cuerpos de gimnasio que buscaban el amor verdadero, o una simulación de este, durante el fin de semana.

Era obvio que Treat prefería seducir a una serie de jovencitas que se conocían entre ellas con la intención de que las demás no se enteraran. Era el patrón de alguien a quien le gusta correr riesgos y puede que incluso se sintiera realizado en situaciones que, en cualquier momento, podían explotarle en la cara.

Si ese era el caso, me pregunté: *¿Habrá otras facetas de su vida igual de arriesgadas, tanto como para que alguien quisiera verlo muerto? ¿Será que, a fin de cuentas, quienquiera que le disparase no se equivocó de objetivo?*

Graydon interrumpió mis pensamientos con un repentino suspiro de intranquilidad. Pasándose una mano fuerte por el pelo rapado con mechas rubias, declaró con cierta timidez:

—Chicos, yo apenas conocía a Treat. A ver, siento mucho lo que le ha ocurrido, pero no se me ocurre cómo ayudar y, en serio, estoy… estoy hecho polvo. Me gustaría irme a casa y meterme en el sobre si no os importa.

Suzi volvió a sacudir la mano en señal de desprecio.

—Tú lo que quieres es irte a coger olas en cuanto amanezca.

—¿Y? —Graydon se cruzó de brazos—. Ya he dicho que siento mucho lo de este chico, pero ¿de verdad piensas que su situación actual es como para preocuparse por él?

Suzi apartó la vista.

Colleen se echó a llorar una vez más.

—Ya está, ya está —dijo Madame, y desde el otro lado de la mesa le agarró la mano a Colleen—. Tal vez la señorita Tuttle no te lo haya expresado del mejor modo, pero creo que ya has derramado demasiadas lágrimas por ese chico de ahí arriba. Te lo dice una mujer que ha vivido mucho, querida. Los hombres son como los autobuses: si uno te deja tirada de repente, siempre llega otro detrás y te invita a montarte.

Durante unos instantes, todos nos quedamos mirando a Madame un tanto perplejos por sus elocuentes palabras. Ella se limitó a parpadear, no sé si ajena al doble sentido involuntario de su frase o consternada por la falta de frivolidad de nuestra reacción.

—¿Qué? —soltó por fin—. ¿Qué he dicho?

Joy rodeó a Colleen con el brazo.

—Mi abuela tiene razón. De hecho, a ver si esto te anima: tengo el número de teléfono de Keith Judd y estoy segura de que podríamos salir de fiesta con él…

—¿Cómo? —La interrumpí, alarmada—. Joy, estás de broma, ¿verdad? Ese actor no te ha dado su número de teléfono.

Joy asintió entusiasmada.

—Sí que me lo ha dado. Mira.

Del bolsillo de la falda caqui se sacó una servilleta de cóctel.

—Déjame ver.

Ella me la pasó por encima de la mesa mientras me explicaba:

—Me lo dio después de que le llevara el *pousse-café* que tú preparaste.

Examiné la servilleta. El hábil actor de Hollywood de cuarenta años había garabateado su nombre en ella y, debajo, un número de móvil. Me levanté, rompí la servilleta en dos, le devolví el autógrafo a mi hija de veintiún años y coloqué en el triturador de basura el trozo con el número de teléfono.

—¡Mamá! —chilló—. ¿Qué haces?

Con la determinación de una madre que tiene una misión, accioné el triturador.

—Lo siento, cariño.

Joy se levantó de un salto y le dio un puñetazo a la mesa.

—¡No me puedo creer que hayas hecho eso!

—Pues créetelo.

—¡No tienes derecho!

Fui consciente de que aquello no había hecho más que empezar.

No era la primera vez que nos enfrentábamos. La única razón de que mi hija estuviera en esa casa era que yo me había propuesto actuar como una madre protectora.

Menos de un año antes, la había pillado consumiendo cocaína con sus amigos en el baño de una discoteca infame. (Lo sé, lo sé. ¿Qué hacía yo en una discoteca infame? Créeme, había una razón. Y cuando me topé con Joy, me insistió en que lo que ella hacía no era asunto mío, aunque yo no estuve de acuerdo). Le pedí a su padre que hablara largo y tendido con ella. Dios sabe que yo ya le había leído muchas veces la cartilla a mi hija en su época de instituto, pero ya era una mujer hecha y derecha que vivía con una compañera de piso de su edad. Joy necesitaba conocer la verdad de buena tinta. Matteo Allegro había estado enganchado a la droga durante nuestro matrimonio, y esa había sido precisamente una de las causas de que nuestra felicidad conyugal terminara, mucho antes incluso de que

pusiéramos fin a nuestra unión de diez años. (También fue la razón por la que empecé a sudar tinta, por seguir con la metáfora).

Matt sabía a la perfección lo que podía pasar cuando alguien creía controlar el consumo ocasional de droga: facultades mentales alteradas, despilfarro de dinero, pérdida de la confianza de tu entorno en ti, mentiras y daño a tus seres queridos. En el caso de Matt, también había incluido el hábito de ponerme los cuernos, que en mi opinión era una adicción tan grave como la dependencia química y derivaba del mismo problema de «automedicación».

En cualquier caso, la «buena tinta» de Matt pareció dar resultado y Joy se centró en sus estudios culinarios durante el resto del año. Pero entonces, un buen día, justo antes de que empezara la primavera, apareció en el Village Blend con una revista local en la mano.

En ese momento, David Mintzer estaba sentado en la barra y leía el *Wall Street Journal* mientras tomaba un expreso doble. David ya me había pedido que trabajara con él, pero yo había rechazado su oferta.

—Trabajo para Madame —le había dicho con un encogimiento de hombros—. Me encanta dirigir el Blend y en el futuro seré copropietaria del negocio. No pretendo cambiar nada.

Pero cuando Joy irrumpió con sus «grandes planes para el verano», que incluían el alquiler ilegal de una propiedad en los Hamptons compartido con desconocidos, mi punto de vista cambió. Joy había señalado cinco posibles alojamientos compartidos en la revista que traía en la mano. Solo necesitaba que yo le prestara una «cantidad irrisoria» de dinero para pagar uno de ellos.

Yo sabía muy bien que las autoridades de los Hamptons habían establecido límites en el número de ocupantes de las casas de alquiler. También sabía que cientos de empresarios se saltaban esas leyes de forma sistemática durante toda la temporada de verano y que metían a treinta o cuarenta personas en la misma casa. De este modo, jóvenes de veinte a treinta y tantos años que carecían del nivel económico de las hermanas Hilton podían permitirse un

veraneo en uno de esos pueblos costeros tan exclusivos.

Una década antes, lo de compartir casa no parecía mala idea. Por entonces yo tenía unos treinta años, y Joy rondaba los once.

Cuando mi hija se fue de campamento con las Girl Scouts, una amiga me convenció de que una semana loca conociendo hombres, bailando, bebiendo y tomando el sol era justo lo que necesitaba después de divorciarme de Matt.

Decidí probar y desembolsé mil quinientos dólares por una semana estiva en el extremo sur de la isla. Por lo general, el sistema era el siguiente: alquilaban una casa de tres o cuatro millones de dólares por cien mil dólares la temporada. Para cubrir ese coste, llenaban los dormitorios de colchones. A cambio del precio que pagabas por tu parte de alquiler, te daban derecho a usar un colchón, papel higiénico, vasos de papel, la cocina, la piscina, el *jacuzzi* y los baños.

A primera vista, el plan parecía bueno. «Se trata de la democratización del lujo», me dije. Pero la realidad no era así. Para ser sincera, me pareció un horror. La casa era una fiesta las veinticuatro horas del día. Chupitos de gelatina, rayas de cocaína, orgías con gente desnuda en el *jacuzzi*.

A ver, que a mí me gusta pasarlo bien tanto como al que más, pero nunca he desfasado. A mi exmarido esa idea le habría encantado, pero a mí no. Hice lo que pude por integrarme en el ambiente de la casa. Después, casi al final de la semana, uno de los hombres con los que había entablado amistad empezó a besarme en el *jacuzzi* de doce personas y, antes de que me diera tiempo a detenerlo, me quitó la parte de arriba del biquini. Cuando un segundo chico, al cual no había visto en mi vida hasta esa noche, intentó unirse a la «fiesta», le sugerí al primero, mientras me recolocaba el biquini, que buscara un lugar más íntimo si quería algo más conmigo.

Me llevó al único lugar privado del enorme casoplón: un colchón situado en el interior de un vestidor. Me dijo que ese era el sitio que había para la gente que necesitaba «pasar tiempo a solas». Miré el

colchón desnudo en el suelo, la bombilla pelada en el techo y, de manera espontánea, vomité. Huelga decir que el «ambiente» no me gustó nada y, a la mañana siguiente, un día antes de lo previsto, recogí mis cosas y me marché.

No quería que Joy pasara por eso…, o por algo peor. Y, como es lógico, tampoco quería que se expusiera de nuevo al consumo de droga o al exceso de alcohol en una imitación de *Desmadre a la americana*.

Joy se puso furiosa. No compartía mi punto de vista respecto a las casas compartidas ilegales y le parecía que yo no tenía ni idea de nada y que era una antigua. Nos peleamos.

Para contentarla (sin tener que preocuparme demasiado), se me ocurrió una solución intermedia. Le propuse un trato a David. Trabajaría para él media jornada durante el verano en su restaurante de East Hampton, donde prepararía una selección completa de cafés y un menú de postres para acompañarlos; también formaría al personal y, al mismo tiempo, seguiría supervisando el funcionamiento del Village Blend. A cambio, él contrataría a Joy y permitiría que se quedara conmigo en su mansión.

David accedió encantado a mis condiciones, y todo había salido a pedir de boca…, hasta esa noche, claro.

Joy estaba de nuevo enfadada conmigo por no tener ni idea de nada, por ser una antigua y por meterme en su vida. En medio de tanto acaloramiento, el cadáver de Treat había pasado a un segundo plano, aunque tal vez fuera su descubrimiento, precisamente, lo que había avivado nuestro enfrentamiento.

—Ese número de teléfono era mío —gritó—. ¡No tenías derecho a destrozarlo!

La gente que estaba en la mesa nos miraba en un silencio sepulcral, pero yo no estaba dispuesta a recular.

—Joy, ¿no te das cuenta? Eres mi hija. Si veo que te estás poniendo delante de un camión en marcha, tengo que hacer todo lo que esté en mi mano para apartarte, aunque eso implique que me atropelle a mí.

Joy frunció el ceño, se cruzó de brazos y me miró en silencio. Yo también la miré. Por sorprendente que parezca, fue Graydon Faas quien rompió la tensión.

—¿Sabes, Joy? —dijo después de carraspear—. Creo que tu madre tiene algo de razón sobre lo del actor ese.

Joy entonces miró a Graydon. Él se encogió de hombros.

—Verás, Keith Judd le ha dado su teléfono a todas las chicas guapas de la fiesta. —Graydon se rascó la cabeza—. ¿Sabes? Tú vales mucho. Un tío como ese… no te valoraría.

—Oh —dijo Joy en voz baja. Muerta de vergüenza, se hundió en su asiento sin querer mirarme.

Yo también me senté. No había nada como tener compañeros de trabajo presentes en una pelea familiar. Suspiré y oí un rumor lejano que se acercaba por el mar. *La tormenta. Como si no tuviéramos suficiente temporal aquí*.

Y todavía faltaba la policía. Miré el reloj. Habían pasado casi veinte minutos desde mi llamada al 911; estaba acostumbrada a los tiempos de respuesta rapidísimos de la ciudad, que por lo general oscilan entre los tres y los ocho minutos.

Empecé a preocuparme. Seguro que había pruebas fuera, pero si empezaba a llover antes de que llegara la policía, ¿desaparecerían?

—¿Dónde estará la policía? —expresé mi preocupación en voz alta.

David sacudió la cabeza.

—El Cuatro de Julio es el día del año más conflictivo en los Hamptons, y los efectivos policiales de la zona no son demasiado numerosos.

Suzi le dio la razón.

—Seguramente habrá problemas gordos por todas partes.

—El tráfico será infernal —añadió David—. Habrá accidentes, gente que conduzca bajo los efectos del alcohol, borrachos y alborotadores, además de unas cuantas peticiones de ambulancias.

—Supongo que, en ese caso, no somos la prioridad —aventuré—. Es decir, cuando me preguntaron cómo estaba Treat, les dije que

estaba…, bueno, que ya no estaba.

Colleen se echó a llorar de nuevo.

Me levanté.

—Quedaos todos aquí.

—¿Adónde vas? —preguntó David.

—Voy a ver cómo está Alberta.

Era verdad, aunque no al cien por cien.

Crucé un arco que daba a un pasillo largo que a su vez terminaba en un amplio garaje. En medio estaban la lavandería y las dependencias de los empleados.

Dejé atrás la primera puerta, la de la habitación que compartían la cocinera y el mayordomo. Sabía que estaba vacía. Kenneth y Daphne Plummer llevaban veinte años casados y más de seis trabajando para David. Daphne era la cocinera y Kenneth, el mayordomo. Durante el largo fin de semana del Cuatro de Julio, Daphne había viajado a Indiana para asistir a la boda de su sobrina y Kenneth estaba en la ciudad, ocupándose de algo relacionado con el mantenimiento de la casa adosada de David en el Greenwich Village.

Al llegar frente a la segunda puerta, llamé con los nudillos.

—¿Alberta?

El ama de llaves de cincuenta y siete años era la única empicada a la que David pidió de manera expresa que trabajara el fin de semana. Sin embargo, como ella declinó la invitación a la fiesta, David le había dado la noche libre, a sabiendas de que nosotros, junto con el personal del restaurante y Madame, nos ocuparíamos de recoger y limpiar después.

Volví a llamar. Esta vez estuve segura de oír voces al otro lado, pero no supe si se trataba de dos personas que hablaban o de la televisión. A continuación sonó un movimiento apresurado y se abrió la puerta.

Las dependencias de Alberta Gurt consistían en un dormitorio, un salón y un baño privado. David me lo comentó el primer día que estuve en la mansión. Aunque en ese momento la puerta no estaba

del todo abierta, vi que el dormitorio estaba cerrado y que una única luz tenue iluminaba el salón. El televisor estaba apagado.

—Alberta —dije—. Siento molestarte, pero ha ocurrido algo esta noche durante la fiesta.

—¿Sí? —dijo, y parpadeó—. ¿Qué ha pasado?

Alberta tenía los ojos azul claro y el pelo corto castaño salpicado de canas arreglado de tal modo que le enmarcaba el atractivo rostro. Tenía la complexión de una mujer de mediana edad, ni delgada ni corpulenta, y en ese momento llevaba un camisón morado oscuro, brillo de labios rosa y unos pendientes de perlas. Me resultó raro verla así. Estaba acostumbrada a su impecable uniforme de ama de llaves de pantalón azul celeste y blusón a juego. Pero era su noche libre, así que muy bien por ella.

—¿Has visto u oído algo que te haya resultado inusual? —pregunté.

—¿A qué te refieres?

—Me refiero a algún sonido parecido a disparos.

—¿Los fuegos artificiales? Los he oído, claro. ¿Cómo no voy a oírlos?

—¿No has salido a verlos?

—Ah, no. Estaba viendo mi programa favorito y disfrutando de mi noche libre. Visto uno de esos espectáculos pirotécnicos, vistos todos —dijo mientras sacudía la mano con gesto desdeñoso. Me di cuenta de que llevaba anillos bonitos en los dedos.

Se hizo el silencio. Me pareció raro que no me preguntara por lo del disparo.

—Muy bien, Alberta. Gracias. Siento haberte molestado.

—No pasa nada, Clare.

Parecía impaciente por cerrar la puerta. Sin embargo, me apresuré a preguntar:

—¿Cuál es tu programa favorito, por cierto?

—¡Ah! Bueno, ya sabes, ese nuevo *reality* que todo el mundo ve ahora, *Estrella americana*.

Levanté una ceja.

—¿En serio? —Alberta no era exactamente el público objetivo para un programa como ese, en el que un grupo de cantantes jóvenes desconocidos actúan un día por semana para que el público los vote hasta que solo queda el ganador, quien se supone que será la nueva estrella del pop estadounidense.

—Claro que sí —contestó enseguida—. Ya sabes que los programas de búsqueda de talentos no son nuevos. Crecí con Ed Sullivan. ¿Algo más, Clare?

—No —contesté—. Buenas…

No llegué a pronuncia la palabra «noches» porque Alberta cerró con un apresurado «¡Buenas noches!».

Mientras los truenos seguían acercándose, cada vez más estrepitosos, alcancé la puerta del fondo del pasillo. Giré el pomo, me adentré en la oscuridad y encendí la luz.

En el garaje para diez coches de David había varias linternas. Agarré una y me dirigí con resolución hacia la puerta lateral. Era tarde, estaba oscuro y probablemente sería peligroso, pero quería echar un vistazo a los alrededores de la casa.

CAPÍTULO CUATRO

Encendí la linterna Maglite y empecé a recorrer el perímetro del edificio mientras movía el haz blanquecino de luz de un lado a otro. A esas horas de la noche, el camino que se extendía al final del acceso a la mansión estaba completamente a oscuras. No había farolas ni faros de coches que lo iluminaran al pasar.

Nada más llegar como huésped, le había preguntado a David por la privacidad y la seguridad del entorno. A diferencia de la mayoría de los residentes de la zona, él había decidido no colocar vallas ni setos alrededor de la propiedad, ni verja en la entrada. Me dijo que no quería sentirse encerrado. Pero sospeché que en el fondo era un hombre del espectáculo a quien le encantaba que la gente mirara embobada su propiedad, por mucho que él afirmara que se ubicaba en un lugar tan remoto que los turistas curiosos no suponían un gran problema. (Está claro que un francotirador intruso era harina de otro costal).

Las puertas de la mansión contaban con un sistema de alarma, pero las ventanas no. Y no había iluminación exterior, una decisión que en ese momento lamenté en el alma. La oscuridad resultaba espeluznante, pero seguí avanzando. La inminente tormenta había traído una capa de nubes espesas y una bruma flotante que dotaba a la noche de una especie de cerrazón. La temperatura también había caído unos seis o siete grados centígrados, desde los

veinticinco que habíamos tenido durante el día, y empecé a tiritar un poco bajo la falda caqui y el polo de manga corta. Para ser del todo sincera, una parte de mi temblor se debía a la intranquilidad.

No me malinterpretes, no estaba asustada. De haberlo estado, me habría quedado dentro, porque, créeme, no soy una temeraria, no como mi exmarido adicto a la adrenalina, que obtenía sus dosis con la escalada, el salto de acantilados y la exploración de los antros de mala muerte menos fiables del tercer mundo.

(Además de ser mi ex, Matteo era un astuto corredor de café que recorría los cafetales mundiales en busca del mejor grano. También era el comprador del café que servíamos en el Village Blend y, en consecuencia, mi socio comercial. Como ya he mencionado, además de volverse drogadicto durante nuestro matrimonio, también había sido un infiel compulsivo a quien le costó menos dejar la cocaína que la sucesión de «conquistas femeninas irrelevantes», como él mismo las llamaba, a la que estaba habituado. Se suponía que esa «irrelevancia» era razón suficiente para que lo perdonara. No lo perdoné).

En cualquier caso, Matt me había acusado en fechas recientes de estar obsesionada con la famosa detective de ficción Nancy Drew. Dijo que esa fijación respondía a un impulso de realización de deseos que yo arrastraba desde mi juventud por culpa de las novelas de misterio que había leído durante mis años de formación. Aseguró que esos eran mis chutes de adrenalina.

Y quizá Matt tuviera razón. O quizá no. De lo que estaba segura, en todo caso, era de que, acertada o errónea, la decisión de salir a echar un vistazo había sido mía y solo mía. Por eso no les había comunicado mis intenciones a David, Madame, Joy y el resto del equipo. A esas alturas de la vida, ya estaba harta de dejar que las dudas, los miedos y las preocupaciones de los demás decidieran por mí. Y, de todos modos, había una razón muy lógica para estar allí…

Y era que la policía no estaba.

Los truenos retumbaron de nuevo y sentí que la humedad impregnaba el aire. El olor a sal marina era fortísimo en ese

momento. Me dirigía hacia la parte trasera de la mansión, pero se me ocurrió que no me vendría mal escudriñar el terreno a medida que avanzaba.

No estaba segura de qué pretendía ver con el haz de la linterna, cualquier cosa que resultara sospechosa antes de que la lluvia o el viento lo arrastraran o lo borraran. Quizá algo fuera de lugar…, como una prenda de vestir o un objeto personal. (Supongo que un rifle de caza abandonado era mucho pedir).

Al llegar al final de la fachada delantera, giré la esquina del ala sur y contemplé la enorme cantidad de trabajo invertido en el impresionante terreno, desde la topiaria de plantas bien crecidas y las flores esplendorosas hasta los árboles de sombra gigantes. Según David, ninguna de esas plantas estaba ahí antes; pocos años atrás, allí solo había matorrales, hierbas y rocas.

En origen, ese terreno formaba parte de una finca más grande que dividieron en dos al morir su propietario. David compró esa parcela con un objetivo en mente: que su nuevo *Otium cum Dignitate* se pareciera a la casa que Stanford White le había dejado en herencia a su bisnieto.

Al parecer, esa era una de las últimas tendencias en los Hamptons: servirse de distintas artimañas para que una mansión recién construida pareciera una vieja reliquia familiar. David se había decantado por el estilo *shingle*, muy popular en los Hamptons durante los últimos años, que estuvo muy de moda a finales del siglo XIX en Nueva Inglaterra.

A decir verdad, después de haber estudiado muy por encima los estilos históricos, desde el *beaux arts* al Bauhaus, me costaba creer que los arquitectos no se pegaran cabezazos contra la pared a causa de la frustración. En lugar de darles la oportunidad de crear algo totalmente nuevo, los nuevos ricos de los Hamptons los obligaban a recuperar la idea de cubrirlo todo con tablillas, por tercera vez en tres siglos, solo que ahora en versiones mucho más grandes, una especie de *déjà vu* arquitectónico aumentado.

La iniciativa de David era exagerada, pero no insólita. Una vez

adquirida la propiedad, instalaron una carpa infiable para que la cuadrilla de trabajadores continuara con las obras durante los meses de invierno. Solo la amplia terraza de dos niveles había costado medio millón de dólares, porque el estudio de arquitectura había contratado a un restaurador que recorrió todo el país en busca de tablones de cedro que estuvieran desgastados de manera uniforme, como los de una casa de playa cara «de toda la vida».

Para propiciar el crecimiento del musgo, habían untado los cimientos de piedra con una mezcla de yogur y suero de leche. Habían frotado las tejas con un barro superfino, dragado de una bahía del estado de Maryland, para otorgarles un toque antiguo. Y en primavera, importaron plantas adultas para crear un jardín que pareciera llevar plantado décadas. Alrededor del edificio crearon topiarias de color verde intenso y plantaron hortensias azules y parterres de tulipanes color naranja tostado y carmesí.

Mediante un tipo de horticultura ultrarrápida de implantación, el jardinero colocó gruesas capas de hiedra inglesa en las fachadas laterales, de manera que, antes incluso de que la rueda delantera del Jaguar de David rozara el camino de acceso, la mansión ya parecía llevar ahí varias décadas.

Sin embargo, el verdadero motivo de orgullo para David eran sus árboles: robles y sicomoros del norte del estado y sauces llorones del sur de Jersey, todos ellos centenarios. Los habían arrancado de sus emplazamientos originales y los habían transportado en enormes camiones de plataforma (con los cepellones envueltos para su posterior replantación) con el objetivo de proporcionar sombra instantánea en la parte delantera y en los laterales de la casa.

Según David, dos de los árboles más grandes, hacia los que me dirigía en ese momento, tenían unas raíces tan grandes que hubo que retirar una de las cabinas de peaje del puente George Washington para permitir el paso de los camiones que los transportaban. Al final, eso no fue más que un añadido al precio multimillonario de la propiedad.

Resultaba difícil de entender tanto exceso para alguien como yo,

que había pasado años de estrecheces económicas criando a mi hija y pagándole los estudios. Por otro lado, sabía que David solo era astuto. En su mundillo empresarial, no se trataba tanto de ponerse a la altura de los Jones, sino de relacionarse con los Hilton, los Trump y los Bloomberg. David quería impresionar a directores ejecutivos, famosos y personalidades de los medios de comunicación, codearse con ellos, con el fin de impulsar sus propios proyectos y líneas de productos.

Mientras avanzaba por el ala sur del edificio, el viento arreció de golpe y me deshizo la coleta. Me puse la linterna entre las rodillas para volver a recogerme el pelo. Sin embargo, al acabar, la linterna se me cayó al suelo. El haz de luz trazó una curva rápida y oí el crujido de unas ramitas a pocos metros de mí.

Me agaché de inmediato para recoger la linterna y apuntar con ella en la dirección del ruido. La luz tenue iluminó unos náuticos con suelas de goma y un par de pantalones pirata negros.

—¿Ha acabado ya la fiesta?

Las palabras sonaron iracundas en la oscuridad. Levanté el haz de luz y vi a una mujer de más o menos mi edad vestida con una exquisita camisola negra y un chaleco de cachemir. Tenía el pelo lacio y rubio peinado con raya en medio y un moderno corte a capas. La mujer fumaba un cigarrillo y me miraba con desprecio, como una avispa en busca de un lugar donde clavar el aguijón.

—¿Quién… quién es usted? —Por un momento, me puse tan nerviosa que no pude evitar que me temblara la voz—. ¿Qué hace usted aquí?

—Yo podría preguntar lo mismo.

Durante al menos treinta segundos, doña Avispa y yo nos miramos en silencio. Al final, fui yo quien dio el brazo a torcer.

—Soy una invitada de David. Me llamo Clare Cosí.

—Encantada, cómo no —dijo, pese a que su tono decía lo contrario—. Soy la vecina de David.

A efectos identificativos, su frase no era demasiado esclarecedora. Lo que más valoraban los residentes de East

Hampton era la privacidad. Eran muy reservados y, desde mi llegada, hacía seis semanas, ningún «vecino» había entrado nunca en la propiedad de David. Sin embargo, la mujer me resultaba familiar y, por no dejar a David en mal lugar, decidí no ofenderla sin necesidad.

—Perdone, pero… ¿qué vecina? —pregunté con aire inocente.

—La del otro lado de la calle —dijo con un suspiro de «qué tía más pesada».

Fue entonces cuando caí en la cuenta. Se trataba de Marjorie Bright, la nieta de Elmer Bright, el fundador de Detergentes Bright. La heredera había estado en El Cafetín varias veces. David me había explicado quién era y se había sorprendido al verla en su restaurante, ya que no se llevaban «especialmente bien». Cuando le pregunté a David qué quería decir con eso, me contestó:

—Bueno, diría que, aunque aún no hayamos alcanzado el nivel de Hitler y Churchill, ahora mismo somos como Reagan y Gorbachov.

Según David, Marjorie siempre había disfrutado de unas amplias vistas al mar desde su finca, que era grande y antigua. Durante casi dos décadas, todos los proyectos de decoración y de entretenimiento habían girado en torno a la espectacular panorámica de la segunda planta. Había construido incluso una galería para apreciarla. Pero David Mintzer lo había destrozado todo al plantar delante los robles gigantes y los sauces llorones centenarios.

Ella le pidió que quitara los árboles. Él se negó.

Ella se quejó a la junta local de demarcación, cuyos miembros, en su mayoría, eran clientes habituales (y satisfechos) de El Cafetín. La junta apoyó a David.

Ella le ofreció dinero. Él lo rechazó.

Estaba claro que esa mujer estaba en guerra con mi amigo. Crucé los brazos y entrecerré los ojos, desechando cualquier intención de ser amable, mientras le preguntaba con frialdad:

—¿Qué hace aquí, señora Bright?

Su sonrisa de superioridad desapareció. Ahora que su actitud altiva había dejado de intimidarme, parecía menos segura de sí

misma. Con una teatral calada al cigarrillo, pareció querer ganar tiempo para pensar. Por fin, soltó un largo y blanco penacho de humo que el viento desintegró al instante.

—Dígale a David que no voy a retirar la denuncia —respondió por fin.

Antes de que me diera tiempo a preguntar algo más, giró sobre los náuticos y se marchó en dirección a su casa. Su silueta vestida de negro desapareció en la cada vez más espesa oscuridad.

En ese momento tenía el pulso a mil por hora. La presencia de Marjorie Bright resultaba tan espeluznante como sospechosa. Me recordó a algo que el detective Quinn me había explicado: hay asesinos que disfrutan al ver los resultados de sus acciones, algo parecido a lo que sienten los pirómanos cuando se quedan para ser testigos de las sirenas, de la agitación, de la destrucción del fuego.

Empecé a darle vueltas a la idea. ¿Era eso lo que había hecho Marjorie? ¿Era ella quien había disparado? ¿O estaba vigilando a un cómplice? Obviamente, ella y David no eran amigos. Pero ¿sería la obstrucción de unas vistas al mar un motivo suficiente para dispararle a sangre fría a un vecino?

Antes de salir del garaje, estaba casi convencida de que el asesino se habría esfumado o habría desaparecido entre los asistentes a la fiesta en el momento en que Treat cayó muerto. Pero ya no estaba tan segura de eso. Y esa incertidumbre me sacaba de quicio.

Aun así, había salido con un claro objetivo en mente que aún no había cumplido, y detestaba la idea de que el miedo me lo impidiera. Así que apreté los dientes y seguí adelante.

Rodeé la terraza de cedro de la parte trasera de la casa y caminé por el césped hacia el mar. Más o menos a mitad de camino, me di la vuelta y levanté la vista hacia la extensa mansión. No me costó encontrar la ventana del dormitorio principal de David, a juego con los ventanales palladianos de la planta de abajo. Junto a ella, divisé la ventana cuadrada de su baño.

Me coloqué justo enfrente del baño donde ahora yacía el cuerpo

sin vida de Treat. A continuación, me alejé de la casa de nuevo, mientras llevaba a cabo un barrido del césped con la linterna. Donde acababa la hierba, un estrecho sendero de guijarros blancos marcaba el final del cuidadísimo jardín y el principio de la playa. Pasé por encima de los guijarros y me adentré en la arena.

Al volver a mirar la mansión para revisar dónde me hallaba, reparé en que me había desviado de la línea de visión. Me moví unos dos metros y, de nuevo alineada con la ventana del baño de la segunda planta, volví a mirar hacia el agua… y, justo enfrente, vi una serie de dunas.

Subí la más cercana hasta alcanzar unos matorrales en la parte más alta.

Qué escondrijo tan bueno…, para alguien que quisiera espiar la casa de la playa de David.

Con las luces encendidas, todas las habitaciones de la casa quedaban a la vista. Desde allí se divisaba a la gente reunida en torno a la mesa de la cocina en la primera planta, así como las lámparas Tiffany del dormitorio de David en la segunda.

Comprendí que esa duna podía ser el lugar exacto desde donde habían disparado a Treat. Sin mover los pies, iluminé, palmo a palmo, los matorrales, la arena y las rocas grises dispersas.

A mis espaldas, el mar se había embravecido y las olas rompían con una fuerza perturbadora. Un trueno repentino y ensordecedor me detuvo el corazón. Di un respingo de sorpresa y la luz de la linterna iluminó la arena a un par de palmos de mí. Fue entonces cuando percibí el brillo de algo metálico.

Hice un nuevo barrido y me acerqué. La pálida luz iluminó tres cilindros de color latón tirados en la arena. Como no quería tocarlos, me agaché todo lo cerca de ellos que pude e inspiré. El olor a pólvora era inconfundible.

Casquillos.

Sabía muy poco de armas, de munición y de calibres, pero me di cuenta de que esos proyectiles eran largos, al menos cinco centímetros. Era evidente que no provenían de una pistola pequeña,

sino de algo parecido a un rifle de caza para disparar desde lejos.

También me di cuenta de que esa era la prueba con la que la policía podría atrapar al asesino. Me costó contener la emoción y, en consecuencia, recordé la acusación de Matt sobre mi adicción al riesgo.

De acuerdo, me dije, sienta bien dar con este tipo de hallazgos, hacerme la detective y que me salga bien la jugada. Pero eso no significa que me alegre de la muerte de un chico. Aparté de mi cabeza las palabras de Matt, así como mi subidón pasajero, e intenté calmarme para decidir qué hacer a continuación.

Si dejaba allí los casquillos, la tormenta cercana y la marea creciente podrían arrastrarlos. En cambio, si los tocaba, era posible que alterase alguna prueba crucial.

Eché otro vistazo a la mansión y no había rastro alguno de la policía, por lo que me decanté por una solución intermedia. Busqué en el bolsillo de mi falda caqui y saqué un bálsamo labial y unas servilletas de cóctel sin usar. Me guardé el bálsamo y utilicé las servilletas para recoger con cuidado uno de los casquillos, pero dejé los otros dos donde estaban. Con el casquillo en una mano, usé la otra para mover la linterna a mi alrededor con movimientos cada vez más amplios.

Si el asesino había estado en esa duna, era de esperar que hubiera otras pistas. Busqué pisadas, pero, si las hubo, el asesino las había borrado. Me acerqué un poco más al agua y caminé en paralelo a la orilla. A unos veinte metros había algo sobre la arena húmeda, algo que no eran huellas de pies, sino de aletas. Unas aletas de buzo que se dirigían hacia el mar.

Iluminé el agua, pero no vi nada, solo olas negras. En ese momento eran altas y rompían en la orilla con la espuma de animales rabiosos. Hubo un relámpago y noté que me caían varias gotas en la cabeza. Con el siguiente trueno, me estremecí y cejé en mi empeño.

Eché a correr por la arena seca, por el césped, por la terraza de madera. Al cruzar la puerta acristalada de la mansión, rompió a

llover y oí unas voces provenientes del vestíbulo delantero. Por fin había llegado la policía.

Había dos patrullas, cuatro agentes uniformados de la policía local. Todos eran amables y educados, pero estaba claro que su jornada había sido larga y parecían exhaustos.

El mayor de todos, un sargento, explicó los motivos de su tardanza: al otro lado del pueblo había ocurrido un aparatoso accidente de tráfico con varios heridos graves. También habían tenido problemas para controlar a la multitud durante toda la noche y se habían desarrollado diversas peleas de borrachos y altercados que habían acabado con detenciones. En consecuencia, todas las patrullas estaban ocupadas cuando recibieron mi llamada. Tal y como David y Suzi predijeron, la locura del Cuatro de Julio había llevado al límite a los escasos efectivos policiales de la localidad.

—Los detectives del condado de Suffolk y el equipo forense se harán cargo de la investigación por la mañana —explicó el sargento Waters, un policía calvo de unos cuarenta años con la cara redonda y afable—. Nosotros nos ocuparemos de lo básico esta noche.

Cogió el casquillo que yo acababa de encontrar y lo guardó en una bolsa. Mientras su compañero nos tomaba declaración a David, a Madame, al personal de El Cafetín y a mí, el sargento Waters se marchó al baño para supervisar a los dos policías más jóvenes.

Tomaron fotos de Treat, colocaron cinta adhesiva alrededor del cadáver y, cuando llegó la ambulancia, ayudaron a los sanitarios a sacar el cuerpo. Por último, cerraron la puerta del baño, la precintaron con cinta policial y nos pidieron que no entráramos.

Cuando llevé al sargento y a los dos policías jóvenes a la parte trasera de la casa para mostrarles la duna donde había encontrado el casquillo, la tormenta ya azotaba con fuerza. Los agentes llevaban ropa impermeable y yo intentaba sostener un paraguas endeble, una estampa bastante ridícula frente a aquel diluvio y aquel viento huracanado.

Les indiqué dónde se encontraban los otros dos casquillos y los oficiales los guardaron antes de barrer la duna con las linternas, tal y como había hecho yo antes.

—Por aquí no he encontrado nada más —grité por encima del estruendo de las olas—. Pero más allá hay huellas de aletas.

Señalé hacia la orilla e iluminé la arena para mostrarles las marcas que llegaban hasta el mar, pero entre la oscuridad, la lluvia y la marea cada vez más alta, no logré encontrarlas.

Con paciencia, el sargento me observó durante varios minutos mientras yo sacudía la linterna, hasta que dio por zanjado el asunto:

—¡Señora, le agradeceríamos que volviera al interior de la casa! —gritó—. Es probable que las huellas que vio ya se hayan borrado.

Mientras los agentes trataban de acordonar la duna bajo la lluvia, yo volví a la mansión con el aspecto de una rata ahogada. Madame me secó con una toalla en la cocina.

—¿Dónde están todos? —pregunté.

—Los empleados prestaron declaración y se marcharon. Joy se fue a su habitación y David está en el dormitorio principal, metiendo algunas cosas en una bolsa de deporte, para venirse con nosotras al ala de invitados.

—¡Ni por asomo pienso dormir al lado de ese baño! —nos dijo David al bajar—. ¡Al menos, hasta que limpien la sangre!

A decir verdad, me alegraba tener un hombre cerca, aunque este no fuera precisamente Braveheart.

CAPÍTULO CINCO

Debí de quedarme dormida en algún momento de la noche, porque cuando abrí los ojos el sol ya se colaba entre las cortinas. Me levanté de la cama con el leve palpitar de un dolor de cabeza, sin duda causado por la estrechez y la falta de ventilación de mi cuarto, y abrí las dos grandes ventanas. Una corriente de aire entró, sacudió los visillos de color azafrán y refrescó, con la energía de la sal marina, el aire viciado.

Fuera, la tormenta había pasado, el sol brillaba y el cielo, casi sin nubes, parecía el cuadro azul cerúleo de un pintor. La lluvia había limpiado el aire y las olas, antes negras y frenéticas, se habían convertido en un mar tranquilo que acariciaba la orilla con suavidad. De hecho, la mañana era tan encantadora que casi olvidé que habían disparado a un hombre en la otra punta de la casa. Casi.

Antes de que pasara otra noche, decidí convencer a Joy y a Madame para marcharnos de esa casa, aunque sabía que no iba a ser una tarea fácil. Llevaba veinte años enfrentándome a uno de los miembros de la familia Allegro, un hombre cabezota como él solo, y sabía que dos generaciones de mujeres Allegro unidas eran capaces de infligirme una derrota contundente.

Resolví que sería mejor abordar a Joy y a Madame por separado. Después de aquel absurdo desencuentro con mi hija debido al número de teléfono de un actor, lo más sensato me pareció darle algo de tiempo para que se calmara.

La primera, por tanto, sería mi exsuegra, pero hablaría con ella después de mi baño matutino, con el que esperaba aliviar el dolor de cabeza y tomar fuerzas para la inevitable discusión.

Me cepillé el pelo y me puse el bañador rojo, una prenda práctica que parecía sacada de *Los vigilantes de la playa*. Por supuesto, mi pecho no era ni de lejos tan monumental como el de Pamela Anderson, aunque sí lo bastante voluminoso como para sentirme cohibida con cualquier cosa que no tuviese aros. Además, después del incidente del *jacuzzi* de hacía diez años en aquella horrible casa compartida, había eliminado para siempre los biquinis de mi armario.

Me envolví en uno de los gruesos albornoces que David proporcionaba a todos sus huéspedes (pertenecientes a una de sus colecciones de productos para *spa*) y, con un par de chanclas de goma de aire indudablemente retro, me dispuse a salir.

A mitad de la escalera trasera, percibí un aroma tentador. Con solo olerlo, supe que alguien había preparado Porche Estival, una mezcla de temporada que yo misma había inventado hacía un mes para presentar nuestro café Bugisu de las cataratas Sipi, el último hallazgo sorprendente de Matteo en el monte Elgon de Uganda. Su aroma embriagador era demasiado atrayente como para pasar de largo, así que me dirigí hacia la cocina como un zombi de película de George A. Romero.

El monte Elgon es una de las cumbres más elevadas de África, un terreno escarpado y traicionero cubierto de bosque denso. Según Matteo, las carreteras allí eran menos frecuentes que los caminos de tierra, que a menudo desaparecían durante las temporadas de lluvias con el desbordamiento de los cauces. Sin embargo, los miembros de la tribu bagisu que vivían cerca de las cataratas Sipi se habían convertido en expertos cultivadores de café y contaban con un método infalible para transportar el grano pese a los problemas de accesibilidad. No, no usaban todoterrenos. Usaban burros.

—Buenos días, querida —dijo Madame, con los ojos cargados de energía a pesar de la hora.

Esa mañana llevaba el pelo plateado suelto y peinado con

elegancia al estilo paje. Su figura, recta y distinguida, estaba envuelta en un albornoz blanco idéntico al mío. Me ofreció una taza de Porche Estival recién hecho que acepté con un gesto de aprobación y un gruñido.

—Tómatelo —me aconsejó Madame—. Es la segunda cafetera que preparo. Después de unos cuantos de esos, te garantizo que se te levantará el ánimo.

Mi droga favorita para alterar el estado de ánimo, pensé mientras arrastraba los pies hasta la mesa de la cocina y me dejaba caer en la silla con un suspiro de cansancio. *Aunque al menos es legal*.

Con los ojos aún somnolientos, me pregunté por qué habría elegido Madame la mezcla de Porche Estival. Yo había llevado veinte tipos de café distintos a la cocina de David, la misma selección que había incluido en el menú degustación y en el maridaje de postres de El Cafetín. Sin embargo, cuando vi lo que Madame había colocado en el centro de la mesa, me ahorré la pregunta. Dentro de un cuenco Waterford, como una deliciosa montaña de rubíes, se amontonaban las fresas de la noche anterior.

El ligero toque a fresa final del Cataratas de Sipi era insólito y sorprendente. Teniendo en cuenta que el Sipi era el café estrella de la mezcla, el Porche Estival acompañaba a la perfección aquella fruta fresca de Long Island. Bebí el café solo y dejé que los sabores me inundaran como las cálidas aguas de un *jacuzzi*.

Un catador de café entrena la lengua y la nariz para detectar los matices más sutiles de cada sabor. Tras los aromas a jazmín y a té del Cataratas de Sipi, se percibían notas de carambola, pera y cereza roja. Lo había tostado ligeramente para resaltar el sabor a fresa (un tueste más oscuro aportaba una especie de regusto a té negro). El café resultaba dulce al paladar; además, había equilibrado la mezcla para que los defectos del Cataratas de Sipi no se apreciaran en el perfil de sabor. El problema con ese café único ugandés era que, a diferencia de sus vecinos de África oriental, carecía de acidez.

En el mundo del café, la acidez no es algo negativo. En realidad, se refiere a una especie de brillo, de intensidad agradable en la

boca. Si no aparece en el perfil de sabor, el café resulta insípido.

Los tres elementos de una buena mezcla son la acidez, el aroma y el cuerpo; por ello, había contrarrestado la baja acidez del Cataratas de Sipi mezclándolo con café Kenia AA y, para aumentar su cuerpo, había añadido un grano costarricense. Pese a todo, el Cataratas de Sipi era la estrella del trío con sus deliciosas notas aromáticas.

Tomé otro sorbo y suspiré. A medida que se enfriaba, la intensidad rústica iba a más en lugar de disminuir. Alcancé una fresa, le di un bocado y bebí un poco más de café. El sabor a fresa del café se potenció mil veces y prácticamente explotó en mi boca.

Sin duda era un café alegre y edificante con el que levantarse, una mañana luminosa y campestre dentro de una taza, un café para alejar los malos sueños.

—¿Qué vas a hacer hoy? —preguntó Madame con una sonrisa divertida al presenciar mi evidente regreso de entre los muertos.

—Voy a nadar en el mar —contesté mientras ella deslizaba un platillo de porcelana debajo de mi taza—. Después iré a ver cómo está David. Y luego, te ayudaré a hacer las maletas y te llevaré a la estación de tren.

—De eso nada, querida —dijo Madame.

—Pero…

—Ni peros ni peras. No me voy —declaró Madame, con un regio gesto de la mano.

—Pero… —Volví a intentarlo.

—Tómate eso, Clare. Será mejor que disfrutes del café que tu marido…

—Mi exmarido.

—Del café que Matteo ha descubierto, porque estás muy equivocada si crees que voy a volver a la ciudad para dejar que juegues a los detectives tú sola.

Abrí la boca para contestar, pero me interrumpió una sucesión de notas musicales electrónicas, un fragmento de Vivaldi. Madame se metió la mano en el voluminoso bolsillo del albornoz y sacó el

teléfono móvil.

—¡Matteo! ¡Ya has llegado! —exclamó al contestar.

—Hablando del rey de Roma —murmuré, y le di otro sorbo al café.

—Ah, no. Todo va bien, fenomenal —trinó Madame, a tono con la musiquilla del móvil, antes de cambiar de tema—. ¿Cómo te ha ido en California, chiquitín?

El último viaje de Matteo no había sido a una plantación de café del tercer mundo, sino a una serie de mecas comerciales del primero. David Mintzer se había convertido en uno de los principales patrocinadores de la expansión del Village Blend mediante una serie de kioscos en *boutiques* de lujo y grandes almacenes de todo el mundo. En esta ocasión, Matt había viajado a la Costa Oeste para supervisar la instalación de los kioscos Village Blend en el condado de Marin, en Rodeo Drive y en Palm Springs.

Madame habló durante unos minutos con su hijo mientras yo me terminaba el primer café y me servía el segundo.

—Sí, está aquí —dijo por fin Madame y me pasó el teléfono.

—Hola, Matt —lo saludé con un bostezo.

En los últimos tiempos, nuestra relación había mejorado bastante. Nos gustara o no, estábamos atados como socios comerciales del Blend y como padres en la crianza de Joy. Ser padre o madre, como a menudo le decía a Matt, no era solo un trabajo a tiempo completo, sino que también era un compromiso para toda la vida. Como ser juez del Tribunal Supremo, pero con mucha menos influencia.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó Matt bajando la voz—. Mi madre parece tensa.

—Va todo bien, fenomenal —canturreé yo también, como había hecho Madame. Casi noté los ojos de Matt entrecerrarse con gesto suspicaz.

—Bueno, vosotras sabréis —espetó por fin—. Solo os llamaba para deciros que estoy en el aeropuerto de La Guardia esperando un taxi. Voy directo al Blend para asegurarme de que todo está en

orden.

Estupendo, pensé. *Así Tucker contará con alguien más en la cafetería*.

—Después, subiré al dúplex y me iré directo al sobre, que necesito recuperar horas de sueño. Estoy agotado, tengo un *jet lag* del copón.

Era mucho pedir que se quedara a trabajar, claro.

Tucker Burton era mi subencargado, el actor y autor de teatro en quien confiaba cada vez que me ausentaba. Tucker no necesitaba la ayuda de Matt para mantener en marcha la cafetería, pero habría sido un detalle que Matt se hubiera ofrecido a echar una mano.

—¿Cómo está mi preciosa Joy? —preguntó Matt con una sonrisa patente en la voz, como siempre que hablaba de su pequeña.

Miré el reloj digital del microondas: las siete y dos minutos de la mañana.

—Pues imagino que seguirá dormida.

—No la despiertes. Intentaré veros a las dos antes de marcharme a Centroamérica. Dale un beso de mi parte a Joy y dile que nos veremos pronto. Ah, dile también que le he comprado un regalo. Vaya, acaba de llegar el taxi. Tengo que colgar.

Se cortó. Le pasé a Madame su teléfono y agarré la taza caliente con ambas manos.

—¿Crees que Matteo sospecha algo? —preguntó Madame.

—¿Si sospecha? ¿Qué tiene que sospechar?

—Que empieza el juego.

—Madame, por favor, esto no es un juego. No voy a participar en esta investigación más allá de lo que descubrí anoche. Dejaré que la policía se haga cargo. Y deja ya de imitar a Arthur Conan Doyle. Creo que pasas demasiado tiempo con el doctor McTavish.

(Madame llevaba un tiempo saliendo con un eminente oncólogo del hospital St. Vincent, un galán escocés que no tenía nada que envidiarle a Sean Connery).

—Clare, te aseguro que Gary y yo no leemos novelas de Sherlock Holmes cuando estamos juntos —resopló—. Y no me cambies de

tema.

Suspiré.

—Oye, puede que intente husmear un poco, pero será solo para asegurarme de que David instala un sistema de seguridad como Dios manda.

—Claro, claro —dijo Madame en un tono que sonaba más a un «a mí no me engañas».

—Además —continué—, tú ya tuviste una oportunidad de jugar a los detectives. No olvides que me ayudaste a absolver a Tucker de la acusación de asesinato.

—¡Bah! —respondió Madame—. Estaba tan preocupada por nuestro querido Tucker que apenas disfruté de la experiencia. Pero esta vez es diferente. Siento muchísimo lo de ese pobre chico, pero apenas conocía al señor Treat Mazarrati…

—Mazzelli. Treat Mazzelli.

—¿Lo ves? Ni siquiera sé pronunciar su apellido. Sin una implicación personal en el crimen, tengo la libertad de ser objetiva en la investigación. Solo necesito ponerme la gorra cervadora imaginaria y…

—Lo que pasa… —interrumpí—. Lo que pasa es que no creo que Treat Mazzelli fuera el verdadero objetivo. Creo que el asesino iba detrás de David.

Madame se detuvo a sopesar mis palabras.

—¿Se equivocó de persona?

Asentí.

—Le dispararon en el baño privado de David.

—Pero si se llevan veinte años… ¿Cómo los confundió?

—¿De verdad crees que desde lejos se apreciaba tanto la diferencia?

Madame se dio un golpecito en la barbilla.

—Sí…, sí, entiendo lo que dices. Los dos tienen más o menos la misma altura, el mismo color de pelo…

—Y la ropa.

Madame sacudió la cabeza.

—Eso sí que no. Aunque ambos llevaran pantalones caqui, la camisa de David era una Ralph Lauren de lino. ¿Cómo vas a comparar esa calidad con la del polo de El Cafetín que llevaba Treat?

—El diseño es incomparable, no lo dudo, pero ambas prendas eran de manga corta, igual de holgadas y ninguno de los dos llevaba el bajo remetido por el pantalón. Y el color era parecidísimo.

—Sí, querida, claro, tienes razón. Todo esto se te da muy bien…

—Gracias.

—Razón de más para que sigas investigando y dejes que te ayude —replicó Madame con determinación.

—Madame…

—Así aprendería de ti. Además, si el verdadero objetivo era David, lo menos que puedo hacer es ayudar a nuestro anfitrión en un momento de necesidad. ¡No soy de las que abandonan el barco cuando el capitán más me necesita!

—Tú ganas. —Le di un sorbo a la taza de porcelana y la dejé sobre el platillo a juego—. Quédate si quieres. Pero dentro de una hora o así hablaré con…

—¿Joy?

—¿Cómo? ¿Ahora me lees la mente o qué?

—Joy ya se ha ido —me advirtió Madame—. Salió tempranísimo para aprovechar el viento del amanecer.

—¿Cómo dices?

—Se ha ido a hacer *kitesurf* con el camarero de anoche. Graydon, creo que se llama.

—¿Graydon Faas? —Madame asintió—. ¿Joy se ha ido con Graydon? —Me costaba asimilar ese giro inesperado de los acontecimientos.

Madame volvió a asentir.

—Como sabes, nuestras habitaciones están conectadas. He oído que se levantaba temprano y que hablaba con él por teléfono. Le he preparado el café antes de que el chico pitara delante de la casa. No sé dónde vamos a ir a parar… ¿Ahora los chicos se limitan a tocar el claxon para recoger a la chica con la que tienen una cita?

—Una cita, ¿eh? ¿Y qué has dicho que van a hacer? *¿Kitesurf?* ¿Sabemos qué es eso exactamente?

—En realidad, Clare, sabemos qué no es —me informó Madame sin alterarse—. No es surf normal. Ni *windsurf*. Y tampoco es volar cometas, aunque *kite* sea cometa en inglés. Es una fusión de los tres deportes. Consiste en deslizarse por las olas gracias a una cometa impulsada por el viento. —Madame suspiró—. Suena maravilloso.

Sacudí la cabeza.

—¿Cómo te enteras de esas cosas?

—Ah, manteniendo la boca cerrada y las orejas abiertas. Se aprende mucho dentro de la clase ociosa, querida; sobre todo se aprende de ocio. Y, si te soy sincera, muchos de los que la integran no sirven para otra cosa.

Me levanté y apuré la taza.

—Pues ya que hablamos de ocio, me voy a nadar. Ahora sí que lo necesito.

Fuera, el viento había secado la lluvia de la noche anterior casi por completo, pero el ambiente seguía húmedo y salobre. Crucé el césped a chancletazos hasta alcanzar los guijarros y luego la playa, donde me descalcé para permitir que la arena húmeda y blanca se me colara entre los dedos.

La luz del sol centelleaba sobre las aguas verde azuladas. Llegué hasta la orilla, solté las chanclas de goma y la toalla que llevaba colgada del cuello, me quité el albornoz y me adentré en el mar.

El agua helada me provocó una fuerte impresión al principio, pero enseguida me acostumbré a su temperatura. Nadé un poco para estirar las extremidades. Luego, floté bocarriba para dejar que las olas del Atlántico me aliviaran el leve pero aún palpitante dolor de cabeza.

El frescor de las olas y la calidez del sol hicieron su magia y me imaginé que, amarrada a una cometa, me deslizaba sobre el oleaje, tan ligera como una corriente marina. Me pregunté qué estaría haciendo Mike Quinn en ese momento e intenté imaginarme al detective, tan larguirucho y ancho de hombros, subido en una tabla

de surf, con el torso desnudo y el pelo de color rubio arena peinado hacia atrás, con la piel pálida ahora bronceada, con el gesto siempre cansado, exhausto, ahora rejuvenecido por la brisa del mar.

Apenas se formó esa imagen agradable en mi cabeza, un anuncio atronador resonó por encima de las olas.

—Le habla la policía del condado de Suffolk —anunció la voz amplificada—. Salga del agua, necesitamos hablar con usted.

Me pegó tal susto que de repente dejé de flotar. Mientras me hundía, abrí la boca como un pez y tragué agua al tiempo que trataba de darme la vuelta. Sacudiendo los brazos, emergí de nuevo, jadeante. A lo lejos divisé a tres policías que caminaban por la playa privada de David. Un cuarto hombre —el más corpulento— llevaba traje y chaqueta y permanecía de pie con un megáfono en la mano.

—¡Ya voy! —grité.

Sin estar muy segura de que el hombre me hubiera oído, nadé hacia la orilla, consciente de que mi albornoz, mi toalla y mis chanclas estaban, como mínimo, a veinte metros del grupo de policías. Al cabo de un momento, salí del agua. Mientras caminaba por la arena, una corriente de aire frío me puso la piel de gallina. Reprimí un escalofrío y me acerqué al más corpulento.

—¿Es usted la señora Cosi? —preguntó, ya sin ayuda del megáfono.

Asentí.

—Clare Cosí.

—Soy el sargento Roy O'Rourke, estoy investigando el asesinato de anoche. ¿Fue usted quien encontró los casquillos de bala? Eso me ha dicho la señora mayor que nos ha recibido en la casa.

Su voz resultaba sorprendentemente aguda, casi chillona para un hombre tan grandullón. El sargento O'Rourke me miró con unos ojos grises apagados que hacían juego con su escaso pelo. También tenía la tez grisácea, resistente al bronceado pese al sol y el mar.

—Sí, fui yo quien los encontró —tartamudeé, convencida de que se me estaban poniendo los labios morados.

—Aquí tiene, señora.

Un policía joven, poco mayor que mi hija, me traía el albornoz. Lo acepté con un gesto de agradecimiento y me lo puse sobre el cuerpo empapado. O'Rourke, impasible, esperó. Por detrás de él, otro hombre cruzó la playa. Este tampoco llevaba uniforme, sino un traje gris y una corbata de rayas azules casi idénticos a los de O'Rourke.

—Este es mi compañero, el detective Melchior. Va a interrogar a los testigos y a establecer la cronología mientras yo examino las pruebas físicas.

—La policía local ya se llevó los casquillos anoche… —Comencé a decir.

—Lo sé, señora Cosi —me interrumpió O'Rourke—. Me gustaría ver el lugar exacto donde los encontró.

—Por supuesto.

Recorrimos la extensión plana de arena hasta llegar a la duna, donde le hablé al sargento de las huellas que más tarde, cuando volví acompañada de la policía bajo la tormenta, no fui capaz de localizar.

—No se preocupe. Si hay huellas, las encontraremos.

Estoy segura de que Roy O'Rourke pretendía parecer competente y tranquilizador, pero a mí me dio la impresión de que estaba cansado, hasta el gorro de la rutina. Me pregunté de dónde le vendría ese aire tan hastiado. Entonces, me acordé de Quinn y saqué mis propias conclusiones.

—¿Por casualidad ha estado usted en el Departamento de Policía de Nueva York, sargento?

El hombre asintió ligeramente con la cabeza.

—Veinte años —contestó—. Trabajé en Homicidios, en el sur de Brooklyn, en Washington Heights y en el Bronx. Sobre todo violencia relacionada con bandas y droga.

—Esas zonas son complicadas.

—He resuelto unos cuantos asesinatos, señora, por si tiene alguna duda.

—Solo me preguntaba… ¿Los casos de aquí son distintos de los

de la ciudad?

—Cada caso es un mundo, pero el trabajo es el mismo. Si encuentras el arma, al final das con el asesino.

Puse cara de incredulidad.

—¿Así de sencillo?

O'Rourke suspiró.

—Encontrar el arma no tiene nada de sencillo, señora Cosí, créame. Pero una vez que aparece, la fiscalía suele contar con todo lo necesario para establecer la condena. ¿Me sigue?

—Sí, sargento. Le sigo. Me detuve. Acabábamos de llegar al punto exacto. Ya no había ningún precinto alrededor de los matorrales. La tormenta se lo había llevado todo, lo cual no me sorprendió.

—Encontré los casquillos justo aquí —le expliqué al sargento mientras señalaba el lugar.

Con un gesto, los hombres de O'Rourke se dispersaron, sin duda en busca de más pistas.

—No hay restos de huellas —apuntó el hombre mientras miraba a su alrededor.

—Las huellas de las que le he hablado no estaban aquí —lo corregí—, sino unos veinte metros más abajo. Pero estoy segura de que la tormenta y la marea las habrán borrado.

—Puede ser. Veamos qué encuentran los demás —contestó.

Diez minutos más tarde, el detective Melchior se acercó con sigilo. Era treinta centímetros más alto que O'Rourke y diez años más joven. Tan delgado que parecía consumido, Melchior tenía la barbilla prominente y partida, y la cabeza demasiado grande para un cuerpo tan esquelético.

—Qué línea de tiro tan buena tenemos desde aquí —observó el detective y señaló la ventana del baño de David, que se veía a la perfección a unos cuarenta metros de distancia.

O'Rourke entrecerró los ojos bajo el brillo del sol.

—¿Y dice que vio huellas, señora Cosí? ¿De zapatos grandes o pequeños? ¿O eran de pies descalzos?

—Bueno, en realidad… —contesté—. Creo que eran de pies palmeados.

—¿De pies palmeados? —repitió O'Rourke un poco por sorpresa. Asentí—. ¿A qué se refiere? ¿Como las huellas de un pato?

Al instante lamenté haberme explicado tan mal.

—Como las de unas aletas de buceo —lo corregí—. ¿Sabe usted cuáles son las aletas palmeadas esas que llevan los buzos?

O'Rourke intercambió con su compañero una mirada indescifrable.

—Se las puedo dibujar si quiere —me apresuré a sugerir—. Aquí, en la arena.

—Buena idea —dijo O'Rourke.

Me puse manos a la obra y, acuclillada, recreé en la arena las huellas que había encontrado. Los agentes no tardaron en rodearme para ver mejor. Concentrada y absorta, traté de recordar la imagen. ¿Tenían tres dedos o cuatro? ¿De qué tamaño eran exactamente? ¿Y a qué distancia estaban unas de otras? Tracé varias marcas en la arena, las borré y volví a comenzar. A mitad, levanté la vista y vi que los policías estaban aguantando la risa.

—Parece que hemos encontrado al culpable —bromeó el sargento O'Rourke y cruzó los grandes brazos sobre el fuerte pecho —. El monstruo de la Laguna Negra.

Todos se echaron a reír. Incluso el policía joven, que era tan educado y que me había traído el albornoz, no pudo reprimir la risa. Me levanté, aunque mi altura no fuera demasiada.

—No sé qué gracia tiene una pista que podría ser útil —solté.

—Ninguna, señora —dijo el detective Melchior, que se apresuró a intervenir para templar gaitas—. ¿Por qué no me acompaña a la casa? Tal vez pueda facilitarme una lista de todos los empleados que trabajaban con el señor Mazzelli y de las personas que hablaron con él anoche. Quizá así estrechemos el cerco a la vieja usanza y averigüemos si alguien tenía algún conflicto con la víctima.

—Justo esa es la cuestión —dije con los brazos en jarra—. Treat Mazzelli no era el objetivo. Creo que el asesino pretendía matar a

David Mintzer.

O'Rourke y Melchior volvieron a cruzar la mirada. Esta vez no me dio la impresión de que mi comentario les hiciera ninguna gracia.

—Señora, si sabe algo más, es importante que nos lo cuente —contestó O'Rourke.

—Estoy de acuerdo.

Al cabo de unos minutos, llegamos a la cocina. David ya se había levantado y parecía totalmente restablecido. Se notaba que había dormido bien. Tenía buen color, un bronceado intenso que contrastaba con la blancura de sus dientes y, como siempre, vestía de manera impecable: pantalones marfil a medida, camisa verde oliva claro y sandalias italianas de piel. Con una sonrisa, le estrechó la mano al sargento O'Rourke.

—¿Café? Es una mezcla muy especial, realmente deliciosa. Por favor, sírvanse. —David señaló.

Por detrás de él, Alberta Gurt había preparado la mesa con una gran cafetera de Porche Estival, tazas y una cesta de cruasanes calientes junto a un cuenco rebosante de fresas. Madame también merodeaba por allí y vi que se asomaba por una esquina como quien no quiere pegar la oreja.

Sin más preámbulo, el sargento O'Rourke declaró:

—Señor Mintzer, la señora Cosi nos ha indicado que, en realidad, el asesino iba a por usted. Ella considera que el asesinato de Mazzelli ha sido fruto de un error de identidad. —O'Rourke desvió la mirada gris clara hacia mí—. ¿Le importaría desarrollar ese argumento, señora?

—Tiene todo el sentido —comencé a repetir lo que le había explicado una hora antes a Madame—. David abandonó la fiesta antes de los fuegos artificiales y se marchó a su dormitorio porque tenía migraña. Cualquiera habría pensado que era él quien entró al baño, no Treat. Ambos eran, más o menos, de la misma estatura. Los dos tenían el pelo corto y negro, y llevaban los mismos pantalones caqui y camisa de manga corta, sin remeter por dentro del pantalón, de un color rosa casi idéntico.

—Entonces, ¿está acusando a alguno de los invitados de la fiesta? ¿A alguno de los socios comerciales del señor Mintzer, quizá? —apuntó el detective Melchior.

—¡Dios santo! —exclamó David, con indignación.

—Un momento, señor Mintzer —dijo O'Rourke—. Queremos oír todo lo que la señora Cosi tenga que decir.

—Gracias —dije con alivio al ver que el pitorreo causado por las aletas se había convertido en respeto—. ¿Recuerdan las huellas que encontré entre las dunas?

O'Rourke frunció el ceño con descontento.

—¿Los pies palmeados del «monstruo»?

—Dios santo —repitió David.

—De alguien con aletas —me apresuré a corregir—. Creo que esas huellas eran del asesino.

Melchior se rascó la barbilla.

—Un momento, señora Cosi. Pensábamos que sabía algo más concreto, una amenaza o algo por el estilo.

—Bueno… Me encontré con Marjorie Bright en los alrededores de la casa después de que la fiesta acabara. Y amenazó a David.

—¿Cómo que lo amenazó? —preguntó Melchior—. ¿Qué dijo exactamente?

—Dijo: «Dígale a David que no voy a retirar la denuncia».

David resopló.

O'Rourke se volvió hacia él.

—¿No le parece raro, señor Mintzer?

—¿Una denuncia? ¿En este pueblo? *¡Par faaavar!* No sé si habrá en los Hamptons un pasatiempo más habitual que el de denunciar a tus vecinos. Para la gente de aquí, la sala del juzgado es como la sala de un club social. Verá, la señora Bright emprendió acciones legales contra mí por la altura de mis árboles, y tengo asumido que sus abogados y los míos se pasarán una temporadita coqueteando antes de que nuestros problemas se resuelvan.

—Pero, David, ¿qué hacía esa mujer en tu jardín? —pregunté—. ¿No te parece sospechoso?

—Cuando construí en este terreno, Marjorie Bright perdió el acceso directo a la playa —contestó David con un encogimiento de hombros—. A lo mejor solo venía de dar un paseo por la playa. No creo que sea para tanto.

—Si estaba en la playa anoche, tenemos que interrogarla —le dijo O'Rourke a su compañero.

Melchior asintió.

—Tomaré nota.

Pero yo aún no estaba satisfecha. Marjorie Bright estaba merodeando por la finca de David y fumaba con nerviosismo, se notaba que no iba de camino a su casa después de un paseo por la playa. Algo le pasaba, seguro, algo malo. Y, aunque no sabía cuánto tiempo llevaba allí, intuía que quería hacerle daño a David.

—¿Y qué hay de las aletas? —discutí—. ¿Cómo explica la aparición de esas huellas a escasos veinte metros de los casquillos de bala la misma noche del asesinato?

—Señora, esta es una zona vacacional —dijo O'Rourke—. Las marcas de unas aletas en la arena no es que sean unas huellas dactilares ensangrentadas en la culata de un rifle.

—Pero me baño en esa playa a diario y nunca había visto unas huellas como esas.

O'Rourke se cruzó de brazos.

—Y entonces, ¿cómo se lo explica?

—Es posible que Marjorie o cualquier otro enemigo de David contratara a alguien para que disparara. El asesino tenía un jefe.

—Anda, entonces habría dos asesinos —dijo O'Rourke—. El que disparó y el que pagó. —Miró a David—. ¿Qué le parece la teoría de la señora Cosí, señor Mintzer?

David, con cara de sorpresa, dejó de mirarme a mí para mirar al sargento.

—Madre mía, creo que es absurda. Ridícula —contestó.

Era mi turno de poner cara de sorpresa.

—¡David! Yo…

—No, Clare —me interrumpió, y se dirigió a mí—. Lo siento, pero

tengo que decirlo para evitar malentendidos. —Hizo una pausa. Cuando volvió a hablar, su tono era comedido y eligió con cuidado las palabras—. Nadie intenta matarme. Descarto por completo la idea de que yo fuera el objetivo. Nadie me ha amenazado, no tengo enemigos mortales y no estoy implicado en ninguna actividad ilegal que pueda motivar la actuación de un asesino a sueldo profesional. —David miró entonces a los policías—. Haré todo lo que esté en mi mano para colaborar en la investigación. Mis empleados y yo estamos a su disposición para que nos interroguen si lo consideran ustedes oportuno.

—Necesitaré tomarles declaración a todos —dijo Melchior.

—También les facilitaré la lista de invitados de la fiesta de ayer.

—Bien —contestó O'Rourke—. Nos será muy útil.

—Lo único que les pediría es que no molestasen a mis invitados a menos que lo consideren absolutamente necesario. Dicho esto, quiero que hagan todo lo que esté en su mano para detener al responsable o los responsables de este horrible crimen.

—Entiendo, señor Mintzer —asintió O'Rourke—. Le prometo que actuaremos con toda la discreción.

—Gracias —dijo David—. Permítanme ahora que los acompañe arriba para darles mi versión de lo sucedido anoche.

Mientras hablaban, David acompañó, según supuse, a O'Rourke y a Melchior al cuarto de baño donde Treat había recibido el disparo. Desde los ventanales de la cocina vi que los agentes uniformados seguían inspeccionando las dunas. Al volverme, Madame estaba enfrente de mí.

—David lo ha negado todo con demasiada obstinación —comentó en voz baja.

—Y ha protestado mucho —añadí mientras me frotaba las sienes.

—¿Todavía crees que era el objetivo del asesino?

—Ahora más que antes.

David apareció media hora después. Me preparé para otro arrebato de indignación teñida de superioridad moral. Sin embargo, me agarró del brazo y me llevó hasta la mesa de la cocina.

—Oye, Clare. Siento haberme comportado así delante de las autoridades, pero tienes que entender cuál es mi posición.

Tal vez me hubiera humillado, pero no era estúpida.

—Te preocupa más el qué dirán que el hecho de que hayan intentado matarte, ¿es eso?

David suspiró.

—Por favor, Clare. Nadie ha intentado matarme. Pero incluso en el caso de que alguien quisiera verme muerto, yo jamás lo admitiría en público. Tengo muchos negocios, sociedades repartidas por todo el mundo. Te aseguro que detesto la comparación, pero me pasa como a Martha Stewart: yo soy mis empresas. Sin mí, no funcionan. No puedo permitirme que nadie, ni mis socios, ni mis colaboradores, ni mis inversores, ni mis clientes, piensen que estoy implicado en algún asunto tan turbio como para que intenten asesinarme. Están en juego millones de dólares y el medio de vida de miles de empleados. Tengo responsabilidades.

Por poco intervengo, pero me decanté por morderme el labio y asentir.

—Entiendo.

David se dejó caer en una silla frente a la mesa.

—En cualquier caso, está claro que hay algunos fallos en el sistema de seguridad de mi casa…

—¿No te lo dije el día en que vine?

—Sí que me lo dijiste. En eso tenías razón, Clare.

—Es hora de que instales una buena alarma —le dije—, iluminación exterior…

—Llamaré en cuanto la policía se marche.

—Y no solo alarmas y detectores de movimiento, ¿eh? —insistí—. Guardas de seguridad de verdad las veinticuatro horas del día. No hace falta que contrates a exagentes del Mossad como Spielberg, pero, por Dios, aunque sea unos Pinkerton, al menos hasta que se resuelva el asesinato de Treat y atrapen al asesino.

David sonrió.

—Muy bien, pero con una condición.

—¿Cuál?

—Que te quites de la cabeza eso de que yo era el objetivo.

Al cabo de un momento, asentí.

—De acuerdo. Olvidado.

—Bien. —David se levantó—. Vuelvo con esos detectives antes de que terminen de estropear mi baño de mármol italiano importado.

CAPÍTULO SEIS

El Cafetín estaba a poca distancia en coche de la casa en la playa de David Mintzer, pero, como cualquier otro día soleado de verano, el tráfico era espantoso. Y democrático.

Los últimos modelos de BMW, Ferrari, Mercedes y Jaguar marchaban con la misma e igualitaria lentitud que mi humilde Honda. Un trayecto de diez minutos se convirtió en cuarenta minutos de frustración y avance a trompicones.

Cuando por fin salí de Ocio con Dignidad, sobre las once y cuarto, la policía del condado de Suffolk seguía revisando los detalles del disparo en la oscuridad. Me di cuenta de que David estaba harto de hablar sobre los pormenores de la fiesta, sobre la trayectoria profesional de Treat y sobre la relación que tenía con sus empleados y con los invitados de la lista. A pesar de que su semblante era tan encantador como siempre, lo conocía ya lo bastante bien como para saber que estaba perdiendo la paciencia.

Aunque le había prometido mantenerme al margen, ¿cómo iba a cumplir mi promesa? Mientras intentaba convencerme a mí misma de que era suficiente con que la policía se ocupara del caso, el instinto me decía que estaban investigando el caso equivocado. ¿Y eso en qué beneficiaba a David?

Metida en pleno atasco, me planteé cuál sería el siguiente paso de O'Rourke y Melchior. Era probable que quisieran conocer los resultados de la autopsia y comprobar si la bala encontrada en el

cráneo de Treat era compatible con los casquillos que yo les había proporcionado. Me aposté un saco de veinte kilos de Jamaica Blue Mountain a que lo sería.

También iban a interrogar a algunas personas que conocían a Treat para determinar si existía algún tipo de rencor o deseo de venganza hacia él. Sin embargo, desde mi punto de vista, era el entorno de David el que había que investigar.

Bueno, pensé, *al menos van a hablar con Marjorie Bright*.

Sin duda, ella ocupaba el primer puesto de mi lista de sospechosos. Pero mientras avanzaba por la carretera a paso de tortuga, me replanteé la teoría que les había soltado a los detectives del condado de Suffolk un tanto a la ligera. Un poco avergonzada, me di cuenta de que mi hipótesis tenía algunas inconsistencias tan grandes como el todoterreno amarillo chillón que ocupaba parte del arcén delante de mí.

Por un lado, ¿qué razón tenía la señora Bright para permanecer en el escenario del crimen y echar a perder su coartada? A menos que perteneciera, según la explicación de Mike Quinn, a la categoría de personas que responden a un deseo patológico de ver los resultados del crimen que ellos mismos han pagado con su dinero.

Por otro lado, si había un asesino a sueldo implicado, ¿por qué encontré los casquillos de bala? Un verdadero profesional no habría dejado rastro. Tenía pinta de ser el descuido de un simple aficionado… ¿Significaba eso que quien disparó era, en efecto, alguien *amateur*?

—¡Clare! ¡Clare, hola!

Me asomé por la ventanilla y vi a Edna Miller, que me saludaba desde su puesto junto a la carretera. A su alrededor, unas cestas de mimbre exhibían los colores del verano: tomates rojos, mazorcas de hoja verde, coliflores blancas y hermosas, berenjenas moradas y kilos y kilos de esas fresas deliciosas de Long Island.

—¡Hola, Edna! —grité.

Durante la primera semana que pasé en el South Fork, había entablado amistad con Edna y con su marido, Bob, gracias a un

paquete de un kilo de Kona, un café dulce y suave que crece en el suelo volcánico de Hawái, con unas notas de mantequilla muy particulares y un toque de canela y clavo. (Muchos tostadores preparan diferentes mezclas de Kona, pero para mi gusto el de origen único ni tiene parangón).

Todos los veranos, desde hacía más de veinte años, los Miller montaban ese puesto de frutas y verduras fresquísimas, y antes era el padre de Bob quien lo regentaba. Formaban parte de los llamados *bonackers*, un grupo de familias locales que vivían ahí desde hacía varias generaciones.

(Hubo un tiempo en que *bonacker* era un término peyorativo, como «paleto» o «palurdo». Su etimología se remonta a los pueblos nativos americanos, en concreto a la palabra *accobonac*, que a grandes rasgos era «el lugar donde se recogen los cacahuetes». Así se llamaba el cercano puerto de Accobonac y, en consecuencia, los habitantes que vivían en torno a él. Ahora la gente llevaba el nombre con orgullo; de hecho, los equipos deportivos del instituto de East Hampton lo habían adoptado como sobrenombre).

Los Miller tenían sus tierras en el lado menos popular de la autopista, el que está más alejado del mar, pero habían conseguido vender una pequeña parte de ellas a cambio de una gran fortuna. El resto del terreno aún lo conservaban y lo cultivaban como habían hecho durante cientos de años.

—¿Quieres algo? —gritó Edna mientras salía a la carretera. Llevaba sus habituales vaqueros desgastados, una camiseta ancha y un delantal atado a la cintura.

—No, voy al trabajo —contesté mientras el coche avanzaba un palmo—. ¿Qué tal el Cuatro de Julio?

—El nuestro fue bien, pero he oído que el vuestro no tanto. —Edna se había colocado junto a mi coche y avanzaba despacio por el arcén.

—Ah, ¿sí?

No puede ser, pensé. *Es imposible que se refiera al asesinato. Todos los invitados se marcharon antes de que yo descubriera el*

cadáver. ¿Quién se lo habrá contado?

—La hermana de mi nuera está casada con Park Bennett —me explicó—, que vive justo al lado de John King, cuyo hijo trabaja en la policía local. Dice que estuvieron en la mansión donde tú vives ahora…, la casa de David Mintzer. Y que por lo visto mataron a un hombre…

—Sí, sí, estoy al tanto. Pero de momento no se sabe gran cosa. David está un poco susceptible con el asunto, así que, bueno, si pudieras no comentar nada…

Claro. Era inevitable.

—Ah, ¡por supuesto! —dijo Edna—. ¡Faltaría más!

Por detrás de mí, una rubia platino que hablaba por el móvil tocó el claxon de su Mercedes descapotable tan fuerte y durante tanto tiempo que pensé que me iba a dejar sorda. Al mirar hacia delante, vi que el todoterreno amarillo había avanzado la distancia total de cuatro coches.

—Uy —dije—. ¡Perdona, Edna, tengo que seguir!

—Claro, Clare. La gente está muy quisquillosa este fin de semana. Tendrías que haber estado aquí hace una hora. Dos abogados se han liado a puñetazos por el último melón.

—Bueno, ¡nos vemos! —grité mientras aceleraba.

—¡Hasta luego, Clare!

Edna saludó con la mano y volvió a su puesto. Me quedé pensando en lo que acababa de contarme. No en la pelea por el melón, eso era lo normal, teniendo en cuenta lo mal que se ponía todo durante la temporada estival, con gente por todas partes. Los ricos de Manhattan iban allí a descansar, pero muchos de ellos también metían en la maleta, junto al cepillo de dientes, la certeza de merecerlo todo y la impaciencia de la gran ciudad.

—Aquí la gente es competitiva y ambiciosa —me advirtió David cuando llegué—. Son personas despiadadas en el trabajo. Por eso llegan hasta aquí. Y quienes se dedican a hacerles la puñeta a los demás de lunes a viernes no cambian de actitud los sábados y domingos.

El periódico local estaba lleno de peleas por plazas de aparcamiento y mesas de restaurante. Justo la semana anterior habían presentado una denuncia por agresión después de varios puñetazos en una tienda de productos dietéticos. (Solo se me ocurre que el altercado se produjera en el pasillo de los suplementos antiestrés).

El caso es que empecé a pensar en lo que Edna había oído sobre la muerte de Treat. Era obvio que las noticias volaban en un enclave tan pequeño. Y dudaba que los asesinatos en East Hampton se trataran igual que en la ciudad, precisamente porque eran muy poco frecuentes.

En ese pueblo se montaba un verdadero escándalo por el color de los toldos de la avenida principal y te multaban por poner un cartel en el jardín si decidías montar un puesto de trastos viejos. Lo último que iban a tolerar era un asesinato sin resolver. Si no encontraban y condenaban al culpable, los poderosos y obstinados habitantes de la zona pondrían en entredicho la competencia de las autoridades de un modo tan ruidoso como recalcitrante.

En un lugar como ese, la única posibilidad de que el asesino escapara era encasquetándole el crimen a otra persona… Eso explicaría que hubiera dejado atrás los casquillos. Por supuesto, podía tratarse de un descuido de aficionado o de una escenificación obra de un asesino astuto. En este último caso, la persona que disparó tendría que colocar el arma en algún lugar donde la policía la encontrara… Por ejemplo, en casa de alguien que pudiera tener un motivo para matar. Así, los policías tendrían un culpable y el asesino se iría de rositas.

Seguí combinando distintas variantes de esta teoría cuando tomé la curva para entrar en el sombreado camino de acceso de El Cafetín.

CAPÍTULO SIETE

Mi abuela creció en un mundo sin dobleces donde las cosas se definían tal y como eran. Decías lo que querías decir y querías decir lo que decías. Pero eso fue hace mucho tiempo, antes de que existieran los programas *Saturday Night Uve* y *The Daily Show*, antes de la MTV, de la metaficción y de la sobreabundancia de ironía en casi todas las facetas de la cultura contemporánea.

Sí, El Cafetín sonaba a local informal y modesto, unos adjetivos que poco tenían que ver con el elegante café restaurante de David en East Hampton. Por supuesto, él no había sido el primero en utilizar un nombre paradójico ni mucho menos. El restaurante del chef Thomas Keller, French Laundry, «Lavandería Francesa», era el restaurante de alta cocina más aclamado de Napa Valley y puede que el más prestigioso del país. Y el Brooklyn Dinner, a pocas calles del Carnegie Hall de Manhattan, era, pese a la campechanía de su nombre, un restaurante de cuatro estrellas con manteles de lino y una carta de vinos de quitar el hipo.

El Cafetín ofrecía una cocina ecléctica y sofisticada, en cuyos platos se percibía, con bastante frecuencia, el sabor del café (en algunas recetas de carne se obtienen muy buenos resultados usando café a la hora de condimentar, ablandar o marinar). El restaurante servía vino y cócteles, pero la joya de la corona era su amplia variedad de cafés de lujo y postres para la sobremesa. En

consecuencia, esa temporada nos habíamos convertido en el lugar ideal donde reservar una mesa después de cenar y antes de ir de fiesta. Mientras la mayoría de los restaurantes se vaciaban a eso de las diez de la noche, el nuestro seguía lleno y con bastantes reservas hasta medianoche.

Hacía un año, el local de dos plantas, con su fachada de ladrillo rojo, era un restaurante chino que embargaron por impago. La primavera anterior, David reacondicionó el terreno circundante con setos, macizos de flores y árboles de sombra. Limpió los ladrillos, repintó de blanco las molduras descascarilladas y sustituyó las ventanas de la planta de abajo por unas puertas francesas blancas.

Crucé el aparcamiento para clientes, rodeado de celosías cubiertas de hiedra, y rodeé el restaurante hasta llegar a la parte trasera, que era donde aparcábamos los empleados. Era poco más del mediodía cuando entré por la puerta de la cocina. Los camareros llegarían al cabo de unas horas para organizar el servicio de la cena, desde las cuatro de la tarde a las doce de la noche, y esperaba ver por fin a Joy, de la cual llevaba todo el día sin saber nada. Era obvio que había pasado olímpicamente de los cinco mensajes que le había dejado en el buzón de voz de su móvil.

—Hola, Carlos. —Saludé con la mano al cumplidor segundo cocinero del restaurante, Carlos Comacho. Estaba ocupado cortando cebollas y zanahorias mientras esperaba la llegada de Victor Vogel, el chef ejecutivo. Me dedicó una sonrisa rápida y continuó con su tarea.

La siguiente persona a la que vi fue Jacques Papas, que asomó la cabeza por la puerta de su despacho al oír mi voz. Papas hacía las veces de gerente, jefe de sala y sumiller. Mitad francés y mitad griego, Papas tenía cuarenta y pocos años y era moreno, con los ojos oscuros y el pelo negro azabache (supuse que se teñía, ya que lo único en la naturaleza con un tono tan oscuro eran los agujeros negros del espacio). Éramos casi igual de altos, pero lo que le faltaba de estatura lo compensaba con su energía beligerante. Todavía no lo había visto sonreír. Su actitud habitual era una

combinación de desprecio sutil y desinterés. Eso o poner cara de asco.

—Buenas tardes —dije.

El gerente me lanzó una mirada amarga, se volvió sin más y desapareció en el despacho.

Al vivir en Manhattan, ya estaba acostumbrada a todo tipo de divas y divos en el mundillo de los restaurantes de alta cocina. Pero la actitud de Papas se escapaba a todo lo razonable. *Al menos es coherente*, pensé mientras me encogía de hombros ante su desdén. *Trata por igual, con el mismo desprecio, tanto a los empleados como a los clientes*.

Después de cruzar la impoluta cocina de acero inoxidable, pasé por delante de la sala de descanso del personal y empujé la doble puerta de cuero burdeos que daba al comedor de dos plantas.

Así como el exterior de El Cafetín era tan modesto como su nombre, el interior no tenía nada que ver. David se había esforzado en imitar la decoración de dos famosos cafés parisinos: el tradicional Café Marly, diseñado en la década de 1990 por Olivier Gagnère e Yves Taralon; y el más moderno Le Café Costes, diseñado en 1985 por Philippe Starck.

La influencia del Marly era evidente en cuanto ponías un pie en el impresionante salón. Las paredes burdeos estaban decoradas con motivos dorados de estilo *art déco* y revestidas con una madera de cerezo que combinaban a la perfección con las sesenta y dos mesas de la cafetería. Los sofás de terciopelo verde oscuro y las butacas de respaldo bajo en color marfil se mezclaban con las lámparas de pie antiguas (un sustituto bastante práctico de los quemadores de incienso metálicos del Marly). En el lado sur del comedor, flanqueada por dos cenotafios, había una escalera de mármol esmeralda, con la barandilla de latón, cuyos escalones conducían a una especie de galería superior con las mismas barandillas.

En lo alto de la escalera había un enorme reloj mosaico elaborado con láminas de cuarzo translúcido y piedras de colores como homenaje al motivo central del ya desaparecido Café Costes.

Se parecía incluso en el movimiento de sus agujas, que daban veinticuatro vueltas cada hora.

David daba por hecho que esa extraña característica propia de *Alicia en el país de las maravillas* era un guiño a los surrealistas. Sin embargo, a mí me parecía una declaración bastante obvia sobre la naturaleza de la cafeína.

La estrecha galería superior rodeaba el restaurante entero. Además de asientos adicionales, la planta de arriba contaba con una barra de madera de cerezo, una panorámica espectacular del salón principal y la imagen, a la altura de los ojos, de la enorme lámpara de araña metálica con cristales que pendía del elevado techo.

Crucé el salón en dirección al mostrador de los cafés situado en la planta baja.

A lo largo de los años había visto cometer auténticos crímenes contra el café en los restaurantes de lujo. Cafeteras olvidadas en el fuego hasta que el líquido adquiría la consistencia del alquitrán, expresos servidos en tazas frías, capuchinos preparados con varillas espumadoras que no se habían limpiado en condiciones, filtros de papel llenos de café premolido que permanecían al aire durante horas antes de ser utilizados (en el momento en que se muele el grano, el café empieza a perder frescura).

Como jefa de baristas y sargento instructor, había coaccionado a todos los camareros y camareras para que cumplieran los sagrados rituales del café de calidad.

Con la carpeta en la mano, me alegró ver que los empleados del turno anterior lo habían dejado todo impecable. Habían limpiado la cafetera como es debido y habían apilado las tacitas encima. Los recipientes del café estaban cerrados al vacío y las prensas francesas, alineadas como soldaditos de cristal sobre los estantes de madera de cerezo.

Revisé el contenido de los recipientes. Había veinte en total, cada uno con una de las mezclas o de los cafés de origen único que ofrecíamos en la carta. En la ciudad tostábamos café a diario en pequeñas tandas. En mis viajes semanales al Village Blend, por

tanto, efectuaba los tuestes necesarios para llevar luego a El Cafetín el grano entero envasado en bolsas al vacío.

Tomé cuidadosa nota del nivel de cada bote. ¿Cuáles había que rellenar? ¿Cuáles seguían intactos? Más tarde, introduciría esos datos en el programa informático que había creado para analizar las preferencias de los clientes.

—Señora Cosi, ¿le queda mucho?

Se me escapó un grito de sorpresa. Papas me había abordado sigilosamente. No se podía describir de otra marera. Estaba sola y, al segundo siguiente, ahí lo tenía, justo al lado.

Los demás siempre bromeaban con este fenómeno. Colleen O'Brien, por ejemplo, lo relacionaba con el fantasma de Squire Malone, un legendario cazador irlandés de su región. Graydon Faas, fanático del anime, afirmaba que la capacidad del gerente para asaltar a un empleado en el preciso instante en que este cometía un error se debía, por fuerza, al aparato de teletransportación secreto que sin duda guardaba en ese despacho suyo donde casi nunca dejaba entrar a nadie. Me parecía verosímil.

—Ya casi estoy —le dije a Papas—. Nos queda muy poco moca java. Al ser un tueste oscuro, lo emparejé con el suflé de chocolate y con la tarta de chocolate y Kahlúa sin harina, y resulta que el chocolate es el postre más popular e infalible. Me queda algo de moca java en el sótano, pero con eso no llegamos al almuerzo del domingo. Creo que voy a llamar al Blend para que Tucker me envíe otra remesa por servicio de mensajería.

Pensar en voz alta era habitual en mí cuando me ponía nerviosa y Papas tenía la capacidad de atacarme los nervios. Se quedó un rato callado mirándome, una molesta costumbre muy suya: tú hablabas, él te miraba fijamente y, cuando le venía en gana, te contestaba.

—Me parece muy bien, llame a su gente —respondió por fin. Luego miró el reloj—. Tengo que salir a hacer un recado. Estaré fuera una hora como mucho.

—De acuerdo. Cuando lleguen los camareros, los pondré a

montar las mesas. Por cierto, ¿sabe algo de Prin y de su asunto familiar urgente? ¿Cree que hay alguna posibilidad de que vuelva antes del lunes?

Papas frunció el ceño aún más.

—No.

Pobrecilla, me temí lo peor.

—¿Ha fallecido algún familiar suyo? ¿Es eso? Porque entonces tal vez debería llamarla para preguntarle si…

Papas me interrumpió.

—No hace falta. Prin no va a volver.

Puse cara de incredulidad.

—¿En serio? ¿Qué ha pasado?

Jacques Papas apartó la vista.

—David Mintzer, eso ha pasado. Él mismo la despidió hace unos días. Le dio una patada en el culo sin ofrecerle siquiera una carta de recomendación. Y a mí me ha dejado con una mano delante y otra detrás, como comprenderá. Para colmo, en plena temporada.

—Pero hace dos días usted mismo le comunicó al personal que Prin se había marchado a causa de un asunto familiar grave. Dimos por hecho que volvería.

Papas sacudió la cabeza.

—David me pidió que mintiera porque no quería que nadie se enterara de que la había despedido. A David le encanta gustar, como usted bien sabe. Pero a veces es un cabrón sin miramientos con nadie.

Ahora me tocó a mí quedarme callada con los ojos como platos.

—¿Y sabe la razón de su despido? —pregunté por fin.

El gerente sacudió la cabeza.

—No. A David no le gusta que le hagan preguntas, señora Cosi… Seguramente usted ya conoce esa faceta suya. —Eso era innegable —. Llevo trabajando dos décadas como gerente de restaurante —continuó Papas—. En mi opinión, la mano dura da mucho mejor resultado que las recompensas, pero yo nunca habría echado a Prin. Y menos cuando andamos tan faltos de personal.

Asentí sin saber muy bien qué decir.

—Le agradecería que mantuviera la discreción respecto a este asunto —añadió Papas sin rodeos—. Solo se lo he contado para que no pierda el tiempo detrás de la señorita López. Ahora ya sabe que no hay razón alguna para llamarla. —Papas miró su reloj—. Tengo que irme.

Después de que el gerente se marchara, respiré hondo e hice uso de la cafetera que tenía delante. Lo que más necesitaba en ese momento era un buen café y, por suerte, lo tenía a tiro (perdón).

La noche anterior me había enterado de que Treat Mazzelli se acostaba en secreto con todas las camareras jóvenes de El Cafetín. Prin López había sido una de las primeras a las que había abandonado después. Me acababa de enterar de que David Mintzer también la había dejado tirada en plena temporada alta.

No se me ocurría qué más podía pasar para tocarle las narices a esa chica. Pero ¿hasta qué punto estaba cabreada? Consideré esa pregunta mientras molía el grano entero de nuestra mezcla para expreso, lo apretaba, encajaba bien el cacillo y extraía la esencia en un vasito.

Prin siempre me había parecido una profesional como la copa de un pino. Sin embargo, Suzi aseguraba que, fuera del trabajo, tenía un carácter terrible. Recuerdo una animada historia que Suzi nos contó una vez en la sala de descanso: Prin «había montado un pollo monumental» en una discoteca de los Hamptons. Al parecer, una camarera muy mona que trabajaba en un restaurante de Southampton la había insultado en medio del bar. La discusión llegó a las manos y Prin acabó tirándole del pelo. Tuvieron que llamar al portero para que las separara y las echara a la calle.

Me costaba mucho creer que Prin hubiera montado otro pollo monumental acechando y disparando a Treat Mazzelli, o que hubiera tratado de vengarse de Treat, de David o de los dos a la vez. Y me resultaba igual de increíble que hubiera convencido a algún pandillero amigo suyo del sur del Bronx para que lo hiciera.

Pero el despido de Prin era algo inesperado y quería hablar con

ella. Apuré el expreso de un solo sorbo y absorbí la esencia del arábica del tueste oscuro, intensa, cálida y con sabor a nuez. A continuación, me sequé las manos y volví a la sala de descanso. En la pared de al lado de la puerta estaba el calendario de los empleados. Junto al nombre de Prin aparecía un número de teléfono. Lo marqué y me saltó el buzón de voz.

—¿Prin? Soy Clare Cosi, de El Cafetín. ¿Podrías llamarme, por favor? Es por un asunto importantísimo.

Le dejé el número de mi móvil y colgué con la duda de si me devolvería la llamada.

Aprovechando que me encontraba en la cocina, decidí reponer la leche, la nata y la nata baja en calorías del mostrador de los cafés. Revisé el frigorífico vertical junto a la zona de elaboración de postres y vi que había tres garrafas de leche y dos de nata, pero ninguna de nata baja en calorías. Me dirigí entonces a la cámara frigorífica de acero inoxidable. Abrí la gruesa puerta aislante y entré en la fría caja de acero, que era casi tan grande como uno de los dormitorios de mi dúplex de Manhattan, encima del Village Blend.

Una única bombilla pelada iluminaba el interior, que olía como a carnicería, una mezcla de queso y carne curada no del todo desagradable. Del techo pendían varias patas de ternera maduradas en seco y algunos quesos, tanto nacionales como importados, en ruedas y en cuñas. En un rincón había unas cajas con verdura, toda de origen local, junto a unas bolsas de cebollas, chalotas y distintas variedades de patatas. En la pared, colgados de ganchos, había manojos de ajos junto a unos trozos de tocino, jamón serrano y chorizo.

En la esquina había varias pilas de recipientes de plástico, todos vacíos. Era obvio que la fiesta del Cuatro de Julio había arrasado con las existencias del restaurante. A menos que recibiéramos un pedido urgente de productos lácteos, esa noche no podríamos ofrecer la enorme variedad de bebidas con leche que teníamos en nuestra carta.

En vez de esperar a que Papas volviera, opté por entrar en su

despacho. El santuario interior del gerente estaba desordenado, pero la lista de proveedores se encontraba en el mismo sitio que la semana anterior, cuando Papas me convocó para una reunión de microgestión.

Encontré el número de la empresa de lácteos La Crème de la Crème y utilicé el teléfono de Jacques Papas para llamar.

—La Crème. Habla con distribución, dígame —dijo un hombre con voz ronca.

—Hola. Le llamo de El Cafetín, en East Hampton, situado en…

—Sí, sí. Lo conozco. Dígame —dijo el distribuidor, de pronto simpático.

—Quería saber si ya nos han entregado el pedido de hoy.

—Déjeme ver… Aquí está. Sí, el repartidor estuvo allí a las nueve. El señor Papas pidió tres garrafas de leche, dos de nata y dieciséis docenas de huevos.

Maravilloso.

—Verá, es que creo que ha habido un error. No nos quedan existencias de lácteos para el fin de semana y necesitamos más. Como mínimo, veinte garrafas más de leche, diez de nata y diez de nata baja en calorías.

—Claro, señora. Las tendrá allí dentro de una hora.

—Muchas gracias.

—De nada. Se las apunto también con el plan cincuenta-diez, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

—Con el diez por ciento extra. Cobramos el cincuenta por ciento por adelantado y el otro cincuenta por ciento, más un diez por ciento extra, al final de la temporada.

—Pues… A ver, supongo que sí —contesté, sin saber qué más decir.

—Estupendo. De todos modos, si tiene alguna duda, pregúntele a Jacques —añadió al percibir mi confusión—. Fue él quien lo decidió así.

Colgué, aún más confundida.

Me pregunté por qué David Mintzer habría firmado un acuerdo tan terrible. Tenía capital de sobra para pagar a los proveedores en el momento. Y si quería aplazar el pago mediante algún sistema, no cabía duda de que habría encontrado tipos de interés inferiores al diez por ciento.

Estaba claro que Papas estaba metido en algo… Pero ¿en qué? ¿Un desfalco?

Miré mi reloj. Como Papas llevaba fuera solo media hora, pensé que me daría tiempo a husmear un poco.

Empecé a buscar entre el caos de su escritorio con la esperanza de encontrar el libro azul que siempre llevaba consigo. Hurgué, sin éxito, entre una semana entera de periódicos apilados. Entonces decidí mirar en los cajones.

El primero que abrí contenía objetos personales: un cepillo y pasta de dientes, varias botellas de una colonia carísima, un peine y tantos productos masculinos para el cuidado del cabello que casi esperé toparme con un peluquero diminuto tijeras en mano. El segundo cajón contenía material de oficina, sobres, bolígrafos, lápices y una grapadora. El tercero estaba cerrado con llave.

Antes de que me diera tiempo a algo más, la voz enfadada de Papas rompió el silencio.

—¿Se puede saber qué está haciendo usted ahí?

—Ah, hola, Jaques. Yo…, eh…

—¿Quién le ha dado permiso para entrar?

—Tenía que llamar a la empresa de lácteos. No nos queda nata baja en calorías y andamos escasos de los demás lácteos. —Las fosas nasales se le inflaron mientras me miraba con una furia evidente—. Como usted no estaba y necesitamos que nos suministren esos productos, he buscado el número de la empresa y he hecho el pedido yo misma —continué—. El encargado de la distribución ha sido muy amable. El camión llegará dentro de una hora.

Mis palabras parecieron calmarlo. Asintió.

—Debería haberme dicho que necesitaba más existencias antes

de que me marchara. Habría hecho yo el pedido.

—Es que no lo sabía hasta que he revisado la cámara frigorífica. Y no quería molestarle.

Jacques asintió de nuevo.

—De acuerdo. Yo atenderé al repartidor cuando venga.

—Estupendo —dije. Pasé junto a él y salí de su despacho.

CAPÍTULO OCHO

Después de haber estado a punto de ahogarme por culpa de un megáfono de la policía del condado y de haber descubierto una posible trama de desfalco por parte de un compañero de trabajo, pensé que nada más me sorprendería ese día, pero esa noche hubo algo —o, mejor dicho, alguien— que lo consiguió.

Madame entró en El Cafetín con un elegante vestido de verano color lima, agarrada del brazo de un señor al que no había visto en mi vida. La barba gris y la chaqueta de *tweed* le daban una apariencia de profesor, aunque la pequeña coleta blanca, la boina francesa, los vaqueros gastados y las modernas gafas rectangulares lo hacían parecer más bien el patriarca de los artistas pop del West Village.

—Clare, pareces estresada —me dijo Madame mientras los acompañaba a su mesa—. Tal vez deberías marcharte a casa.

La sugerencia de Madame era amable, pero me resultó poco realista. El restaurante estaba hasta los topes de gente desde las cinco de la tarde. Eran las diez de la noche y la mayoría de los clientes querían tomar café y postres. Eso quizá implicara menos trabajo para Victor y Carlos en la cocina, pero no para mí en el salón. Y como andábamos escasos de personal, mi tarea era doble: dirigir y servir mesas a la vez.

—Tenemos demasiado lío como para irme antes —le dije a mi

exsuegra con una sonrisa paciente—. Además, tampoco estoy tan cansada.

Desde uno de los sofás de terciopelo verde de la planta baja, Madame levantó una ceja plateada.

—No he dicho cansada, querida. He dicho estresada.

A su lado, sentado cómodamente, el señor de aspecto bohemio se acarició la barba bien recortada y comentó:

—Tal vez tu nuera haya pasado demasiado tiempo en el lado «moderno» de la carretera.

De no ser por sus ojos de color azul intenso, que brillaban con humor y un atractivo especial, tanta familiaridad me habría molestado.

—Y usted es…

El acompañante de Madame se levantó, unió los talones y extendió la mano.

—Edward Myers Wilson.

Le estreché la mano.

—Encantada. Soy Clare…

—Allegro —completó el hombre—. Lo sé. Blanche me ha hablado mucho de usted y de su…, no sé si definirlo como «interesante verano».

Ambos comentarios me enfurecieron. En primer lugar, mi apellido ya no era Allegro, ya que después del divorcio había vuelto a ser Cosi. Y Madame lo sabía, faltaría más. Solo que no le gustaba y, como era evidente, había informado mal al señor Wilson a propósito.

—Clare, me parece increíble que renuncies a tu apellido de casada —me dijo años antes, cuando le di la noticia—. El apellido de tu hija es Allegro, eso no cambiará jamás. ¿Por qué no te planteas mantenerlo?

—Porque no —contesté—. Porque tu hijo no va a cambiar jamás.

Desde entonces, de vez en cuando Madame olvidaba, en un acto que se me antojaba totalmente pasivo-agresivo, que mi apellido volvía a ser Cosi. Aunque, a decir verdad, ¿qué otra cosa podía esperar de la abuela de Joy? Al igual que mi hija, era tan cabezota

como chispeante, tan insensata como aventurera, tan beligerante como comprensiva. Además, y también como Joy, Madame deseaba que Matt y yo volviéramos a estar juntos. En el pasado había trazado planes descabellados para conseguirlo y mi mayor miedo era que algún día lo consiguiera.

De momento, hice caso omiso del error en mi apellido. Nunca había visto a ese tal Wilson y tampoco esperaba volverlo a ver, ¿qué más me daba que no supiera cómo me llamaba en realidad? Sin embargo, no iba a dejar pasar el hecho de que Madame le hubiera hablado a ese desconocido del asesinato en la fiesta de David.

Con la esperanza de haber malinterpretado su mordaz insinuación, me hice la loca.

—Sí —le respondí al señor Wilson—. Trabajar aquí está siendo interesante.

—No me cabe duda —dijo él, y se sentó de nuevo en el sillón de terciopelo verde junto a Madame—. Aunque no tan interesante como intentar encontrar a un asesino, ¿eh?

Le lancé a mi exsuegra una mirada de pánico que ella respondió con una sacudida de mano.

—No te preocupes, Clare —dijo con alegría—. Edward ha venido a ayudar.

—¿Cómo que a ayudar? —susurré mirando a mi alrededor para cerciorarme de que nadie nos oía en aquel concurrido salón—. ¿Cómo nos va a ayudar un perfecto desconocido?

A Edward Wilson pareció hacerle mucha gracia eso último. Se volvió hacia Madame.

—Blanche, puede que tengas razón. Clare parece bastante estresada.

Madame se echó a reír.

Con dos dedos, me masajeé el puente de la nariz mientras notaba que el dolor de cabeza era inminente. Como si no bastara con que mi hija y yo hubiéramos dejado de hablarnos, ahora tenía que aguantar a los Misteriosos Mami y Papi.

—Edward no es un perfecto desconocido —me informó Madame.

—Aunque algunos de mis colegas dicen que es mejor no conocerme —bromeó.

—Solo cuando hay luna llena —replicó Madame.

—O cuando me quedo sin *whisky* escocés de malta. O sin tubos de 538.

—Bueno, eso es verdad —dijo Madame—. ¡Qué obsesión tienes con el azul de Prusia!

—Con el color no, amor. Con el cielo. Encontrar aquí esa paleta de colores ha sido siempre una obsesión. —Rodeó los hombros de Madame con el brazo—. Bueno, una de ellas.

Levanté las cejas ante el hábil movimiento del señor Wilson y me pregunté si ignoraba (o si le traía sin cuidado) que Madame mantenía una relación en la ciudad con el doctor Gary McTavish.

—Entonces, ¿sois viejos amigos? —insistí, para ver si me daban alguna explicación.

—Bueno, somos amigos, sin más —dijo Edward acariciando el hombro descubierto de Madame—. Y también somos viejos. Verdad ¿Blanche?

—Eso lo dirás por ti.

Me parecía increíble que tanto Joy como su abuela me estuvieran poniendo a prueba de esa forma.

Mi hija ya lo había logrado un rato antes, cuando llegó tarde a trabajar acompañada de Graydon Faas. La abordé en cuanto entró por la puerta de la cocina. Entablamos una acalorada discusión sobre dónde había estado y qué había hecho durante todo el día, pero se negó a contestar ninguna de mis preguntas y a disculparse por hacer caso omiso de mis numerosos mensajes de preocupación.

Durante toda la noche, no pude evitar fijarme en que Joy y Graydon se rozaban ligeramente al interactuar e intercambiaban caricias sutiles. Alarmada, me di cuenta de lo poco que sabía sobre su «amigo» surfero-camarero. Graydon era un buen empleado y aprendía rápido las técnicas de barista, pero también habría dicho eso de Treat Mazzelli, que resultó ser un donjuán empedernido. (Él no tenía culpa de haber recibido una bala en los sesos; es más, yo

tampoco lo consideraba el verdadero objetivo del disparo. Sin embargo, en lo concerniente a la felicidad de mi hija, sí, era un mujeriego, ¡lo siento!).

En ese momento no pude discutir mis cientos de preocupaciones con Joy, pero teniendo en cuenta cómo había acabado Treat, me creí con el derecho a meterme donde nadie me había llamado y preguntarle por su relación con Graydon. Cuando por fin nos quedamos un momento a solas, fue lo que hice. Y también me propuse interrogar a la abuela de Joy, que ahí estaba, coqueteando descaradamente con un hombre del que sabía aún menos.

—¿Tomo nota? —sugerí mientras miraba atrás para asegurarme de que los demás clientes no se impacientaban—. Podemos seguir charlando después, cuando haya traído la comanda.

—Muy bien —convino Edward con una sonrisa.

—Solo vamos a tomar café y postre —dijo Madame. Sacó del bolso un delicado par de gafas de lectura color bermellón, se las colocó en la punta de la nariz y miró por encima de la carta de maridaje.

—Una selección formidable, querida —dijo al cabo de un minuto.

—Gracias —contesté tratando de no sonrojarme. El adjetivo «formidable» en boca de Madame para referirse al café equivalía al título de doctorado para un estudiante de posgrado. Ella sabía más de granos, mezclas, microclimas, cosechas, procesamiento, tostado, elaboración y presentación que cualquier profesional a quien hubiera conocido jamás en el ámbito de la alimentación y las bebidas.

Edward echó también un vistazo a la selección de cafés de El Cafetín.

—Java Estate, Tres Ríos costarricense, Kona, Harrar etíope, Kenia AA, Sumatra… —Recitó—. Madre mía, ¿cómo vamos a elegir?

Madame y yo cruzamos la mirada.

—Bueno, por suerte para ti, mi nuera, aquí donde la ves, es la sumiller de café de El Cafetín.

—¿He oído bien? —preguntó Edward—. ¿Ha dicho sumiller de café?

—Eso he dicho. Clare tiene la sabia convicción de que todos los restaurantes deberían contar con alguien en plantilla que sepa comprar, almacenar y servir una amplia variedad de cafés, alguien que tenga conocimientos suficientes para recomendárselos a sus clientes.

—Aaah, ya entiendo —dijo Edward—. Como con los vinos.

Madame asintió.

—Mira la carta y verás los maridajes que sugiere con la selección de postres de esta noche.

Edward pasó la página.

—¡Ah! Sí, sí… Y ofrecen una pequeña descripción del sabor de cada café…

—El perfil de sabor —le informó Madame antes de guiñarme el ojo.

Edward se acarició la barba gris.

—He de decir que, aun así, es difícil decidir.

—¿Le gusta el chocolate? —le pregunté para ayudar.

—No mucho —respondió Edward.

—¿Por qué no nos decantamos por algo más sutil? —sugirió Madame—. Edward, ¿te siguen gustando los higos y las almendras?

Sin apartar la vista de la carta, Edward sonrió.

—Oh, sí, Blanche —contestó al tiempo que colocaba su mano sobre la de madame—. ¿Recuerdas aquella tarde en mi porche? Claro, me siguen encantando.

Madame levantó la vista hacia mí, pero yo ya sabía qué querían.

—Pan de higo español —dije—. Y torta de almendra. Ambos van genial con el Sul de Minas.

Los clientes que sabían algo de café a veces ponían cara de extrañeza cuando veían un café brasileño en la carta. Pero, en ocasiones, un conocimiento superficial equivale a no saber nada.

Sí, Brasil es el mayor productor de café del mundo y una gran parte de su cosecha procede de enormes plantaciones de arábica y robusta de baja calidad. Y sí, esos cafés son planos y mediocres, y muchos de ellos acaban en mezclas de consumo a gran escala, las

típicas marcas de café envasado que se encuentran en las estanterías de los supermercados. Sin embargo, Brasil es un país inmenso con un amplio espectro de condiciones y calidades. En los últimos años han proliferado distintas asociaciones que fomentan una nueva imagen de los cafés brasileños. Pequeñas haciendas agrícolas, como la que Matteo encontró en el sur de Minas Gerais, utilizan métodos de cosecha y de procesamiento de alta calidad para producir unos cafés de especialidad que funcionan realmente bien con tuestes ligeros y medios.

Me sorprendió ver que Madame, precisamente ella, levantaba una ceja al oír mi recomendación. Pero luego sonrió y añadió:

—El café brasileño es la elección ideal para la pasión, ¿no es así?

—Pasión —repitió Edward al ver la sonrisilla de Madame—. A ver si lo adivino, ¿te recuerda a un antiguo novio brasileño?

—Bueno, me recuerda a un brasileño, aunque no fue novio mío —respondió Madame—. Fue el amante de la esposa de un gobernador francés.

La mirada de curiosidad de Edward dio paso a un gesto de confusión. Madame se echó a reír.

—Hace muchos años de aquella historia.

—Cuéntala —rogó Edward.

—Bueno, verás, hace muchísimo tiempo, cuando llegaron las primeras plantas de café al Nuevo Mundo, solo se cultivaban en ciertas regiones. Tanto en la Guayana Francesa como en la Guayana Holandesa existían cafetales, pero evitaban celosamente la exportación de las semillas. Entonces, se produjo una disputa fronteriza entre ambas colonias y Brasil envió a un diplomático para resolverla… ¿Cómo se llamaba? Clare, ¿cómo era?

—Francisco de Melo Palheta.

—¡Eso! Exacto. Resulta que Francisco era un brasileño tan apuesto que la mujer del gobernador francés se enamoró de él. Tuvieron un romance apasionado y él volvió a Brasil con un ramo de flores que ella le regaló. Dentro del ramo iba escondido el verdadero regalo: unos esquejes de cafeto provistos de cerezas de café fértiles.

Y… *voilà!* Así fue como nació la industria cafetera brasileña.

A los brasileños que se dedicaban al comercio del café les encantaba contar esa historia, según la cual toda la industria cafetera multimillonaria había surgido gracias a una historia de amor. Yo sabía que la leyenda tenía muy poca credibilidad. Y aunque Madame también lo sabía, estaba claro que esa noche se lo estaba pasando fenomenal viendo el mundo a través de sus gafas de color rosa.

—¿Traigo prensas individuales? —pregunté con poco énfasis—. ¿O preferís una sola para los dos?

—Mejor una para los dos, querida. La compartiremos.

Claro, la compartirán, pensé mientras me dirigía al mostrador de los cafés para preparar su comanda. *¡Con lo cerca que están el uno del otro, van a compartir medio cuerpo!*

Huelga decir que no me hacía mucha gracia ver a Madame con un hombre nuevo. El doctor McTavish era su pareja desde hacía más de un año y ya me había acostumbrado a él; es más, me sentía cómoda con esa relación. Estaba segura de que Madame no había roto con el doctor, aunque esa noche parecía obnubilada con Edward.

Por una parte, era consciente de que estaba siendo demasiado dura con ella. A su edad, Madame tenía derecho a disfrutar de la felicidad, sin importar dónde, cuándo ni con quién. Pero, por otra parte, sentía que traicionaba la relación que mantenía en la ciudad.

Mientras me convencía de que eso no era asunto mío (o, al menos, lo intentaba), me puse a preparar la comanda.

—¿Quién es ese que está con la abuela? —me susurró Joy.

Era la primera vez que me hablaba en seis horas, desde que discutimos al principio del turno.

—Es su acompañante —contesté—. Se llama Edward Myers Wilson. No sé más.

—¿Cómo que no sabes más? —dijo Joy entre dientes—. Están muy juntitos. ¿Dónde lo ha conocido? ¿Vive por aquí? ¿No tienes más información?

Me llevé las manos a las caderas y me quedé mirando a mi hija.

—No, no tengo más información —contesté—. De hecho, tengo la misma cantidad de información del señor Wilson que de Graydon Faas.

—No me parece justo que digas eso —soltó Joy—. Trabajas con Graydon desde hace más de un mes…

—Habría dicho lo mismo de Treat.

—Graydon no es como Treat. Y, de todos modos, es asunto mío con quién salgo.

Me crucé de brazos.

—Igual que es asunto de tu abuela con quién sale ella.

Joy abrió la boca, pero no emitió sonido alguno. A sabiendas de que había perdido, frunció el ceño, dio media vuelta y empujó con fuerza la doble puerta acolchada de piel para entrar en la cocina.

CAPÍTULO NUEVE

Después de pasarme por las otras mesas, volví a la de Madame y descubrí que la feliz pareja había cambiado de tema: de las románticas leyendas del café habían pasado a la decoración del restaurante.

—Menuda preciosidad —dijo Edward señalando el reloj mosaico que presidía la escalera—. Fíjate en esa pieza surrealista. Da la sensación de ser un reloj normal, pero sus manecillas giran y giran tan rápido que parece funcionar bajo el influjo de la cafeína. ¡Es perfecto!

De acuerdo, pensé, impresionada a mi pesar. *Ahí acaba de ganar varios puntos*.

Trasladé el contenido de mi bandeja de plata a la mesa de centro de mármol: la presa francesa de cuatro tazas, el reloj de arena de cristal Waterford para calcular el tiempo de reposo y los trozos de pan de higo y torta de almendra en sendos platos pintados a mano.

Edward sacudió la cabeza y continuó:

—Ya no se ven por aquí muchos caprichos artísticos como ese reloj. Todo se ha vuelto vago y previsible. Están acabando con nuestra historia arquitectónica, tan brillante y fuera de lo común, como fue el caso de la cabaña Quonset de Motherwell, y la están sustituyendo por casitas que imitan el estilo *shingle*. Tiene bemoles la cosa.

A pesar de mi empeño en encontrarle fallos al señor Wilson, no

pude pasar por alto su observación. La cabaña Quonset que acababa de mencionar era una de las construcciones que recordaba de mis clases de Historia de la Arquitectura.

—¿La vio alguna vez? —le pregunté a Edward, incapaz de contener la curiosidad—. La cabaña Quonset, quiero decir.

Madame se echó a reír entre dientes.

—Sí, querida —contestó Edward—. Sí que la vi.

La cabaña Quonset representaba una etapa importante en la historia de los Hamptons. Si ese tipo se había tomado la molestia de visitarla, significaba que, como mínimo, esa historia le interesaba.

Aquella estructura vanguardista se construyó en 1940 como casa y estudio en East Hampton del artista Robert Motherwell, que acababa de llegar a la zona con la oleada de artistas que seguían al famoso pintor expresionista abstracto Jackson Pollock. Motherwell necesitaba un sitio donde vivir y trabajar, así que contrató al arquitecto modernista Pierre Chareau, que había sido un consumado arquitecto en Francia hasta que los ejércitos de Hitler invadieron el país y se vio obligado a huir a Estados Unidos. Al igual que Madame, que huyó con su familia de un París ocupado cuando era solo una niña, Chareau se marchó a toda prisa, con lo puesto y casi sin dinero.

Motherwell tampoco nadaba en la abundancia y necesitaba materiales de construcción baratos, de manera que compraron dos barracas Quonset excedentes de la guerra y, para completar la estructura, recogieron otros materiales, los adaptaron e inventaron elementos. Aún recuerdo las fotos de la fachada que aparecían en mi libro de texto de la universidad: el largo techo curvado del edificio semicilíndrico, la pared con ventanas.

—Siempre me he preguntado cómo sería vivir en una casa así —reflexioné.

Edward se lo tomó como una pregunta.

—Era un espacio abierto y sin obstáculos —me informó mientras se le animaban los brillantes ojos azules—. Era futurista, un desafío subversivo a los planos convencionales. En uno de los extremos del

salón había una maravillosa chimenea independiente de ladrillo y, en el otro, una cocinita abierta. Arriba, las vigas del edificio quedaban a la vista, unas maravillosas vigas que sostenían el tejado y que Motherwell había pintado con barniz rojo, de manera que sentías que un móvil gigante colgaba por encima de ti. La luz natural era espléndida. Diez metros de ventanas recuperadas de un invernadero. En pleno invierno, el calor del sol bastaba para caldear el espacio; sin pretenderlo, habían creado un sistema de calefacción solar. Y cuando llovía, el agua caía por los paneles superpuestos de cristal y formaba una cascada hipnótica.

Por la forma en que Edward hablaba, con esa pasión tan profunda, me di cuenta de que era fácil que las mujeres cayeran rendidas a sus pies. En ese momento, Madame lo miraba con una pasión también profunda que, según intuí, no tenía mucho que ver con la cabaña Quonset de Motherwell.

—Me parece alucinante —le dije a Edward con total sinceridad—. Quise verla con mis propios ojos cuando llegué, pero pregunté y…

—Y te dijeron que la habían echado abajo en 1985 —Edward concluyó la frase por mí—. ¿Y sabes por qué? El nuevo propietario, un hombre adinerado, quería una estructura más convencional para pasar los fines de semana de verano.

—Es rarísimo lo que pasa en este sitio —dije, pensando en lo que mi querido padre, corredor de apuestas, habría dicho en mi lugar—. Es lavado de dinero, pero a la inversa. El dinero nuevo pretende parecer viejo.

—Es la quiebra del diseño creativo, ni más ni menos —añadió Edward con cara de repugnancia—. La mayoría de los arquitectos están hasta las narices, pero quieren tener éxito. Y esos ricachones carecen del espíritu aventurero que tenían los modernistas, solo desean encajar. «Constrúyame algo que parezca llevar aquí cien años. Y que sea muy muy grande».

—Esta generación lo agranda todo, querido —contestó Madame con un gesto de desdén—. Ve acostumbrándote.

—Ah, pero esa es la belleza de la vejez —replicó Edward—. Ya no

tengo que acostumbrarme a nada. Más pronto que tarde me largaré al otro barrio.

—No seas macabro —le reprendió Madame, y me sonrió—. Clare, creo que mi amigo necesita cafeína. ¿Qué te parece?

Asentí y comprobé el reloj de arena. Los últimos granos terminaban de caer. Con suavidad, presioné el émbolo de la cafetera de prensa francesa para empujar el Sul de Minas de molienda gruesa hasta el fondo del cilindro de vidrio.

—Como ves, las muertes absurdas están en todas partes —dijo Edward y señaló la prensa francesa con un suspirito grave mientras su cuerpo anciano se combaba un poco, como si la arena que se agotaba en el reloj hubiera acabado con todo lo que él apreciaba—. Ese café ha seguido el mismo camino que la cabaña Quonset de Motherwell.

—Al contrario —contesté mientras les servía el café, un chorrito en una taza, un chorrito en la otra, hasta que ambas estuvieron llenas por igual—. Esos granos de café brasileños han pasado la última fracción de su vida infundiendo su esencia al agua caliente que las rodea, un estallido de sabor memorable que aportará alegría y energía a quienes la beban. Desde una perspectiva más amplia, diría que no es una muerte absurda.

El rostro de Edward se iluminó despacio. Se volvió hacia Madame.

—Cielos, no me comentaste que la filosofía iba incluida con el café.

—Nuestro objetivo es complacer a nuestros clientes —dije.

—Pues lo has conseguido, querida. —Edward aplaudió—. Muy bien.

—¿No te dije que mi nuera era especial? —dijo Madame dedicándome un guiño—. Pues todavía no ha terminado, así que ponte cómodo, Edward.

Mientras ambos agarraban sus respectivas tazas y daban el primer sorbo, continué:

—Este Sul de Minas proviene de una hacienda familiar. En este

tueste medio, tienen el perfil de sabor de un café suave de baja intensidad con características secas pero dulces, casi azucaradas, como las de un higo. El final es dulce, intenso y largo, con un toque de cacao y notas de fruta deshidratada.

Edward sonrió mientras bebía.

—Ese es el final que me gustaría, ahora que lo pienso: dulce, intenso y largo.

Madame se echó a reír. Cortó un poco del pan de higo español y le ofreció el tenedor a Edward.

—Prueba un poco de esto y luego vuelve a beber.

Edward abrió mucho los ojos mientras obedecía.

—¡Higo! Noto su sabor en el postre, por supuesto, pero ahora lo noto también en el café.

Anuncié con cortesía lo que era obvio.

—Por eso están emparejados.

—Pero, Clare —intervino Madame—, también has maridado este café con la torta de almendra, ¿verdad?

—Sí —respondí despacio, preocupada por que no estuviera conforme con esa combinación—. ¿Y? ¿Adónde quieres ir a parar?

—Simplemente, a que un mismo café puede maridarse de una manera bastante natural con dos dulces diferentes dependiendo de la situación.

Miró a Edward y luego me miró a mí, como si mi torpeza requiriera que alguien me explicara esa analogía.

Tranquila, que lo pillo. Está más claro que el agua.

Después de excusarme, fui a atender a los demás clientes y a continuación volví a la mesa de Madame para comprobar si necesitaban algo más.

—Clare, ¿no te he contado cómo nos conocimos Edward y yo? —preguntó Madame—. Seguro que sí.

Sacudí la cabeza.

—No.

—Nos conocimos en Greenwich Village, en el Village Blend… Hace mucho tiempo.

Edward suspiró.

—Muchísimo tiempo.

—Edward solía venir con varios amigos suyos —continuó Madame —. Estaban Alfonso Ossorio, Willem de Kooning, Lee Krasner, Truman Capote, Jasper Johns, Robert Motherwell y, por supuesto, Jackson Pollock.

Me quedé de piedra. *Vaya tela, ¡con razón conocía el interior de la cabaña Quonset de Motherwell!*

—Entonces, señor Wilson… —dije después de aclararme la garganta y recuperar el equilibrio—, ¿usted también es pintor?

—No como Pollock, no estoy a su altura —contestó Edward—. Pollock era un genio. También era un borracho degenerado. Luego Lee… Lee Krasner, que acabó casándose con él, lo trajo aquí, a East Hampton, para alejarlo de los demonios de la ciudad. Esto le hizo serenarse. Por supuesto, por aquel entonces East Hampton era muy diferente: inmune al paso del tiempo, tranquilo, bucólico…, cuerdo. Pollock está ahora enterrado en el cementerio de Green River, en Springs. Es fácil identificar su tumba porque está marcada con una piedra de cincuenta toneladas.

—¿Y sigue usted pintando? —pregunté.

—Solo para mí. Lo disfruto mucho. En aquella época estaba completamente absorbido por la pintura. Y, bueno, me creía lo más de lo más.

Madame se rio.

—Y lo eras.

—Todos lo éramos. Cientos de artistas se trasladaron aquí después de que llegara Pollock, durante los años cincuenta y sesenta. Los terrenos eran baratísimos por entonces. Y todos éramos rivales de Pollock, nos moríamos de envidia al ver su éxito y su fama. Pero después de que, con cuarenta y cuatro años, volcara su coche en Fireplace Road a ciento cincuenta kilómetros por hora, descubrí que seguía amando el arte y perdí el gusto por la competición.

—Edward se hizo profesor —me informó Madame.

—Antes empecé a escribir —corrigió Edward—. Luego me puse a enseñar: arte, historia, crítica. Por supuesto, los demás continuaron. Un viejo chiste dice que Kooning miraba por su ventana todas las mañanas hacia el cementerio Green River para asegurarse de que Pollock seguía debajo de la piedra de cincuenta toneladas.

—Como ves, Clare, Edward lleva aquí toda la vida —dijo Madame.

—Casi —convino Edward, entrelazando los dedos con los de Madame y llevándose su mano a los labios.

—Por eso pensé que podría ayudarnos con el… ¿Cómo podríamos llamarlo? —Madame miró hacia las mesas ocupadas que se encontraban tanto a su derecha como a su izquierda—. Con el problemilla de David.

Problemilla, pensé. *Sí, sin duda es un «problemilla» que un francotirador intente convertirte en su blanco durante la fiesta que has organizado*.

Madame se volvió hacia Edward.

—Cuéntale a Clare lo que me explicaste… Eso de la ejecución de la hipoteca y los administradores municipales.

Edward asintió, se inclinó hacia mí y me hizo una seña para que me acercara.

—La venta de este sitio no se llevó a cabo de la forma habitual.

—¿A qué se refiere? —pregunté.

—Edward se refiere a que el anterior propietario cerró el local el verano pasado durante un proceso de divorcio complicado —me informó Madame en voz baja—. Por un asunto de morosidad en el pago de impuestos, esta propiedad acabó en manos del Ayuntamiento.

—Ajá —dije despacio—. ¿Y eso qué más da?

—¿Cuánto me dijiste que se ganaba con cada silla en un restaurante de los Hamptons por temporada? —preguntó Madame.

—De media, unos ciento ochenta mil dólares por silla.

Edward emitió un leve silbido.

—Vale —continuó Madame—. ¿Y no te parece que es razón

suficiente para estar muy enfadado si tu sueño de abrir un restaurante aquí se viera frustrado?

—Ya, pero David sí que abrió su restaurante —apunté.

—No, Clare, no me sigues —dijo Madame—. Edward me contó que este local también lo quería otra persona.

—Salió este invierno en la prensa local —intervino Edward—. Tuvo lugar una guerra, una lucha encarnizada por este sitio. Al final se redujo a dos propuestas y los administradores locales eligieron la de David.

—¿Y eso qué importa? —repuse—. El otro postor perdió. Es algo que ocurre a diario en Manhattan. ¿Por qué no pasó página y compró otro local?

—Edward, explícaselo —pidió Madame.

Él se encogió de hombros.

—Aquí, en East Hampton, no se compra un local para abrir un restaurante así como así. Esta es la tierra del no, querida. Se rige por normas muy estrictas para frenar el crecimiento comercial. Si aspiras a ser restaurador, debes esperar a que cierre uno de los restaurantes existentes en la zona y presentar una oferta mejor que las de los demás para conseguir la propiedad y contar con la aprobación de las innumerables comisiones de planificación, zonificación y diseño del Ayuntamiento.

—Ah —respondí—. Pues David nunca ha mencionado nada de eso.

—Claro que no —dijo Madame—. Al parecer, las cosas se pusieron bastante feas durante la batalla por la propiedad. Y a David no le gustan las cosas feas.

—Bueno, ¿y quién era el otro aspirante? —pregunté.

—Bom Felloes —respondió Edward.

—¿El famoso chef de la tele? —dije—. ¿El de la cadena de restaurantes Good Felloes que están por todo el país?

—El mismísimo —dijo Madame—. Según parece, estaba ansioso por abrir un Good Felloes en East Hampton.

—Pero a los administradores locales casi les da un patatús al

enterarse de que existía la posibilidad de que una cadena de restaurantes abriera un local en esta zona tan exclusiva —dijo Edward—. Y, la verdad sea dicha, el nombre del restaurante tampoco ayudó.

Comprendí lo que quería decir. Good Felloes era un juego de palabras con el apellido del chef, algo así como «el bueno de Felloes». Sin embargo, tal y como una vez me contó mi padre, los *goodfellows* («la buena gente») era uno de los nombres con los que se autodenominaban los mafiosos.

—Cielos —dijo Madame—. Imagino que los funcionarios se quedarían lívidos al enterarse.

—Es absurdo que se pueda demoler un edificio histórico como la casa estudio de Motherwell, pero no se pueda construir un nuevo restaurante —se lamentó Edward con otro suspiro—. En cualquier caso, rechazaron la propuesta de Bom y aprobaron la de David. Y ya veo por qué se quedaron tan impresionados. No hay más que mirar alrededor. Está claro que Mintzer gastó mucho tiempo y esfuerzo en el diseño y la decoración.

—Por no hablar del dineral que le ha debido de costar —añadí.

—Para ganar dinero hay que gastarlo antes —señaló Madame.

—Bueno, ¿y qué más sabe de Felloes? —le pregunté a Edward.

—Poco más. Solo que está soltero, que es joven y guapo, y que compró la mansión El Castillo de Arena hace unos tres años.

Fruncí el ceño con disgusto.

—¿El Castillo de Arena? Eso está justo al lado de la casa de David. Y parece que ambos compraron las propiedades en la misma época.

Edward asintió.

—Los terrenos originales eran enormes. Cuando pasaron a manos de la siguiente generación, se dividieron en dos. Bom compró el terreno que incluía la mansión, mientras que David Mintzer adquirió la parcela adyacente y construyó su casa desde cero.

Nunca había visto El Castillo de Arena. Estaba rodeado por un muro de setos verdes y la recargada ornamentación de la verja

delantera impedía ver nada al otro lado. Sabía que El Castillo de Arena colindaba con la propiedad de David, pero no sabía que Bom Felloes era su dueño. Y David nunca me había mencionado a Bom, porque, de haberlo hecho, me habría acordado.

Me di un golpecito en la barbilla con el lápiz de las comandas.

—Está claro que David tiene un serio rival, aunque no me cabe duda de que los tendrá en todos sus negocios.

—¿Crees que a Bom no le importaría ver a David bajo una lápida de cincuenta toneladas? —preguntó Edward.

—Espero que Bom no sea quién intentó mandarlo a la tumba —contesté—. Pero necesitaría saber más sobre él. Mucho más.

—Bueno, querida, no temas —trinó Madame con un brillo cafeínico en la mirada que me puso bastante nerviosa…, y con razón —. ¡Edward y yo nos ocupamos!

CAPÍTULO DIEZ

Era cerca de la medianoche cuando por fin volví a la mansión frente al mar de David Mintzer, reventada tras muchas horas de pie y exhausta emocionalmente después de mi última y desagradable confrontación con Joy.

No había tenido suerte al tratar de convencer a Madame de que se marchara de la casa de David después del asesinato, pero esperaba ser capaz de imponerme sobre mi hija. Por eso, cuando cerramos el restaurante, le hice una señal a Joy para que me acompañara a la sala de descanso e intenté persuadirla para que se marchara de East Hampton y volviera a la ciudad.

Ella se negó en redondo.

—Mira, mamá —me dijo—. Estaba decidida a irme a una casa compartida, pero no me dejaste. Necesito este trabajo y necesito el dinero. No sabes cuánto lamento que dispararan a Treat, pero está clarísimo que esa bala iba dirigida a él. Ya está muerto, asunto zanjado. Si me obligas a irme de casa de David, no volveré a la ciudad. En estas fechas ya están completas todas las casas compartidas, pero me puedo ir con Graydon. Y si me echas de El Cafetín, encontraré otro trabajo en la zona. He oído que las camareras ganan mucho más sirviendo copas con menos ropa.

Me dejó atónita. Estaba frente a ella, incapaz de articular palabra. Si bien antes había salido yo victoriosa, ahora mi hija me había vapuleado y, con ese último comentario, había terminado de

rematarme. Me había hecho quedar como una mojigata al retratarse como una pelandrusca y había ganado la partida. No era justo para ninguna de las dos. Pero ese es el problema con los hijos, que saben cómo darte donde más duele.

Joy suspiró.

—Tengo veintiún años, mamá. Deja de tratarme como a una niña.

—Sabes muy bien por qué estoy preocupada —le recordé con serenidad—. Aparte de lo del disparo, irte con Graydon no sería la solución. Es aún más turbio que Treat. ¿Qué sabes de él realmente?

—Sé lo importante. Que es tierno. Es divertido. Le gusto y me hace sentir preciosa.

Me recorrió un escalofrío. Sonaba tan ingenua como yo cuando conocí a Matt. Por aquel entonces, yo tenía más o menos la edad de Joy y estudiaba historia del arte durante unas vacaciones de verano en Italia. Cuando nos vimos por primera vez en una soleada playa del Mediterráneo, me pilló con la guardia baja. Él era cálido, generoso y guapo como un demonio. Estaba bronceado y musculoso por sus habituales actividades deportivas, y era tan escultural como las estatuas renacentistas que yo estudiaba. El pelo negro azabache le llegaba hasta los hombros y se le escapaba continuamente de la coleta.

En aquel entorno tan paradisiaco y exótico, resultaba demasiado fácil acostarme con él una y otra vez, era como un sueño. Pero volví a Estados Unidos, ya más despierta pero embarazada de Joy, y accedí a casarme con el hombre equivocado.

—Eres muy ingenua —le dije a mi hija con un tono más duro de lo que pretendía—. Si quieres que te trate como a una adulta, deberías empezar a ser más responsable.

La respuesta de Joy fue marcharse enfadada de nuevo. Esta vez, cuando entró en la cocina del restaurante, continuó hasta salir por la puerta trasera. Graydon la estaba esperando en el aparcamiento y se marcharon juntos en el Mini Cooper del camarero.

En ese momento me encontraba totalmente agotada. Sin

embargo, a pesar de mi falta de ánimo, me negué a dar por concluida la noche. Ahora que mi hija y mi exsuegra se oponían a irse de casa de David, estaba aún más decidida a llegar hasta el fondo del asesinato de Treat. Así que, en cuanto llegara a la mansión, estaba dispuesta a preguntarle a David por Bom Felloes y por el misterioso «diez por ciento» que Jacques Papas había cocinado (nunca mejor dicho) con los proveedores locales.

Acelerando más de lo necesario, dejé atrás la oscura carretera para entrar en el largo camino de acceso a la mansión. Enseguida reparé en que había algo distinto, una llamita dorada que titilaba en una lámpara de gas recién instalada. Desprendía una ligera luz sobre la senda de piedra que conducía a la puerta principal. Seguí adelante un tanto incrédula… y cada vez más enfadada.

La lámpara era una auténtica reliquia de cristal emplomado con el pie de hierro fundido ennegrecido. Su diseño encajaba a la perfección con la casa de verano estilo *shingle*, pero una débil lámpara de gas junto al sendero de la entrada no era lo que tenía en mente cuando le dije a David que su casa necesitaba luces de seguridad.

Era obvio que no se había tomado en serio mis palabras.

De acuerdo, admito que yo tampoco me había tomado en serio las suyas. Aunque David me había pedido que abandonara la idea de que él era el objetivo del asesino, estaba claro que yo no le había hecho caso. Y no se lo pensaba hacer.

El camino de acceso para los coches formaba un círculo del tamaño de un circuito de carreras delante de la mansión. Aparqué cerca de la puerta principal, justo detrás de su pequeño deportivo descapotable, y aprecié con incomodidad que la escasa iluminación de su pintoresca lámpara ni siquiera alcanzaba la zona de la puerta.

Por suerte para mí, la luna estaba casi llena y las estrellas proporcionaban bastante más luz que la patética llama de la lámpara de gas. Aun así, me costaba encontrar la llave dentro de mi amplio bolso, algo a lo que no estaba acostumbrada, ya que solía ser Kenneth, el mayordomo, quien me abría la puerta, pero ese fin de

semana estaba fuera.

Como no daba con la llave, decidí entrar por la cocina. Esa llave la tenía más a mano, con las del coche, ya que la usaba a menudo para salir a pasear por la playa. Con resignación, empecé a rodear la casa a oscuras.

Al llegar a la zona de la piscina y la terraza, ya me había acostumbrado a la luz de los astros y distinguía las siluetas de las sillas Adirondack sobre el césped y la espuma de la marea creciente a lo largo del litoral desierto.

Mientras cruzaba la terraza de cedro, oí que alguien se acercaba a mí con fuertes pisadas. Me di cuenta de que, de haber sido David, me habría llamado por mi nombre. Corrí hacia la puerta trasera y estaba a punto de gritar cuando una voz ronca me preguntó:

—¿Quién es usted?

Sin pensarlo, levanté la mano y entorné los ojos frente al deslumbrante haz de luz con el que me apuntó la cara. También sin pensarlo, me puse a dar voces con mi tono neoyorquino más agresivo y enfadado:

—No, ¿quién mierda es usted? ¡No tiene derecho a estar aquí! ¡Esto es una propiedad privada! ¡Quíteme esa linterna de los ojos ahora mismo!

La luz apuntó entonces hacia el cielo y vislumbré una silueta entre las sombras. Distinguí un uniforme y una placa metálica.

—Disculpe, señora —dijo el hombre—. ¿Su nombre, por favor?

—Cosi. Clare Cosi.

—De acuerdo. Su nombre está en la lista.

—¿Qué lista?

—La lista que me ha dado el señor Mintzer con los nombres de las personas que pueden acceder a la casa.

—¿Y usted quién es?

—Soy el guarda de seguridad de la empresa Shield Security. Estoy haciendo mi ronda.

No sería mayor de veinticinco años, era corpulento y tenía una gran cabeza redonda con el pelo rubio rapado. Su media sonrisa me

indicó que estaba tan nervioso como yo con aquel encuentro inesperado.

—Está bien —contesté, con gran alivio—. Me alegro de que David haya contratado seguridad. Más vale prevenir.

—Sí, señora. Siempre habrá alguien de Shield por aquí, las veinticuatro horas del día.

—Es bueno saberlo. —Abrí la puerta con la llave—. Buenas noches.

El joven se tocó la visera de la gorra.

—Buenas noches, señora Cosi.

Esperó hasta que estuve dentro, a salvo y con la llave echada, y se marchó, supuse que para continuar con su ronda. Con la boca más seca que un zapato, solté el bolso en la encimera y me acerqué al frigorífico. Desenrosqué el tapón de una botellita de Perrier fría y me la bebí de un trago con las manos ligeramente temblorosas. Agarré una segunda y me llevé a la frente el cristal helado.

A continuación, registré la casa, empezando por las habitaciones del ala de invitados, y descubrí que estaba sola. Madame seguía fuera con su caballeroso amigo, y Joy también. Ni que decir tiene que Graydon no la había traído directamente a casa. Me sorprendió que David hubiera salido, sobre todo porque acababa de ver su coche aparcado en la entrada.

Entonces caí en la cuenta de que tal vez se hubiera trasladado de vuelta a su habitación, de manera que volví a bajar los escalones hasta la planta baja y me dirigí hacia el ala de David, en el lado sur de la mansión. Al acercarme para llamar a la puerta de su dormitorio en la segunda planta, me detuve frente al baño.

El precinto del escenario del crimen había desaparecido y la puerta estaba entreabierta. No pude resistir la tentación de empujarla un poco más y encender la luz. La última vez había encontrado allí un cadáver ensangrentado, pero en ese momento no quedaba un solo indicio de que se hubiera cometido un crimen. El mármol, antes manchado de sangre, estaba de nuevo impoluto, y habían reemplazado el cristal roto por uno nuevo.

De pronto, se abrió la otra puerta del baño, que daba al dormitorio de David, y preparé mis disculpas por invadir su espacio personal sin avisar. Pero no era David. Unos ojos azul claro me miraron fijamente. La expresión alarmada de Alberta Gurt. Llevaba un montón de ropa sucia en los brazos.

—¡Ay! —gritamos las dos a la vez. Entonces nos echamos a reír con nerviosismo.

—No has podido resistir la tentación de echarle un vistazo al mármol, ¿eh? —dijo Alberta mientras metía la ropa de David en un cesto de mimbre. Llevaba el uniforme de empleada doméstica y el pelo castaño veteado de canas, recogido. No había rastro del maquillaje y las joyas que llevaba la noche anterior, cuando la interrogué.

—Ya… ya te digo… —tartamudeé—. El mármol está impoluto.

—El marmolista ha hecho un buen trabajo al restaurarlo —dijo Alberta—. David hizo que lo trajeran desde Hoboken y el hombre ha estado varias horas limpiándolo. Ha quedado como nuevo.

Ojalá pudiéramos decir lo mismo de Treat.

—Pensé que serías David —continuó Alberta con un suspiro—. Lleva dos días muy estresado, entre la fiesta del Cuatro de Julio y todo lo que pasó después, la empresa de seguridad, el marmolista y la instalación de la lámpara…

—Ya imagino.

Alberta sacudió la cabeza.

—Y ahora se ha vuelto a ir de parranda. Ese chico necesita descansar. Esta semana ya ha tenido un episodio de migraña y, como no se ande con ojo, tendrá el segundo.

—¿Y adónde ha ido, por cierto? —pregunté—. Su coche sigue aparcado fuera.

—Ha ido a otra fiesta, al final de la playa. Se marchó dando un paseo al atardecer.

—¿A pie? ¿Él solo?

Alberta asintió.

Ahora sí que estaba enfadada con David. Como si la falta de

iluminación exterior no fuera suficiente… ¡Y encima le había contado que había visto huellas de aletas en la arena! ¿Acaso no se daba cuenta de que de ese modo se convertía en un blanco facilísimo?

—¿Cuándo han llegado los empleados de la empresa de seguridad? —pregunté.

—En cuanto los detectives se marcharon. David lo organizó todo con unas cuantas llamadas de teléfono.

Alberta salió al pasillo con el cesto de mimbre. La seguí escaleras abajo, hasta el lavadero, donde empezó a separar por colores la ropa de forma sistemática.

—Conoces a David desde hace mucho tiempo —dije.

—Demasiado, según David. Siempre dice que lo trato más como a un hijo que como a un jefe. Supongo que tiene razón. Cuando ves a una persona a diario durante quince años, se convierte en alguien de la familia.

Intenté imaginar cómo sería David Mintzer quince años antes. Sabía que debía de rondar la treintena, pero no podía formarme una imagen de él distinta a la actual.

—Y no me quejo —continuó Alberta—. David también me trata como si fuera de la familia.

—Ah, ¿sí? —indagué al recordar el repentino despido de Prin—. A veces es un jefe bastante exigente. No le gusta que lo cuestionen.

Alberta me lanzó una mirada extraña.

—Bueno, a mí me ha tratado bien. Me ha incluido en su testamento, de manera que, si alguna vez le pasara algo, no me quedaría sin nada. Y ha incluido también a mi sobrino. ¿Cuánta gente es capaz de hacer eso por sus empleados?

Era la primera vez que oía a Alberta mencionar a otro miembro de su familia.

—¿Tu sobrino? —pregunté.

Alberta asintió.

—Sí, el hijo de mi hermana. Hace diez años, en Buffalo, Thomas se metió en líos con una banda cuando aún era menor de edad. Después de que el sistema judicial se hiciera cargo de él, se vino a

vivir conmigo para salir de aquel ambiente. David lo ayudó a que terminara el bachillerato. Después, Tommy se alistó en el ejército.

—¿Es soldado?

—Ya no. Terminó el año pasado, obtuvo una mención honorífica y consiguió un buen trabajo en una empresa de seguridad en Hampton Bays. Nada de eso habría pasado sin la ayuda de David.

Por supuesto, me pregunté si ese trabajo de seguridad implicaba llevar un arma. No cabía duda de que en el ejército habría entrenado el tiro al blanco. También me pregunté si sabría que David lo había incluido en el testamento… y si merecía la pena matar por la cantidad que heredaría. Se me erizaron los pelos de la nuca.

Me alegré de que Alberta Gurt estuviera tan locuaz. Quizá se debiera al aislamiento de trabajar en una propiedad como esa. Aunque la actividad social en los Hamptons era frenética, las personas como Alberta no formaban parte de ese estilo de vida. Para ellos, los Hamptons eran un lugar muy diferente.

—David parece un hombre muy complicado —dije después de una pausa—. A lo largo de los años, lo has visto llegar a la cima de su carrera. Tiene que haber sido interesante presenciar todo eso.

Alberta asintió.

—Recuerdo cuando David vendió su línea de moda a la cadena de grandes almacenes Unity, y también cuando asistió por primera vez al programa de Oprah. Ese día yo estaba entre el público. Después de la grabación, me presentó a la mismísima Oprah Winfrey.

—Qué emocionante.

—David conoce a gente de todo tipo. A lo largo de todos estos años ha hecho muchísimos amigos.

—Y sospecho que también algunos enemigos, ¿no?

—Eso es lo curioso de David. Por aquí se pasan incluso sus rivales en los negocios. David siempre encuentra el modo de que todo funcione, sobre todo cuando despliega su encanto.

Pensé en que había despedido a Prin y le había ordenado a Jacques que nos mintiera al respecto. Y luego pensé en la vecina de

enfrente, la rica heredera vestida de negro que fumaba oculta entre los árboles.

—Bueno, su encanto no ha funcionado muy bien con Marjorie Bright —señalé—. Cuando la vi, me dijo que había denunciado a David.

Alberta frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—Esa mujer es más mala que un dolor, te lo digo. Tanta amenaza y tanta furia solo por unos árboles que le tapan parte de las vistas desde una ventana. Pero, chica, la gente aquí se enfada enseguida. El ego y el dinero no son buena combinación.

Después de eso, Alberta no reveló mucho más, solo miró el reloj y dijo que tenía que terminar su trabajo. La seguí hasta la planta baja y le di las buenas noches antes de entrar de nuevo en la cocina para recoger mi bolso. Fue entonces cuando oí que sonaba mi móvil.

—Hola, Clare. ¿Querías hablar conmigo? —La voz era femenina, conocida y contundente como un mazo de cocina.

Prin López me estaba devolviendo la llamada.

CAPÍTULO ONCE

—Prin —dije mientras me sentaba junto a la gran mesa—, gracias por devolverme la llamada. —Al otro lado del teléfono, oí un traqueteo, el típico ruido de platos que entrechocan en la cocina de un restaurante en plena faena—. Hasta hoy no me había enterado de lo que te había pasado —le dije—. Jacques me informó. Lo siento mucho…

Hubo una pausa seguida de una risa cortante.

—¿El cabronazo ese quiere que vuelva? Demasiado tarde, he recuperado mi antiguo empleo y me han subido el sueldo. Dile a ese cerdo pretencioso que me quedo en la ciudad.

Vale, pensé, *así que Prin y David no se soportan. ¿O se refiere a Jacques?*

—Prin, siento meterme donde no me llaman, pero… ¿por qué te despidieron? —pregunté con tacto—. No sé si Jacques no lo sabe o no me lo ha querido decir.

—A la mierda el puñetero decoro. ¿Qué más me da? Mira, te lo voy a contar. Me despidieron porque molesté a uno de los queridísimos invitados de David.

—No te entiendo.

—Hace dos años que intento abrirme paso como cantante. Hasta he grabado una maqueta, pero no he tenido mucho éxito con ella. Entonces, la semana pasada, Big D vino a El Cafetín.

—Perdona, pero no sé quién es ese.

Prin suspiró.

—Big D. Devon Conroy, ¿no te suena? Entre otras cosas, es el presentador y productor de *Estrella americana…*

—Ah, sí, ya sé. Un programa parecido al *Star Search* de los años ochenta que presentaba Ed McMahon.

—¿Ed qué? —Casi noté como Prin ponía cara de resignación al otro lado del teléfono.

—Da igual —dije, consciente de mi edad (y, por un momento, agradecida por no tener que remontarme hasta Ed Sullivan para hacer la comparación)—. Sigue.

—Bueno, resulta que Big D estaba almorzando con más gente del mundillo de la tele. Lo vi sentado en una de las mesas de Graydon Faas, así que le pedí que me cambiara la mesa para atenderlos yo. ¿Sabes que el capullo de Faas me pidió cien pavos por el cambio?

Sentí oír eso último. Estaba claro que Graydon no era el único joven que intentaba rascar un dólar (o cien) de donde fuera. Pero que le cobrara un favor a una compañera no lo dejaba en muy buen lugar.

—Entonces, ¿atendiste tú la mesa de Big D? —inquirí.

—Sí. Y, junto con la cuenta, le pasé a Devon el CD de mi maqueta.

—Aaah… —Por fin entendía por qué David había echado a Prin. La chica se había saltado el primer mandamiento de los trabajadores de El Cafetín.

«Recordad que los famosos están aquí de vacaciones», —les dijo David al principio de temporada—. «Mis clientes no quieren que los acosen, que los fotografíen ni que los persigan. Y, mientras estén bajo mi techo, nadie lo hará. No está permitido nada que no sea atenderlos. Ni tratarlos amistosamente, ni hacerles preguntas, ni pedirles autógrafos. Jamás. Hacerlo será motivo de despido inmediato».

—Lo reconozco, sabía que con ello incumplía las normas —continuó Prin—. Pero las reglas siempre son flexibles. Y a Big D no le importó en absoluto. No se quejó. Y David ni siquiera estaba allí.

—¿Quieres decir que alguien se chivó?

—No hizo falta. Jacques me pilló in fraganti y me despidió en el acto.

—¡¿Qué?! ¿Fue Jacques quien te despidió?

—Sí. ¿Quién si no?

—Jacques me dijo que había sido David.

Prin se echó a reír.

—Mintzer no estaba. Jacques se cabreó conmigo y me largó. También te digo que quería deshacerse de mí desde antes, así que no se lo pensó dos veces.

No estaba segura de que Prin me estuviera contando la verdad.

—Pero David te contrató —discutí—. Y él es el dueño del restaurante…

—Estoy segura de que Jacques le contó a David su versión. Teniendo en cuenta lo que hice, tampoco le costaría mucho convencerlo. De todos modos, da igual. Me alegro de haber vuelto a Manhattan. Pensaba que la gente del Upper West Side era grosera, pero ¡madre mía, menudos aires se dan los de allí!

—Prin, rebobina un momento. Has dicho que Jacques buscaba una razón para despedirte. —De pronto se me vino a la cabeza una razón concreta—. ¿Tiene algo que ver con los proveedores?

Prin se echó de nuevo a reír.

—Te refieres al acuerdo del diez por ciento de Jacques, ¿a que sí? Al enterarme, pensé que tramaba algo chungo. No dije una palabra, pero él sabía que yo lo sabía y por eso quería echarme, el muy gilipollas. No sé qué pasa en realidad, pero será mejor que tengas cuidado, Clare.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que Papas es un cabrón. Pero tú siempre me has caído bien. Antes de conocerte, pensaba que lo único que hacía falta para preparar café era un abrelatas. En fin, Clare…, lo que quiero decir es que agradezco todo lo que me has enseñado, siempre has sido paciente y amable conmigo, ¿sabes?

—Ay, Prin, nada que agradecer… Estuve a punto de preguntarle a

Prin por su relación con Treat Mazzelli, pero no tuve oportunidad. Alguien le dijo que tenía que volver al trabajo. Le deseé suerte y me despedí de ella.

Me quedé un rato en la cocina mirando la pantalla iluminada del teléfono móvil y pensando en la única persona con la que podía hablar en ese momento, el único hombre que entendería mi dilema…, y no solo porque se dedicara a eso. Sin dudar, marqué el cuarto número que aparecía en mi lista de contactos y pulsé el botón de llamada.

Los días buenos, me gustaba pensar que la atracción que el detective Mike Quinn parecía sentir por mí era auténtica y se basaba tanto en mi capacidad de escucha como en mis grandes ojos verdes y mi sentido del humor (créeme, un policía de Nueva York cansado y con cara de pocos amigos es un público duro de roer en lo relativo a la comedia). Los días malos, sin embargo, atribuía sus apariciones frecuentes en el Blend a una simple adicción a mis dotes de barista. Cuando lo conocí, yo solita conseguí que, de ser un consumidor de café rancio de tienda de barrio, se convirtiera en un aficionado a los arábica intensos recién hechos con notas de nuez. Y, claro, una vez que te enganchas al café perfecto, eres capaz de matar por él (de manera figurada, se entiende).

Fuera cual fuera la razón por la que Mike se mostraba tan cordial conmigo, me alegró oír que respondía al primer tono.

—Clare, ¿has vuelto a la ciudad?

La voz de Mike era tan difícil de interpretar como sus gestos. A esas alturas, sin embargo, ya estaba entrenada para captar sus sutiles cambios de modulación…, algo que no difería mucho de mi capacidad para percibir los leves matices de fruta exótica en un café difícil de cultivar. En este caso, la subida casi imperceptible de su tono inexpresivo me indicó que el detective del Departamento de Policía de Nueva York estaba, en efecto, encantado de oírme.

—No, Mike, todavía no he vuelto —contesté—. Siento decirte que sigo atrapada en las balsámicas playas de los Hamptons.

—Ay, pobrecita…

—Espero no haberte despertado.

Resolló (siempre era capaz de hacerle reír).

—Estoy de guardia —me informó.

—¿Y qué haces? Ahora mismo, quiero decir.

—¿Por qué? Esta no será una llamada sexual, ¿no?

Una voz masculina se echó a reír al otro lado.

—Lo digo en serio, Mike. Dime.

—Estoy en un coche camuflado aparcado en Hudson Street esperando a que alguien robe al policía de paisano que está sacando dinero del cajero automático situado en la acera de enfrente.

—No me lo creo.

—Pues créetelo. Tres atracos en dos semanas en el mismo cajero, uno de ellos con apuñalamiento. En fin, cuéntame qué pasa.

—¿Por qué tiene que pasar algo?

—Porque llevo dos semanas sin saber de ti, es más de medianoche y esa sabandija de exmarido tuyo ha vuelto a la ciudad.

—Mike, ¿cómo puñetas lo sabes? ¿Me espías o qué?

—Tranquila, ha sido pura casualidad. Me pasé por el Blend para tomar un café con leche doble y vi que Allegro salía de un taxi.

—Espero que te tomaras el café.

—Me lo tomé. Tucker lo prepara bien. —Hubo una pausa más o menos prolongada—. Aunque tú lo preparas mejor.

El tono bajó ligeramente. El tono del placer. Un tono que me hacía evocar imágenes del policía larguirucho tomándose un café con leche doble en mi cama.

Carraspeé.

—Gracias.

—No hay de qué. Bueno, ¿qué problema hay, Clare?

Desembuché y le conté lo del disparo. Describí el escenario del crimen, cómo encontré a Treat y el hallazgo de los casquillos en la playa. Me pidió que describiera los casquillos. También hice referencia a las huellas en la arena, las de aletas de buzo, y le informé del nombre del agente encargado de la investigación.

—No conozco a ese tal O'Rourke, pero preguntaré.

—Gracias, Mike.

—Mira, Clare. Yo veo dos posibilidades. La primera, que el asesino sea un aficionado, no un verdadero profesional…

—¿Por los casquillos que se dejó y que yo encontré después?

—Porque encontraste tres casquillos. ¿Viste más agujeros de bala? En la ventana, en las paredes…

—No, nada, pero intentaré averiguar si la policía ha encontrado algo.

—Si no hay disparos cerca de la ventana, eso significa que era un pésimo tirador, lo cual me lleva a la segunda posibilidad.

—Que es…

—Que el disparo fuera un accidente.

—¡¿Cómo?! Eso es absurdo.

—Piénsalo, Clare. Era la fiesta del Cuatro de Julio, había fuegos artificiales por todas partes. Un chaval, puede que un adolescente, incluso un adulto sin dos dedos de frente pero con demasiado dinero, dispara un rifle porque sí. La mayoría de los disparos van al aire, pero uno se desvía y mata a una persona. No sería la primera vez.

No me convenció y así se lo hice ver.

—De acuerdo —dijo—. Entonces hay una tercera posibilidad. Que dejara los casquillos a propósito. Si es ese el caso, el arma estará en un lugar donde la policía pueda encontrarla con facilidad.

—¿Porque el asesino intentará inculpar a otra persona?

—Exacto —contestó Mike.

—He pensado en esa posibilidad. Pero ninguna de tus teorías contesta la pregunta principal: ¿a quién iba dirigido el disparo? Estoy convencida de que David era el objetivo, pero él jura no tener enemigos. Está segurísimo de que era a Treat a quien querían matar.

—Para descartar como verdadera víctima a ese chico, a Mazzelli, necesitas saber más sobre él —dijo Mike—. A qué se dedicaba cuando estaba fuera del trabajo, quiénes conformaban su entorno. En otras palabras, con quién se juntaba. Y dicho esto, si tuviera que optar por una de las posibilidades con arreglo a la información que

me has dado, te diría que tu amigo David está en peligro.

—¿Por qué?

—Muy sencillo. Los ricos suelen tener más enemigos que los camareros.

CAPÍTULO DOCE

Las palabras de Mike Quinn siguieron resonando en mí después de colgar. «Te diría que tu amigo David está en peligro». Miré por la ventana de la cocina y, en la penumbra, vi el césped, las dunas blancas y, más allá, la gran extensión de mar color ébano. Cualquiera podía estar acechando en la orilla, a la espera de que David volviera a casa por la playa. Sería, de nuevo, un blanco fácil.

Abrí la puerta de atrás y salí. En Long Island siempre hacía más fresco que en Manhattan. Era una noche casi fría para principios de julio, con una temperatura de unos veinte grados centígrados, una humedad elevada y un viento cargado de agua procedente del océano. Una noche fresca y revitalizante después de tantas horas de calor en el restaurante abarrotado.

Con el monótono rugido de las olas, crucé la terraza de cedro y examiné el terreno por si veía al guarda de seguridad que me había sobresaltado un rato antes. El joven debía de estar en la parte delantera de la mansión, porque allí no se veía ni un alma. Tomé el sendero de piedra que surcaba la playa hasta llegar a la orilla. Como las zapatillas se me habían llenado de arena, me las quité y, atadas por los cordones, me las colgué del hombro.

Mientras avanzaba por el litoral, vislumbré unas luces a lo lejos, en la playa. Habían colgado unos farolillos de papel cuadrados, del color de la sangre, a lo largo de un gran patio de piedra. Las luces se extendían hasta la orilla y le otorgaban a la arena blanca un tono

rojizo. Bajo aquella luz escarlata, vi grupos de gente con aspecto relajado. La brisa veraniega me trajo el olor del carbón de mezquite, que se dispersaba con el frío aire marino. Al acercarme un poco más, oí risas y el tintineo de un piano.

Me di la vuelta para inspeccionar la playa en dirección contraria, pero todo seguía oscuro y tranquilo. Aquella era la única fiesta que alcanzaba a ver, por lo que concluí que sería la misma a la que había acudido David.

Sin embargo, a primera vista, no tenía mucho sentido. A menos que estuviera equivocada, esa fiesta ocupaba los terrenos de El Castillo de Arena. Pero Edward Myers Wilson me había contado que David y Bom Felloes habían mantenido una guerra despiadada por el local del restaurante. Y dado que David nunca me había mencionado a Bom, daba por hecho que la relación entre ellos aún era distante.

Entonces, ¿por qué asistía David a una fiesta en casa de Bom? ¿Y si Bom trataba de arreglar las cosas con él? ¿O había algo más siniestro en aquella invitación?

Como seguía bastante lejos del bullicio, apreté el paso para ver mejor. Sin embargo, por lo visto yo no era la única curiosa, ya que, un poco más adelante, oí un sonido completamente fuera de lugar. El chasquido de algo metálico, como el de un rifle al amartillarse.

Me detuve en seco y agucé el oído.

Durante un buen rato, no se oyó nada más que el ruido de las olas y el sonido del piano. Estaba dispuesta a creer que había sido una alucinación auditiva cuando una silueta oscura salió de entre unos matorrales. A pesar de la luz incierta, estaba segura de que la figura llevaba un traje de neopreno tan negro que parecía absorber la noche.

El hombre transportaba algo contra el pecho. No le veía la cara, porque miraba hacia la fiesta. No me cabía duda de que aquel desconocido no me veía con semejante oscuridad, pero estaba demasiado asustada para moverme, ya que corría el riesgo de captar su atención. Sabía que sujetaba algo, pero, como estaba de espaldas a mí, no pude ver qué era.

Durante un largo rato, el hombre permaneció así, de espaldas. Por fin se volvió, dejó atrás las luces brillantes y se dirigió al agua. Se sumergió entre el oleaje y desapareció rápido bajo la superficie oscura y agitada del mar. Corrí hacia la orilla. Sobre la arena húmeda destacaban unas grandes huellas de aletas.

El monstruo de la Laguna Negra había vuelto.

Escudriñé el mar mientras me preguntaba adonde iría aquel misterioso nadador. A unos cincuenta metros de la costa, distinguí el leve reflejo blanco y oscilante de una embarcación de recreo. No había luces a bordo, ni siquiera las de navegación, lo cual contravenía todo el derecho marítimo, de eso estaba segura. En cualquier caso, el barco no era más que un borrón en el horizonte y empecé a dudar de la distancia a la que se encontraba. Pero como llevaba varias semanas nadando en esas mismas aguas, no me lo pensé dos veces.

Dejé caer las zapatillas sobre la arena y me adentré en el mar embravecido hasta que el agua me llegó hasta la cintura. Entonces me zambullí en mitad de una ola y eché a nadar. El agua estaba helada, pero entré en calor dando fuertes brazadas contra la suave pero pertinaz corriente.

Como nunca pierdo la oportunidad de tener pensamientos morbosos que no vienen a cuento, empecé a rememorar el inicio de *Tiburón*, la escena en la que a una joven la devoran viva durante su baño nocturno en bolas, y comenzó a preocuparme la idea de que hubiera tiburones peligrosos por allí. Por otra parte, teniendo en cuenta que perseguía a un posible asesino a sueldo profesional con experiencia en la materia, caí en la cuenta de que la vida marina no tenía por qué ser mi principal preocupación.

Aunque tardé varios minutos, enseguida llegué al barco, que estaba anclado y parecía vacío. Entonces emergió del agua, junto a la escalerilla de popa, una cabeza oculta tras unas enormes gafas.

Resoplando contra las olas que estallaban contra mi cara, vi que el desconocido se agarraba a la escalera para salir del agua. Sí, sin duda era un hombre, que bajo el neopreno parecía delgado y

musculoso. Con una mano agarraba la barandilla metálica mientras con la otra sujetaba algo que seguía sin identificar. Una vez a bordo, dejó caer lo que fuera que llevaba consigo y se trasladó a la superestructura. Luego oí la apertura de una escotilla y, al cabo de un momento, el sonido del motor al arrancar. Por fin, las luces de navegación se encendieron y una lamparita iluminó la embarcación. En la proa, con una letra negra y nítida, leí: Corre Conejo, Hampton Bays, N. Y.

El ruido sordo del motor se convirtió en un rugido y el barco empezó a avanzar dando tumbos. Las olas crispadas me salpicaron mientras se alejaba. En cuestión de pocos segundos, aceleró hasta ponerse a saltar sobre las olas en dirección sur. Flotando como un corcho tras su estela, observé cómo sus luces se desvanecían a lo lejos.

Antes de que el barco desapareciera, comencé a temblar. Estaba en aguas bastante profundas y la corriente submarina era casi glacial. *De acuerdo*, pensé, *ahora sí es momento de preocuparse por los tiburones… y por la hipotermia*. De repente comprendí por qué el intruso llevaba traje de neopreno (además de por su evidente capacidad para el camuflaje) y deseé llevarlo yo también.

Mientras trataba de mantenerme a flote, me volví para mirar la orilla. Por suerte para mí, la fiesta de la playa seguía en pleno apogeo, porque en caso contrario habría sido bastante difícil determinar a qué distancia estaba. La única luz cercana era el brillo escarlata de los farolillos japoneses, que desde tan lejos me resultaban alarmantemente pequeños. Empecé a nadar con brío a la par que las olas durante lo que se me antojó una eternidad.

Por fin, sentí la suavidad de la arena. En contra de la fuerza de las olas espumosas, que tiraban de mí hacia dentro, salí descalza, con la falda caqui pegada a las piernas y el polo de El Cafetín adherido a la piel fría y mojada. Me castañeaban los dientes y estaba segura de que tenía los labios del color del cielo estival en los Hamptons.

Alrededor de una decena de asistentes a la fiesta me vieron

emerger del mar como una especie de sirena desaliñada. Tuve la ligera sensación de que esas personas me resultaban familiares; aunque ellos no me conocían, yo los había visto antes. Varios habían estado en la fiesta de David. Había deportistas, estrellas de la televisión y alguna modelo famosa.

Cuando dejé atrás la arena y alcancé la vasta alfombra verde de césped, oí unas risillas masculinas y unas carcajadas femeninas de confusión. Alguien había hecho una broma señalando hacia una mesa de jardín de hierro forjado. En ella, un montón de ostras crudas y de piezas de *sushi* rodeaban el elemento central, una representación a tamaño real de *El nacimiento de Venus* de Sandro Botticelli, el icónico cuadro del siglo XV donde una mujer desnuda emerge de una concha a orillas del Mediterráneo. Solo que, en ese caso, la gracia y la delicadeza de aquella obra maestra renacentista estaba representada en hielo.

No, yo no estaba desnuda como una venus, ni era tan guapa. Pero lo de estar tallada en hielo…, en eso sí me parecía a ella.

Tirité de nuevo y, para recuperar un poco de dignidad, me alisé la ropa tirando de la falda de lona y crucé los brazos sobre el polo mojado. Seguía avanzando entre la multitud congregada en el césped cuando una mujer me tocó el brazo. Era joven y muy guapa, con unos ojos grandes en un rostro demasiado perfecto (posiblemente tan esculpido como aquella estatua de la venus congelada, aunque con un bisturí en lugar de con un punzón). El cabello rubio peinado hacia atrás revelaba una nariz respingona, unos pómulos altos, unos labios carnosos y una frente lisa del color del marfil.

—¿Qué te ha pasado? —me preguntó.

Me encogí de hombros.

—Estaba aburrida y me he ido a nadar.

La mujer parpadeó boquiabierta.

El joven que estaba a su lado apartó la vista y me ofreció su rostro de perfil: era guapo pero infantil, con unas patillas tan largas que me recordaron a otros tiempos, a los años setenta. Me dio la

impresión de que esperaba que lo reconociera, pero no tenía ni idea de quién era.

—Por cierto, ¿has visto a David Mintzer?

La mujer abrió todavía más los ojos y sacudió la cabeza.

—No lo conozco, pero aquí hay mucha gente a la que no había visto nunca. —Parpadeó y, de repente, puso cara de sorpresa, como si le hubiera brotado una idea en su bonita y cuidada cabeza—. ¡Espera! Ah, ya. He visto a ese tal Mintzer en la tele. Trabaja para Oprah, ¿no?

—Eh… Sí. No pasa nada, ya lo encontraré.

Dejé el césped y llegué al patio de piedra, donde seguí avanzando entre los sorprendidos asistentes a la fiesta, famosos y personalidades del mundo del espectáculo, que se apartaban a mi paso como si llevara una bandeja de aperitivos de gripe aviar.

Reconocí al magnate inmobiliario más famoso de Nueva York, que aparecía en un *reality show* con su característico tupé. Vi a un joven cantante, a un famoso director de cine que ahora hacía anuncios para una marca de películas fotográficas y a ese actor tan guapo, Keith Judd, que le había dado a Joy su número de móvil. El muy sabandija.

Divisé incluso a la querellante vecina de David Mintzer, la señora Marjorie Bright. La rica heredera charlaba con un grupo de hombres y mujeres bien vestidos. Mientras la observaba, tiró al suelo una colilla y la aplastó con su elegante sandalia antes de encender un nuevo cigarrillo con un mechero de oro grabado.

En realidad, las únicas personas a las que no reconocí eran unos señores canosos, calvos y barrigones sentados en círculo en butacas con copas y puros. Su conversación parecía tranquila y sobria en comparación con la algarabía de su alrededor.

A principios de verano, David me había hablado de esos hombres en una reunión similar donde El Cafetín servía el *catering*. Me dijo que, aunque parecieran anónimos e intercambiables, en realidad movían los hilos del mundo empresarial.

—Su aspecto no impresiona, pero, créeme, esos hombrecillos tan

discretos y poco glamurosos compran y venden el talento con millones de dólares como si fuera un artículo de consumo más. Como panceta de cerdo o un contrato de futuros de petróleo. Terrorífico, ¿verdad?

Pero en ese momento lo que me resultaba terrorífico era otra cosa. Acababa de arriesgar la vida para seguir una pista que tal vez condujese al enemigo mortal de David y ahora no era capaz de encontrarlo para avisarlo. Y, lo que era aún peor, mi aspecto zarrapastroso no dejaba de acaparar la atención, por más que yo tratara de disimular.

Pasé por delante de una mesa ocupada por un senador local que aparecía, puntual como un reloj, en los informativos dominicales intelectualoides. Por desgracia, no pude evitar mirarlo durante unos segundos. Él se percató y me sostuvo la mirada. Los dos nos quedamos inmóviles y, aunque enseguida aparté la vista, fue demasiado tarde y el hombre corpulento que estaba a su lado también se fijó en mí.

Al acercarme a un grupo reunido en torno a una barra para preguntar por David, el guardaespaldas del senador vino por detrás y me agarró del codo izquierdo sin excesiva suavidad.

—¡Oye! —grité—. Suéltame. Soy una vecina. Me llamo Clare Cosi…

—Venga conmigo sin montar escándalo.

El guardaespaldas me sacaba una cabeza y era tan ancho como un todoterreno de los Hamptons. Tenía el cuello embutido en una camisa demasiado apretada y vi que en la oreja llevaba un pequeño receptor de radio. El cable le salía de la cabeza ovalada y se introducía bajo el cuello de su traje a medida de tal modo que me sentí abordada por un monstruo de Frankenstein vestido de Arman i.

Intenté zafarme de él, pero solo conseguí que me agarrara por el otro brazo un segundo hombre, otro guardaespaldas con traje negro, aunque este era un pelirrojo de pelo al cepillo.

—Usted no figura en la lista de invitados —dijo don Cepillín—. Eso significa que ha entrado en una propiedad privada sin permiso.

Déjese de numeritos. Ya se lo explicará todo a la policía.

Frankie y Cepillín me arrastraron para sacarme de allí. La gente volvió la cabeza y las conversaciones cesaron mientras yo me resistía.

—¡Un momento! ¡Oídme! —supliqué—. Quiero que llaméis a la policía. He visto a alguien que sí ha cometido allanamiento. Y me preocupa la seguridad de uno de los invitados a esta fiesta: David Mintzer. Tiene que estar aquí. Soy su huésped, pueden preguntárselo a él.

—El señor Mintzer se marchó de la fiesta —contestó Cepillín—. Su encargado, el señor Papas, lo llevó a casa en coche hará un cuarto de hora.

—Entonces, ¿está bien? —insistí—. ¿David se encuentra bien?

Cepillín respondió con voz monótona.

—El señor Mintzer estaba perfectamente cuando salió de aquí.

—Estupendo —dije, con gran alivio—. Es todo lo que quería saber. Podéis soltarme para que me vaya.

Toda ingenua, creí que la crisis había terminado. Al menos para mí, en lo concerniente a David. Pero al sacudir los brazos para que me soltaran, Frankie se negó y Cepillín me apretó más fuerte.

—¡Ay! ¡Me vais a hacer moratones!

La respuesta de Cepillín fue apretar aún más. Con la mano libre, sacó un teléfono móvil para llamar a la policía. Estaba a punto de llevarse el teléfono a la oreja cuando otra mano, la mano fuerte de otra persona, lo agarró por la muñeca.

—Soltadla —dijo el hombre al que pertenecía esa mano—. Dice la verdad. Es huésped de David.

Cepillín miró con desdén al metomentodo, un hombre alto, guapo y fuerte que vestía un magnífico traje de verano de Helmut Lang. Al hombre lo había visto muchas otras veces, aunque no con ese traje.

Cepillín sacudió la muñeca para librarse del intruso.

—¿Y usted? ¿Está en la lista de invitados? —preguntó.

Con una sonrisa petulante, mi defensor asintió.

—Estoy en la lista, vengo con Breanne Summour. A ella seguro

que la conoce.

—Sí, claro —balbució Cepillín mientras me soltaba del brazo—. Y usted es…

Miré a mi defensor de traje impecable, rasgos cincelados y corte de pelo a lo César, y vi un destello de diversión en sus oscuros ojos marrones.

—Soy Matteo Allegro —dijo con rotundidad—. El exmarido de esta señora.

CAPÍTULO TRECE

—Clare, estás empapada —me dijo Matt después de que los increíbles Hulks se marcharan—. Y tienes algas en el pelo.

Suspiré mientras me buscaba a tientas el mechón vegetal empapado.

—Oye, cada una se arregla como quiere. —Me quité de la cabeza aquella cosa viscosa y la tiré.

Matt levantó una ceja oscura mientras inspeccionaba mi polo ceñido y detuvo la mirada en el contorno mojado de mi pecho.

—Nunca he dicho lo contrario.

Sentí que se me sonrojaban las mejillas heladas mientras él sonreía y se disponía a añadir algo (alguna cosa de la que después se arrepentiría, posiblemente) cuando Breanne Summour se acercó a nosotros.

Alta y delgada como una modelo de pasarela, llevaba un traje pantalón suelto de seda blanco con sandalias plateadas y el pelo castaño recogido en un moño apretado que dejaba apreciar los pedruscos facetados que lucía en las orejas. Su largo cuello de cisne aún parecía tan molesto como recordaba y su frente, tan ancha como una pantalla de televisión de alta definición. Sin embargo, ahora tenía los labios mucho más protuberantes, por lo que concluí que se los había rellenado con colágeno para la fiesta.

—Clare, ¿verdad? —preguntó mientras se interponía entre Matteo

y yo.

Asentí y reprimí el impulso de taparme los ojos para protegerme del resplandor que emanaban sus pendientes.

Ahora le tocaba a ella pasarme revista. Sin embargo, su reacción no se pareció en nada a la de Matt. Ni de lejos.

—Dios mío —dijo sin ocultar su repugnancia—. No sabía que estuviera de moda parecer una rata mojada.

Bueno, Breanne, pensé, *eso deberías saberlo tú*.

Como editora jefa de la revista *Trend*, Breanne estaba al tanto de todo lo que se llevaba y de lo que no, en parte porque pertenecía al poderoso círculo de periodistas que contribuían a ello. En ese momento, todo lo relacionado con el café gozaba de una gran aceptación, o al menos eso decía su revista. ¿Sería solo por el apogeo de las cafeterías, iniciado por Starbucks y otras empresas recién llegadas? ¿Sería por la famosísima colección Joyas con Café de Lottie Harmon? ¿Sería por el restaurante de su amigo David, El Cafetín, recién inaugurado en los Hamptons? ¿O tendría algo que ver con mi exmarido, el comprador de café y socio de esa institución neoyorquina llamada Village Blend?

No sabía si Breanne se había interesado primero por el café y luego por Matt o si había sido a la inversa, pero había dos cosas claras: la primera, que Matt estaba dirigiendo la expansión del Village Blend mediante la creación de unos modernísimos kioscos de café en *boutiques* de lujo y grandes almacenes repartidos por todo el mundo, y la segunda, que Breanne no se cansaba de él.

Aunque de manera intermitente, ya hacía ocho meses que salían juntos. No es que yo llevara la cuenta, lo sabía porque Esther Best, una de mis baristas a tiempo parcial en el Blend, tenía la molesta costumbre de enseñarme fotos de Matt y Breanne, las típicas instantáneas tomadas en actos benéficos de etiqueta, exposiciones en galerías de arte e inauguraciones de restaurantes que de vez en cuando aparecían en columnas de cotilleos como la famosa «Página Seis», del *New York Post*.

Aun así, (casi) perdoné a la pobre Breanne por su comentario

desagradable. A cualquiera le daría vergüenza que su pareja participara en la terrible escena que acababa de desarrollarse. Por eso, en vez de devolverle el golpe, que era lo que me moría por hacer, me limité a decir:

—Me alegro de verte, Breanne.

Aunque mi comentario fue cortés, no pude resistir el impulso de escurrirme la melena, castaña y larga hasta los hombros, justo delante de ella. El agua formó un satisfactorio charquito sobre el suelo de piedra. Una mujer que estaba cerca me lanzó una mirada de asco y Breanne se puso más blanca que su traje pantalón.

Claro que, como la capacidad de atención de la señora Summour —a diferencia de los artículos ostentosos y superficiales que ella escribía— siempre era tan breve como la vida de un mosquito, me di cuenta de que ya estaba pendiente de otra cosa.

En cualquier caso, al saber que estaba allí Breanne, deseé que mi exmarido no hubiera intervenido. Por supuesto, agradecía que hubiera acudido en mi defensa. Sin embargo, pasar la noche en el calabozo de los Hamptons con universitarios borrachos habría sido mucho menos incómodo que soportar la autosuficiencia de Breanne en esas circunstancias.

La señora Summour saludó con una cuidadísima mano cargada de anillos a un grupo de invitados a los que al parecer no había visto hasta ese momento y, sin una sola palabra de despedida, ella y sus diamantes desaparecieron por el patio de piedra para repartir una ráfaga de besos al aire.

Una vez que hubo salido de nuestro espacio aéreo, Matt se volvió hacia mí. Su mirada guasona y sexual se había esfumado y, en su lugar, había aparecido algo mucho menos divertido y propio de él.

—Clare, ¿qué pasa? —preguntó en voz baja—. ¿Por qué estás aquí hecha una sopa?

Estaba claro que en ese momento seguía las señales emocionales de Breanne, al menos en lo relativo a qué pensaría la gente de su exmujer en una fiesta como esa.

—Esa misma pregunta podría hacértela yo —contesté señalando

la espalda de Breanne—. Bueno, menos la parte de la sopa.

—¿Por qué?

—Porque justo esta mañana me dijiste que tenías un *jet lag* del copón y que te ibas a casa a dormir.

—A dormir unas horas.

—¡Qué más da! No me dijiste que venías a los Hamptons… con ella.

—Como Bree sabía que acababa de volver de la Costa Oeste, me invitó a coger un vuelo chárter hasta el aeropuerto de East Hampton para pasar el fin de semana con ella. Y acepté.

—Veo que no es lo único que aceptaste de «Bree».

—¿Cómo?

Señalé su traje de diseño, el tipo de indumentaria que cuesta más de lo que yo ganaba en una semana… y más de lo que ganaba él, porque había revisado los libros de cuentas.

Cuando estábamos casados, la adicción a la cocaína de Matt no solo dilapidó nuestros ahorros, sino que también acabó con su fondo fiduciario y nos dejó con una deuda terrible. Ahora ya no consumía y se había convertido en un hombre trabajador, pero la expansión del Village Blend era un riesgo financiero y aún teníamos una hija universitaria. A ninguno de los dos nos sobraba el dinero. Ni mucho menos. Por eso Matt no había renunciado a su derecho de ocupar el dúplex que se encontraba justo encima del Village Blend durante sus esporádicas estancias en Nueva York.

Su madre, Madame, aún era propietaria de la casa adosada en el Greenwich Village que albergaba la cafetería centenaria Village Blend y, justo encima, el dúplex. Cuando nos convenció a ambos por separado para firmar un contrato según el cual pasaríamos a codirigir el negocio y, algún día, a poseer la casa entera, olvidó informarnos de que no era con ella con quien nos asociábamos, sino entre nosotros.

Ahora Matt y yo estábamos atados. A menos que uno de los dos decidiera salir de este lucrativo negocio, tendríamos que aprender a llevarnos bien. Hasta entonces lo habíamos conseguido y

manteníamos una cordial relación de socios. Y, como alojarse en un hotel en Manhattan durante una semana o más al mes entre viaje y viaje era demasiado gasto para él, habíamos vuelto a ser compañeros de piso después de una década de separación.

En cualquier caso, esa era una de las razones de que conociera al dedillo el fondo de armario de mi exmarido, ya que lo había visto de principio a fin.

—¿Y qué pasa si tengo un traje nuevo? —preguntó, a la defensiva—. Es un regalo.

—¿De Bree?

La expresión amarga de Matt contestó mi pregunta. Apartó la mirada.

—Se relaciona con los mejores diseñadores, Clare —dijo en voz baja—. Por la revista. No es para tanto, ¿sabes?

—Lo único que sé es que, cuando una mujer empieza a vestir a un hombre, es por algo.

Matt me miró, por un momento sin habla, y me dieron ganas de retirar mis palabras nada más escupirlas.

Había querido pensar que Breanne solo era la última conquista de Matt, un nuevo ligue excitante, a pesar de que no se parecía en nada a las típicas jovencitas monas con la cabeza hueca que a él le gustaban (y sí, me planteé si eso era lo que más me molestaba de Breanne). Pero saltaba a la vista que la relación que mantuvieran no era asunto mío. Y Matt tenía todo el derecho del mundo a mandarme a la mierda. Pero no lo hizo. Solo pareció incómodo al oír mi comentario.

—Clare, yo no… —dijo vacilante—. Bree y yo… Es solo un tema de contactos. —Se encogió de hombros y apartó la mirada—. Ella necesita un acompañante que sepa qué tenedor usar en cada momento, alguien que le abra la puerta, que le sujete el abrigo, que le dé…, ya sabes…

—No te esfuerces en buscar un eufemismo, sé perfectamente lo que le das.

—No es eso. Solo somos un par de amigos que quedamos de vez

en cuando.

Estaba segura de que eso era un cuento, pero me mordí la lengua y me sentí estúpida por haber dejado que nuestra conversación se fuera por esos derroteros. Había vuelto a adoptar el papel de esposa traicionada cuando ya no era su esposa. Era humillante. Y Matt estaba siendo más que paciente conmigo.

Estaba a punto de disculparme cuando llegó una brisa marina que sacudió los farolillos de papel japoneses y me hizo tiritar. Crucé los brazos, temblorosa, y Matt sacudió la cabeza. Se quitó la chaqueta Helmut Langy me la puso sobre los hombros.

—Escúchame, Clare, que no callas ni debajo del agua, porque esta vez lo del agua es literal. —Levantó de nuevo una ceja y su expresión retomó una pizca de la guasa anterior. A continuación, sonrió—. En fin, que aún quiero que me expliques qué pasa aquí. Pero antes voy a pedirle el coche a Breanne para llevarte a casa.

—Matt, no hace falta. No tienes que…

—De todos modos, quería hablar con David para contarle cómo va la instalación de los kioscos en la Costa Oeste. He intentado explicárselo esta noche, pero había mucha gente a su alrededor. Solo necesito decírselo antes a Bree. Vuelvo en un minuto.

No pude discutir, más que nada porque estaba congelada.

Vi que Matteo cruzaba el patio y le daba un ligero toque a Breanne en el hombro. Ella se volvió con una sonrisa (forzada, diría yo) y le dio la espalda al pequeño grupo con el que estaba. Hablaron un momento y su sonrisa desapareció. Levantó las cejas en su frente de alta definición y miró hacia donde yo estaba.

Aparté la vista y observé a los demás asistentes para hacer tiempo. Antes de que me diera cuenta, Matt volvió junto a mi hombro. Me agarró del codo de una forma no mucho más delicada que la empleada por el guarda de seguridad un rato antes. No pude evitar el comentario:

—Alucino con el efecto estimulante que Breanne ejerce sobre ti.

—Venga, vámonos.

—¿Bree está de mala leche?

—El que está de mala leche soy yo —gruñó mientras me empujaba entre la multitud—. Dejémoslo ahí.

—¿Hay problemas en el paraíso o qué?

Entramos en la planta baja de la mansión, que estaba llena de gente, y me quedé boquiabierta con la decoración. El Castillo de Arena era la casa más lujosa y excéntrica que había visto en mi vida. De estilo gótico, el interior estaba diseñado como un castillo medieval, con una torre de piedra y todo. Las estancias, construidas con granito, cristal, hierro forjado y madera maciza (al menos las que alcancé a ver) eran enormes.

Matteo me condujo por un salón a dos alturas. Habían transformado la zona más baja en una pista de baile con luces de discoteca. Acto seguido, enfilamos un largo pasillo decorado con tapices de estilo medieval e impresionantes reproducciones de piezas de museo. En una antesala había una armadura auténtica y, en el pasillo siguiente, retratos de caballeros medievales, hasta que por fin llegamos a la gran entrada.

El recibidor se encontraba justo debajo de la torre del castillo. Tenía el techo abovedado con unos refinados arcos de piedra tallada que se encontraban en el centro. La sala estaba iluminada con unos braseros altos de hierro (en realidad, eran lámparas de gas detrás de un cristal, sin llamas). De las paredes de piedra colgaban varios escudos de armas.

Una amplia escalera curva descendía desde una galería de roble oscurecido por el paso del tiempo. En el lado opuesto, la enorme puerta principal estaba custodiada por un grupo de criados.

La misma puerta parecía sacada de *Ivanhoe* y pensé para mis adentros que lo único que le faltaba a ese sitio era un rastrillo, una de esas puertas enrejadas que caen desde el techo. Eso y varios caballeros de verdad con espadas, por supuesto.

Matteo se acercó a uno de los criados y le pasó un recibo de aparcamiento. Mientras esperábamos a que nos trajeran el coche de Breanne, oí un alboroto procedente de la galería. Entonces, una voz agradable gritó:

—¡No se vaya! ¡La fiesta acaba de empezar!

Un hombre apuesto bajó por la escalera a toda prisa. Lo reconocí de inmediato. Dos mujeres con uniforme de sirvienta lo siguieron. Una de ellas llevaba en la mano un albornoz azul marino, y la otra, un par de pantuflas a juego. El hombre, vestido con un elegante traje de lino color beis, prácticamente empujó a un lado a Matteo para alcanzarme, algo que no le resultó difícil, ya que era tan alto como mi exmarido y tenía los hombros tan anchos como Mike Quinn.

Con no más de treinta años, la tez morena, la mandíbula cuadrada y bien afeitada y el pelo negro cuidadosamente peinado, el anfitrión de la fiesta me observó a través de sus ojos de ónice negro. Durante unos instantes, se limitó a escrutarme con una intensidad que casi me avergonzó.

Con timidez, me arrebujé en la chaqueta de Matt, preocupada, no por primera vez en la noche, por lo mucho que dejaba a la vista mi ropa húmeda.

—Por favor —dijo por fin—. Está usted empapada, permítame…

Agarró el albornoz que llevaba la sirvienta y lo abrió.

—Nos tenemos que ir, de verdad —murmuró Matt.

Me quité la chaqueta de los hombros y se la pasé a Matt. A continuación, introduje los brazos en el suave, cálido y grueso albornoz de algodón egipcio.

—Así mejor, ¿verdad? Y ahora, las zapatillas. —El hombre hincó una rodilla en el suelo y me puso las zapatillas en los pies descalzos.

—Gra… gracias —tartamudeé atónita—. La última vez que alguien se arrodilló para calzarme había sido a los diez años, cuando me probaron unos zapatos de charol para la primera comunión.

—Soy Bom Felloes —me informó con su característico acento británico y una sonrisa cálida y franca—. Bienvenida a mi hogar.

Su nombre no me sorprendió, como es lógico. Ya había visto antes a ese hombre en su programa del Gourmet Channel, *El comedor elegante*. Con una carismática mezcla de antepasados portugueses y británicos, Felloes se había hecho rico gracias a ese programa, a la cadena de restaurantes que llevaba su nombre y a

algún que otro negocio más.

—Yo soy Clare. Clare Cosi —dije.

—Sí, lo sé. Mi guarda de seguridad me ha informado. Le pido disculpas si la han tratado mal. No le habrán hecho daño, ¿verdad, preciosa?

Reprimí una carcajada. Ahora ya sabía por qué estaba siendo tan solícito. Era probable que le aterrorizara la posibilidad de que lo desplumara si lo denunciaba. Y me di cuenta de que, sin plumas, tendría un aspecto muy poco atractivo. Al verlo tan de cerca, adquirí una nueva perspectiva de su maldad.

¿Podía alguien tan encantador ser un asesino a sueldo?

—Sí, yo estaba delante. Su guarda de seguridad fue bastante bruto con ella… —comenzó a contestar Matt con brusquedad, pero enseguida lo interrumpí.

—No se preocupe, soy yo quien siente la irrupción en su fiesta. Y más con esta pinta…

—¡Pero si está encantadora, incluso calada hasta los huesos! —declaró—. Una adorable criatura marina, una venus deliciosa.

—Sí, bueno… —balbucí avergonzada—. He visto su escultura de hielo al entrar. Creo que ella lleva todavía menos ropa que yo.

Bom se echó a reír y le brillaron los ojos intensos y oscuros.

—Así que es usted mi vecina…

—Sí, me alojo en casa de David. Ha pasado… una cosa y he venido a buscarlo por la playa. Estaba muy oscuro, ya imaginará, y como venía caminando demasiado cerca del agua, fui tan tonta que una ola enorme me pilló por sorpresa.

Bom frunció el ceño.

—Bueno, es una pena que no haya coincidido con David, se ha ido hace poco. El gerente de su restaurante, Jacques Papas, llegó tarde, pero accedió a perderse la fiesta para llevar a David a casa. Por desgracia, David dijo que no se encontraba bien. —Bom hizo una pausa y se rio entre dientes—. Espero que no fuera por la compañía.

—Estoy segura de que se lo habrá pasado estupendamente —dije con educación.

—Seguro que usted ya lo sabe… Tuvimos nuestras rivalidades empresariales en el pasado, pero invité a David para enterrar el hacha de guerra, como dicen ustedes, los americanos. Bueno, y cuénteme, ¿de qué conoce a David? ¿Son ustedes…? —Dejó que las palabras quedaran suspendidas en el aire para dar a entender algo.

—Solo somos amigos —contesté con rapidez para eliminar cualquier malentendido—. Soy la barista jefa de El Cafetín este verano. Superviso el servicio del café, me ocupo del grano y lo marido con distintos postres, ese tipo de cosas.

A Bom se le iluminó la cara con un entusiasmo infantil.

—¡Así que usted es la sumiller de café de la que todo el mundo habla! Es un gran placer conocerla. Por eso El Cafetín está tan en boga en los Hamptons esta temporada. Confieso que una de las razones por las que he invitado a David esta noche ha sido para que me invite a un maridaje de postres a cambio.

—Eso está hecho… Me encantaría saber qué le parece nuestra variedad.

Matteo carraspeó.

—Ya está aquí el coche.

—¡Oh, no! —exclamó Bom. Acortó la distancia entre nosotros, me agarró la mano y la entrelazó con la suya—. Por favor, quédese. Estoy cautivado por su encanto y su indiscutible experiencia, todo ello bajo un envoltorio tan pequeño y fascinante.

La cara de Matteo era un cuadro. No le presté atención.

—Lo siento, pero me tengo que ir, de verdad. Matt me va a llevar en coche —le dije a Bom—. Pero es muy amable.

—Al contrario, lo que soy es muy egoísta. —Le lanzó una mirada a Matteo—. Pero entenderé que tenga que irse…

—Tenemos que irnos, sí —dijo Matt, agarrándome del codo una vez más en dirección a la puerta. Me dieron ganas de zafarme de él, pero no quise montar una escena.

—Ay —grité mientras me paraba en seco—. El albornoz y las zapatillas.

—Quédeselos —contestó Bom con una sacudida de mano—. O,

mejor, venga otro día a devolvérmelos… cuando podamos charlar tranquilos… —Le lanzó otra miradita a Matt—. En privado.

Asentí.

—Buenas noches, señor Felloes.

—Bom, Clare. Creo que podemos tutearnos.

—Buenas noches entonces, Bom.

Apenas pronuncié esas palabras, Matt me empujó por las enormes puertas de la mansión. Solté un suave suspiro al salir. Bom Felloes era exitoso, guapo, muy rico y parecía estar interesado en mí. Estaba loca al mantenerlo en mi lista de sospechosos, pero no tenía ninguna intención de eliminarlo.

Aunque me halagaba su coqueteo, sabía que Felloes tenía motivos para hacerle daño a David. Y, a fin de cuentas, los hombres ricos, elegantísimos, perfectísimos y diez años más jóvenes que yo nunca habían sido mi tipo (de verdad). A mí me iban más los hombres duros e irónicos con la ropa arrugada, maltratados por la vida que, en cierto modo, eran un poco brutos. Se me vinieron a la mente Mike Quinn y sus patas de gallo. Incluso Matt…, antes de que Breanne se apoderara de él.

Fuera, la noche era aún más fresca que antes. La iluminación exterior había convertido el castillesco entorno ajardinado en un país de las maravillas resplandeciente.

Matt abrió la puerta del lustroso Mercedes plateado descapotable que esperaba al fondo de la escalinata. Me hundí en el asiento de cuero color crema y miré de nuevo hacia El Castillo de Arena.

Bom Felloes seguía allí. Al ver que lo miraba, sonrió y saludó con la mano, tan apuesto y refinado como un lord inglés.

Correspondí con un gesto semejante sin saber muy bien qué me fastidiaba más: su presencia en mi lista de sospechosos o mi incapacidad absoluta para redirigir mis gustos en materia de hombres.

CAPÍTULO CATORCE

Sin volver la vista hacia Bom Felloes, Matt se subió al volante.

—Ponte el cinturón —soltó con un humor de perros.

No había terminado de abrochármelo cuando el motor del Mercedes plateado arrancó con un ronroneo de alta gama. La radio también cobró vida y por los altavoces sonó una balada sentimental, *La música del amor*. La canción me gustaba, pero Matt la quitó con un brusco giro de muñeca, metió primera y pisó el acelerador tan fuerte que los neumáticos chirriaron contra los adoquines.

El Mercedes dio una sacudida y me estampé contra el respaldo. Matt tomó la curva con tanta brusquedad que hizo derrapar el coche y pensé que acabaríamos volcados sobre un parterre.

—No has sido muy educado que digamos —le recriminé. Matt sacudió la cabeza mientras nos alejábamos de la puerta principal y enfilábamos la carretera.

—Menudo personaje… Hay tíos como ese hasta debajo de las piedras, Clare. Los hay en todas partes del mundo. Aspirantes a aristócratas. No te fíes ni un pelo de él.

—¿A qué te refieres?

—Ya sabes a qué me refiero. ¿Quién se cree que es con esa pantomima de «deja que te ponga las zapatillas»? ¿El tío de Cenicienta?

—¿A Cenicienta le ponía el zapato su tío? Primera noticia.

—¡Me refiero al príncipe! Pero te diré una cosa, a medianoche

todo el encanto se convierte en calabaza. Y ese acento británico es tan auténtico como las macetas de un concesionario de coches. Además, ¿qué clase de nombre es ese? ¿Bond? ¿Cómo te puedes fiar de alguien que se hace llamar como un espía de ficción?

—Es Bom, Matt. Be, o, eme. Significa «bueno» en portugués, y lo sabes. Por eso sus restaurantes se llaman Good Felloes. Y eso también lo sabes. No seas petardo, anda. Y, por favor, ¡ve más despacio!

Matt frunció el ceño, suspiró y se hundió un poco en el asiento como si se rindiera. Al fin levantó el pie del acelerador y pensé que en ese momento debía de sentirse como yo un rato antes, cuando me encontré con él y con Breanne en la fiesta: celosa, primero, y luego, confusa y avergonzada. ¿Les pasará lo mismo a todas las parejas divorciadas? ¿Experimentarán ese instinto de posesión por alguien de quien se separaron hace mucho tiempo?

—Bueno, ¿y qué hacías en la fiesta? —preguntó Matt, ya más calmado y razonable.

—Ya te lo he dicho, estaba…

—Buscando a David. Ya he oído lo que le decías a don Buenazo. Pero no me lo creo. De hecho, lo que creo es que estabas buscando a don Estupendo.

—¿Cómo?

—Eres una mujer lista, Clare. Listísima. Creo que planeaste todo ese rollo de la aparición en camiseta mojada para impresionar al chef famoso. Bueno, pues supongo que lo has conseguido. La farsa ha funcionado, porque el hombre, interés, tiene.

Me puso furiosa, en una palabra.

—Estaba buscando a David. Ha pasado algo y tenía que encontrarlo. ¿De verdad crees que me arriesgaría a pillar una neumonía para conocer a ese hombre? —Sacudí ligeramente el pelo aún mojado para dar énfasis a mis palabras.

—Ten cuidado —me advirtió Matt con voz malhumorada—. Estos asientos de cuero se los han hecho a Bree por encargo.

—Ah, ¿sí? —Entorné los ojos y volví a sacudir la cabeza, esta vez

con el vigor de un caniche recién lavado. Las gotas salpicaron el interior del Mercedes de Breanne y unas cuantas rociaron la chaqueta Helmut Lang de Matteo.

Matt esbozó una sonrisita de satisfacción.

—Qué inmadura.

—Mira quién fue a hablar.

Por suerte, el trayecto hasta la finca de David era demasiado corto para seguir con nuestra lamentable guerrita.

—Gira ahí —dije mientras señalaba.

Al tomar el camino de acceso, el guarda uniformado que había conocido un rato antes nos bloqueó el paso.

—¿Quién es ese? —preguntó Matt.

—David ha contratado una empresa de seguridad —le expliqué.

Matteo levantó una ceja con curiosidad, pero no preguntó por qué.

Saludé al guarda con la mano.

—Soy yo —dije mientras el joven se acercaba apuntándonos a uno y otro con la linterna.

—No sabía que hubiera salido de la propiedad, señora Cosi.

—Fui a dar un paseo… Y, bueno, me he mojado un poco.

El guarda miró a Matt.

—Es Matteo Allegro —expliqué con rapidez—. Es socio de David. Le gustaría entrar a saludarlo e informarle de unos negocios que tienen juntos. David ya ha vuelto, ¿verdad?

El guarda asintió.

—El señor Papas lo trajo hará una hora. Lo dejó aquí y se fue.

—Muy bien —contesté, aliviada de no tener que lidiar con el gerente de David, tan condescendiente y posiblemente poco honrado—. Entraremos un momento. El señor Allegro no tardará mucho en marcharse. —El guarda se detuvo, era obvio que dudaba si permitir o no la entrada del Mercedes—. Vamos —insistí—. Yo respondo por Matt.

Por fin el hombre se apartó y nos hizo un gesto para que avanzáramos.

Matt aparcó detrás de mi Honda, que a su vez estaba al lado del pequeño deportivo de David. El guarda nos acompañó y nos abrió la puerta con una llave maestra. Dentro, la luz era tenue y el vestíbulo estaba desierto. Tampoco había nadie en el salón.

—Quizá David ya se haya acostado —dijo Matt.

Poco después, en la cocina, nos encontramos con Alberta Gurt. De hecho, debimos de asustarla mucho al entrar, porque se le cayó un vaso de cristal al suelo. Una hora antes Alberta estaba bien, pero en ese momento parecía nerviosa.

—¡Dios mío! ¡Qué susto me habéis dado! —gritó y, tras agarrar un paño de cocina, se agachó a recoger los cristales rotos—. ¡No deberíais acercaros a la gente con tanto sigilo!

—Lo siento —dije, aunque en realidad no habíamos sido tan sigilosos y tendría que habernos oído entrar. Di por hecho que estaba completamente distraída, pero no quise discutir, porque eso empeoraría las cosas—. Alberta, este es Matt Allegro, uno de los socios de David. Ha venido a saludar. ¿David se ha retirado ya?

—Se ha acostado y no está en condiciones de hablar con nadie —dijo la mujer mientras tiraba a la basura el trapo de cocina con los cristales—. Demasiados martinis, diría yo. Le he preparado uno de mis «espumosos amables»…

—¿Uno de tus qué? —pregunté.

—Es una bebida para la resaca que David siempre me pide cuando se pasa de rosca en las fiestas, como él dice. Por lo general, le alivia las náuseas y el dolor de cabeza, y se duerme como un tronco. Pero esta noche no le ha hecho ningún efecto. No paraba de quejarse de dolor… Hasta ha dicho que cree que le han envenenado…

—¡Envenenado! —chillé.

—Se encuentra fatal —continuó Alberta—. No sé qué hacer. Y está de un humor de perros. Dice que quiere estar solo. Yo pretendía llamar al doctor Ramah, su médico, pero…

—Espera. Conozco al doctor Ramah. ¿No está Manhattan? Lo conocí en una cena benéfica relacionada con el hospital St. Vincent

del Village. Fue el doctor McTavish, el amigo de Madame, quien nos presentó.

Alberta se encogió de hombros.

—No sé a quién llamar si no. No conozco a ningún médico aquí, en los Hamptons.

—Voy ahora mismo a ver cómo está David. —Salí de la cocina con Matt pisándome los talones.

Alberta se apresuró a seguirnos.

—Está de muy mal humor —advirtió con voz tensa.

Continué.

—Ya nos lo has dicho, Alberta, pero no te preocupes. Me da igual que me despida en un arrebato de ira. Tengo otro trabajo.

Cuando llegué a la puerta del dormitorio, oí los gemidos de David al otro lado. Llamé con suavidad y entreabrí la puerta. Un fortísimo aire acondicionado me envolvió.

—¿Por qué hace tanto frío aquí? —pregunté, alarmada.

Alberta me contó que ella misma había bajado la temperatura porque David siempre decía que los síntomas de la migraña se le aliviaban tumbándose en una habitación oscura y fría. Aún mojada y con el albornoz, empecé a tiritar.

—David —lo llamé con poco más que un susurro—. Soy yo, Clare.

—Vete —contestó él con voz temblorosa—. Estoy enfermo.

Con la escasa luz que se colaba por la puerta entreabierta, vi que David yacía bajo una maraña de mantas. Estaba tumbado de lado, de espaldas a mí, con la almohada sobre la cabeza.

—Ya sé que estás enfermo, David… Alberta nos lo ha contado.

—¿Os lo ha contado? ¿A quiénes?

—Matteo está aquí. Ha venido a saludar. Aunque si estás enfermo…

David gimió.

—Joder, Clare, no estoy para visitas. Me estoy muriendo… Creo que me han envenenado.

—¿Que te han envenenado? ¿Quién?

Volvió a gemir.

—El cabrón de Felloes. Ya sabía yo que era mejor no comer nada en esa fiesta.

—¿Crees que Bom Felloes ha intentado envenenarte?

Ay, Dios. Ay, Dios, pensé. *Yo tenía razón. Felloes tenía un móvil para el asesinato y la oportunidad para cometerlo. Pudo contratar al asesino a sueldo que se equivocó al disparar a Treat*.

—Tenemos que llamar a la policía —continué—. O'Rourke debería saber que es tu vecino quien intenta matarte…

—¡Matarme! Por Dios, ¡qué barbaridad! Ciare, no me vengas otra vez con esa historia, te lo pido. No he dicho que me haya envenenado literalmente…, ni a propósito. Ese tío usa lo que yo llamo «veneno» en esa casa grasienta que él denomina restaurante *gourmet*, pero jamás habría imaginado que tuviera el cuajo de darles a sus invitados semejante porquería…

—¿Qué porquería? —pregunté.

—GMS, glutamato monosódico. Creo que tengo SRC…

—¿SRC? Por Dios, ¿eso qué es? —preguntó Matteo—. Suena fatal.

—Síndrome del restaurante chino —le informó David, que gemía de nuevo.

—¿En serio? —preguntó Matt, y me lanzó una mirada de escepticismo—. Eso no puede ser un síndrome real…

—Te aseguro que es el término que usan los médicos, aunque lo puedes pillar en cualquier restaurante que use ese aditivo y en mucha comida procesada. Calambres, dolor de cabeza…

David pareció atragantarse y se sacudió en la cama como un pez fuera del agua. Al cabo de un momento, se reacomodó y soltó un suspiro de dolor.

—Marchaos —gimió.

Llevé a Matt y Alberta de vuelta al pasillo y cerré la puerta.

—¿Dónde está el hospital más cercano? Creo que David necesita atención médica.

—La única sala de urgencias que conozco está en el hospital de Southampton, a veinticinco kilómetros de aquí —dijo Alberta.

Aunque David Mintzer no era mucho más grande que yo,

tampoco sería fácil sacarlo de la cama y bajarlo al coche. Dios, cómo me alegraba que Matt estuviera conmigo para echarme una mano. Habría sido más lógico llamar a una ambulancia, pero David se negó en redondo.

—O se hace de manera discreta o no se hace —dijo, con la cara pálida por el dolor y unas marcadas ojeras—. O voy al hospital por mis propios medios o me muero en esta cama.

Cerré los ojos.

Otra vez esa palabra tan fea… Morir.

—Será mejor que usemos el Mercedes —le dije a Matt—. Es más rápido y fiable que mi viejo Honda chatarrilla, y en el deportivo de David apenas cabremos los tres.

—Un momento, el Mercedes no es mío…

—No seas mezquino, Matt. Podría estar en juego la vida de una persona. Venga, ayúdame.

Sin embargo, en vez de acompañarme hasta la cama de Bom, Matt sacó el móvil.

—¿Qué haces? —pregunté.

—Llamar a Breanne. Voy a contarle lo sucedido para no dejarla tirada en la fiesta de Bom.

Agarré el teléfono y lo cerré.

—No puedes contarle nada a Breanne, porque se lo largará todo a sus amigos y a la gente de la fiesta. A David no le hará ninguna gracia.

—Clare, no seas ridícula. Bree nunca haría eso.

—Matt, es redactora en una revista. Su negocio son los cotilleos. Chismes sobre las últimas tendencias. Habladurías sobre gente rica y famosa. Traicionaría a su mejor amiga por un aumento del diez por ciento en las ventas. ¡Así que guarda ese teléfono y échame una mano!

Matt puso cara de fastidio, se guardó el móvil en el bolsillo de la chaqueta y me ayudó a levantar a David, que gimió y se agarró la cabeza, mareado de pronto. Llevaba un amplio pijama de seda rojo que le hacía parecer pequeño, frágil y muy pálido. Tenía la piel fría y

húmeda.

—Hay que darse prisa —dije.

Alberta fue por delante abriendo puertas y apartando obstáculos mientras Matteo y yo llevábamos medio a rastras al hombre, escaleras abajo y a través del salón, hacia la puerta principal.

Cuando el guarda acudió a ayudarnos, aproveché la oportunidad para ir deprisa a mi habitación. En cuestión de dos minutos, me quité el albornoz de Bom, me despojé de la ropa mojada y me puse un chándal de felpa. Como me había dejado las deportivas en la playa y no me daba tiempo a buscar otros zapatos, eché a correr hacia la puerta de la mansión con las pantuflas azul marino de Bom.

Fuera, el guarda había abierto la puerta del coche para que Matt colocara a David en el asiento de atrás. Alberta trajo una manta y envolvió con ella a su tembloroso jefe.

—Te llamaré si hay novedades —le dije al ama de llaves.

Alberta se mordió el labio y asintió.

Matt encendió el motor y aceleró.

—Ay, mierda —gimió David—. ¡Creo que voy a vomitar!

—¡En la tapicería de cuero de Breanne no! —gritó Matt mientras pisaba el freno.

Por desgracia, su advertencia llegó demasiado tarde.

CAPÍTULO QUINCE

El doctor Richard de Prima, un treintañero vehemente con bata blanca, canas incipientes y bronceado de golfista, pasó unas hojas de su carpeta. Examinó los papeles y se detuvo en un párrafo largo. Por fin, levantó la vista.

—Menos mal que lo han traído.

—¿Es grave? —pregunté.

Matt y yo hablábamos con el médico en la puerta de una consulta de urgencias.

—El señor Mintzer se quejaba de una sensación de quemazón en el pecho, los hombros, el abdomen, los antebrazos y la nuca. Sufría episodios de entumecimiento en la cara junto con dolores abdominales casi constantes que aún persisten. Tiene palpitaciones cardiacas y cuando llegó al hospital presentaba sibilancia, lo cual indica dificultad respiratoria… y que ha estado muy cerca del choque anafiláctico.

—Madre mía. —Miré a Matt.

Él me apretó el hombro.

—Entonces hemos hecho lo correcto al traerlo, ¿verdad, doctor?

—Por supuesto —contestó De Prima—. ¿Dice el paciente que vomitó cuando venía de camino al hospital?

Matt suspiró.

—Unas cuantas veces.

—En realidad, eso le ha venido muy bien —apuntó De Prima—.

En caso contrario, habríamos tenido que hacerle un lavado de estómago.

—¿Qué le pasa? —pregunté.

—Le he administrado un antihistamínico, una precaución rutinaria frente reacciones alérgicas tan fuertes y peligrosas como la suya…

Matt parpadeó.

—¿Ha estado a punto de morir por una reacción alérgica?

—Una sensibilidad bastante común al GMS, es decir, glutamato monosódico…

—Sí, sí, sé lo que es —dije—. Lo sabemos. Pero hasta esta noche no sabíamos que David presentaba esa reacción adversa al GMS. Según parece, él sí lo sabe desde hace mucho tiempo. Por eso intentaba evitar ese aditivo.

El doctor De Prima me dedicó una sonrisa indulgente.

—Señora Cosi, el GMS es tan habitual en nuestra dieta moderna que resulta difícil evitarlo por completo. Existen más de cuarenta nombres distintos para el glutamato monosódico en las etiquetas de los alimentos. Lo llaman con todo tipo de denominaciones, desde el eufemístico «proteínas hidrolizadas» hasta «aromas naturales», tal vez el más engañoso de todos.

Matt carraspeó.

—En resumidas cuentas, doctor, ¿va a recuperarse?

El médico asintió.

—Lo mantendremos ingresado esta noche, más que nada para observarlo. El peligro ha pasado.

—¿Está seguro? —insistió Matt.

—Los efectos duran entre una y cuatro horas, pero en una dosis tan alta como la que ha ingerido el señor Mintzer, podrían durar más. Los antihistamínicos deberían ayudar. Cuando desaparezcan sus efectos, el señor Mintzer se sentirá débil y cansado durante un día, más o menos, una sensación parecida a la resaca, pero en cuarenta y ocho horas, setenta y dos como máximo, debería estar completamente reestablecido.

—¿Podemos verlo? —pregunté.

—Lo siento, pero no deben —aconsejó el médico—. Necesita descansar. El trayecto hasta aquí lo ha exprimido.

—No lo sabe usted bien —ironizó Matt.

—Doctor, ha dicho que David consumió una gran cantidad de glutamato monosódico. ¿Cómo lo sabe? —pregunté.

—Tuvo que ser una cantidad grande para provocarle una reacción tan fuerte. La intensidad de la crisis alérgica es directamente proporcional a la cantidad de GMS absorbida.

Sacudí la cabeza.

—Pero David dijo que comió muy poco en la fiesta de esta noche.

—A juzgar por su reacción, consumió bastante —insistió el médico—. De hecho, menos mal que lo trajeron aquí. Consumió tanto glutamato monosódico en tan poco tiempo que, dada su sensibilidad a esta sustancia, podría haber muerto.

Matt y yo hablamos muy poco después de volver al aparcamiento. Esperé fuera del Mercedes de Breanne mientras él limpiaba el asiento de atrás con montones de toallas de papel que había cogido del servicio de caballeros del hospital.

Le ofrecí ayuda, pero la rechazó con un gesto. De manera que, mientras él se tapaba la nariz y limpiaba, yo observaba las polillas que revoloteaban alrededor de las farolas del aparcamiento. Eran cerca de las tres de la mañana y solo se percibían los chirridos constantes de los grillos y el susurro del viento entre los árboles.

Matt me colocó su chaqueta sobre los hombros para que no tuviera frío mientras él bajaba la capota del coche con la intención, según sus palabras, de que se fuera el tufo. Al cabo de un momento nos dirigíamos a la mansión de David con el viento contra mi melena llena de sal. Mientras continuábamos en silencio, intenté procesar los acontecimientos de esa noche de locos.

Para mí, era evidente que habían intentado acabar con la vida de David Mintzer por segunda vez; no podía demostrarlo, claro, pero a mí me parecía obvio. También daba la impresión, al menos a primera

vista, de que no cabía duda acerca de la identidad del culpable.

Las rencillas entre David Mintzer y Bom Felloes ya se prolongaban durante años, una simple batalla de egos hinchados, pero batalla al fin y al cabo. Y mientras el elegante y joven restaurador afirmaba en público que había invitado a David a su fiesta con la voluntad de «enterrar el hacha de guerra», pudo haber aprovechado la oportunidad para suministrarle una dosis de GMS tan elevada como para provocarle un choque anafiláctico.

En forma de polvo blanco, el glutamato monosódico apenas tenía sabor. Podrían haber añadido una buena cantidad de esa sustancia a cualquier cosa que David hubiera tomado en la fiesta de Bom, desde los martinis hasta la salsa de cacahuete que aderezaba el *satay* de marisco.

Aunque mi teoría sonaba bien, contaba con una importante falla. El asesino tenía que conocer la altísima sensibilidad de David al GMS. ¿Cómo lo sabía Bom?

Yo misma conocía a David desde hacía un año y lo consideraba un buen amigo, y sin embargo no sabía nada de su alergia. Por supuesto, en El Cafetín nunca utilizábamos GMS; era una política sobre alimentos y bebidas con la que estaba de acuerdo, pero nunca pensé que tuviera algo que ver con la sensibilidad de David a esa sustancia.

Aunque Alberta…, era probable que ella sí lo supiera. Después de todo, el ama de llaves sabía muchas cosas de David, había recopilado mucha información sobre él a lo largo de los años. Conocía sus gustos y sus fobias, los detalles de su salud y sus debilidades. Y Alberta era una de las beneficiarias de su testamento. Si David Mintzer moría, ella sacaría provecho. Aunque David solo le dejara una fracción de su patrimonio, las participaciones empresariales de Mintzer eran tan amplias que el valor de la herencia seguiría siendo inmenso.

Pero ¿era una gran suma de dinero motivo suficiente para que Alberta asesinara a su patrón? Tal vez sí.

Aunque Alberta me parecía una persona agradable y simpática,

también me inquietaba la acumulación creciente de pruebas circunstanciales en su contra. Por ejemplo, me había mencionado a un sobrino suyo llamado Thomas, por el que sentía mucho aprecio, a quien David conoció y ayudó. David había llegado incluso a incluirlo en su testamento. Ese tal Tommy era, según admitía la propia Alberta, un chico problemático que había pagado su deuda con la sociedad, que había rehecho su vida y que había estado en el ejército, donde sin duda habría aprendido a manejar armas. Eso explicaría la presencia de los cartuchos.

Así pues, ¿habían planeado Alberta y su sobrino un asesinato a sangre fría? ¿Había sido Tommy el francotirador del Cuatro de Julio? Y, después, cuando el sobrino erró y mató a Treat Mazzelli, ¿había acometido Alberta un nuevo intento esa noche? Era fácil añadir un poco de glutamato monosódico en su «espumoso amable» contra la resaca.

Ahora que lo pensaba, la mujer estaba sorprendida y nerviosa cuando Matt y yo nos encontramos con ella en la cocina. De hecho, estaba en el fregadero lavando el vaso que después se le cayó al suelo. ¿Estaba destruyendo pruebas, limpiando el vaso con el que le había servido la bebida envenenada a David?

Retrocedí hasta la noche del disparo. Recordé que David había tenido migraña antes de los fuegos artificiales y que le dijo a Madame que no recordaba haber ingerido ninguno de los alimentos que le provocaban ese malestar. ¿Añadiría alguien glutamato monosódico a lo que David tomó esa noche? ¿Quizá alguien en quien él confiaba? ¿Alguien como Alberta Gurt?

Y había otra cosa que no dejaba de preocuparme. ¿Por qué estaba Alberta tan peripuesta la noche de los fuegos? Iba maquillada y enjoyada, pero no había asistido a la fiesta. Según parecía, había pasado la velada sola en su habitación.

Repasé la escena. Ahora que lo pensaba, el televisor estaba apagado cuando abrió la puerta de su habitación. Antes que la abriera, sin embargo, oí voces dentro. ¿Serían las voces de Alberta y su sobrino? ¿Tal vez lo escondía en ese momento? ¿O simplemente

apagó el televisor antes de abrirme la puerta?

Justo cuando creí haberlo encajado todo, recordé las huellas de aletas en la arena. Todavía no tenía ninguna explicación para eso… ni para la presencia del misterioso merodeador. ¿Quién era el hombre rana que vi en la playa de Bom al que después seguí hasta el barco? ¿Y por qué demonios nadaba de un lado a otro de un barco con las luces de navegación apagadas?

Ese asunto me trajo a la mente uno de los dichos de mi querido padre: «Cielito, lo más probable es que, si alguien opera en la oscuridad, tenga malas intenciones».

Y luego estaba Jacques Papas y su sospechoso acuerdo del diez por ciento. ¿Conocía Papas la alergia de David? Estuvo en la fiesta del Cuatro de Julio. Y al día siguiente llevó a David a casa. Y tampoco me olvidaba de Marjorie Bright, al acecho entre los árboles y, más tarde, también presente en la fiesta de Bom. Aún recordaba su tono poco amigable. Si alguien deseaba la muerte de David, esa era la mordaz señora Bright. Pero ¿conocía ella la alergia de David? Mientras la cabeza empezaba a darme vueltas, comprendí que Mike Quinn tenía razón. No cabía duda de que los ricos tenían más enemigos que los camareros.

Suspiré. *Bueno*, pensé para mí, *al menos estoy segura de una cosa…*

—Alguien ha intentado matar esta noche a David.

—i¿Qué?! —dijo Matt.

Cerré fuerte los ojos. Era tarde y estaba cansada. Había bajado la guardia y se me había escapado el último pensamiento. O… tal vez fue algo freudiano. Tal vez me sentía agotada y sola, y quería que Matt me ayudara. En cualquier caso, no había escapatoria. O eso me dije. Tenía que contárselo todo a Matteo, de manera que le hablé del disparo a Treat Mazzelli, de las huellas del buzo, de la imagen de un hombre rana real en las inmediaciones de la casa de Bom esa misma noche, de mis sospechas hacia Alberta Gurt y su sobrino, hacia Jacques Papas y hacia Marjorie Bright.

La respuesta inicial de Matt fue comprensible:

—¡Y dejaste que mi hija y mi madre siguieran en esa casa!

—¡Intenta tú que se vayan! —grité levantando las manos, con lo que estuve a punto de tirar la chaqueta de Matt, que seguía sobre mis hombros—. Las dos, juntas y por separado, ¡son casi tan testarudas, obstinadas y aparentemente amorales como tú!

—No te pases, Clare.

—No te pases tú. Vale, a lo mejor me he pasado con lo de amoral, pero solo en el caso de ellas. En fin, que soy la única que considera que David está en peligro. Bueno, y tu madre. Madame ve el peligro también…

—¿Has metido a mi madre en tu chute de adrenalina?

—No es un chute de adrenalina, Matt.

—¿Seguro que no? Estás hablando con alguien que se pasó años enganchado a la cocaína. Clare, la droga te nubla el entendimiento. Y es obvio que este jueguito de los detectives se te va de las manos. Es un chute en toda regla. Estás enganchada y empiezo a pensar que también obsesionada.

—No es una droga. No es un chute de adrenalina. Y, desde luego, ¡no es una obsesión! ¡Es una cuestión de vida o muerte, ni más ni menos! Yo no quería que esto pasara, pero ha pasado. Estamos hablando de la vida de David. Tú mismo has visto lo que le ha ocurrido esta noche.

Matt sacudió la cabeza.

—Y me parece increíble que hayas metido a mi madre una vez más.

—Tu madre se aloja en casa de David. Estaba en medio de todo el jaleo. —Me encogí de hombros—. Es imposible detenerla. Ya sabes cómo se pone.

Matteo no podía decir nada de su madre porque la conocía mejor que yo. Sin embargo, dio en el clavo en otro aspecto:

—Pero supongo que David no ve las cosas como tú, ¿verdad?

—Nadie ve las cosas como yo —contesté—. Ni la policía ni, por supuesto, David, que es el peor de todos. David se niega a aceptarlo, aunque quizá no pueda permitirse ese lujo durante mucho

más tiempo, después de haber escapado por los pelos esta noche.

Matt condujo en silencio pensando en mi dilema mientras el zumbido de la carretera llenaba el vacío. Ya casi veíamos la mansión de David cuando volvió a hablar.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

Me sorprendió. Por una vez, la voz de mi exmarido carecía de su habitual tono acusatorio.

—Me quedaré por aquí y haré lo que pueda para proteger a David —respondí con franqueza—. Por no hablar de proteger a tu hija y tu madre, que son demasiado cabezotas para abandonar la casa. Y, si es posible, averiguaré quién intenta matarlo y revelaré su identidad a la policía.

Matt viró hacia el camino de entrada de la propiedad de David y llevó el Mercedes hasta la casa. El guardia nos hizo un gesto, saludándonos con la cabeza, para que avanzáramos. Matt aparcó detrás de mi Honda y se volvió hacia mí.

—¿Qué quieres que haga? —me preguntó.

Abrí la boca para contestar, pero el canto del teléfono de Matt inundó el coche. Me di cuenta, pasado un momento, de que estaba guardado en la chaqueta que yo aún llevaba sobre los hombros. Busqué en los bolsillos hasta que lo encontré y se lo pasé a Matt. El teléfono dejó de sonar en cuanto lo agarró.

Matteo lo introdujo en el bolsillo de su camisa y esperó mi respuesta. El teléfono volvió a emitir tres sonidos cortos. Tres mensajes, los tres de la señora Summour, no cabía duda.

Me quité la chaqueta y empujé la puerta.

—Gracias por dar la cara por mí en la fiesta de Bom y por ayudarme a llevar a David al hospital… Te debo una, Matt.

—¡Clare!

—Será mejor que vuelvas ya. Date prisa, Bree te estará esperando.

CAPÍTULO DIECISÉIS

Otro día en el paraíso.

La mañana siguiente llegó demasiado pronto. El sol irrumpió por mis ventanas con más claridad de la que podía soportar y mi lienzo de olvido en blanco, esa inocencia momentánea de nada más despertar, se salpicó rápidamente con los recuerdos negros de los días anteriores.

Me levanté y, sin mi habitual baño matutino en el mar, me duché a toda prisa y decidí que lo único bueno del horrible día anterior era que, cuando por fin llegué a la planta de arriba, había encontrado a mi hija sana y salva. Después de echar un vistazo en su habitación y hallarla dormida y en paz, me sentí capaz de hacer lo mismo.

Lo de mi suegra, en cambio, fue muy distinto. Había desaparecido. Encontré su habitación vacía y su cama intacta, pero el susto me duró solo unos minutos. Un mensaje en mi móvil, que había dejado en mi bolso, lo explicaba todo:

«Clare, querida, solo para que lo sepas, voy a pasar la noche en casa de… —Bajó la voz— de un amigo. Recibí tu mensaje, el mensaje en que me hablabas de Graydon Faas. Preguntaré por él y también por Bom Felloes, a ver qué averiguo. Nos vemos mañana, querida. ¡Buenas noches!».

Mientras me secaba el pelo, volví a darle vueltas al mensaje de Madame. Iba a pasar la noche en casa de… ¿un amigo? Su esfuerzo por ser discreta resultaba casi ridículo, pensé mientras me ponía

unos vaqueros y una camiseta amarilla con cuello de pico. *A ver, en serio. Para resolver ese misterio no necesito ninguna ayuda*.

Después de calzarme un par de sandalias de cuero y de coger mi bolso, me dirigí hacia la cocina, que estaba en silencio. Por inercia, preparé un expreso doble y me lo bebí saboreando la crema, esa rica capa de color caramelo que define un expreso bien preparado. Tonificada para afrontar el día que tenía por delante, me subí a mi coche, que seguía en el camino de acceso frente a la casa. Saludé con la mano al guarda de seguridad, distinto al anterior, y abandoné la finca por el camino rural hasta la carretera principal. Me dirigí hacia el oeste de Southampton, en la autopista de Montauk…

Hampton Bays, N. Y.

Esas palabras se me habían quedado grabadas a fuego en la cabeza. Eran las mismas que aparecían en la proa del Corre Conejo, el barco que vi cerca de la mansión de Bom Felloes. El nombre y la ubicación de esa nave eran las únicas pistas que tenía para encontrar al buzo y, antes de presentarme en el trabajo ese día, esperaba localizarlos a ambos.

En el listín telefónico del condado de Suffolk que estaba en casa de David aparecían ocho puertos deportivos situados en Hampton Bays. Arranqué la página y la llevé conmigo, determinada a visitar todos los que me diera tiempo.

La suerte estaba de mi parte, porque acerté a la segunda. El puerto deportivo de Monroe contaba con unos sesenta barcos atracados. Dejé el coche en un pequeño aparcamiento y caminé a lo largo de los diez o doce muelles mientras leía los nombres de los barcos. Al cabo de unos diez minutos de búsqueda, divisé el Corre Conejo, una embarcación de fibra de vidrio blanca de diez metros de eslora.

Te pillé.

A plena luz del día, me di cuenta de que el «barco» en cuestión era en realidad un yate a motor. El timón estaba protegido por una cubierta rígida y debajo parecía haber un salón y una cocina, puede que incluso un camarote.

Desde el muelle, busqué indicios de actividad humana a bordo, alguien con quien hablar, pero el yate parecía vacío, tanto como el puerto deportivo. Entrecerré los ojos para protegerme del sol matutino y divisé a una pareja de mediana edad en un velero situado en un extremo del puerto y a un joven que salía de un yate mediano en el otro extremo. No había más indicios de personas.

A las siete de la mañana, en una zona turística como esa, la mayoría de la gente estaría durmiendo la mona de la noche anterior. Los pescadores serios habrían salido al amanecer. Y, a juzgar por el aspecto caro de los yates atracados en ese puerto, allí nadie parecía tomarse algo en serio, salvo quizá el placer.

Volví a mirar el reloj y suspiré. Si hubiera sido una investigadora privada profesional, me habría quedado todo el día por allí a la espera de que alguien subiera a bordo del Corre Conejo. Pero de momento solo me pagan por mis dotes de gerente barista, no por mi habilidad detectivesca, así que solo contaba con unas pocas horas antes de comenzar mi turno del sábado a mediodía, uno de los más ajetreados de la semana en el restaurante.

Tendría que hacer de tripas corazón y hablar con la gente que dirigía el puerto. Seguro que sabrían a quién pertenecía el barco. La única cuestión era: ¿me lo dirían? Debía inventar una buena excusa para que me facilitaran una información que a buen seguro considerarían privada. Pero si lograba convencerlos, contaría con un nombre y con una pista sólida.

Me acerqué a la oficina portuaria, un edificio bajo y gris situado entre el aparcamiento y el mar. Giré la manecilla de la puerta delantera, pero estaba cerrada. No había ningún cartel, ni horario a la vista. Miré por la ventana y llamé.

No hubo respuesta. Ni rastro de nadie.

Con la cafeína de la mañana estimulando mis moléculas, decidí lanzarme al agua, nunca mejor dicho. Volví al amarradero del Corre Conejo. Tras un nuevo vistazo cauteloso, subí a bordo. Si la racha de suerte continuaba, tal vez encontraría algún tipo de pista sobre la identidad del buzo (y, por supuesto, si hallaba unas aletas y un rifle

de caza con huellas frescas tampoco me vendría mal).

Recorrí la cubierta de madera pulida de la popa, pero no vi ningún objeto personal. Tampoco había nada reseñable en la cabina, solo dos asientos de cuero, el timón y un montón de aparatos técnicos.

Bajé para revisar el salón y la cocina. Había unos restos de líquido secos en la mesita de centro atornillada al suelo y varios envoltorios de plástico. Los recogí: ¿Twinkies? En la diminuta cocina había media bolsa de Doritos (según decían, el aperitivo favorito de Sadam Husein, aunque dudaba mucho que el dictador iraquí derrocado fuera el buzo que yo buscaba). También encontré seis botellas de cerveza Samuel Adams vacías y unas cuantas latas de Coca-Cola.

Había más basura en un pequeño cubo debajo del fregadero, aunque nada relevante, solo unos cuantos envoltorios de Twinkies más, papel de celofán grueso del que se usa en las tiendas de alimentación para envolver sándwiches y varios periódicos: las ediciones del día anterior de *Newsday* y la sección deportiva del *New York Times*.

Nada. No encontré nada que indicara la identidad del propietario del barco, ni la razón por la que podría haber estado en las inmediaciones de la casa de Bom con un equipo de buceo.

Avancé por debajo de la cubierta y abrí la puerta del camarote. Tenía una cama doble de aspecto cómodo y un ojo de buey, pero no había ningún objeto personal. Estaba a punto de inspeccionar el pequeño cuarto de baño cuando oí unas voces procedentes del exterior. Parecían dos chicas jóvenes que hablaban y reían.

—¡Chicas!

Sonó una tercera voz grave, masculina y más lejana.

Aunque sabía que debía quedarme allí abajo, quería ver quiénes eran esas personas. Volví al camarote y miré por el ojo de buey.

Dos chicas esbeltas de unos dieciséis o diecisiete años vestidas con vaqueros rotos y camiseta esperaban en el muelle contiguo. Un hombre corpulento y canoso vestido con pantalones caqui y

chaqueta azul se acercó a ellas. Pegué la oreja para oír lo que les decía.

—… la semana más ajetreada del año, así que no hay tiempo que perder. Aquí están los barcos que llegaron anoche. Limpiadlos por este orden y daos prisa.

Cuando el hombre corpulento se dio la vuelta y se marchó con paso airado, una de las chicas hizo un exagerado saludo militar a sus espaldas y la otra puso cara de resignación. Consultaron la lista durante un momento y ambas miraron hacia el Corre Conejo.

—Huy, mierda —susurré mientras me apartaba instantáneamente del ojo de buey. Por supuesto, mi suerte se había agotado. Venían directas hacia mí y no precisamente despacio.

Me di cuenta de que no podía volver al muelle. Si lo hacía, me verían salir del yate. Ese hecho en sí tal vez no tuviera consecuencias graves. Las chicas eran muy jóvenes, solo un par de chavalas de la zona contratadas para limpiar los barcos de alquiler. Lo más probable era que no le dieran importancia a mi salida, que me montara en el coche y que me largara de allí sin que nadie me acusara de allanamiento. Pero en ese caso me iría con las manos vacías.

Vamos, Clare, ¡piensa algo!

No podía. Y las chicas cada vez estaban más cerca…

—… me dijo que quería mi número y se lo di. De verdad, creí que me llamaría, ¿sabes?

—No se puede esperar nada de ellos. Algunos tíos se dedican a coleccionar números de teléfono, como si fueran trofeos o algo así. Para presumir con los pringados de sus amigos, tía.

La imaginación me estaba jugando una mala pasada, pero sabía que Madame habría encontrado la manera de salir airosa. Y mi querido padre también, todo hay que decirlo.

¡Eso es!

Casi solté una carcajada al darme cuenta de que ambos, tanto el corredor de apuestas como la señorona de Manhattan, habrían recurrido al mismo recurso si se hubieran visto envueltos en una

situación como la mía.

El soborno.

Hurgué en mi bolso y encontré dos billetes de veinte dólares que me habían dado de propina la noche anterior en el restaurante. Me los metí en el bolsillo delantero de los vaqueros y me dirigí a toda prisa al salón, en cuyo sofá me senté con las piernas cruzadas, como si desde el principio tuviera planeado esperar allí a las chicas. De hecho, la inspiración me había venido gracias a la última parte de su conversación…

—Qué mierda, de verdad. ¿Por qué son así?

—¿Que por qué? Porque no se lo toman en serio. Los tíos no valen nada. Lo llevan en el ADN…

Las chicas bajaron la escalera juntas, cada una con un cubo lleno de productos de limpieza. Al verme sentada tan tranquila en el sofá, se detuvieron en seco y me miraron boquiabiertas.

—Perdone —dijo la primera, una rubia con una coletita y una ligera capa de pecas sobre la nariz—. No sabíamos que el señor Monroe ya había alquilado este yate.

—No lo ha alquilado —les respondí con calma.

La rubia cruzó una mirada nerviosa con su compañera, una morena con las mejillas coloradas y el pelo recogido en una larga trenza de raíz.

—Bueno… —dijo despacio la morena—. Entonces usted no debería estar aquí, ¿no?

—No, no debería. Pero no he podido evitarlo. Veréis, estoy aquí por amor.

Las chicas pusieron los ojos como platos. Volvieron a cruzar la mirada, aunque sin la expresión nerviosa de antes. Estaba claro que ahora sentían emoción y curiosidad.

—Os cuento. Ayer estaba tomando una copa en el Bay Bar, el sitio ese de Southampton, ¿sabéis cuál os digo? Ese donde los barcos pueden atracar…

Las chicas asintieron con entusiasmo. Sin duda habían oído hablar de ese bar. No me extrañaría que incluso se hubieran colado

dentro alguna vez usando carnés de identidad falsos.

—Bueno, pues allí estaba yo —continué—, a lo mío, cuando un hombre mandó a mi mesa una botella de champán.

Volvieron a abrir mucho los ojos.

—¿Una botella entera? —preguntó la rubia.

Asentí.

—Champán Cristal. Costaría unos quinientos dólares.

—¿Sin conocerla de nada? —preguntó la morena.

—Creo que fue amor a primera vista —dije—. Al menos, para mí. En cuanto lo vi y cruzamos la mirada… Lo supe.

La rubia estaba anonadada.

—¿Supo qué?

Volví a asentir.

—Supe que era él.

Las dos se miraron una vez más y suspiraron.

—Estaba a punto de pedirle que se sentara conmigo cuando lo vi contestar el teléfono. Tuvo que ser una urgencia, porque dejó algo de dinero en la mesa y salió pitando hacia su barco. Y esa fue la última vez que lo vi.

—¿Ni siquiera llegó a saber cómo se llamaba? —preguntó la morena. Ambas parecían horrorizadas.

—Lo seguí hasta el muelle, pero, cuando llegué, su barco ya se alejaba. La única pista que tengo es el nombre de este barco.

Hice todo lo que pude para parecer destrozada y las chicas se quedaron mirándome en silencio durante un buen rato.

—No sé cómo decírselo, señora —me explicó la rubia—, pero estos barcos son de alquiler. No sabemos quién es el hombre de anoche. Fuera quien fuera, alquiló el barco a última hora. Y nosotras solo trabajamos por las mañanas.

—Podría hablar con el señor Monroe —le dijo la morena a la rubia.

Pero la rubia sacudió la cabeza.

—Monroe jamás le dará esa información. Siempre dice que los datos de los clientes son confidenciales.

La morena se encogió de hombros.

—Entonces creo que no ha habido suerte, señora.

—Chicas —dije en voz baja—, si me hicierais el favor de buscar el nombre del hombre que alquiló este barco anoche, estaría muy agradecida. —Coloqué los dos billetes de veinte dólares sobre la mesita de centro situada delante del sofá.

Las chicas miraron el dinero y luego se miraron entre ellas.

—Sería muy fácil buscarlo, Janice, y lo sabes —le susurró la rubia a la morena—. Monroe siempre está charlando fuera con los propietarios de otros barcos.

—No sé, Pam…

—Venga, Jan. Ya has oído a la señora. ¡Es por amor!

En apenas un minuto, las chicas concluyeron su debate y aceptaron la oferta. Janice subió a cubierta y volvió con noticias sobre el paradero de su jefe. Tal y como predijeron, Monroe ya había salido de la oficina y se encontraba en la otra punta del puerto deportivo charlando con un joven en la cubierta de un yate.

Con la excusa de necesitar más productos de limpieza, Pam se marchó a la oficina. Volvió en un tiempo récord, pero con cara de fracaso.

—He pillado la única anotación de ayer sobre el Corre Conejo. No había ni dirección ni nombre, solo un número de teléfono. Qué raro.

Me pasó un pósit amarillo con un número de teléfono garabateado.

—Lo siento —dijo Janice—. Creo que es lo único que podemos hacer por usted. ¿Quiere que le devolvamos el dinero?

—Ni pensarlo —contesté—. Está perfecto. No necesito más.

Me marché del Corre Conejo… sin correr. Aunque ganas no me faltaban, me fui caminando, como si nada, hacia el coche. Vi al propietario corpulento al final del puerto deportivo, que seguía charlando con el chico del yate. Lo único que no quería en ese momento era llamar la atención.

Me senté detrás del volante y arranqué. Al llegar a la autopista, busqué un sitio donde pararme para llamar por teléfono. El teléfono

sonó una vez, dos veces, tres veces…

—¿Diga?

La voz era grave y ronca. Había dormido al lado de ese hombre las suficientes veces como para saber que acababa de despertarlo.

—Perdona, Matt.

Me respondió con un bostezo.

—Hum… ¿Qué hora es?

—¿Quién es, cariño?

La columna se me tensó en contra de mi voluntad. A lo largo de los años había oído tantas voces femeninas de fondo en las llamadas a mi exmarido que había desarrollado una reacción automática.

—Nadie, Bree —dijo Matt mientras se apartaba del auricular—. Un asunto de trabajo.

—Ah, o sea, que no soy nadie —bromeé.

—Espera un segundo —me dijo Matt con voz cortante.

Acto seguido se produjo una conversación amortiguada de fondo que concluyó con las palabras «Contestaré en el baño». Una puerta se cerró. Entonces Matt volvió a hablar con un susurro:

—¿Qué pasa, Clare? Espero que sea algo grave para que me llames tan temprano. Tú sabes mejor que nadie lo tarde que me acosté.

—Matt, solo sé que te acostaste. Que hayas dormido o no es cosa tuya.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—Según lo que me dijiste anoche, Bree y tú solo sois amigos.

—Exacto.

—Ah, entonces solo estas durmiendo con tu «solo amiga».

—Bueno, al grano. ¿Para qué me llamas?

—Necesito tu ayuda.

—¿Otra vez?

—Te deberé otro favor.

—Ya me debes varios.

—Matt, por favor. Teniendo en cuenta todo lo que hiciste cuando estábamos casados, yo diría que es al revés. Porque, vamos a ver,

no sé si te acuerdas de la vez en que…

—¡Vale! Tú ganas. ¿Qué quieres que haga? ¿Que te lleve a Nueva Escocia a por un poco de salmón? O a lo mejor a David se le ha antojado nata de huevo auténtica… Calculo que podría ir a Brooklyn y volver en unas seis horas. O a lo mejor…

—No hace falta, pero gracias por ofrecerte. Lo que necesito es que busques un dato en tu agenda electrónica. —Emitió un suspiro de frustración—. ¿Qué pasa ahora? —pregunté—. ¿La has perdido?

—Está en mi chaqueta. En el dormitorio.

—¿Y dónde estás tú?

—En el baño. No quería molestar a Bree.

—Lo que quieres decir es que no querías que Bree se enterara de que estás hablando con tu exmujer.

—Lo que quiero decir es lo que he dicho.

—Ya, lo pillo. Porque a Bree le molesta que hables conmigo.

—Exacto.

—Bueno, no puedo hacer otra cosa, Matt. Necesito que teclees un dato en tu agenda.

—La agenda, como te decía, se encuentra en la habitación donde ahora mismo está Bree.

Tendría que haberme mordido la lengua, pero no soportaba oír a Matteo Allegro, el intrépido comerciante de café del tercer mundo y adicto a los deportes de riesgo, asustado como un corderito frente a esa pitón vestida de diseño.

—¿Qué te pasa? —le pregunté con la esperanza de darle al menos un golpe de realidad—. ¿Acaso le tienes miedo?

—Clare, por favor… Espera un minuto, ¿quieres?

Tamborileé el salpicadero con los dedos mientras observaba una gaviota que volaba tierra adentro. Por fin, mi exmarido se puso de nuevo al teléfono.

—De acuerdo. Aquí la tengo.

—¿Has vuelto al baño?

—Sí, claro que he vuelto. ¿Por?

—Nada, porque me parece muy gracioso. Esa mujer te obliga a

ocuparte de tus negocios en el mismo sitio donde…

—Sí, graciosísimo. Bueno, ¿quieres que te ayude o prefieres que te cuelgue?

—Quiero que me ayudes.

—Vale —contestó—. Pues dispara.

—Espero que no lo digas literalmente…

—Clare…

—Necesito que te conectes a internet para usar el listín telefónico inverso —le dije—. Te daré un prefijo y un número de teléfono. Tecléalos y dime qué dirección aparece.

—Por Dios, Clare…

—¿Qué?

—Dime que no estás jugando a los detectives una vez más.

—No estoy jugando a los detectives una vez más.

—Entonces, ¿por qué quieres que busque eso?

—Estoy siguiendo una pista.

—¡Sí que estás jugando a los detectives!

—Baja la voz, Matt. Vas a molestar a Bree.

—No pienso ayudarte, Clare.

—¿Por qué no?

—Porque no quiero incitarte al vicio.

—¡¿Incitarme al vicio?!

Hasta ese momento había estado de un humor relativamente ufano. Había usado mi ingenio, a pesar del riesgo, me había salido bien la jugada y había encontrado una pista sólida. Pero la frase de Matt no solo me tocó las narices, sino que también me sacó por completo de mis casillas.

—¡Por Dios, que no soy una drogadicta! —Prácticamente le estaba gritando al móvil—. Ya te lo dije anoche, intento ayudar a David. ¿Tengo que recordarte lo que aguanté yo cuando tú sí que eras drogadicto? ¡Incitarme al vicio, dice! ¡Hay que tener huevos para venirme con tu jerga de toxicómano!

—¡Joder, Clare, cálmate! Vale, te ayudaré, pero tranquilízate un poco.

Me tranquilicé. Y, a continuación, le di el número de teléfono. Lo introdujo en el sitio web del listín telefónico inverso. Pan comido, ahí tenía la respuesta. Matt me dio la dirección asociada al número.

—Eso se encuentra muy cerca de donde yo estoy ahora —dije—. ¿Aparece algún nombre?

—Solo la inicial y el apellido… Alguien llamado S. Barnes.

—Gracias, Matt. Un último favor…

Gruñó.

—Qué.

—Dado que aún estás en los Hamptons, me gustaría que fueras al hospital a ver cómo está David. Dijiste que querías hablar con él de todos modos, ¿no? Para ponerle al día de las instalaciones de los kioscos en la Costa Oeste y todo lo demás.

—Sí.

—Ve a visitarlo y quédate por allí un rato. Echa un ojo por si hay algo sospechoso.

—¿Algo sospechoso? Clare…

—Por favor, Matt. —Sobrevino un largo silencio—. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Clare. Tú ganas. De acuerdo.

CAPÍTULO DIECISIETE

S. Barnes vivía en Gate Street, una travesía situada en Bridgehampton, una pequeña localidad de unos mil cuatrocientos habitantes.

En sus buenos tiempos, la mayoría de las familias de Bridgehampton estaban relacionadas con la industria ballenera. Hoy, en cambio, el pueblo es conocido por las majestuosas casas tradicionales situadas en una zona elevada de la apreciada Bridge Hill Lane.

El pueblo también era conocido por la pintoresca calle comercial de Main Street, que durante el fin de semana del Cuatro de Julio tenía, sin lugar a duda, un tráfico infernal. Hice todo lo posible por evitar esa zona y tomé caminos alternativos por calles donde predominaban las casas de ladrillo que parecían de juguete con sus jardines discretos.

Gate Street se situaba en el lado menos chic de la autopista. Era un pequeño camino apartado bordeado de setos y cercados. Junto a la carretera serpenteaba un arroyo borboteante que emanaba de un hoyo glaciar y que se perdía entre un espeso laberinto de árboles centenarios con las raíces parcialmente expuestas.

La dirección que Matt me había proporcionado correspondía a un pequeño rancho, la típica construcción en serie de los años sesenta que los agentes inmobiliarios más avispados denominaban ahora «viviendas *mid century*». Rodeado de árboles, el rancho se situaba en un terreno bonito que descendía con suavidad hasta la orilla del

arroyo.

Pasé por delante de la casa primero y luego volví a rodear la manzana para echar un segundo vistazo. Otro golpe de suerte, porque llegué justo en el momento en que un hombre salía por la puerta principal. Antes de que le diera tiempo a percatarse de mi presencia, giré hacia una zona donde se podía aparcar y me coloqué entre dos todoterrenos, apagué el motor y me deslicé por el asiento delantero para verlo mejor.

Cerró la puerta, revisó el buzón y se pasó los dedos por una maraña de pelo cobrizo. Alto y con unas piernas largas enfundadas en unos vaqueros gastados, tenía una constitución fuerte de hombros anchos bajo una camiseta de buceo azul eléctrico. Distinguí una mancha colorida en uno de los antebrazos musculosos, ¿un tatuaje?, que de lejos solo se intuía.

El hombre cruzó el césped y el puentecito sobre el arroyo y se subió a una motocicleta aparcada en el bordillo. Al instante, desapareció. Vi que se dirigía hacia Main Street. Un momento antes, al pasar por allí, vi que había un kiosco de prensa, una panadería y una cafetería. ¿Habría ido a comprar el periódico? ¿A por un dulce, tal vez? ¿O a desayunar algo?

Esperé diez minutos hasta estar segura de que no volvía. Bajé del coche, crucé la calle y el puentecito y me acerqué a la casa. La puerta delantera estaba cerrada con llave, claro, pero se había quedado abierta una gran ventana mirador, cuyas cortinas de encaje se sacudían con la brisa marina. Escudriñé el vecindario, pero no vi absolutamente a nadie, ni por la calle ni en ningún porche o jardín, así que me acerqué a la ventana para echar un vistazo dentro.

No se veía demasiado, ya que el interior estaba oscuro. Agucé el oído, pero tampoco percibí sonido alguno, ni radio, ni televisión, ni pisadas o voces. Lo único que oía eran las abejas que zumbaban alrededor de los arbustos de rosas rojas y rosas del jardín. Estaba casi segura de que la casa estaba vacía.

Con cautela, seguí un camino de cemento, por delante de una manguera enrollada y una barbacoa de ladrillo, que conducía hasta

la puerta trasera. Aunque la mosquitera estaba cerrada, la puerta de madera estaba abierta de par en par. Llamé, sin saber muy bien qué decir si alguien contestaba. Por suerte, no hubo respuesta, así que intenté abrir la mosquitera. No tenía pestillo y entré.

Sabía que me estaba arriesgando mucho. Muchísimo. Eso no era un barco de alquiler en un puerto deportivo abierto al público, sino una vivienda privada. Y el hombre musculoso que acababa de salir no tenía pinta de ser ningún blandengue capaz de enternecerse con historias patéticas sobre champán Cristal y amor verdadero. Si me pillaba, haría que me detuvieran por allanamiento de morada, y eso si no me rompía la cabeza antes. Sin embargo, en caso de que volviera, oiría el ruido de la motocicleta, ya que las ventanas estaban abiertas, y me daría tiempo a escabullirme antes de que me descubriera.

La puerta trasera daba a una ordenada cocinita con armarios de cerezo de estilo provenzal francés, paredes blancas inmaculadas, un hornillo y un frigorífico. Detuve la mirada en la silueta plateada y octogonal de una cafetera italiana sobre el quemador de atrás.

—Vale —me tranquilicé a mí misma—. Se prepara el café. No puede ser tan malo.

El sol entraba a raudales por la enorme ventana de encima del fregadero, sobre la cual colgaba una cinta verde y lozana. En un escurridor se secaban tres vasos y dos platos alineados. La única señal de desorden era un cubo rebosante de basura. Me di cuenta de que estaba lleno de recipientes de comida rápida, bolsas de Doritos arrugadas y papeles de Twinkies. Al lado, se alineaban varias botellas vacías de cerveza Samuel Adams, sin duda a la espera de que alguien las llevara a reciclar.

Bueno, ahora ya sé cómo se alimenta este tío.

Y también sabía que la dirección era correcta.

Sin embargo…, algo no encajaba. El tipo duro y desaliñado de la motocicleta que dejaba por ahí papeles de Twinkies, bolsas de Doritos y botellas de cerveza vacías no me parecía la clase de hombre que tiene la cocina inmaculada y que se prepara el café.

—¿Hola? —grité, aún con la preocupación de que me descubrieran. Mi voz retumbó en la casa vacía, de manera que continué hacia la siguiente estancia.

Si la cocina parecía pertenecer a otro propietario, el salón parecía pertenecer a otra casa. El espacio era adorable y muy femenino, con distintos tonos rosas como esquema de color dominante y volantes por todas partes. La butaca, el sofá, el papel pintado de flores, la moqueta, los manteles y las cortinas presentaban una elegante combinación de tonos rosados, salmón, fucsias y rojos apagados. Por toda la sala había velas perfumadas, funditas, colchas de colores y jarrones vacíos listos para llenarse con flores recién cortadas.

Empecé a preguntarme si debería presentarle al Hombre Motorizado a mi barista jefe Tucker Burton, porque o bien el chico buscaba hacerse un hueco en *Queer Eye for the Straight Guy* —el célebre programa televisivo donde cinco homosexuales dan consejos sobre moda, higiene, decoración y otros temas a personas heterosexuales—, o bien estaba casado con Barbie Ama de Casa.

A continuación encontré el dormitorio, que tenía la puerta entreabierta. Una vez más, no cuadraba. El impecable orden del resto de la casa allí brillaba por su ausencia. ¿Era posible que un huracán hubiera azotado solo una habitación?

La cama de matrimonio estaba arrugada y deshecha, y había ropa colgada en dos de sus cuatro postes y sobre las sillas. Por el suelo se desperdigaban dos pares de calcetines y de zapatillas junto con un par de zapatos náuticos sucios y otros objetos. Había pilas de revistas apoyadas contra la pared con mancuernas a modo de sujetapapeles: *Teen People, Celebrity, Diva, Star Watch, Guns and Ammo* y *Soldier of Fortune*. ¿Qué tipo de persona se suscribiría a una mezcla tan loca?

En un rincón habían colocado unas sillas y una mesa plegables. Sobre la mesa había varias cámaras digitales, un ordenador portátil y una impresora de fotos. Junto a la impresora encontré dos montones de fotografías. El primero consistía en imágenes de la fiesta del Cuatro de Julio de David Mintzer, sobre todo de famosos,

aunque también había algunas del propio David. Las fotos del segundo montón eran del día siguiente, de la fiesta de Bom Felloes, incluidas varias de Keith Judd. Dejé las fotos y continué examinando la habitación.

Una segunda puerta conducía a un baño con una gran ducha con mampara. Dentro vi una maraña de mangueras de goma, tres tanques de oxígeno, dos pares de aletas y varios pares de gafas de buceo. Lo habían limpiado todo con esmero. En el desagüe de la ducha había sal y algas incrustadas.

Por segunda vez en varias horas pensé:

Te pillé.

No pude evitar sentir un subidón de adrenalina. Sonreí mientras salía del baño, convencida de que acaba de encontrar la guarida del monstruo de la Laguna Negra. De momento, ya había visto bastante. Sin embargo y por desgracia, estaba a punto de ver más de lo que quería.

Con el característico ¡clic clac! de un arma al amartillarse, me di la vuelta y me encontré delante de una pistola muy grande. El Hombre Motorizado me apuntaba directamente al corazón.

—Lo normal es que un hombre como yo no se oponga a encontrar en su habitación un paquetito como tú. —Su voz era grave, monótona e inesperadamente despreocupada—. Pero como estás aquí sin invitación, entenderás que me sienta un poco inquieto.

No sabía cómo había sucedido. No había oído su moto. No había oído la puerta delantera al abrirse. Pero allí estaba, apuntándome con un arma sin que yo me lo esperara.

—Por favor, baja la pistola. Vengo desarmada.

Me estudió y en sus ojos marrones percibí más curiosidad que enfado. Su rostro cuarentón estaba curtido, tenía el mentón fuerte y cubierto de una barbita incipiente un tono más oscuro que su pelo cobrizo y alborotado. Me fijé en que llevaba un pendiente pequeño en la oreja izquierda, una daga con una piedra en la empuñadura.

—El allanamiento de morada es delito, ¿lo sabes?

—Tienes la sartén por el mango —dije con toda la calma de la

que fui capaz, dadas las circunstancias. Estaba asustadísima, pero sabía que, si quería mantener el control de la situación, tendría que empezar por controlar mis emociones—. Puedes llamar a la policía. Me esposarán y me meterán en la cárcel. O puedes apartar esa pistola y dejar que hablemos como personas civilizadas.

No apartó el arma, ni siquiera la bajó.

—Siéntate —me ordenó, señalando hacia la cama, que estaba detrás de mí.

Me senté en el borde.

—Estupendo. Sigue mis instrucciones y nos llevaremos bien. Ahora vas a hablar y yo te voy a escuchar. ¿Lo entiendes?

Asentí.

—¿Quién eres?

No le vi sentido a mentir.

—Clare Cosi. ¿Y tú?

Su mirada se enfrió.

—Qué rápido olvidamos. Esto va así, Clare: tú hablas y yo escucho. ¿Recuerdas? Bueno, ¿y para quién trabajas?

—Soy barista jefe y, técnicamente, también sumiller de café en El Cafetín…, que es un restaurante… de East Hampton.

Parpadeó. Estaba claro que esa no era la respuesta que esperaba oír.

—Espera, espera. Ese es el sitio nuevo de Mintzer, ¿verdad? Ese que acapara todas las reseñas esta temporada…

Asentí y él torció el gesto.

—Entonces, ¿trabajas para David Mintzer?

No contesté.

—Oye, preciosa, acepta un consejo: cuando un tío te está apuntando con un arma, es mejor que contestes sus preguntas.

Me crucé de brazos intentando por todos los medios ocultar mi miedo con un falso coraje.

—Cuando un tío me apunta con un arma y todavía no me ha disparado, sospecho que no va a disparar.

El hombre abrió los ojos de una forma casi imperceptible.

—¿Estás dispuesta a correr ese riesgo?

—Señor Barnes —continué en un tono razonable—. Confío en mi criterio. Si fueras a dispararme, ya lo habrías hecho.

—Conque señor Barnes, ¿eh? —sonrió con aire de superioridad—. ¿Cómo mierda me has localizado?

—Te vi en la playa anoche, en las inmediaciones de El Castillo de Arena. Desde la orilla no distinguí el nombre de tu barco, de manera que me di un chapuzón nocturno.

—¿Fuiste nadando hasta mi barco?

—Sí.

—¿Anoche?

—Exacto, señor Barnes.

—Joder, estaba a más de cincuenta metros de la orilla. Me sorprende que no te diera una hipotermia.

—No digo que fuera fácil. Ni lo más inteligente, todo sea dicho. Pero conseguí el nombre del yate que habías alquilado. Encontré el puerto deportivo donde estaba atracado y soborné a un par de *bonackers* encantadoras.

—¿Y de dónde sacas el valor, Clare Cosi?

—Tomo entre ocho y diez tazas de café al día. Como mínimo.

El hombre se echó a reír. Entonces, para mi alivio, bajó el arma, puso el seguro y se la guardó detrás, supuse que en una funda enganchada al cinturón, el mismo sitio donde mi exmarido la llevaba cuando iba en busca de café por África.

—Así está mejor —dije mientras me levantaba de la cama—. Las pistolas me ponen nerviosa…, sobre todo cuando apuntan en mi dirección.

El hombre cruzó los brazos musculosos y me miró desde arriba, a unos treinta centímetros por encima de mí.

—Yo en tu lugar, Clare, no bajaría la guardia en una situación como esta. —Arqueó una ceja oscura—. ¿Qué te hace pensar que no te voy a sacar la verdad a golpes?

—¡Venga yaaa! —Levanté las manos—. Estamos en los Hamptons. ¿Qué vas a hacer? ¿Darme una paliza con un maletín de

Louis Vuitton? De todos modos, señor Barnes, mi socio sabe dónde estoy y si me pasara algo…

—Ahórrate ese rollo. No tienes ningún socio. Esa jugada está muy vista, me extraña que la uses. Además, vi que me observabas desde tu Honda al otro lado de la calle y estabas sola.

—¿Me viste?

—Y si vamos a hablar como personas civilizadas, deja de llamarme Barnes, porque no hay ningún señor Barnes…

—¿Cómo?

—Sally Barnes es la dueña de esta casa. La alquila todos los veranos. Por un pastizal, todo sea dicho.

—Aaah, con razón —murmuré.

—Con razón qué.

—El salón rosa Barbie y el dormitorio macho rebelde. Las botellas de cerveza y los envoltorios de Twinkies, la cocina impecable y la cafetera italiana. Ahora entiendo que no lo preparas tú.

—Que no preparo qué.

—El café —dije—. ¿Quieres uno? Me vendría muy bien. A no ser que sepas prepararlo tú, claro, en cuyo caso podrías hacer de anfitrión.

—Clare, intento seguirte, pero voy a tener que recurrir de nuevo a las armas.

—Mira, deja que prepare café, ¿te parece? Entonces sí que podremos hablar como personas civilizadas.

Antes de que pusiera alguna pega, lo eché a un lado para pasar. Me siguió hasta la cocina. Busqué en los armarios y encontré un pequeño paquete al vacío de café en grano procedente de una tienda *gourmet* local.

—Estupendo. Es arábica. No soporto el robusta. El arábica le da mil vueltas: si el cultivo es elevado, la calidad también.

—¿Cómo dices?

—Estoy hablando sola. Un hábito nervioso.

Rebusqué un poco más y encontré un molinillo. Molí los granos, llené la parte inferior de la cafetera de agua y apreté el café molido

en el embudo antes de insertarlo en su sitio.

El Hombre Motorizado lo observaba todo con intensa fascinación, con los brazos cruzados y una cadera apoyada contra la encimera.

—Es como si prepararas una bomba.

—Algo parecido. Es una explosión italiana.

—¿Te queda mucho?

—Solo tengo que enroscar la parte de arriba. —Procedí tal como dije. Noté que me miraba y levanté la vista.

Estaba sonriendo.

—Enroscas muy bien, Clare.

Entrecerré los ojos.

—Íbamos a ser civilizados, ¿te acuerdas?

El hombre resopló. Apartó las delgadas caderas de la encimera y se sentó a la mesa de la cocina. No me quitó ojo mientras yo buscaba dos tacitas y un azucarero.

La cocina se impregnó del aroma celestial del grano terroso que recordaba a frutos secos y llené las tazas con el expreso caliente recién hecho. Le pasé una. No me pidió nata ni leche y tampoco tocó el azúcar.

—Está bueno —dijo después de tomar un sorbo, y luego otro—. Muy bueno.

Señalé el envoltorio vacío de un Twinkie.

—Es una pena que no me dé tiempo a prepararte mis *brownies* de chocolate, nueces y café. Acompañarían este café mucho mejor que tu habitual postre, señor…

Suspiró como si se rindiera.

—Jim. Jim Rand. —Extendió la mano desde el otro lado de la mesa—. Encantado, Clare.

Dudé, pero finalmente se la estreché. El tacto de su piel era rugoso. Hice ademán de apartar la mano, pero él apretó más. Su agarre era fuerte.

—¿Qué haces en mi casa?

Tragué saliva mientras caía en la cuenta de lo pequeña que se veía mi mano al lado de la suya.

—Dijiste que esta no era tu casa.

—Contéstame.

—Estaba fisgando. Ya lo has visto.

—¿Por qué? ¿Para quién trabajas en realidad?

—Ya te lo he dicho. Para David Mintzer. —Tiré de la mano con fuerza. Me soltó.

—Clare, no me estás diciendo nada. Nada que tenga sentido, quiero decir. ¿Qué estabas buscando?

Me senté y tragué un poco de cafeína para armarme de valor.

—Yo también tengo algunas preguntas, Jim. Eres fotógrafo profesional, ¿verdad? ¿O debería decir *paparazzi*?

—No tengo nada que decir al respecto.

—Por tu tatuaje, también intuyo que estuviste en el ejército.

Echó un vistazo al diseño que llevaba en el brazo, un águila aferrada a un ancla.

—Fui miembro del cuerpo de operaciones especiales de la Marina, muñeca. La noche antes de que me licenciaran, los compañeros de mi unidad me llevaron de juerga. Empezamos en San Diego y acabamos en Tijuana, que fue donde me hicieron este tatuaje. No recuerdo casi nada de esa noche.

—Ya veo.

—Y entiendo que tú eres una detective privada que preparas café y que trabajas para David Mintzer. —Se reclinó en la silla, con la taza en la mano, a la espera de mi respuesta.

—¿Por qué crees que soy detective?

—Porque mi socio en esto, Kenny Darnell, me advirtió de que a veces sacaríamos fotos que los famosos no querrían que vieran la luz.

—¿Eso significa que los detectives privados te dan mucho la lata?

Rand se encogió de hombros.

—Nunca me había pasado, pero solo llevo dos veranos dedicándome a esto.

—Ah, ¿sí?

—En la Marina mi especialidad era la fotografía de

reconocimiento. Ahora gano el sueldo de un año en unos cuantos meses. Hago fotos exclusivas de famosos en playas privadas y casas de vacaciones para la prensa amarilla, la prensa rosa y los periódicos. El resto del año me lo paso en el Caribe buceando, surfeando y viviendo la vida.

—¿Y ese es tu plan de jubilación?

—El plan no fue mío —contestó Jim—. Fue de mi compañero, Kenny Darnell. Estuvimos juntos en la Marina.

—¿Él también estaba en el cuerpo de operaciones especiales?

Rand sacudió la cabeza greñuda.

—Kenny acabó muy quemado tras la formación y se marchó poco tiempo después. Sin embargo, es un gran *paparazzi*. En cuanto se salió de la Marina empezó a venderle fotos a la prensa. Luego quiso expandirse, pero para eso necesitaba un socio que lo ayudara con el capital, el equipamiento, el alquiler del barco y de la casa… No sé si te has fijado, pero esta parte de la isla es un poquito cara.

—Ya me he dado cuenta. ¿Y dónde está tu socio?

—Kenny volvió a Queens. Han operado a su madre, así que se ha tomado dos semanas de permiso para echarle una mano.

Nos terminamos el café mientras Jim Rand me contaba más cosas sobre su negocio.

—Me gustaría ver alguna muestra de tu trabajo —dije.

—¿Como qué? —preguntó receloso.

—¿Las fotos que tomaste en la casa de David Mintzer durante el Cuatro de Julio?

Me di cuenta de que Jim no quería enseñármelas. Pero también era consciente de que habíamos conectado. Parecía que empezaba a confiar en mí. ¿Era eso o solo estaba jugando conmigo?

—¿Seguro que no eres detective privado? —preguntó con escepticismo—. Eres demasiado guapa para eso, pero nunca se sabe.

Insistí en que no y él se marchó al dormitorio para traerme unas fotos, las que yo había visto y algunas más. Empecé a pasarlas sin saber muy bien qué buscaba. Más pruebas, quizá.

A mitad del montón, Rand me tocó el brazo desde el otro lado de la mesa.

—Muy bien —dijo—. Ya he respondido tus preguntas. Ahora dime por qué estás aquí, Clare. En serio.

Por fin le hablé del asesinato de Treat Mazzelli y observé su cara y sus ojos mientras le daba los detalles. La noticia aún no había aparecido en la prensa, aunque era posible que los habitantes de la zona ya estuvieran enterados. Le expliqué que creía que el objetivo era David y que estaba investigando el asesinato.

Jim Rand no mostró ninguna reacción tras mi relato. Su rostro sobrio permaneció impasible. Se limitó a escucharme y a mirarme fijamente.

—Espera —dijo por fin cuando acabé—. Me estás diciendo que no eres una investigadora profesional, ¿verdad?

—Eso es.

—Y tampoco eres poli.

—Por supuesto que no.

—Entonces, ¿por qué te has implicado en este asunto?

—Treat trabajaba para mí. Yo era su encargada. Y David es mi jefe y mi amigo. Me preocupa su seguridad. Siento que es mi obligación implicarme.

Jim resopló otra vez y sacudió la cabeza.

—Suenas tan flipada como mi instructor militar. Como uno de mis comandantes decía: «Tienes un sentido de la justicia desmesurado». La verdad me parece… —Levantó entonces la cabeza y me miró a los ojos—. Me parece irresistible. No estarás casada, ¿verdad?

Aparté la mirada, volví a centrarme en las fotos y cambié de tema al tiempo que intentaba reprimir una reacción primaria bastante molesta frente a sus insinuaciones. Era tosco y atractivo, estaba claro que también inteligente, y la cercanía de su masculinidad, en esa casita tan acogedora, ponía a prueba mis nervios. Sin embargo, teniendo en cuenta lo que había descubierto en el baño, todavía albergaba dudas sobre Jim Rand. Dudas importantes. Mi principal sospecha era la posibilidad de que tuviera

escondido un rifle de caza en algún lugar de la casa.

—¿De verdad que no sabías nada del asesinato ocurrido en la propiedad de David Mintzer? —volví a preguntar, y lo observé para detectar cualquier indicio de subterfugio, culpa o tensión.

—No, joder —contestó Jim, en apariencia relajado—. La verdad, si me hubiera enterado, me habría quedado por allí para sacar alguna foto de la policía llevándose el cadáver. Siento lo de ese chico, no es por nada. Pero habrían sido unas fotos fabulosas y las habría vendido junto con la exclusiva. Por desgracia, me fui mucho antes de que empezaran los fuegos artificiales.

—¿Puedo quedármelas? —pregunté.

Jim dudó.

—¿De verdad eres barista?

—Barista jefe, sí. ¿De verdad eres *paparazzi* buceador?

Jim me miró con sus intensos ojos marrones.

—¿Por qué no me acompañas esta noche y lo compruebas tú misma?

—¿Acompañarte dónde?

—A trabajar. Al agua. Echo de menos tener compañía. Además, Kenny ha estado muy tocapelotas esta temporada, no paraba de quejarse. Será divertido, tú y yo. Te enseñaré lo que hago. Cuando veas con tus propios ojos que te digo la verdad, me borrarás de tu lista de sospechosos y te daré las fotos que quieras.

—O me lanzarás por la borda —contesté.

—Supongo que tendrás que correr ese riesgo. Pero ya sabes que vivir al límite es emocionante. —Sonrió y le brillaron los ojos—. Seguro que lo sabes, porque en caso contrario no te habrías arriesgado a entrar en mi casa.

Empujé las fotos por encima de la mesa y me levanté.

—Eres igualito que mi exmarido. Y llego tarde al trabajo.

Jim recogió las fotos y me acompañó a la puerta principal.

—Puerto deportivo de Monroe, en Hampton Bays. Esta noche a las doce —insistió—. Ven conmigo.

—Tengo que trabajar —repetí—. Adiós, señor Rand.

Crucé la calle con brío hasta mi coche y me senté al volante. Cuando levanté la vista después de arrancar el motor, él había apoyado un brazo en el techo de mi Honda. Casi me dio un infarto al verlo. Me había seguido sin que me diera cuenta, sin hacer el más mínimo ruido.

—Quédate con las copias, anda —dijo mientras me pasaba las fotos por la ventanilla abierta del coche—. Tengo las originales en formato digital.

No le di las gracias. No dije nada. Agarré las fotos y me alejé sin mirar atrás. Pero cuando hube avanzado media manzana, no pude resistirme a echar un vistazo rápido por el retrovisor.

Estaba en mitad de la carretera, con las piernas firmes y los musculosos brazos cruzados, observándome. Al verlo así, no pude evitar compararlo con el otro hombre que me había observado alejarme menos de veinticuatro horas antes: Bom Felloes.

A pesar de su refinamiento, su fortuna y su absoluta caballerosidad, Bom me había dejado indiferente. En consecuencia, había resultado la mar de fácil mantenerlo en la lista de sospechosos. Sin embargo, lo del señor Rand era otro cantar.

Por grande que fuera mi determinación para mantener las distancias, no podía negar, al menos para mis adentros, que Jim Rand, con su masculinidad desaliñada y su sentido del humor irónico, era mucho más mi tipo. Y precisamente por eso me resultaba peligrosísimo estar cerca de él.

Rand era sin duda quien más posibilidades tenía de ser el asesino y me sentía en la obligación de informar al detective O'Rourke de mi descubrimiento. Por esa razón, con esa última mirada apesadumbrada por el espejo retrovisor de mi coche, maldije, una vez más, mi incapacidad para redirigir mis gustos en materia de hombres.

CAPÍTULO DIECIOCHO

—Lo interrogaremos, señora Cosi. Gracias por el aviso.

—De nada.

La llamada al detective O'Rourke había ido bien, ahora que por fin habíamos hablado. Le había dejado un mensaje mucho antes del turno de mediodía en el restaurante y estábamos a punto de prepararnos para la cena cuando me devolvió la llamada.

Durante nuestra conversación O'Rourke se había mostrado impreciso y distante. Pero también parecía intrigado después de saber que me había topado «por casualidad» con un buzo que admitía haber estado en los alrededores de la mansión de David Mintzer la noche en que dispararon a Treat.

Por desgracia, O'Rourke no reveló gran cosa acerca de los avances en la investigación. Me había dado a entender que, como yo no era familiar directo de Treat, no estaba obligado a contarme nada. Le recordé que había sido yo quien había encontrado el cadáver y que era una testigo clave de algunos hechos fundamentales, incluido el hallazgo de los casquillos.

Al detective del condado de Suffolk no le hizo mucha gracia que lo presionara, pero, con mucha educación, me invitó a volver a llamar «cuando hiciera falta». Y mi intención era justo esa, volverlo a llamar, sobre todo para averiguar si el interrogatorio a Jim Rand les había servido de algo.

—Hola, mamá… ¿Mamá? ¿Estás bien?

Después de la llamada de O'Rourke, me había quedado sentada y con la mirada perdida en el sofá de la sala de descanso de El Cafetín. Delante de mí, sobre la mesa de centro, estaban las fotos que Jim Rand me había dado, las imágenes tomadas durante la noche en que asesinaron a Treat. Al percatarme de la presencia de Joy, miré el reloj. Mi hija había llegado media hora antes al turno de la cena.

—Hola, cariño —murmuré—. Has llegado muy pronto.

—Quería compensar el retraso de ayer. —Arrastró los pies, cruzó los brazos y luego los descruzó—. Oye, siento haber discutido contigo ayer. No quiero que nos peleemos.

—Ay, cariño… Yo también lo siento. —Abrí los brazos.

Ella se sentó a mi lado en el sofá y nos abrazamos.

—Quiero que entiendas cómo me siento… Graydon me gusta de verdad —dijo en voz baja—. Y me gusta mucho estar aquí, es todo tan bonito… Me parece horrible lo que le pasó a Treat, pero la idea de venir a los Hamptons fue mía en un principio. No me pidas que vuelva a la ciudad antes de que acabe el verano.

Le aparté de los ojos verdes el flequillo castaño cada vez más largo.

—Estoy preocupada por ti.

—Mamá, ¿te enseño mi carné de conducir? Tengo más de dieciocho años. Si quiero pasar la noche con Graydon, con Keith Judd o con cualquier otro, la pasaré. Anoche no lo hice porque no me pareció bien. No quería hacerte daño. Si duermo con un chico, será porque quiero, no porque pretenda demostrar nada.

Sonreí.

—Cuando duermas con un chico, espero que sea porque lo quieres. Pero, si no, Joy, acuérdate de lo que te digo siempre: cuando tomas una decisión, luego tienes que vivir con las consecuencias.

—Ya lo sé, ya lo sé. Como te pasó a ti, ¿no?

—¿A qué te refieres?

—A ver, la otra noche, la noche que mataron a Treat… La abuela

me contó por qué os casasteis papá y tú.

Torcí el gesto.

—No te lo tendría que haber contado.

—Bueno, es que yo estaba muy enfadada contigo porque habías destrozado el número de Keith Judd delante de todo el mundo. Estaba enfadadísima… Pero la abuela habló conmigo, me contó que te quedaste embarazada sin querer y me dijo que por eso te comportabas así. Por lo que te pasó cuando tenías más o menos mi edad… Bueno, eras un poco más joven, ¿no?

—La abuela no tendría que haberte contado lo que hice o dejé de hacer con tu edad.

—¿Por qué no? ¿Sientes haberme tenido?

—No, Joy. Eres lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Entonces, ese «error» no fue tan malo, ¿a que no?

—Mi error fue casarme con tu padre, pero en esa época jamás me habría dado cuenta de eso. De todos modos, no estamos hablando de mí. Esa historia ya es agua pasada, por eso nunca te la conté. No quiero que lo que yo hice te dé carta blanca para hacer lo que te venga en gana. Y tampoco quiero que te veas obligada a tomar las decisiones difíciles que yo me vi obligada a tomar y que acabes metida en un matrimonio infeliz o en una relación infeliz. No quiero que nadie te haga daño, Joy.

—Pero me lo harán, mamá. A todo el mundo le hacen daño alguna vez.

—Hay daños y daños.

Joy sacudió la cabeza.

—Venga, mamá, relájate. Eres muuuuy rígida. ¿No sabes lo que es un rollo de verano? ¡Hasta la abuela tiene uno!

—No me lo recuerdes. A diferencia de ti, la abuela no vino a dormir anoche a casa.

—¡¿Cómo?! —Joy gritó indignada y se puso de pie de un salto—. ¿Dónde ha estado? ¿Con quién? ¿Con el tío ese que estaba tan plasta con ella anoche en el comedor, el vejestorio de la coletita y la boina?

—Venga, Joy, relájate —dije, sin poder contener una sonrisa—. Eres muuuuy rígida.

—Uf, para —me soltó mientras se llevaba las manos a las caderas —. Bueno, voy a empezar a reponer. Y tú deberías llamar a la abuela. —Se dio media vuelta y salió de la sala de descanso como un pequeño y enérgico general.

Jolín, pensé mientras la veía alejarse, *¿cuándo se ha vuelto mi hija tan marimandona, tan metomentodo y tan sabelotodo?*

Justo en ese momento sonó el móvil en mi mano. Miré el número en la pantalla antes de contestar.

—Tienes que ser adivina —le dije a Madame—. Porque iba a llamarte justo ahora.

—Hola, querida. ¿Qué tal el día?

Suspiré.

—Todavía no ha terminado. Pregúntame cuando acabe. ¿Qué tal tu noche?

—¡Divina!

—¿Sigues con el divino señor Wilson?

Se produjo un largo silencio. Madame bajó la voz.

—¿Cómo sabes que he pasado la noche con Edward?

—¿Me lo preguntas en serio?

—Bueno, es que intento ser discreta.

—Ya, me lo imagino —contesté—. ¿Y qué diría el doctor McTavish?

—Querida mía, el doctor y yo no estamos prometidos. Y, la última vez que miré mi carné de conducir, ya era mayor de edad. ¿Has oído hablar de los rollos de verano?

—Tienes muchísimas cosas en común con tu nieta, ¿sabes?

La respuesta fue una risotada.

—A ver si te enteras, Clare. Joy es mandona, listísima y le encanta estar metida en todos los ajos. Es calcada a ti. No sé de qué te extrañas.

Como seguía sola en la sala de descanso de El Cafetín, el servicio del mediodía había terminado y aún quedaban veinte minutos para

el turno de la cena, me levanté y cerré la puerta para tener privacidad. Le puse al día a Madame acerca de mi encuentro con Rand.

—Y acabo de hablar con O'Rourke —terminé de explicarle en voz baja—. La policía del condado de Suffolk va a interrogar a Rand.

—Oh, cielos. ¿Y crees que este tal Rand es el asesino?

—Que yo sepa, Rand no tenía motivo alguno. Pero es un mercenario en lo referente a la fotografía. No me extrañaría que hubiera cambiado la cámara por el rifle. La pregunta importante, por la seguridad de David, es: ¿quién pagó a Rand para que cambiara una cosa por la otra? Si hay suerte, los detectives lo presionarán para que confiese quién lo contrató. Pero si no lo hace, estaremos de nuevo en la casilla de salida.

—¿Quieres decir que seguiremos sin saber quién es la persona que quiere ver muerto a David?

—Exacto. Y mientras no lo sepamos, estoy convencida de que David corre más peligro que nunca.

—Sí, sí, está claro. Entonces, sigues necesitando nuestra información, ¿verdad?

—¿Qué información?

—Edward y yo hemos estado muy ocupados hoy recopilando información sobre el señor Felloes. Y, entretanto, nos hemos topado con un descubrimiento muy revelador acerca de Marjorie Bright. Practica el tiro al plato.

—¿Marjorie Bright? ¿Tiro al plato? ¿Estás segura?

—Segurísima. La vi disparando platos de arcilla, uno tras otro, y te diré que estallaban en el aire como los fuegos artificiales de casa de David durante el Cuatro de Julio.

Se me vino una idea a la cabeza. Mientras Madame seguía hablando, cogí las fotos de Rand, que estaban sobre la mesa de centro, y empecé a revisarlas, esta vez en busca de algo muy concreto. Había varias panorámicas de la fiesta, incluidos los alrededores de la mansión. Las fotos estaban tomadas mucho antes de la puesta de sol, de manera que había luz suficiente para

identificar a la mujer que fumaba entre los altos y viejos árboles.

—Marjorie Bright —susurré.

—¡Sí! —dijo Madame—. Es una excelente tiradora, Clare. Edward y yo decidimos ir a echar un vistazo a la vitrina de trofeos del club. La heredera del detergente ha ganado el torneo anual de tiro al plato tres veces en los últimos cinco años.

—Oye, Madame. Ahora mismo tengo delante una prueba fotográfica de que Marjorie estuvo esa noche merodeando por la propiedad de David. La foto demuestra que no pasó por allí sin más después de la fiesta, como O'Rourke y David dan por hecho. No cruzó para ir a la playa, sino que estuvo ocultándose de los asistentes a la fiesta que en ese momento se encontraban en la terraza trasera. Pero ¿por qué? ¿Para qué?

—¡Esperando la oportunidad para disparar a David! —chilló Madame—. En la foto, ¿se le ve algún arma?

—No —contesté—, pero pudo enterrar el rifle en la duna mucho antes de necesitarlo…, si es que fue ella quien disparó, claro.

—Bueno, ahora ya sabes que no necesitaba contratar al señor Rand —dijo Madame—. Además, ¿para qué te iba a pasar él unas fotos que podrían utilizarse en contra de la mujer que lo contrató?

—A no ser que ahora quiera asestarle una puñalada trapera. O tal vez sea verdad que Jim Rand es quien dice ser, lo cual significaría que pudo disparar otra persona distinta…

—Pero si Marjorie contrató a otra persona, ¿por qué se arriesgó a deambular por la propiedad de David? Eso solo le habría servido para llamar la atención.

—A menos que… —Añadí—, como cualquier cliente rico y exigente, estuviera ansiosa por ver si lo que había pagado estaba a la altura de sus expectativas.

Ambas nos quedamos pensando en esa posibilidad. Parecía encajar bien con la personalidad de Marjorie Bright.

—Sin embargo, hay un problema —dije—. ¿Cómo sabía ella que David era alérgico?

—¿Cómo dices?

—Estoy segura de que alguien envenenó a David anoche, en la fiesta de Bom Felloes.

—¿Lo envenenaron? ¡Qué me dices, Clare! ¿Está bien?

—Sí, sí, está bien. Matt y yo lo llevamos al hospital y se está recuperando. Matt me llamó hace cosa de una hora. Si el médico le da hoy el alta, es probable que Matt lo traiga de vuelta a East Hampton esta misma noche.

—¡Menos mal!

—Pero hay una cosa más. Marjorie estuvo anoche en la misma fiesta que David. Recuerdo que no paraba de fumar mientras hablaba con otros invitados.

—Entonces, ¿crees que ella pudo tratar de envenenar a David anoche, después de que Treat recibiera por error el disparo?

—Sí, es posible. —Me dejé caer hacia atrás en el sofá—. Aunque también cabe la posibilidad de que no.

—¿Por qué?

—A David lo envenenaron con una concentración elevadísima de glutamato monosódico. Pero ¿cómo sabía ella que David era alérgico? Ni siquiera yo lo sabía.

—Espera un momento, querida —dijo Madame. Noté que su voz sonaba amortiguada—. Edward, acércame esa revista de ahí… —Oí un sonido de papel y Madame volvió al teléfono—. Clare, estoy segura de que Marjorie Bright tenía constancia de la alergia de David. Y Bom Felloes también.

—Pero ¿cómo…?

—Edward y yo hemos estado leyendo algunos números atrasados de la revista *East End…*

—¿Edward guarda números atrasados? ¿Cuántos tiene?

—Ah, pues los guarda desde hace diez años. Escribe para la revista: críticas sobre exposiciones en los Hamptons, artículos sobre el mundo del arte…, ese tipo de cosas. El caso es que hemos encontrado un artículo muy interesante, Clare. Edward se acordaba porque publicaron una foto grande y llamativa donde aparecen David, Bom y Marjorie Bright posando junto al mar. El pie de foto

dice: «Buenos vecinos. David Mintzer y Bom Felloes posan en el terreno que han comprado recientemente a los Bright. Marjorie Bright, una de las herederas de Elmer Bright, posa junto a sus nuevos vecinos».

—Entonces, ¿fue Marjorie Bright quien les vendió el terreno? —aventuré.

—No —rectificó Madame—. Según Edward, fue su hermano mayor, Gilbert Bright, quien llevó a cabo la venta. Al parecer, ella se puso furiosa, pero no pudo hacer nada para evitarlo, ya que esas tierras las había heredado su hermano. Posó en la foto porque la revista *East End* se lo pidió. Y en East Hampton todo el mundo lee esa revista, Clare. Absolutamente todo el mundo.

—También da la impresión de que David y Bom eran carne y hueso en aquella época —observé—, y que se pusieron de acuerdo para comprar el terreno juntos.

—Este artículo pudo ser el principio del fin de su amistad. Escucha esto: «Ambos empresarios informaron por separado a nuestra revista que siempre soñaron con vivir en East Hampton y abrir un restaurante aquí. Pero parece que no juntos…».

—Sigue.

—Aparece una cita de David que dice: «Jamás cenaría en los restaurantes de Bom. Allí el glutamato monosódico se sirve como si fuera agua, y tengo una alergia severa a esa sustancia. Es una pena, la verdad. En mi opinión, ningún restaurador serio debería permitir el uso del GMS en su cocina…».

—Uff… —dije—. Sé que David puede llegar a ser muy retorcido, pero esa declaración es terrible. A lo mejor se fue de la lengua con el periodista. ¿Crees que sabía que publicarían su comentario?

—Sí que lo creo, querida. Tengo la impresión de que por aquella época ya presionaba para ganar la batalla que tuvo lugar después. Aunque Bom tampoco se quedó corto… Mira lo que le dijo al periodista: «Es cierto que David es un triunfador. Pero ¿qué vas a esperar de alguien que no hace más que promocionarse a sí mismo las veinticuatro horas del día? ¿Pesa más el envoltorio que la

sustancia? Hay quien lo llama el Príncipe del Autobombo. Y cuando el río suena…».

—Qué feo todo —murmuré— para ser tan «buenos vecinos».

—Estoy segura de que Bom y Marjorie leyeron este artículo, puesto que ambos aparecen en él. Eso significa que estaban al tanto de la alergia de David al GMS.

—Sin embargo, ninguno de los dos estuvo en la fiesta del Cuatro de Julio que celebró David —puntualicé—. Marjorie se quedó merodeando en los alrededores. Y a Bom no lo invitó.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—David se quejó de migraña en su fiesta, ¿no te acuerdas? Por eso se retiró a su habitación antes de que empezaran los fuegos artificiales.

—Es cierto —dijo Madame—. Y parecía perplejo, porque estaba seguro de no haber ingerido nada que pudiera haberle provocado esa reacción.

—Pero alguien pudo haberle echado glutamato monosódico en la comida o en la bebida. El plan pudo haber sido tratar de apartarlo de la fiesta para dispararle cuando subiera a su habitación.

—¿Y quién pudo hacer semejante cosa?

—No lo sé.

—Es demasiado complejo, Clare. ¿Para qué tanto lío? Siento decirlo, pero tiene que haber formas más fáciles de matar a David Mintzer…

—Eso me temo…

—¡Clare! ¡Clare Cosi! —La voz siempre irritada de Jacques Papas gritó al otro lado de la puerta cerrada de la sala de descanso—. ¿Dónde está esta mujer?

Y la voz irlandesa y cantarina de Colleen O'Brien contestó:

—Creo que en la sala de descanso, señor Papas. Joy me ha dicho que estaba hablando por teléfono.

Antes de que me diera tiempo a levantarme del sofá, la puerta se abrió de golpe con tal fuerza que se estrelló contra la pared de detrás.

—¿Por qué está cerrada esta puerta?

Miré con calma al gerente.

—Estoy hablando por teléfono, Jacques.

—¿Con quién? —Entró como un rayo en la sala con la cara roja como un tomate.

—Es personal.

Se fijó en las fotos que estaban sobre la mesa de centro.

—¿Y eso qué es?

—Te llamo luego —le dije a Madame.

—Una última cosa, Clare. He preguntado por Graydon Faas, tal y como me pediste, y no tienes de qué preocuparte. La familia Faas es copropietaria de la empresa farmacéutica Taber-Faas. Son multimillonarios, querida.

—Vale, tengo que colgar —dije, y cerré el teléfono.

A decir verdad, me importaba un comino si los Faas eran multimillonarios o multibillonarios. El hecho de que la familia de Graydon fuera rica no decía nada acerca del carácter del chico, ni tampoco explicaba por qué estaba trabajando durante el verano como camarero, un empleo modesto, en un restaurante de East Hampton. Pero no tuve tiempo de tratar ese asunto con Madame, ya que tenía encima al zumbado de mi gerente en El Cafetín.

En ese momento, Papas manoseaba las fotos de Jim Rand. Despacio, me puse de pie.

—Jacques, lo que estoy haciendo no es asunto suyo.

Pareció entrarle por un oído y salirle por el otro. Siguió pasando fotos con total grosería.

—Estas fotos… son de la fiesta de David.

—Son asunto mío —dije por fin mientras las recogía.

Jacques entornó los ojillos negros y brillantes.

—¿Qué clase de asunto?

—Si quiere saberlo, estoy llevando a cabo una pequeña…, eh…, una pequeña investigación.

—¡Una investigación! —chilló Papas. Al principio pareció horrorizado y, después, preocupado—. Una investigación sobre…

¿Sobre qué, exactamente? ¿A qué se refiere?

—Están pasando algunas cosas un tanto sospechosas en torno a David, a eso me refiero. Como amiga suya, no pienso permitir que nadie le haga daño.

—No entiendo —balbució Papas—. Usted no es más que una barista con ínfulas. ¿Quién se cree?

—Baje el tono, Jacques. No hace falta insultar. Y, si no le importa, estoy en mi rato de descanso…

Papas se dio un golpecito en el reloj.

—Su rato de descanso terminó hace cinco minutos, señora Cosi. ¿Y sabe lo que creo?

—No, pero estoy segura de que me lo va a decir.

—Creo que tiene usted un problema de actitud, igual que lo tenía la chica esa, López. Pienso informar de ello a David Mintzer. Ahora, póngase en marcha. ¡El turno de la cena ya ha empezado y queda mucho por hacer!

CAPÍTULO DIECINUEVE

La noche del sábado siempre era la más ajetreada en El Cafetín. El local se llenaba de gente menor de cuarenta años que se atiborraba de cafeína antes de seguir de fiesta hasta altas horas de la madrugada. Papas aún tenía que contratar a alguien que sustituyera a Prin y yo seguía hasta arriba sirviendo mesas y ocupándome de los cafés.

Cuando llegó mi siguiente descanso, a eso de las ocho, no quise correr el riesgo de que Papas me montara otra escena. Crucé la cocina y salí por la puerta trasera, me monté en el coche, que estaba en el aparcamiento, y cerré el pestillo. Solo entonces llamé por teléfono.

—Al habla O'Rourke.

—Hola, detective, soy Clare Cosi otra vez.

Su suspiro de descontento fue difícil de obviar.

—Sí, señora Cosi. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Siento molestarlo, detective, pero tengo más información. ¿Sabía que Marjorie Bright es una gran tiradora? Es campeona de tiro al plato.

—No, no lo sabía. Pero ahora lo sé.

—Entiende por qué se lo digo, ¿verdad? Esa mujer sabe disparar rifles y dar en el blanco. También tengo una prueba fotográfica de que esa noche no solo cruzó la propiedad de David, sino que también estuvo merodeando por allí durante la fiesta, escondiéndose

no sé por qué para que nadie la viera. ¿No cree que esos dos detalles la convierten en una posible sospechosa?

—¿Tenía algún motivo para matar a Treat Mazzelli?

—No, pero sí para matar a David Mintzer.

—Señora, David Mintzer no fue quien murió asesinado la noche del Cuatro de Julio, como bien sabe, ya que el cuerpo lo encontró usted. Ahora, le agradezco su información, pero tenemos algunas pistas sólidas en nuestra investigación que no tienen nada que ver con la señora Bright.

—Se trata de Jim Rand, ¿verdad? ¿Lo han detenido?

Se produjo una pausa y sonó otro suspiro cansado.

—Señora Cosi, interrogamos al señor Rand, pero tiene una coartada. No pudo disparar a Treat Mazzelli la noche del Cuatro de Julio, de manera que ni lo tenemos detenido ni es sospechoso.

—¿Qué coartada le ha ofrecido Rand?

—No puedo decir nada más, señora.

—Espere, pero…

—Señora Cosi, tendré en cuenta la información que me ha facilitado sobre la señora Bright, pero debo pedirle que deje de investigar este crimen por su cuenta. Y si infringe alguna ley por no hacerme caso, me aseguraré de que caiga sobre usted todo el peso de la justicia. Creo que me ha entendido.

—Lo he entendido —apreté los dientes, ofuscada—. Buenas noches, detective.

—Sin resentimientos, señora Cosi. Buenas noches.

Colgué y de repente me sentí enfadada y estúpida a la vez. Yo solo quería detener a un asesino… ¡y me acusaban de saltarme la ley!

—Joy, ¿puedo hablar un momento contigo? —pregunté después de volver del aparcamiento.

Mi hija estaba hablando con Graydon Faas y Colleen O’Brien junto a la zona de preparación de postres. Le hice una señal para

que viniera conmigo a la puerta de atrás.

—Salgo a las once —le dije—, pero sé que tú te quedas hasta el cierre.

—Sí. ¿Y?

—Pensaba volver directamente a casa de David, pero tengo que ocuparme antes de unos asuntos.

—¿A las once de la noche? ¿Qué asuntos son esos?

—Nada del otro mundo, cariño. Solo quiero que estés disponible si necesito llamarte por teléfono, así que mantenlo encendido. Y dime qué vas a hacer y dónde vas a estar, ¿vale?

—Graydon y yo vamos a salir un rato, pero queremos ir a hacer surf por la mañana, así que no volveré muy tarde. Si cambio de planes, te aviso.

—¿Tienes anticonceptivos? —susurré.

Joy puso los ojos en blanco.

—Sí, mamá. Si los necesito, los usaré. ¡No te preocupes tanto!

Unas horas más tarde, a las doce menos cuarto de la noche, estaba sentada detrás del volante de mi Honda en el aparcamiento del puerto deportivo Monroe.

La llamada a O'Rourke no había frustrado mis planes, más bien me había enfurecido. Y, de acuerdo, puede que esa rabia me hubiera nublado un poco el entendimiento. Seguro que Matt lo habría definido así. Pero, en ese momento, no actuaba por impulso. Estaba calmada, serena e intentaba pensar con toda la lógica de la que era capaz.

Para el detective O'Rourke, Rand tenía una coartada sólida para la noche del asesinato de Treat. Pero mi fe en la capacidad de O'Rourke para atrapar al asesino era tan elevada como mi confianza en Rand, es decir, nula. En consecuencia, no podía quitarme de la cabeza la invitación de Jim Rand.

«Esta noche a las doce… Ven conmigo… Cuando veas con tus propios ojos que te digo la verdad, me borrarás de tu lista de

sospechosos y te daré las fotos que quieras».

—O me tirarás por la borda —murmuré al recordar mi primera reacción a su propuesta.

Salí del coche y cerré de un portazo. Con los nervios de punta, recorrí uno de los muchos muelles del puerto deportivo en dirección al Corre Conejo. El barco seguía en su sitio y estaba completamente a oscuras. No había ni rastro de Jim Rand. De hecho, no había ni rastro de nadie.

—Me cago en ti, Rand —murmuré.

Era obvio que me había tomado el pelo con su invitación.

Qué tonta soy. Me ha engañado.

—Disculpe, señora, ¿puedo ayudarla en algo?

Me di la vuelta y vi que un joven se acercaba a mí por el muelle. Tenía el pelo corto y castaño, el rostro aniñado y una expresión muy seria, y llevaba una cazadora azul con las palabras Seguridad Puerto Deportivo Monroe bordadas en la parte delantera. Como la cazadora estaba abierta, distinguí una tarjeta identificativa enganchada en el bolsillo de su camisa. Debajo de su foto, aparecía un nombre.

—T. Gurt —leí en voz alta.

—Así me llamo, señora. ¿Qué hace aquí?

—Ah, se supone que había quedado con una persona, pero está claro que me ha dejado plantada.

—Vaya, lo siento. ¿Puedo ayudarla a pedir un taxi?

—No, no. Tengo el coche en el aparcamiento. Ya me iba.

—De acuerdo, señora, buenas noches —me dijo antes de empezar a volver por el muelle.

—¡Espera! —grité.

El joven se dio la vuelta.

—¿Sí, señora?

—Por casualidad no serás el sobrino de Alberta, ¿verdad?

El chico asintió.

—Sí, señora, Alberta Gurt.

—La conozco. Es una mujer muy agradable. Entonces tú debes de ser Thomas.

—Exacto.

—Me dijo que trabajabas en una empresa de seguridad aquí, en Hampton Bays.

—Así es, estoy aquí durante el día. —Miró el reloj—. A medianoche me marcho a otro trabajo. Siento cortarla, señora, pero es el cambio de turno.

—Claro. Encantada de conocerte.

—Lo mismo digo.

Mientras el chico volvía a la oficina, recordé lo que Alberta me había contado sobre los problemas de juventud de Thomas, que luego se resolvieron cuando se alistó en el ejército. Con todos esos «Sí, señora», le pegaba mucho haber sido soldado.

No se me olvidaban las sospechas que recaían sobre Alberta. Tenía motivos para matar a David y estaba claro que Thomas se sentía cómodo con las armas de fuego. Aun así…, aquel rostro tan infantil me había resultado demasiado sincero.

«Hay asesinos de todo tipo, Clare. De todas las formas y tamaños».

Recordé las palabras de Mike Quinn. Sabía que una buena impresión momentánea no debía convencerme de nada. A fin de cuentas, no podía descartar a nadie como sospechoso. Lo cual me llevó de nuevo a la razón por la que había acudido a ese puerto deportivo.

Mientras volvía por el muelle hacia el aparcamiento, miré el reloj. Eran las doce en punto. Si Jim Rand me había engañado, supuse que también habría engañado a las autoridades y se habría inventado alguna coartada falsa para despistar a la policía. Pero no pensaba darme por vencida con la misma facilidad que O'Rourke.

Resolví que yo misma lo interrogaría. Si decía la verdad, quería oírla en persona, quería decidir si lo creía o no. Pero si lo que pretendía era proteger a quien lo había contratado, averiguaría el nombre de esa persona.

Decidí acercarme a la casa de Rand en Bridgehampton y, si no lo encontraba allí, esperar hasta que apareciera. *Pero lo único que no*

haré, me dije mientras abría la puerta del coche, *es perder la oportunidad de atraparlo*.

—¿Tan pronto te das por vencida?

Me di la vuelta y vi a Jim Rand a menos de un metro de distancia, con los brazos cruzados en actitud despreocupada y con una seguridad en sí mismo, palpable en su postura y su expresión, que rozaba la arrogancia. Se había arreglado para nuestro encuentro. Venía afeitado y había cambiado la camiseta de buceo por una camisa verde claro. Sus vaqueros azules parecían nuevos.

Por un momento, pensé que no me saldría la voz. Se había acercado a mí por detrás como una sombra silenciosa en el oscuro aparcamiento. No sé cómo conseguí mantener el tipo para decir:

—Claro, es verdad, fuiste miembro del cuerpo de operaciones especiales de la Marina.

—No te habré asustado…

—¿Es lo que pretendías?

—No. Pero no habría estado mal pagarte con la misma moneda. Porque tú si pretendías asustarme a mí, ¿verdad?

—¿Cuándo?

—¿Cuándo crees tú, Clare? Cuando mandaste a la policía del condado de Suffolk a mi casa.

Tragué saliva con inquietud. No esperaba tener que ponerme a la defensiva.

—No me quedaba más remedio. Tendrías que haberlo supuesto.

—Por eso me sorprende tanto verte aquí. Ya estaba convencido de que me habías engañado.

—Qué gracia, porque yo estaba convencida de que eras tú quien me había engañado a mí.

Sonrió.

—Supongo que pensamos de forma parecida, tú y yo.

—Entonces, ¿vas a llevarme por ahí?

Me hizo un gesto para que lo siguiera. Nos acercamos a la hilera de muelles, pero no enfilamos el que yo pensaba, sino que señaló un barco iluminado al otro lado del puerto.

—Ese no es el Corre Conejo —comenté mientras nos acercábamos al amarradero.

—Nunca alquilo el mismo barco dos noches seguidas.

—¿Y eso?

Se encogió de hombros.

—Para desviar la atención.

Por fin subimos a bordo del barco de esa noche, el Conejo Es Rico, y partimos. Este también tenía unos diez metros de eslora, pero, a diferencia del Corre Conejo, la rueda de cabillas quedaba al descubierto. Hacía una noche agradable, cálida y despejada, y se percibía un intenso olor a mar mientras salíamos despacio del puerto deportivo y aumentábamos la velocidad al llegar a aguas abiertas.

—Qué noche tan buena. —Tuve que decirlo en voz alta, por encima del sonido del fuerte viento, pero sabía que era importante entablar una conversación. La que fuera. Como Quinn me dijo una vez: «La mejor manera de que un sospechoso hable es hacerlo hablar».

Por desgracia, Rand no respondió a mi apasionante boletín meteorológico. Lo intenté con otro tema.

—¿Sabes que *Corre, Conejo* y *Conejo es rico* son títulos de novelas?

—Sí, lo sé —dijo Rand—. De Updike.

—¿Has leído las novelas de Conejo de John Updike?

—¿Te parezco el tipo de tío que lee novelas sobre la angustia suburbana?

—Pues…

—No te esfuerces. Leo ensayo. Sobre todo de historia geopolítica.

—¿Y quién es el fan de Updike?

—Byron Baxter Monroe, el propietario del puerto deportivo, que fue profesor universitario. Todos sus barcos de alquiler tienen nombres de novelas o relatos de Updike.

—¿Lo conoces mucho?

—Es bipolar y sufre depresión leve, pero lo remedia con lo que él denomina «automedicación», por lo general a base de alcohol. Le

gusta sentarse en la barra y pontificar sobre la vacuidad de la existencia suburbana de la clase media-alta convencional, en general, y sobre Updike, en particular. ¿Por qué lo sé? Porque, mientras él paga, yo lo escucho.

—¿Tú también te automedicas? ¿Con alcohol?

—Me tomo una cerveza de vez en cuando, pero lo que me impulsa es el riesgo. Soy adicto a la adrenalina. Como tú.

—¿Como yo?

—¿No te acuerdas de lo que me dijiste esta mañana? Sacas el valor tomando entre ocho y diez cafés al día. Tu droga es la cafeína, ¿no?

Me puse tensa.

—Una droga legal.

—Y lo que hacías esta mañana en mi casa de alquiler, ¿también era legal?

Mierda.

—¿Sabes, Clare? Podría habérselo contado a la policía.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Porque… —Sonrió—. Sabía que, si te detenían, no acudirías a nuestra cita.

Cita. Dios. ¿Eso ha sido un comentario sarcástico? ¿O me toma el pelo otra vez?

Lo observé durante unos minutos mientras conducía el barco. Navegábamos en paralelo a la orilla. Las luces tenues de las mansiones de los Hamptons se veían a la izquierda, lo cual significaba que nos alejábamos de Manhattan hacia el extremo de Long Island. A poco que avanzáramos, dejaríamos atrás la tierra firme para adentrarnos en mar abierto.

—Vamos hacia el este, ¿no? —pregunté tratando de no mostrar nerviosismo en la voz.

—Al nordeste. —Le dio un golpecito a la brújula, uno de los numerosos instrumentos del abrumador despliegue que teníamos delante. Había un sonar, un GPS y un montón de aparatos más que supuse que tendrían que ver con las comunicaciones y la

meteorología.

—Al nordeste —repetí—. Y el depósito de gasolina va lleno. Es lo único que identifico en el cuadro de mandos, además de la rueda del timón.

Jim sonrió con satisfacción.

—Tú eres más de navegar en punto muerto, ¿no? O, a juzgar por dónde te metes, más de muertos, a secas.

No sabía si era un chiste malo o una amenaza, pero me decanté por lo segundo.

—No me amenaces, Rand. Hay diez personas que saben que estoy contigo ahora mismo.

No dijo nada. Siguió navegando durante varios minutos y de pronto paró el motor. Se redujo la velocidad; notaba las olas que, al golpear el barco, lo balanceaban con suavidad.

¿Ya está? Me planteé si Rand me tiraría por la borda en ese momento.

—No tengo intención de amenazarte —dijo en voz baja.

Entonces el exmarine miró al frente, hacia las aguas oscuras, como si reflexionara sobre algo. Se frotó el mentón recién afeitado. Desprendía un leve aroma a cítricos y jabón. En ese momento, sin la barba incipiente, reparé en que tenía un mentón espléndido, anguloso, como esculpido en mármol. Veinte años antes, me habría muerto por dibujarlo.

De repente se volvió hacia mí y me pilló mirándolo.

—¿Estás lista para verme trabajar? —preguntó.

—¿Tiene que ver con armas de fuego?

—Habrá disparos, Clare, pero no de armas.

En el camarote de abajo, Rand se cambió los vaqueros y la camisa por un neopreno negro. Llevaba un equipo fotográfico impresionante, resistente al agua y provisto de un objetivo increíble. Me dolía reconocerlo, pero su cuerpo resultaba aún más impresionante: el traje de neopreno le quedaba como un guante y destacaba cada uno de sus músculos.

Es oficial: este hombre es una estatua griega.

—Toma. Esto es para ti —dijo mientras me pasaba el periódico del día anterior. Era una publicación popular que se leía profusamente en esa parte de Long Island.

—¿Qué es esto?

—Primera página. Lee el crédito de la foto.

En la portada aparecía una imagen espectacular de unos fuegos artificiales por encima del Bay Bar, en Southampton. Recogía todas las cosas maravillosas del Cuatro de Julio en los Hamptons: yates preciosos atracados junto al famoso antro y varias parejas atractivas abrazadas viendo la explosión de color por encima de ellas. Debajo, se leía el nombre del fotógrafo: Jim Rand.

—Menuda foto. ¿Cómo la sacaste?

—Desde el mar. Desde dentro del agua, para ser exactos. Pero la pregunta que deberías hacerme, detective, es cuándo la saqué. Mira la fecha del periódico.

—Ya veo. Hiciste la foto durante el Cuatro de Julio. Y la publicaron el día 5.

—Como ves, estaba en Southampton a la hora de los fuegos artificiales, justo enfrente del Bay Bar. ¿Me sigues?

Asentí mientras comprendía lo que me estaba mostrando.

—Es tu coartada. La policía sabe la hora de la muerte de Treat Mazzelli y a esa hora no estabas cerca de la mansión de David Mintzer.

—Exacto, Clare. Ya te lo dije. Todas las fotos de casa de Mintzer son de antes de la puesta de sol. Por eso te las di. ¿Me crees ahora? ¿O quieres ver la totalidad de las imágenes digitales que tomé en Southampton? Solo son unas cien imágenes, desde el principio hasta el final, las que me sitúan allí.

—Tienes que entender que alguien intenta hacerle daño a mi amigo.

—Y lo entiendo. Pero yo no soy tu hombre… —Sonrió y arqueó una ceja—. Al menos, en lo que respecta a tu investigación criminal.

Era difícil no darse cuenta del coqueteo. Mi reacción fue instintiva, pero la desdeñé.

—¿Te preguntó la policía si viste algo sospechoso esa noche, mientras estabas en la playa de David?

—Sí, claro. Y siento decirte que no vi nada. Oye… Seguiremos hablando cuando vuelva, ¿te parece? No quería marcharme del barco y descubrir más tarde que te habías acojonado, te habías largado navegando y me habías dejado tirado en mitad del Atlántico.

No pude evitar echarme a reír.

—¿Sabes?, me había imaginado la misma escena, solo que al revés. Estaba casi convencida de que me ibas a lanzar por la borda.

—Qué bonita es la confianza, ¿verdad?

Jolín, Rand, no hagas que me gustes.

El exmarine reunió el resto del equipo, una bombona de oxígeno y las gafas de bucear. Se puso un reloj de buceo alucinante y a continuación me pasó un par de prismáticos y señaló hacia el litoral.

Examiné la orilla. Había cinco mansiones iluminadas. En una de ellas se celebraba una gran fiesta junto a la playa.

—Supongo que tu destino es esa fiesta…

—Supones bien.

Lo vi saltar por la popa y me recorrió un escalofrío al verlo desaparecer entre las lóbregas olas. Aunque la luz de la luna derramaba un matiz plateado sobre la superficie del mar, Jim Rand había desaparecido por completo bajo aquel cristal negro.

Observé con paciencia a través de los prismáticos a la espera de que volviera a emerger. Por fin, lo divisé en la playa. Ni siquiera lo había visto salir del agua.

Las sombras lo tornaban invisible. Después, se camufló entre los setos y matorrales. Permaneció allí más de cuarenta minutos. Los invitados de la fiesta salían y entraban a la mansión sin verlo en ningún momento, sin sospechar nada. Las parejas y los grupos de gente entraban en su encuadre sin darse cuenta y volvían a salir. Por fin, se movió. Con mucho sigilo, regresó al agua. Al cabo de un momento, ya estaba en el barco otra vez.

—Veo que sigues aquí —bromeó después de quitarse las gafas y la boquilla del oxígeno.

—Sigo aquí porque no me queda otra.

—¿Ya confías en mí?

—No sé encender el motor de este trasto.

Jim sonrió.

—Deja que me cambie y te daré una clase.

Diez minutos más tarde, estaba de nuevo arriba.

—¿Quieres ver mis fotos? Han salido fantásticas.

—¿Ya las tienes?

—Es un equipo digital. Baja conmigo.

En el camarote, Jim había instalado un ordenador portátil y una impresora sobre una mesa atornillada al suelo. En la pantalla había miniaturas de las imágenes que acababa de tomar. Hizo que me sentara en una tumbona plegable y acto seguido se inclinó sobre mi hombro para mostrarme algunos de los resultados.

Sacudí la cabeza con estupor. Jim se dio cuenta.

—¿La tecnología te supera o qué?

—No, lo que me supera es ver la cantidad de fiestas a las que asiste Keith Judd en una franja de tierra tan pequeñita.

—¿Keith Judd? Ah, sí, aparece aquí en segundo plano, rodeado de jóvenes guapas con pinta de menores de edad, como siempre. En esa foto mi objetivo no era él. Mira… Este es Radio Brenner, la estrella de béisbol. Y la chica a la que abraza es Gina Sánchez, la diva del pop. Comenzaron su relación en marzo, pero este verano nadie ha conseguido una foto de los dos juntos. Ahora, mi cliente sí.

—Entiendo.

Rand notó frialdad en mi voz y apartó la vista de la pantalla del ordenador para mirarme a mí.

—Lo entiendes, pero no lo apruebas.

—No soy quién para aprobarlo o desaprobarlo. Es tu trabajo…

—¿Pero?

—¿Por qué no te limitas a hacer fotos como las del Bay Bar? ¿Por qué no haces solo cosas legales?

—Hago cosas legales. Y Kenny, mi compañero, también. Incluso toma fotos de accidentes para la policía. Te sorprendería ver cuántas

colisiones se producen a lo largo de la temporada.

—Después de haber conducido durante todo el verano por esta zona junto a la élite desplazada e impaciente de Manhattan, no, no me sorprende en absoluto.

—Bueno, pues esos trabajos están muy mal remunerados. Y quiero tener un barco propio cuando acabe el verano. Quiero ganar dinero suficiente para jubilarme antes de ser demasiado viejo y estar demasiado cansado para bucear. La vida es corta, Clare. Lo he vivido en mis carnes, te lo aseguro. —Se encogió de hombros—. Hay que aprovechar al máximo mientras se pueda.

—Ya te he dicho que es asunto tuyo. Lo único…, que me parece espantoso invadir la intimidad de la gente.

—Ah, ¿sí? O sea, como cuando invadiste mi intimidad esta mañana, ¿no?

No se equivocaba. Yo justificaba ese allanamiento de morada porque se debía a una buena causa, pero no dejaba de ser una invasión de su privacidad. Y un delito.

Jim se levantó y, al estirarse, casi rozó el techo del camarote con la cabeza.

—Clare, no sabes los sitios donde he estado, las cosas que he visto, la pobreza, el sufrimiento… Joder. Si lo peor que les puede pasar a esos ricachones es que aparezca una foto robada suya en una revista, diría que aun así son los más afortunados en la lotería global. ¿Quieres beber algo?

Asentí, para mi propia sorpresa. De pronto necesitaba algo que me calmara los nervios y que atenuara la sensación de culpa por ser una fisgona. Y, a juzgar por la cara de Jim Rand, él también lo necesitaba.

Se acercó al frigorífico de la cocina, sacó dos botellas de cerveza y las abrió. Me pasó una, volvimos arriba y se sentó en un banco acolchado cerca de la popa. Yo me quedé de pie junto a la barandilla. Ambos bebimos en silencio durante unos minutos mientras las olas golpeaban el casco y el barco se mecía sobre el agua oscura.

—¿Y por qué dejaste el cuerpo de operaciones especiales de la Marina? —pregunté—. ¿Por edad?

—Una lesión. Sucedió durante… un ejercicio de entrenamiento.

—Uf, vaya, qué mala suerte. Y encima ni siquiera fue durante una misión secreta o algo por el estilo. —Jim se echó a reír—. ¿Dónde está la gracia?

—Clare, no nos permiten decir que nos hemos lesionado en nada que no sea un «ejercicio de entrenamiento».

—Ah, ¿no? ¡Ah! Ya entiendo. Perdona… ¿Y cuál fue la lesión exactamente?

—Enfermedad por descompresión. Lo que llaman el mal del buzo. Me dañé el oído interno y las articulaciones. Si desciendo a más profundidad de la del buceo recreativo, o sea, unos treinta metros, es probable que sufra daños graves en los huesos.

—Y en este trabajo de ahora, no bajas a más de…

—Seis metros como mucho. En el Caribe, en invierno, bajo algo más. Quince metros, lo máximo.

—Ajá.

Me senté junto a él en el banco acolchado. Tenía el pelo oscuro y alborotado, como siempre, pero ahora lo llevaba mojado y peinado hacia atrás, y le había humedecido el cuello de la camisa verde. La piel aún le oía a cítricos y a jabón, que se mezclaban con el ligero aroma salino del mar abierto. Me gustaba. No quería que me gustara, pero me gustaba.

Seguimos bebiendo nuestras cervezas mientras observábamos el reflejo de la luna en el agua. Al menos, eso es lo que pensé que él hacía. Sin embargo, cuando levanté la vista, a quien miraba era a mí.

Una ráfaga repentina de viento me revolvió el pelo sobre la cara. Los ojos marrones de Jim parecían líquidos. Durante unos minutos largos y silenciosos, no se movió.

Fue entonces cuando me di cuenta de que estar tan cerca de Jim Rand era como estar al lado de un relámpago. Casi sentía su energía acumulada, el fuego que ardía bajo la superficie. En ese momento

no se molestaba en ocultar nada. Vi lo que deseaba y, si en ese momento me hubiera rozado, habría sido el fin. Me habría derretido como chocolate en un horno a doscientos sesenta grados. Por eso me levanté antes de que él tuviera oportunidad de…

—Jim, necesito que me ayudes.

—¿Necesitas que te ayude?

—David está en peligro y tengo que averiguar quién quiere hacerle daño.

Jim apartó la mirada y tomó un largo trago de cerveza.

—¿Necesitas que te ayude?

—Eso he dicho.

Se volvió hacia mí y me miró a los ojos.

—¿Me lo agradecerás?

—Sí.

Arqueó una ceja.

—¿Cómo?

—Depende.

—¿De qué depende?

—De si pillamos al asesino.

Lentamente, se formó una sonrisa en su cara.

—Cuenta con ello.

Con silenciosa paciencia, Jim oyó todas mis teorías y sospechas. Sugirió que bajáramos para echar un ojo a su ordenador, por si obteníamos alguna información adicional al ampliar las fotos. Su idea era localizar a David en todas las instantáneas y analizar lo que ocurría a su alrededor en cada momento.

En la carpeta había unas setenta imágenes. En las veintidós primeras no encontramos nada sospechoso. Sin embargo, en la vigésimo tercera, vi algo que me puso la carne de gallina.

En primer plano aparecía riendo una actriz de cine joven y guapa. Pero, en segundo plano, algo me llamó la atención.

—¿Puedes ampliar a David en esta foto para que se vea más

grande?

—Claro. —Jim movió el puntero y pulsó—. ¿Qué has visto, Clare?

—David está hablando con el gerente de su restaurante, Jacques Papas. Y mira lo que hace Jacques.

—Parece que le está ofreciendo a David su copa para que la pruebe.

—Pasa a la siguiente foto. —Había otra imagen de la actriz varios segundos más tarde—. Vuelve a ampliar a David. ¡Ostras! David le está devolviendo la bebida. Jacques le dio a probar su copa a David y luego la recuperó.

—¿Y qué?

—Pues que alguien le suministró a David una pequeña dosis de glutamato monosódico sin que él se diera cuenta. Y creo que justo eso es lo que estamos contemplando en las fotos.

—¿Crees que Papas intentó matar a David?

—Creo que Papas tenía motivos para matarlo. Y creo que lo que vemos aquí es la trampa que le tienden a David para provocarle el dolor de cabeza que lo mandó a su habitación, donde se suponía que recibiría el disparo.

—Te sigo. Pero ¿qué motivos tiene Papas?

—Desfalco. Y creo que puedo demostrarlo. Aunque el detective O'Rourke no se crea lo del glutamato en la bebida, sé que aceptará un libro de cuentas donde se demuestra que tiene un plan para robar dinero de El Cafetín y de David Mintzer. Y sé que Papas guarda ese libro con llave en el cajón de su despacho.

Jim Rand se apoyó en el respaldo y me clavó la mirada.

—¿Y cómo vas a conseguir ese libro?

Me crucé de brazos y me di un golpecito en la barbilla mientras pensaba.

—Cuando estabas en el cuerpo de operaciones especiales de la Marina, ¿tenías que colarte en sitios sin que nadie te viera?

—Sí, Clare.

—¿Y sabes forzar cerraduras?

—Sí, Clare.

—Entonces, señor Rand, la pregunta no es cómo voy a conseguir el libro, sino cómo vamos a conseguirlo.

—Estás empeñada en meterme en tus rollos ilegales, ¿verdad, Cosi?

—Tiene guasa que seas tú quien lo diga.

Jim se echó a reír.

—Pero acuérdate de una cosa.

—¿De qué?

—Me has prometido que, si te ayudaba a atrapar al asesino, me lo agradecerías.

—Vayamos por partes, Rand. Vayamos por partes.

CAPÍTULO VEINTE

Conduje de vuelta a El Cafetín en mi coche sin perder de vista las luces de la Harley de Jim por el espejo retrovisor. Cuando llegamos al restaurante eran casi las tres de la mañana. El local estaba a oscuras y no había un alma, y el aparcamiento estaba desierto. Mientras me bajaba del coche, Jim se acercó a mi lado y apagó el motor de la moto.

Juntos, recorrimos el camino oscuro que llevaba al restaurante. Por el cristal de la puerta delantera, vi la lucecita roja del panel de control de la alarma, que advertía a los intrusos de que el sistema estaba activado.

Jim, con las manos en los vaqueros, se apoyó en el marco de la puerta.

—Entonces, ¿quieres que fuerce esta cerradura?

Sacudí la cabeza.

—Tengo la llave. La cerradura que quiero que fuerces está dentro. De todos modos, hay un sistema de alarma. Aunque cruzaras la puerta, necesitarías teclear una clave que no conoces.

—Las alarmas nunca han sido un problema para mí.

—Qué fanfarrón.

Introduje la llave en la cerradura y la giré. Después de abrir la puerta, tenía diez segundos para teclear el código de seguridad antes de que saltara la alarma, tanto allí como en la comisaría de policía. Tecleé el código. Un solo pitido y la lucecita pasó del rojo al

verde.

—Todo despejado —dije mientras volvía la cabeza.

Nada más entrar en el comedor, comprendí que pasaba algo raro. Al principio el aire parecía denso y pesado, pero después detecté un olor familiar. Jim venía detrás de mí y me agarró del hombro. Él también lo había olido.

—Gas —dijimos a la vez.

—¡Las llamas piloto de la caldera han debido de apagarse! —chillé—. Tenemos que arreglarlo…

Quise avanzar deprisa, pero no di más de dos pasos cuando Jim, que aún tenía la mano sobre mi hombro, tiró de mí.

—Clare, no. Tenemos que largarnos de aquí.

—No, espera.

Traté de forcejear, pero en apenas unos segundos me sentí aturdida y mareada. Parpadeé, pero vi estrellas y noté que me fallaban las rodillas. Jim me levantó en brazos y me sacó del restaurante. Jadeante, me tumbó sobre el capó de mi coche, y noté el calor del motor en la espalda. Tosí y traté de respirar, no sin dificultad.

—¡No podemos dejar que este sitio vuele por los aires! —grité con la voz entrecortada—. No podemos.

Jim se apartó del capó y se volvió hacia el restaurante. Reparé en que la puerta se había quedado abierta. Y entonces, antes de que me diera tiempo a reaccionar, se quitó la camisa.

—Jim, ¿qué…?

Se metió la mano en el bolsillo y me puso un móvil en la mano.

—Llama a emergencias.

Se colocó la camisa sobre la nariz y la boca, y se la ató detrás. Con la cabeza agachada, corrió hacia el restaurante.

Tecleé el número de teléfono y la llamada entró al instante. Informé de la fuga de gas, de la dirección y de que había alguien dentro del local.

Oí un ruido proveniente del interior del restaurante, las puertas francesas que se abrían y el sonido de un cristal al romperse. Aún

temblorosa, me levanté del capó y corrí hacia la entrada. La cabeza me palpitaba y los pies tardaban en cumplir las órdenes de mi cerebro.

Justo al llegar, vi que Jim salía de la cocina. Aún llevaba la camisa alrededor de la cara y sus andares parecían firmes. Entré para ayudarlo, pero se precipitó hacia mí.

—Sal de aquí, Clare. He cortado la fuga. —Aunque con la voz amortiguada por la tela, sus palabras eran claras.

—¿Estás bien?

—Joder, Clare, ¿se te olvida que estuve en operaciones especiales? Cualquier marine que se precie es capaz de aguantar la respiración durante tres minutos.

—¿Qué has visto? Se supone que la caldera tiene un sistema de seguridad. Si alguna de las llamas piloto se apaga, el gas se detiene de manera automática…

—El problema no ha sido ese. Los tubos estaban cortados.

—¡¿Qué?!

—Los tubos que van desde la llave principal hasta la caldera estaban sueltos y me ha dado la impresión de que los habían cortado. He tenido que cerrar la llave principal. De camino, he abierto las puertas francesas… Lo siento, pero he tenido que romper algunas. ¿Hay otras ventanas que den al exterior?

—Hay una ventana grande en la sala de descanso de los empleados.

—¿Qué puerta es?

—El gas ya se está disipando, Jim. Deja que yo me ocupe.

—De acuerdo, voy a fijar las puertas cortafuegos para dejarlas también abiertas.

Tomé una bocanada de aire fresco, corrí hacia la sala de descanso y abrí la puerta. Allí no olía tanto a gas; tal vez la puerta cerrada lo hubiera evitado, al menos en parte. Me dirigí hacia la ventana… y entonces grité.

Había un cuerpo sobre el sofá, una mujer vestida con vaqueros y blusa de flores. En el suelo había un par de sandalias. Sobre el cojín,

unos rizos castaños colgaban de una coleta medio deshecha. Agarré a la mujer por el hombro y le di la vuelta. La piel de Colleen O'Brien tenía un ligero tono azulado y las pecas de su naricilla se veían tan oscuras como la sangre contra una piel blanca y cadavérica.

Sacudí a la chica frenéticamente.

—¡Despierta! ¡Despierta!

Jim apareció a mi lado, me apartó y se inclinó sobre ella para pegar la oreja a su pecho.

—Respira…, aunque con dificultad. Tenemos que llevarla fuera.

Jim la levantó del sofá y se la echó al hombro. Solo necesitó un momento para cruzar el comedor y salir del restaurante. Tumbó a Colleen sobre el capó de mi coche, que esa noche tenía más rotación que una camilla de hospital.

—¿La conoces?

—¡Sí! Trabaja para David.

—¿Crees que pretendía suicidarse?

Puse cara de sorpresa.

—No… No lo sé.

Recordé lo angustiada que estaba la noche en que dispararon a Treat y caí en la cuenta de que cabía esa posibilidad.

Jim le revisó la boca y la garganta en busca de objetos extraños y, a continuación, comenzó a practicarle la reanimación cardiopulmonar. No había pasado ni un minuto cuando Colleen abrió los ojos. Nada más incorporarse, comenzó a tener arcadas.

Jim me miró.

—Se pondrá bien cuando se le vacíe el estómago.

Le sujeté el pelo mientras vomitaba sobre mi coche… Justicia divina, después de lo sucedido en el asiento de atrás del Mercedes de Breanne. Pero no me importó. Era todo un alivio que estuviera viva.

—Jim, ¿por qué me has preguntado lo del suicidio? —susurré.

—Alguien cortó los tubos del gas, Clare. O ha sido un intento de suicidio o ha sido un acto vandálico.

Colleen levantó la cabeza.

—¿Qué ha pasado?

—Ha habido una fuga de gas —mentí—. ¿Por qué estabas en el restaurante?

—Bueno, la verdad es que… hace días que duermo allí —respondió Colleen—. Pero no se lo digáis a nadie.

Jim resopló.

—Creo ya es demasiado tarde.

Lo hice callar de un codazo.

—Colleen, ¿por qué hace días que duermes ahí?

Intentó levantarse. Le puse la mano en el hombro.

—Quédate quieta —ordené mientras me preguntaba dónde narices estarían los bomberos. Aún no se oían sirenas—. Cuéntame por qué duermes en el restaurante, Colleen.

—Los cabrones que gestionan la casa compartida donde me alojaba subieron la tarifa a mitad de temporada sin avisar —confesó —. Me enfadé. No quería darles hasta el último centavo de mi sueldo, pero tampoco quería perder el trabajo, así que decidí terminar el verano durmiendo en el sofá de la sala de descanso.

La miré sin terminar de comprender.

—¿Y cómo te las has apañado?

—Ah, ha sido fácil. Me escondía en el baño hasta que Jacques o quien fuera cerrara el local por la noche y luego, por la mañana, me volvía a esconder antes de que llegara el chef para que nadie me viera. Jacques estuvo a punto de pillarme un par de veces. Por ejemplo, la otra noche, cuando fue a la fiesta de Bom Felloes. En esas ocasiones tenía que largarme.

Oí un único pitido en la autopista. Unas luces color escarlata iluminaron los árboles. Los bomberos estaban en camino, sin sirenas. Solo entonces comprendí que venían en silencio para no molestar a los adinerados residentes de esa comunidad tan exclusiva. Jim miró hacia la carretera y se puso la camisa mientras esperaba la llegada de las autoridades.

—Colleen, escúchame —dije—. Esto es importante. ¿Quién cerró anoche?

—Jacques. Pensé que no se iba. Se quedó en su despacho hasta muy tarde, pero por fin oí que echaba la llave. Por la ventana de la sala de descanso vi que se alejaba en su coche, serían las dos y media o así. A esa hora, me fui a dormir.

El camión de bomberos entró en el aparcamiento con las luces parpadeantes encendidas. Un coche de policía y una ambulancia aparecieron detrás. Se abrieron las puertas y salieron dos médicos que se acercaron a nosotros corriendo.

El jefe de brigada y algunos bomberos provistos de oxígeno acordonaron la zona y entraron en el restaurante. Mientras conducían a Colleen a la ambulancia, me acerqué al sargento de la policía para presentarme.

—No ha sido un accidente —le expliqué—. Los tubos del gas parecían estar cortados de forma deliberada y la última persona que tuvo acceso a ellos, según dice la chica a la que están atendiendo, fue el gerente del restaurante, Jacques Papas. Creo que intentaba sabotear el negocio para ocultar que le desfalcaba dinero al propietario, David Mintzer, y a algunos proveedores.

El sargento se movió con gesto incómodo.

—Esa es una acusación muy grave, señora.

—Lo sé —contesté—. Pero Colleen, la chica, dormía dentro del restaurante. Puede confirmar que Jacques fue el último en marcharse. Y yo he venido porque quería revisar el contenido de su libro de cuentas. Creo que los acuerdos a los que llegó con los proveedores no recibieron la aprobación del propietario y que, como resultado de dichos acuerdos, ha desfalcado dinero.

—Tendremos que tomarle declaración al respecto.

—Se la daré encantada —dije antes de dejar caer la bomba—. También creo que Jacques Papas ha tratado de matar a David. Creo que Papas pudo tener algo que ver con el asesinato que se produjo en casa de David Mintzer durante la fiesta del Cuatro de Julio.

El sargento tragó saliva. Era posible que el esclarecimiento de los delitos que yo acababa de detallarle sobrepasara el alcance de su sueldo.

—Espere aquí, señora Cosi —dijo el sargento—. Voy a llamar a la policía del condado de Suffolk. El detective Roy O'Rourke es quien se ocupa del caso.

Jim apareció a mi lado.

—¿Has resuelto el misterio? —preguntó.

—Eso espero.

—¿Crees que Jacques intentó hacer estallar el restaurante para ocultar su delito?

Asentí.

—Piénsalo bien. Al final de verano, un montón de proveedores esperan cobrar el resto de sus facturas junto con el diez por ciento adicional que Jacques les ha prometido. Si el restaurante hubiera volado por los aires, se habría generado suficiente caos como para que Papas escapara incólume, tomara un avión y volviera a Europa con la mitad de los pagos. A lo mejor esperaba que, llegado ese punto, David tirase la toalla y se declarara en bancarrota.

Jim se frotó el mentón mientras meditaba acerca de mis palabras.

—Pero ¿por qué preferiría hacerlo estallar ahora en vez de seguir con la estafa durante el resto de julio y agosto?

—Creo que yo tengo parte de culpa.

—¿Por qué?

—Cuando Prin se enteró del acuerdo fraudulento, Papas la despidió sin el conocimiento de David y yo empecé a sospechar. Papas era consciente de que yo tenía un contrato y no me podía echar con la misma facilidad que a Prin. Y también sabía que estuve husmeando con mucho interés el otro día en su despacho. Además, esta misma tarde me ha pillado hablando por teléfono mientras miraba las fotos de la fiesta de David que me diste. He tenido que admitir que estaba llevando a cabo una investigación. Papas se puso verde cuando se lo dije. Y hablando de verde… No me siento muy bien…

El mundo empezó a volverse borroso y me tambaleé.

—Uy, cuidado, Clare. —Jim me puso las manos en los hombros—.

Siéntate.

Me agaché junto al parachoques delantero de mi coche y me llevé una mano a la frente.

—Supongo que Jacques se asustó. Hice que se preocupara y que temiese que lo descubrieran. Y, por culpa de eso, una chica inocente ha estado a punto de morir.

—Ven aquí. —Jim tiró de mí y me quedé agarrada a él con la cabeza en su pecho y las manos aferradas a sus brazos musculosos.

—Me encuentro mal —murmuré—. El gas…

—No es el gas, Clare —dijo Jim—. Es la adrenalina, que al disiparse te provoca inestabilidad y desorientación. Mi antiguo jefe de los marines tenía un dicho que se cumple en el combate, y supongo que también en la vida.

—¿Qué dicho es? —pregunté sin fuerzas.

Jim se encogió de hombros.

—Después del subidón viene el bajón.

CAPÍTULO VEINTIUNO

A la mañana siguiente, salí de la cama a rastras con un regusto a gas aún en el paladar. Me puse una bata encima del pijama y bajé las escaleras con desgana hacia la cocina. Por el camino, pasé por delante de David, que, también en bata, hablaba por teléfono en el salón de *Otium cum Dignitate*. Estaba tan absorto en la conversación que apenas se fijó en mí.

Al igual que yo, David había pasado casi toda la noche levantado. Después de la fuga de gas, lo llamaron para que cerrara el local y los bomberos prohibieron el acceso hasta que la empresa de servicios públicos realizara las reparaciones pertinentes. Di por hecho que David se estaría ocupando de esas gestiones telefónicas.

Decidí que la falta colectiva de sueño requería medidas urgentes, así que agarré el bote de nuestra mezcla de desayuno cargada de cafeína.

Cuando el aroma terroso y almendrado empezó a impregnar la cocina soleada, David entró y se desplomó en una de las sillas, junto a la gran mesa, con un suspiro largo y dramático.

—Va a ser un infierno encontrar un nuevo gerente a mitad de temporada.

—Mejor estar sin gerente antes que tener a Jacques Papas —contesté.

David sacudió la cabeza.

—Y eso que me dieron muy buenas referencias de él.

—Lógico. Era eficiente, exigente y puntual. Era un buen gerente…, salvo en el detalle de que robaba dinero. ¿Por qué crees que lo hizo?

David suspiró.

—No lo ayudé. Supongo que tendría que haberlo hecho. Él quería volver a Grecia para abrir su propio restaurante. Me pidió que le prestara el dinero necesario al final del verano, pero no me interesaba financiar un restaurante en el extranjero.

—Y entonces decidió que, si no conseguía tu dinero de un modo, lo conseguiría de otro.

—Supongo. Ay, Clare, no quiero molestarte, sobre todo después de todo lo que has hecho por mí, pero, hasta que encuentre un nuevo gerente, me temo que voy a necesitar tu ayuda.

Asentí.

—Ya sabes que puedes contar conmigo.

—Me gustaría que te hicieras cargo del negocio y que regentaras El Cafetín a tiempo completo durante las próximas dos semanas, puede que un poco más, hasta que encuentre a alguien. Eso implicará muchas horas de trabajo y la renegociación de los acuerdos que estableció Papas con los proveedores. Pero te pagaré bien, Clare, tenlo por seguro.

—Por mí encantada, David. Estoy convencida de que Matt accederá a posponer su siguiente viaje y a ocuparse del Village Blend durante ese tiempo. Pero ¿y el chef Vogel? ¿Por qué no te planteas la posibilidad de que él se ocupe de la gestión antes de que yo asuma esa función?

David suspiró.

—El chef Vogel disfruta con la elaboración de los menús y, además, se le da muy bien. Sin embargo, detesta, y siempre me lo ha dejado bien claro, todo lo relacionado con nóminas, horarios de empleados, problemas de personal y servicio al cliente. Sería un pésimo gerente y, además, no se sentiría a gusto.

—De acuerdo. Entonces creo que acepto.

David juntó las manos en un aplauso silencioso.

—Menos mal. Venga, ¡vamos a tomar ese delicioso café!

Lo serví y nos sentamos juntos a la mesa para disfrutar de la cálida y necesaria cafeína.

—Dios mío, no puedo dejar de pensar en esa pobre chica —dijo David mientras sacudía la cabeza—. Colleen ha estado a punto de morir en mi restaurante. De verdad… De verdad te lo digo: no sé cómo agradecerte que le salvaras la vida. Y que salvaras el restaurante, por descontado. Pero lo cierto es que, si esa pobre chica hubiera muerto, ¡no me lo habría perdonado jamás!

—¿Y Treat? —repuse con serenidad—. Él también ha muerto.

—Sí —dijo Madame mientras entraba en la cocina—. El señor Mazzelli también era hijo de alguien, ¿sabes?

David asintió.

—Sí que lo era. Hijo de alguien y un confidente de la policía antidroga. Nada como dejar caer una bomba en el desayuno.

—¿Qué? —pregunté—. ¿Cómo lo sabes?

—Acabo de hablar por teléfono con el detective O'Rourke —dijo David—. Me ha dicho que la policía ha encontrado el arma homicida.

Se me revolvieron las tripas.

—¿Dónde?

—En el maletero del coche de un chico procedente de Manhattan. Lo arrestaron por tráfico de drogas en la madrugada del seis de julio. Las autoridades llevaron a cabo las pruebas de balística pertinentes y revisaron los antecedentes de Treat. El detective O'Rourke no me ha llamado hasta estar seguro.

—¿Seguro de qué? —pregunté.

—O'Rourke ha averiguado que Treat era un antiguo traficante de cocaína a quien detuvieron y juzgaron, aunque no se le llegó a imponer condena. Colaboraba con la Administración de Control de Drogas como confidente a cambio de inmunidad. —La noticia me dejó de piedra. No encajaba con ninguna de mis teorías—. El detective O'Rourke dice que los forenses han relacionado los casquillos encontrados en la playa y la bala de la cabeza de Treat con ese rifle. Y, dado que el arma apareció en el coche de un

conocido traficante, O'Rourke ha llegado a la conclusión de que Treat era el único objetivo del asesino.

—Porque Treat proporcionaba información sobre traficantes a la Administración de Control de Drogas.

—Exacto. Ahora que O'Rourke tiene el arma homicida, el caso está cerrado. Esa prueba es irrefutable.

—Pero también circunstancial.

David puso cara de extrañeza.

—No veo la razón.

—Para empezar, ¿por qué iba un francotirador a esconderse en plena fiesta para disparar a Treat? ¿No habría sido más fácil esperar a que Treat se marchara de la mansión y abatirlo en la carretera o delante de su casa, en cualquier lugar que no fuera la mayor reunión social de la temporada?

—Eso es discutible, Clare —replicó David.

Sacudí la cabeza.

—¿No ves que podrían haber colocado el arma homicida en el maletero a propósito? A lo mejor por eso dejaron los casquillos en la playa de ese modo, como quien no quiere la cosa. Ningún sicario profesional cometería un error así…

—Nadie dice que el detenido fuera un sicario profesional —discutió David—. Lo más seguro es que solo fuera un delincuente de tres al cuarto.

—Y me apuesto lo que sea a que tampoco hay huellas en el rifle —añadí—. Seguro que el asesino quería que la policía encontrara el arma, puede que hasta diera el aviso él mismo para inculpar a otra persona.

—Ya está bien, Clare —advirtió David con voz enfadada—. Si O'Rourke dice que el caso está cerrado, está cerrado.

—Una última pregunta y ya lo dejo. —David suspiró—. ¿Dónde encontraron el arma y detuvieron al responsable? —pregunté.

—En el lado chungo de la autopista —contestó David—. Creo que en Hampton Bays, no sé el lugar exacto. En cualquier caso, me alivia saber que han atrapado al asesino de Treat. Ya puedo liquidar el

contrato con la empresa de seguridad y quitarme de en medio a esos tíos uniformados que se pasean por mi casa a todas horas.

Me alarmé.

—¿Por qué quieres deshacerte de la empresa de seguridad?

—Ya no me hace falta.

—Por favor. Ha habido un crimen en esta mansión. El gerente de tu restaurante quería hacer volar tu negocio. ¿No puedes mantener la vigilancia durante unas semanas más? Aunque sea por mí…

Madame levantó una ceja.

—A ver, David, Clare tiene razón. Después de lo que ha pasado y de lo equivocado que estabas con Jacques Papas, ¿no crees que deberías escuchar a mi nuera?

Exnuera, pensé. *Y, viendo la relación de Matteo con Breanne Summour, cada día que pasa todo parece más ex*.

La mirada de David se posó en Madame y luego en mí otra vez. Por fin, se dio por vencido.

—¡Ya veo que estoy en minoría! —Soltó la taza vacía sobre la mesa y se levantó—. Ahora voy a vestirme —anunció—. Tengo que hacer una ronda de visitas de cortesía y convencer a la empresa del gas y al cristalero para que me envíen a alguien de inmediato, porque en caso contrario El Cafetín no podrá abrir esta noche.

Por suerte para todos los interesados, El Cafetín abrió el domingo, aunque no a tiempo para su famoso almuerzo. Sin embargo, hacia las cuatro de esa soleada tarde, el cristalero ya se había marchado, la empresa de servicios públicos había efectuado las reparaciones necesarias y el jefe de bomberos municipal había certificado la seguridad de las instalaciones.

Mientras el chef Vogel se encargaba de los preparativos en la cocina y Suzi Tuttle montaba el comedor para la cena, yo me quedé en el sofá de la sala de descanso repasando la lista de los distribuidores. Me preguntaba a cuáles de esas empresas tendría que engatusar el lunes para que nos suministraran sus productos sin

el diez por ciento extra que había negociado Jacques Papas, que en ese momento estaría esperando en el calabozo del condado de Suffolk a que fijaran la fianza.

No había avanzado mucho cuando Suzi me interrumpió con otra crisis.

—Creo que la cafetera se ha roto.

Seguí a Suzi hasta el mostrador de los cafés y enseguida identifiqué el problema. Aunque la cafetera estaba enchufada, la toma de corriente se había fundido. Un cable alargador de alto voltaje desde la cocina hasta el mostrador de los cafés resolvería el problema de manera temporal hasta que acudiera un electricista por la mañana para revisar el enchufe. Una vez resuelta la crisis, volví para seguir analizando mis notas en la sala de descanso.

Acababa de llegar a la puerta cuando oí la voz de Graydon Faas. Estaba solo y hablaba con alguien por el móvil.

Por regla general, no pego la oreja en las conversaciones privadas (a menos, claro, que esté investigando un crimen). Pero Graydon Faas salía con mi hija, lo cual me concedía cierta laxitud como madre. Además, el descubrimiento de Madame de que Graydon pertenecía a una familia con una fortuna farmacéutica me había picado la curiosidad. Teníamos a un chico que valía, literalmente, millones de dólares, y sin embargo servía mesas en un restaurante de los Hamptons en lugar de pasar el verano rodeado de lujo como los demás jóvenes de su clase.

Resulta irónico que, después de estar tan preocupada por la seguridad y el bienestar de David Mintzer, fuera la preocupación por mi hija lo que me llevara a oír a hurtadillas esa conversación.

—Yo he cumplido con mi parte del trato, Bom —lo oí decir.

¿Bom? ¿Bom Felloes? Me acerqué un poco más a la puerta con cuidado de que no me viera.

—Claro que podría aumentar la cantidad —dijo Graydon—. Ya lo sabes, tío. Pero no sé… Lo que pasó la última vez me acojonó.

Un vaso se cayó al suelo en el comedor y me sobresaltó. Graydon hizo caso omiso y prosiguió con su conversación.

—Vale, como quieras… ¿A qué hora? Vale, tío, once y media. Eres la bomba, Bom. Nos vemos.

Me di media vuelta y eché a correr hacia la otra punta de la cocina. Al cabo de un momento, Graydon salió de la sala de descanso y comenzó a ayudar a Suzi Tuttle con los cubiertos.

No sabía en qué andaba metido Graydon Faas con Bom Felloes, pero sospeché que era algo turbio. O peor, que tenía que ver con las tentativas fallidas de acabar con la vida de David Mintzer.

Cuando todo el mundo estaba ocupado, abordé al chef Vogel en la cocina.

—Esta noche necesito salir antes, ¿vale? ¿Puedes cubrirme?

—Claro.

—Gracias, te debo una. Pero no le digas a nadie que me he ido, ¿de acuerdo?

El chef me guiñó el ojo con complicidad.

—Pásalo bien —susurró—. Después del tute de trabajar que te estás dando este verano, te mereces un poco de diversión.

Sonreí y le di las gracias. Luego me dirigí a toda prisa a la sala de descanso para recuperar mis notas y hacer una llamada desde mi móvil… Una llamada a la única persona que sabía que no cuestionaría mis métodos «al margen de la ley».

CAPÍTULO VEINTIDÓS

La noche era bastante apacible, incluso en el agua. El barco de alquiler de esa noche, El Regreso de Conejo, tenía la rueda de cabillas al descubierto, un camarote cerrado debajo, las barandillas cromadas y una cubierta de madera que parecía de mejor calidad que el parqué de mi dúplex en el Village.

Estábamos anclados y nos mecíamos suavemente sobre la plácida marea. La embarcación fondeaba a unos cincuenta metros de la costa a la altura de El Castillo de Arena, la finca multimillonaria de falso estilo medieval de Bom Felloes. El salón a dos alturas de la mansión daba al mar y su interior se veía a través del enorme muro de cristal que relucía en la oscuridad en forma de rectángulo.

Miré mi reloj bajo la tenue luz del timón. Eran las once y veinte.

—Casi es la hora —le susurré a Jim, que observaba la propiedad por unos prismáticos de aspecto caro. Tenía la mandíbula apretada y el cuerpo tenso bajo el neopreno negro.

—¿Qué buscamos exactamente? —preguntó él, sin apartar la vista de nuestro objetivo.

—Algo sospechoso —contesté, sin mucha convicción.

Bajó los prismáticos entre risas.

—El mundo entero es sospechoso, Clare. Todas las personas son culpables de algo.

—No me has entendido. Bom Felloes lleva mucho tiempo enemistado con David. David se hizo con el restaurante que Bom

deseaba abrir aquí, en los Hamptons, y para Bom eso ha supuesto una pérdida de ingresos millonaria. Pero el verdadero daño se lo ha causado a su ego, que es lo peor que se le puede hacer a un hombre como él.

—Pero eso no lo convierte en asesino —dijo Jim, sin dejar de mirar por los prismáticos—. Aunque sí lo convierte en… Vaya, vaya, vaya…

—¿Qué?

—En consumidor de droga.

Me envaré.

—Deja que adivine. ¿Cocaína?

—O se está metiendo rayas o está limpiando la mesa de centro con la nariz y una pajita. Ah, mírala. Tiene una buena bolsa de polvo blanco. Vale, ahora ha echado un poco sobre la mesa y la está cortando con algo…

—¿La está cortando? Quieres decir…

—Que la está mezclando con alguna sustancia neutra. Algo parecido a polvos de talco para bebés, por ejemplo, cualquier cosa que aumente la cantidad y disminuya la calidad.

—¿Por qué lo hace? Si está montado en el dólar…

—Por qué, buena pregunta —dijo Jim—. No tiene sentido después de haber esnifado un par de rayas sin adulterar, a menos que pretenda engañar a alguien o…

—¿Qué?

—Está metiendo la coca cortada en otra bolsa. Ha cerrado esa bolsa y la ha puesto aparte. Lo demás lo ha guardado todo, excepto un par de tubos para esnifar.

Jim movió los prismáticos. A simple vista, divisé unos faros que se detenían en la entrada de la casa, junto a la torre de piedra situada en uno de los extremos. No distinguí el tipo de automóvil, pero Jim me leyó la mente.

—Es un Mini Cooper…

—Graydon.

Jim asintió.

—Un chico desgarbado de unos veintitantos años, ¿no? Veo que sale del coche, pero no está solo…

—¿Qué? ¿Quién va con él?

—Una chica guapa. Pelo castaño oscuro por el hombro, más o menos como el tuyo. Y con curvas, como tú…

—Déjame ver —grité mientras le arrebataba los prismáticos. Enfoqué y se me cortó la respiración—. Dios mío, no. ¡Es mi hija!

Jim Rand me quitó los prismáticos y miró hacia el salón de Bom.

—Felloes se dirige a abrir la puerta, lo que significa que no hay nadie del servicio. O sea, quiere que la reunión sea privada.

Jim me miró.

—Llama a tu hija. Ahora mismo. Tiene móvil, ¿verdad?

Asentí y busqué el teléfono a tientas. No necesité teclear su número, ya que era el primero en mi lista de marcación rápida.

—¿Qué le digo?

—Joder, Clare, eres su madre. Si tú no sabes cómo sacarla de allí, a mí no me preguntes.

¡Claro! Apreté el botón. El móvil sonó una, dos, tres veces… Contuve la respiración temiendo que lo tuviera apagado en contra de mi petición expresa. Cuando hube perdido la esperanza, oí la voz de mi hija.

—¿Qué pasa, mamá? —contestó, claramente molesta.

—Cómo que qué pasa, jovencita —contesté, y mi enfado frenó su irritación—. Estás en la casa de Bom Felloes con Graydon. ¡Habéis ido a recoger una bolsa de cocaína que consumirás después con tu amiguito surfero!

—Mamá… Yo… Yo…

—Si me vas a mentir, mejor no digas nada. Sé dónde estás ahora mismo. Acabas de llegar a El Castillo de Arena en el Mini Cooper de Graydon y sé lo que estáis haciendo…

—Dios mío, mamá, cómo…

—Óyeme. Sal de ahí ahora mismo y vete a casa de David o llamo a la policía. ¡Prefiero sacar a mi hija de la cárcel antes que permitir que destruya su vida con la misma droga que arruinó la vida de su

padre!

Jim me observaba y parecía impresionado. Bajo la luz cambiante, vi que asentía y me hacía gestos con los pulgares levantados. Pero aún no había acabado: me faltaba el golpe de gracia.

—Joy… Sabes que tengo el número del detective O'Rourke, del cuerpo de policía del condado de Suffolk. ¡No me obligues a llamarlo!

Antes de que Joy tartamudeara una respuesta, colgué. Tuvo que pensar que estaba llamando al detective.

—¿Y ahora qué? —le pregunté a Jim; la adrenalina corría por mis venas.

Observó la mansión.

—Diría que tu hija va a salir en… —Sonrió—. Exacto, ahí están.

A simple vista, distinguí que los faros del Mini Cooper volvían a encenderse. Jim me pasó los prismáticos y encendió el motor del barco. Al cabo de un momento surcábamos las olas hacia la sección de playa de David Mintzer.

—¡Mira allí! —grité.

Jim siguió mi dedo, que señalaba hacia una lancha motora que se balanceaba delante de la mansión de David. No se veían luces de navegación, ni siquiera un leve reflejo en el agua. Yo la había detectado porque su silueta se recortaba contra las brillantes luces de la piscina de David. Por lo general, la casa estaba a oscuras a esas horas de la noche.

—Sea quien sea, no quiere que lo vean —dijo Jim.

—Lo sé. Ese suele ser tu *modus operandi*, ¿no?

Jim entrecerró los ojos y miró en mi dirección.

—Sí, Clare. Me parece muy raro.

Apagó el motor y desvió el rumbo. La inercia del barco nos acercó en silencio a la orilla.

—Agárrate —me advirtió en voz baja antes de encallar con una sacudida.

Jim bajó al camarote y oí que trasteaba con algo. Cuando volvió a subir, traía una pistola, en cuya recámara estaba introduciendo una

bala.

—Por Dios, Jim…

—Clare, ve abajo y no te muevas de allí. —Tenía la voz tranquila, pero su tono se había vuelto duro y seco.

—Pero…

—¡Baja!

Descendí el corto tramo de escalones y esperé hasta oírlo saltar al agua poco profunda. Entonces volví a cubierta, me acuclillé y agaché la cabeza. Jim estaba en la orilla e iluminaba la arena con su linterna. Luego la apagó y desapareció entre las sombras.

Temerosa por no verlo, me arrastré hacia el lateral del barco y me dejé caer. Mis zapatillas se sumergieron en el agua fría.

Avancé hasta el lugar donde acababa de ver a Jim antes de que desapareciera. A pesar de la luz de la piscina a lo lejos, no se veía nada. Deseé tener una linterna también yo, pero entonces recordé el leve brillo azul que desprendía la pantalla de mi móvil. Lo saqué y lo abrí.

Gracias a esa suave iluminación, distinguí unas huellas sobre la arena. Huellas palmeadas. De aletas. Hasta donde alcanzaba a distinguir en la oscuridad, conducían hacia las dunas que se levantaban frente a la mansión de David. Las seguí torpemente con la esperanza de que Jim hubiera tomado esa misma dirección.

Entre las dunas, miré hacia la piscina y entendí que estuviera iluminada. David descansaba en el *jacuzzi* con una copa en la mano. Pensé en gritar para avisarlo, pero se encontraba demasiado lejos y casi seguro que el rítmico oleaje acallaría mi voz. Lo único que podía hacer en ese momento era advertir de mi presencia a la persona que lo acechaba.

Crucé un tramo de arena y llegué a otra zona de dunas, donde me detuve en seco. Contra las luces de la terraza, distinguí una silueta que se levantaba y llevaba un rifle con mirilla. Horrorizada, vi que la figura apuntaba a David.

—¡No! —grité a pleno pulmón.

El agresor se volvió hacia mí. Pero antes de que le diera tiempo a

apuntarme con el arma, Jim apareció en la duna y se abalanzó sobre el desconocido. Un fuerte disparo al aire, acompañado de un destello, rompió el silencio.

Jim tiró el rifle al suelo, agarró al intruso por los hombros y le dio la vuelta. Cuando le vio la cara, gritó:

—¡Kenny! ¿Qué mierda haces?

¿Kenny? ¿Kenny Darnell? El *paparazzi* y compañero de Jim le asestó un puñetazo y ambos se enzarzaron en una pelea.

Pedí ayuda a gritos, pero un guarda de seguridad uniformado que había oído el altercado ya se encontraba en la duna y apuntaba con su linterna a los dos hombres.

—¡Quietos! —gritó el guarda mientras sacaba el arma.

Kenny, presa del pánico, se zafó de Jim y huyó por la arena.

—¡Quieto o disparo! —gritó el guardia.

—¡Por Dios, Kenny! —gritó Jim a su vez—. ¡Para! ¡Se ha acabado! Te van a disparar por la espalda, ¡déjalo ya!

Pero Kenny siguió corriendo hacia el agua. Vi que el guarda adoptaba una posición de tiro y lo apuntaba con el arma.

—¡No! —gritó Jim mientras se interponía en la línea de tiro.

Maldiciendo, el guarda levantó la pistola y Jim echó a correr. Por la playa, a mitad de camino, alcanzó a su compañero y lo derribó.

El guarda también acudió corriendo mientras chillaba:

—¡Todos al suelo! ¡Todos al suelo o disparo!

Al cabo de un momento, el guarda de seguridad se arrodilló junto a Jim y esposó a Kenny. Yo llegué poco después. A Jim le costaba respirar y me lanzó una mirada seria, casi de enfado.

Me crucé de brazos y levanté una ceja.

¿Así es como me lo agradeces?

Sacudió la cabeza.

—Te dije que te quedaras en el barco.

—También me dijiste que era adicta a las emociones fuertes. ¿Cómo me iba a perder esta dosis?

—Vamos, arriba —dijo el guarda mientras levantaba a Kenny de la arena.

Abrí y cerré los ojos, sorprendida al reconocer por fin a aquel guarda de rostro aniñado.

—¿Thomas Gurt? ¿Eres tú?

—Sí, señora —respondió. Tenía la piel clara empapada en sudor —. Mi tía me pidió que hiciera este turno. Ella sospechaba que sucedía algo raro. Me contó que David estaba en peligro.

—¿Eso te dijo Alberta?

—Sí, señora. Estaba muy preocupada por el señor Mintzer.

Menos mal que estábamos a oscuras y nadie me vio ruborizada.

Y yo que pensaba que Alberta era sospechosa. Menuda detective de pacotilla que estoy hecha.

Acudí al lado de Jim, que miraba fijamente al hombre esposado. Thomas lo condujo hacia la casa. Jim y yo los seguimos.

Miré al asesino y luego miré a Jim.

—Entonces, este hombre es…

—Te presento a mi compañero, Kenny Darnell. Parece que su madre se ha recuperado milagrosamente y que ahora dispara balas en vez de fotos.

Alberta y David nos esperaban en el límite del césped de la mansión.

—He llamado a la policía —nos dijo Alberta—. Llegarán dentro de unos minutos.

David siguió a Jim, al guarda y al hombre esposado hacia el interior de la casa. Yo me quedé rezagada para hablar con Alberta.

—Siempre sospechaste que David estaba en peligro, ¿verdad? — susurré.

Alberta asintió.

—Sí, desde que dispararon a ese pobre chico en el baño. Luego, cuando David enfermó, sabía que alguien intentaba hacerle daño. — El ama de llaves se acercó a mí y susurró—: David es débil, pero no tanto. Estaba segura de que alguien intentaba envenenarlo.

—¿Y por qué no me lo dijiste? ¿O por qué no se lo dijiste a él?

—Bueno, siento decirte, Clare, que sospechaba de ti.

—¿De mí? ¡Ostras!

—Y respecto a decírselo a David… Bueno, tú no lo conoces como yo. Es un cabezota de mucho cuidado. Si quieres ayudarlo, tienes que hacerlo sin que se dé cuenta. David odia el sentimentalismo, supongo que porque es el más sentimental de todos nosotros. Durante todo este tiempo me sentía culpable, Clare. David es como un hijo para mí y sentía que le había fallado…

—¿Por qué?

—Porque no me quedé a la fiesta del Cuatro de Julio. No estuve con él. Verás, resulta que tenía una cita…

—¿Una cita?

—Chisss —chistó Alberta—. No quiero que David se entere. Nunca permitiría que metiera a un hombre en la mansión por la noche. En realidad, no es nada serio, solo un rollo de verano.

—¿Por eso estabas tan arreglada, maquillada y con joyas? ¿Por eso oí voces en tu habitación?

—Por favor, no se lo cuentes, Clare.

—Alberta, seré una tumba.

Oí un altercado en el interior de la casa y a continuación la voz de Kenny.

—¡Que me sueltes, gilipollas!

Entré en la cocina, que estaba más concurrida de lo que esperaba. Joy y Graydon Faas acababan de unirse, sin duda alertados por el alboroto.

—¿Por qué lo has hecho? —le preguntó Jim a su compañero.

Antes de que me diera tiempo a entrar, Jim Rand le largó un bofetón en la cara. Kenny Darnell se tambaleó. Acto seguido, se enderezó, escupió sangre y espetó:

—Que te jodan, Rand.

—Ya está bien, ya está bien —se inquietó David, que en ese momento se retorcía las manos.

Thomas Gurt, con rostro impasible, seguía agarrando al prisionero por los brazos.

Jim vio mi expresión de sorpresa. Durante un instante fugaz, pareció avergonzado.

—No va a hablar.

Me adelanté para mirar a los ojos a Kenny Darnell. Era un hombre guapo con el pelo oscuro y rizado, el rostro cuadrado y un bronceado uniforme. Su mirada azul desafiante se cruzó con la mía.

—Jim —dije sin apartar la vista de Darnell—, no hace falta que hable. Me hago una idea de lo sucedido y voy a contárselo todo al detective O'Rourke.

—Tú no sabes una mierda, zorra —contestó Kenny.

Jim se adelantó y levantó de nuevo la mano. Me interpuse entre los dos.

—Ay, Dios —gimió David mientras se frotaba las sienes.

—Oye, Kenny. Sé que le mentiste a Jim al decirle que tu madre estaba enferma en Queens. Esa sería la coartada que te exculparía de estar en los Hamptons cuando se produjeran los disparos. Sabías que tu madre mentiría por ti. Pero también necesitabas culpar a alguien del asesinato. Y quién mejor que tú, Jim Rand, su compañero. Si utilizaba tu *modus operandi*, el neopreno, las aletas…, la culpa recaería sobre ti. Lo más probable es que tuviera planeado ocultar el rifle entre tus objetos personales. Menudo amigo, ¿eh?

—Cierra la boca… —empezó a decir Kenny.

—Ciérrala tú, Darnell —le advirtió Jim—. O te juro por Dios…

—Pero surgieron dos problemas —me apresuré a interrumpir—. Primero, Kenny mató a quien no era. Además, la noche del asesinato estalló una tormenta que borró las huellas de las aletas. La policía no encontró más pruebas que los casquillos que Kenny dejó de manera deliberada en el escenario del crimen. Así pues, Kenny estaba en apuros, porque aún tenía que matar a David y cargarte a ti con el muerto, Jim. Además, necesitaba un plan B para culpar a alguien del asesinato de Treat.

—¿Quieres decir que este hombre le tendió una trampa al traficante a quien ha detenido la policía? —preguntó David.

—Sí —contesté, y me volví hacia Rand—. Jim, ¿no me dijiste que Kenny trabajaba sacando fotos de accidentes para la policía?

—Sí, así es, Clare.

—Kenny sabe cómo trabaja la policía de esta zona —dije—. Es probable que tenga amigos en el cuerpo y que estuviera al tanto de las novedades en la investigación del asesinato de Treat. Era consciente de que querían resolver el crimen lo antes posible y echarle la culpa a un sicario. También sabía, gracias a sus amigos policías, que Treat tenía conexiones con el mundo de la droga. Supongo que fue el propio Darnell quien alertó a la policía acerca del rifle escondido en el maletero del traficante, el tipo que encontraron en Hampton Bays. Fuiste tú quien los avisó, ¿no, Kenny? ¿Cómo lo hiciste? ¿Mediante una llamada telefónica anónima?

Kenny se mofó:

—Te crees muy lista.

Asentí.

—Más lista que tú, según parece, ya que jamás me creí que el asesinato de Treat estuviera resuelto. La policía sí. Bajó la guardia. Y también David. Aún podías intentarlo de nuevo y terminar el trabajo.

Volví a mirar a Jim Rand.

—Esta noche, Kenny ha usado tu *modus operandi* como la última vez, solo que para esta ocasión se aseguró de que no hubiera tormenta. Y, como dije antes, lo más seguro es que pensara en esconder el rifle después entre tus pertenencias.

Jim sacudió la cabeza.

—¿Por qué, Kenny? Teníamos un buen negocio.

Kenny torció el gesto.

—No teníamos nada. Desde el principio todo fue idea mía. Te incluí en el negocio, pero siempre fuiste prescindible.

—Pero si eras un desastre, idiota. Dentro y fuera de los marines. Te endeudaste con las apuestas deportivas y el banco no te prestaba dinero, ¿no te acuerdas? Fui yo quien aportó el capital para el equipo y para alquilar los barcos.

—Sí, bueno, pero el negocio se me ocurrió a mí y decidí que no quería repartir las ganancias.

—Desgraciado, has vuelto a endeudarte con las apuestas, ¿verdad? —preguntó Jim mientras se acercaba a él—. Estabas

desesperado por conseguir dinero. Tan desesperado como para hacer algo así.

Darnell apartó la vista.

—No sabía cómo demonios deshacerme de ti sin que te convirtieras en un competidor. Por eso quise matar dos pájaros de un tiro: ganar algo de dinero extra y alejarte durante una temporadita. Puse un anuncio en *Soldier of Fortune* y conseguí un encargo: matar a David Mintzer.

—Dios mío de mi vida —gimió David.

A pesar de la angustia de David, notaba que el interrogatorio iba viento en popa. Ya solo necesitaba, solo necesitábamos, que Kenny confesara quién lo había contratado. Me crucé de brazos, sacudí la cabeza y comencé a pasear de un lado para otro.

—Kenny, lo único que no logro entender —dije— es por qué el primer intento tuvo lugar durante una fiesta tan multitudinaria. Podrías haber matado a David en la playa, por la calle, en cualquier sitio…

—Dios mío de mi vida —volvió a gemir David.

Kenny me lanzó una sonrisa burlona.

—Veo que no eres tan lista.

—No sé, Kenny. Intentarlo en una gran fiesta como esa, con tanto espacio para el error… y tantas posibilidades de que te pillaran… —Me volví hacia Jim—. A lo mejor tu compañero lo largaron de los marines por algo. A lo mejor es que es estúpido.

—No tienes ni idea, zorra —soltó Kenny—. Es lo que quería mi cliente.

—Entonces, ¿el estúpido fue Bom Felloes?

—Sí, la idea de disparar a David en su fiesta se le ocurrió a él. También quería matar dos pájaros de un tiro. El asesinato público de David desataría todo tipo de rumores y acabaría con sus negocios, ya que la gente pensaría que lo había matado alguien del crimen organizado. Como si él también fuera un mafioso.

—¡AAAAAAH!

Alberta corrió junto a David para consolarlo. Estaba claro que el

golpe de realidad había sido demasiado duro para él.

—Lástima que no acertaras a la primera —dijo Jim—. Tuviste que volver a intentarlo. Supongo que, después de todo, no estabas preparado para la misión, ¿eh, compañero?

—Vete a la mierda, Rand. Habría terminado bien el trabajo. De no ser por ti, este gilipollas estaría muerto.

Jim resopló.

—Me atribuyes méritos que no son míos, colega. No fui yo quien te delató. —Me miró a los ojos—. Fue Clare.

Suspiré, aliviadísima de saber que habíamos conseguido que confesara sin mayor derramamiento de sangre. ¿Acaso David Mintzer no había sufrido suficiente como para tener que soportar más manchas carmesíes en sus hermosos suelos?

Por desgracia, el interrogatorio aún no había terminado.

Me volví hacia Graydon y Joy, que observaban en silencio con los ojos como platos. No me hacía gracia implicar a mi hija en ese asunto, pero al final era ella quien se había involucrado sola. *Por favor, te lo ruego, hija mía, apréndelo de una vez: cuando tomas una decisión, luego tienes que vivir con las consecuencias*.

Me acerqué a Graydon Faas, lo miré a los ojos y le pregunté:

—¿Por qué hablabas por teléfono con Bom Felloes esta tarde, Graydon? ¿Y por qué has ido a su casa esta noche?

Graydon se mostró desafiante durante unos instantes, hasta que vio cómo lo miraba mi hija, con una mezcla de horror y repugnancia. De pronto, se le encogió el pecho.

—Necesitaba dinero —respondió.

—Pero tu familia es rica.

—Más rica de lo que imaginas —dijo Graydon—. Pero me desheredaron hace años, cuando dejé la universidad para ser monitor de surf. Me dijeron que no les gustaban las decisiones que estaba tomando con mi vida y les contesté que se metieran el dinero donde les cupiera.

—¿Y cómo contactaste con Felloes?

—Conocí a Bom en una discoteca. Él sabía que trabajaba

sirviendo mesas en El Cafetín para ganar algo de dinero. Me ofreció coca de buena calidad y un fajo de billetes de cien dólares a cambio de un pequeño favor durante la fiesta del Cuatro de Julio: darle a David Mintzer una sustancia que le provocaría migraña. Era la revancha por haberle hecho perder el restaurante, me dijo Bom. Yo no tenía ni idea de que fueran a disparara nadie. Más tarde, Bom me dijo que había sido una extraña coincidencia que mataran a Treat. Me llamaba cada dos por tres para que le proporcionara información sobre David… Me preocupaba tanto que Bom me chantajeara, que me metiera en algún lío, que siempre le di lo que me pedía. Hoy, cuando me llamó, pensé que quería más información. Sin embargo, me ofreció más dinero y cocaína a cambio de ayuda. Fui a su casa a recoger el dinero y la coca, pero Joy se asustó y volvimos aquí.

—Tienes suerte —le dije a Graydon—. Después de esta noche, Bom no habría necesitado que le pasaras más información sobre David; sospecho, además, que quería asegurarse de que no hablaras con la policía. Jamás.

—¿Qué quieres decir con eso de «jamás»?

—Quiere decir que Bom iba a matarte, estúpido —espetó Jim—. La cocaína que te iba a dar… La cortó con algo. Es probable que la mezclara con una cantidad lo bastante grande de polvo de ángel como para freírte el cerebro. Tienes que espabilar, chaval.

—Uf, madre mía —dijo Joy.

Oí sirenas a lo lejos…, a pesar de las posibles molestias a los vecinos. Miré a Jim.

—La policía.

Dos horas más tarde, los ánimos se calmaron de nuevo en Ocio con Dignidad. La policía se llevó detenidos a Kenny Darnell y a Graydon Faas. Thomas Gurt acompañó a otra patrulla para sacar a Bom Felloes de su lujoso Castillo de Arena y meterlo entre rejas. Prestamos declaración y nos informaron de que los detectives se pondrían en contacto con nosotros al día siguiente.

En ese momento, Madame ya había vuelto a casa y estaba sentada junto a Joy, David y Alberta en el salón de la mansión, mientras le narrábamos la captura de Kenny de cabo a rabo. Todos estaban nerviosos y preocupados, y lo más probable es que no pegaran ojo durante gran parte de la noche.

Jim Rand no habló mucho durante las horas que estuvo por allí la policía. Cuando por fin se fueron, salió a la terraza de cedro. Lo seguí.

—Jim, ¿estás bien?

Se rascó la nuca y sacudió la cabeza.

—El fiscal querrá atrapar al pez gordo. Si Graydon y Kenny testifican en contra de Bom, les reducirán las condenas. El hijo de puta de mi compañero no merece una reducción de condena.

—Lo siento.

—¿Lo sientes y ya está? —Se volvió para mirarme—. Vaya, Clare, qué decepción.

Parpadeé.

—¿Decepción?

—Pues claro. —Una sonrisa se dibujó despacio en su rostro rudo —. Yo pensaba que además me darías las gracias.

EPÍLOGO

—¿Sabes? Voy a echar de menos tu olor —dijo Jim mientras me mordisqueaba la oreja.

—¿A qué huelo? —pregunté.

—¿Nunca te lo he dicho?

—No.

—A café recién tostado.

—Bueno, menuda sorpresa. Con la de horas que me paso en la sala de tueste del Village Blend… Es una de las ventajas de mi oficio.

—Qué faena, Clare.

Jim Rand me abrazaba en ese momento. Estábamos desnudos y felices en la cama de matrimonio del camarote de su barco. Al final había conseguido reunir el dinero suficiente para comprarlo.

Era principios de septiembre. La temporada veraniega había terminado de manera oficial y yo ya me había trasladado a la ciudad. Pero Jim me había convencido de que volviera en coche desde Manhattan para disfrutar de una puesta de sol más con él… y de otro amanecer.

Vimos muchos atardeceres juntos después de que el asesinato de Treat se esclareciera. Cuando pasó la ola de atención mediática y las aguas volvieron a su cauce, Jim apareció una noche por El Cafetín. Pidió un expreso para llevar y me pidió que lo acompañara. Accedí, decidida por fin a tener mi propio rollo de verano.

Pero el verano había tocado a su fin.

—¿Sabes lo que nunca entendí sobre todo el asunto de Mintzer? —preguntó Jim—. ¿Para qué querías todos esos primeros planos de Marjorie Bright merodeando por la mansión de David durante la fiesta del Cuatro de Julio?

—Los árboles de David —le informé mientras recorría con el dedo el borde de su tatuaje de los marines— le tapaban parte de las vistas al mar. En mi opinión, esa noche estaba fumando como una loca para intentar quemarlos con alguna colilla. David le habría achacado el incendio a una chispa de los fuegos artificiales.

—Qué vecina tan atenta.

—Bueno, pero al final tus fotos de reconocimiento ayudaron a resolver la disputa.

—¿Y eso?

—El abogado de David se las mostró al abogado de Marjorie. Amenazó con acusarla de allanamiento e incendio en grado de tentativa, y ella se vio obligada a retirar las denuncias contra David y sus árboles. A cambio, David aceptó podar las copas y los laterales.

—¿Qué tiene de malo ver los árboles? —preguntó Jim—. Los árboles son buenos, ¿no? Atraen a los pájaros… cuando no están emigrando.

Suspiré.

—Eso es lo que vas a hacer tú, ¿eh? Emigrar. Ahora que la temporada de caza del famoso ha terminado, te diriges al sur para pasar el invierno, igual que las aves.

Jim me acarició el hombro y me besó la nuca.

—Te pediría que vinieras conmigo, pero sé que no vendrás.

Me eché a reír.

—No me pides que vaya contigo porque te preocupa que acepte. Eres igualito que mi ex.

Jim no se lo pensó.

—Ven conmigo.

—No puedo. Tengo la vida hecha en Nueva York. Pero puedes mandarme una postal desde el paraíso.

—¿Y si vienes a visitarme? Voy a echar de menos tu café,

¿sabes? —Me acarició el pelo.

—Bueno, ya sabes adonde ir si quieres tomarte uno en condiciones —le recordé—. Manhattan es también una ciudad portuaria.

—Vale, trato hecho. Pero recuerda una cosa…

—¿Cuál?

—Como esto de resolver crímenes es una mala costumbre que de momento no creo que vayas a dejar, si te metes en líos…

—¿Silbo?

—No. —Se sentó y agarró sus vaqueros, que estaban colgados en una silla. Después de hurgar en un bolsillo, sacó una tarjeta y me la puso en la mano—. Mejor usa el móvil.

Me eché a reír. La verdad es que no sabía para qué iba a llamar a un hombre que se encontraba a más de mil quinientos kilómetros de distancia, pero me guardé la tarjeta en la cartera a modo de *souvenir*. Era probable que cualquier día gris de invierno se me cayese por accidente y me trajera el recuerdo delos días pasados en esa tierra tan deseable, en esa franja que alguien como yo podía visitar, pero nunca poseer.

Sonreí a Jim, me acurruqué bajo las sábanas y tiré de sus brazos para que volviera a abrazarme. En cualquier caso, ¿qué era poseer?, me pregunté. No puedes poseer a una persona. Y, en realidad, tampoco puedes poseer la tierra. El planeta en sí es solo un lugar de alquiler. El tiempo transcurrido en ella es, básicamente, un arrendamiento. Pensé en Bom y en David, en Kenny y en Jim, en Marjorie y sus vistas al mar, incluso en mí y en Matt.

—¿Por qué te quedas tan callada de repente? ¿Qué piensas? —La voz de Jim sonaba tensa.

—Ah, no es nada. Solo me preguntaba si la calidad de nuestra vida no se reduce solo a la capacidad de llevarnos todos bien en la misma casa.

—¿Cómo?

—Nada, olvídalo —le dije—. Sería largo de explicar. Y solo quedan unas cuantas horas para que amanezca.

Después de una pausa, Jim susurró:

—Clare…

—¿Sí?

—Ahora que me voy…, ¿te arrepientes? ¿Te arrepientes de que hayamos estado juntos?

Su tono parecía defensivo, como si esperara que le fuese a reprochar algo. Como si ya hubiera vivido otras despedidas desagradables en el pasado con otras mujeres y esperase que yo fuera a actuar igual que ellas.

Pero no iba a ser así. En la vida, llegas a una edad en la que te das cuenta de que la culpa y el arrepentimiento son una pérdida de tiempo. Algunas emociones fuertes merecen la pena, pese al inevitable fracaso. Y al final, como Madame y Joy habían intentado explicarme durante toda la temporada, un rollo de verano no tenía por qué ser un delito.

—No, Jim, no me arrepiento —respondí—. Después de todo lo que hemos pasado, ¿no te parece que el tiempo que tenemos, ya sea largo o corto, hay que aprovecharlo al máximo?

—Claro que sí, Clare —dijo mientras me daba la vuelta entre sus brazos—. Claro que sí.

RECETAS Y TRUQUITOS DEL VILLAGE BLEND

Los truquitos de Clare para los *frappés* de café espumoso

Refrescantes, frías, suaves y provistas de cafeína energizante, las bebidas de café helado pueden ser un reconstituyente muy satisfactorio frente al calor sofocante del verano en la ciudad. Ahí van varios métodos para preparar en casa tu *frappé* de cafetería favorito.

El *choco-latte* helado del Village Blend

Para 2 raciones

250 ml de expreso o de café cargado
(dejar enfriar)
65 ml de sirope de chocolate
1 cucharada de sirope de vainilla
250 ml de leche
6 tazas de hielo picado

Poner todos los ingredientes en una batidora y mezclar a una velocidad alta hasta que el hielo esté bien triturado. Repartir en dos vasos helados. Se puede tomar como un capricho de mediodía, durante un día soleado y caluroso, o servir como postre durante las tardes de verano añadiendo nata montada y virutas de chocolate.

Café *frappé* tropical
(batido de café con ron y coco)

Para 2 raciones

250 ml de expreso o de café cargado
(dejar enfriar)
65 ml de ron
125 ml de leche
125 ml de leche de coco
6 tazas de hielo picado
Sirope de azúcar básico al gusto
(véase receta más adelante)

Este es un cóctel estupendo para las fiestas de verano. Poner todos los ingredientes en una batidora y mezclar a una velocidad alta hasta que el hielo esté bien triturado. Repartir en dos vasos helados. Para obtener una bebida fresca y suave para postre, sustituir la leche por una bola de helado.

Frappé «espuma de mar» (batido de expreso con cacao y menta)

Para 2 raciones

250 ml de expreso o de café cargado (dejar enfriar)
2 cucharadas de sirope de chocolate
2 cucharaditas de crema de cacao
1/2 cucharadita de crema de menta
250 ml de leche
6 tazas de hielo picado

Para quienes adoran el sabor del café, el chocolate y la menta. Poner todos los ingredientes en una batidora y mezclar a una velocidad alta hasta que el hielo esté bien triturado. Repartir en dos vasos helados. La bebida perfecta para compartir una tarde de verano junto al mar.

Café helado a la antigua

El mejor truco para preparar un café helado a la antigua es recordar que ¡no se prepara añadiendo hielo a un café normal! El hielo se derretirá y aguará el café. Para evitarlo, se puede preparar un café el doble de fuerte o, mejor aún, hacer cubitos de hielo con café para añadirlos al café ya frío. Así no hará falta sacrificar el sabor por la temperatura.

Sirope de azúcar básico

¿Quieres endulzar una bebida de café helado? ¡Hazlo como los bebedores de té helado! Prepara este sirope de azúcar básico.

200 g de azúcar
250 ml de agua

Mezclar el agua y el azúcar en un cazo. Cocer a fuego lento hasta que el azúcar se disuelva por completo, por lo general durante no más de 5 minutos. Dejar enfriar y guardar el sirope dentro de un tarro en la nevera.

El *pousse-café* de Clare (expreso de chocolate y almendra en ocho capas)

Esta receta no te dejará frío, literalmente. El expreso de ocho capas es un complicado equilibrio de la física, una cuidada combinación de siropes más densos y líquidos más ligeros que dan lugar a una bebida estratificada de gran belleza. Esta es mi versión del *pousse-café* (que podría traducirse como «empujador de café»), el cóctel de licores de diferentes colores y densidades popularizado en Nueva Orleans. Las cantidades recogidas a continuación son suficientes para compartir esta bebida con un amigo especial durante una tarde a orillas del mar. Para una versión más pequeña, solo hay que reducir las cantidades a la mitad.

4 cucharadas de sirope de chocolate
4 cucharadas de sirope de almendra
190 ml (12 cucharadas) de leche vaporizada
250 ml de café expreso caliente

En un vaso alto de cristal (los vasos de cerveza de Jim Rand son perfectos), verter los líquidos por capas en el

orden descrito a continuación. Hay que añadirlos lenta y cuidadosamente, ¡es todo un desafío! Suerte.

1. Verter 2 cucharadas de sirope de chocolate en el fondo del vaso.
2. Con cuidado, verter encima 2 cucharadas de sirope de almendra.
3. Muy despacio, añadir 6 cucharadas de leche vaporizada.
4. Verter despacio, en mitad del vaso, 2 cucharadas de sirope de chocolate.
5. Verter despacio, en mitad del vaso, 2 cucharadas de sirope de almendra.
6. Lentamente, añadir 6 cucharadas de leche vaporizada.
7. Despacio, verter 250 ml de café expreso en mitad del vaso.
8. Añadir una capa de espuma de leche vaporizada en la parte superior.

Brownies de chocolate, nueces y café expreso

No me dio tiempo a preparárselos a Jim Rand el día en que lo conocí, pero son una delicia rápida y fácil de elaborar. Se pueden maridar con un café de tueste oscuro (como el tueste francés o el italiano) o con un expreso cálido y terroso.

1 caja de tu mezcla para *brownies* favorita
2 cucharadas de café expreso soluble
65 ml de café expreso (dejar enfriar)
200 g de pepitas de chocolate semidulces
100 g de nueces picadas
1 cucharadita de vainilla

Preparar la mezcla para *brownies* según las indicaciones del envase. Si, según esas indicaciones, hay que añadir agua, reducir la cantidad de agua a la mitad. En una taza aparte, disolver el café soluble en el expreso y añadir la vainilla. Mezclar hasta que quede bien integrado. Con una cuchara, añadir las pepitas de chocolate y las nueces. Colocar la masa en un molde engrasado y hornear según las indicaciones del envase.

IDEA DE DECORACIÓN: Cuando los *brownies* se hayan

enfriado, prueba a glasearlos. Aquí se describe la receta del glaseado de nueces, pero puedes crear el tuyo propio de chocolate, vainilla o café, todos quedarán muy bien. Solo hay que añadir extractos y aromatizantes al gusto. Para el glaseado de nueces, la receta es la siguiente. En un cuenco, mezclar 2 cucharaditas de extracto de nuez y 1 cucharadita de extracto de vainilla con 2 cucharadas de agua. Añadir 200 g de azúcar glas y 1 cucharada de mantequilla sin sal (ablandada). Verter el glaseado sobre los *brownies* y alisar ligeramente con una espátula de goma. Refrigerar bien hasta que el glaseado se haya endurecido y, a continuación, cortar en cuadraditos.

Torta de almendra

¡Un postre de verano riquísimo! Un buen truco es prepararlo la noche anterior para que se enfríe bien en el frigorífico. Servir con un café de tueste medio de Centroamérica o Sudamérica y con una pizca de nata montada al lado.

Para 1 torta (6 raciones)

- 100 g de almendras tostadas sin piel
- 2 cucharadas de azúcar
- 45 g de harina
- 100 g de azúcar
- 250 g de mantequilla (a temperatura ambiente)
- 1 cucharada de extracto de vainilla
- 1 cucharada de extracto de almendra
- 1/4 cucharadita de sal
- 3 huevos

Precalentar el horno a 180 °C. Engrasar y enharinar un molde redondo de 20 cm para tartas. En un procesador de alimentos, moler las almendras tostadas y peladas con 2 cucharadas de azúcar hasta conseguir un polvo fino. Mezclar con la harina. Reservar. Con una batidora eléctrica, batir la mantequilla, el resto del

azúcar (100 g), los extractos de vainilla y almendra y la sal hasta obtener una mezcla cremosa. Añadir los huevos de uno en uno y batir bien. Añadir los ingredientes secos a los húmedos y verter la masa en un molde bien engrasado. Hornear durante 40 minutos o hasta que la superficie esté dorada y la parte superior esté esponjosa al tocarla con suavidad. Una vez enfriada, envolver la torta en papel de aluminio y refrigerar durante toda la noche.

TRUCO RÁPIDO DE DECORACIÓN: Dejar enfriar la torta en el molde al menos durante 30 minutos y luego desmoldar. Pintar la parte superior con el sirope de azúcar básico (véase receta en la página 298) y, para un acabado bonito, rociar generosamente con almendra laminada. ¡Y no olvides guardar la torta bien envuelta en la nevera para que se enfríe durante la noche!

Tarta sin harina de chocolate y Kahlúa

Un postre para el verano, delicioso y con solera, con un toque de sabor a café. Las frambuesas maduras y las fresas de temporada son un excelente acompañamiento para este postre, que se recomienda servir bien frío.

300 g de chocolate semidulce troceado
500 g de mantequilla sin sal a trozos
65 ml de licor Kahlúa
8 huevos grandes
50 g de azúcar
1 cucharada de vainilla
1/2 cucharadita de sal

Precalentar el horno a 160 °C. Poner el chocolate, la mantequilla y el Kahlúa en la parte superior de una olla doble y derretir la mezcla sin dejar de remover hasta que quede suave y cremosa (esto lleva unos 5 minutos). En un cuenco grande, mezclar los huevos, el azúcar, la vainilla y la sal con una batidora eléctrica, durante 5-10 minutos, hasta que quede una masa espumosa y con el doble de volumen. Poco a poco, incorporarla a la mezcla de chocolate. Verter la masa final en un molde desmontable (véanse los consejos de

preparación más abajo).
Colocar el molde en un recipiente más grande (lo ideal sería una fuente de asar). Con cuidado, verter agua hirviendo en la fuente de asar hasta más o menos la mitad de la altura del molde desmontable. Hornear al baño maría hasta que la tarta haya subido ligeramente y los bordes empiecen a cuajar, entre 40 y 45 minutos en función del horno. Retirar el molde de la fuente más grande y dejar enfriar sobre una rejilla hasta que alcance la temperatura ambiente. A continuación, cubrir y refrigerar durante toda la noche.

CONSEJO PARA EL MOLDE DESMONTABLE: Engrasar el molde desmontable de 20 cm y forrar el fondo con papel vegetal. Envolver el exterior del molde con papel de aluminio, cubriendo bien el fondo y los laterales para que no se filtre el agua cuando se cueza al baño maría en la bandeja de asar.

CONSEJO PARA SERVIR: Entre media hora y una hora antes de servir, retirar el molde desmontable de los laterales de la tarta. Darle la vuelta a la tarta sobre un plato y retirar el papel de horno del fondo. Con el plato para servir, volver a dar la vuelta para colocar la tarta bocarriba. Para decorar, espolvorear azúcar glas y acompañar con frambuesas o fresas frescas de verano.

TABLA DE EQUIVALENCIAS

PESO

Almendras	130 gr.	1 taza
Azúcar blanco	100 gr.	1/2 taza
Azúcar glas	100 gr.	3/4 taza
Azúcar moreno	100 gr.	1/2 taza
Harina	100 gr.	3/4 taza
Mantequilla	100 gr.	1/2 taza
Nueces picadas	100 gr.	1 taza
Pepitas de chocolate	100 gr.	1/2 taza
Chocolate troceado	100 gr.	2/3 taza

VOLUMEN

2 ml.	½ cucharadita de café
5 ml.	1 cucharadita de café
15 ml.	1 cucharada sopera

50 ml.	¼ de taza
75 ml.	1/3 de taza
125 ml.	½ taza
175 ml.	¾ de taza
250 ml.	1 taza

TEMPERATURA DEL HORNO

160 °C.	325 grados Fahrenheit
180 °C.	350 grados Fahrenheit



CLEO COYLE es el seudónimo de los escritores de misterio estadounidenses Alice Alfonsi en colaboración con su esposo Marc Cerasini. Alice Alfonsi y Marc Cerasini crecieron con padres italianos en barrios de clase trabajadora de Pittsburgh, Pensilvania. Alfonsi se graduó de la Universidad Carnegie Mellon en Pittsburgh, Pensilvania; Cerasini se graduó de la Universidad de Ohio en Atenas, Ohio. En Nueva York, Alfonsi trabajó como periodista y autor de libros; Cerasini como editor de revista, crítico literario y autor de ficción y no ficción. La pareja se conoció en Manhattan y se casó en la Little Church of the West de Las Vegas. Viven en la ciudad de Nueva York.